



La señorita Hargreaves
Frank Baker



Lectulandia

En un día lluvioso, el joven Norman Huntley —organista de iglesia e hijo del librero de la imaginaria ciudad catedralicia de Cornford— y su amigo Henry Beddow —mecánico de coches— tienen la ocurrencia, de puro aburrimiento, de inventarse un personaje: una tal señorita Hargreaves, octogenaria, sobrina del duque de Grosvenor, intérprete de arpa, poeta, dueña de una perra y una cacatúa, e intrépida viajera que siempre va acompañada con su propia bañera. Cuál no será su sorpresa cuando, días después de tal invento, la señorita Hargreaves «en persona» se presenta, con todos sus bártulos, en la estación de Cornford.

Frank Baker escribió en 1939 esta hilarante novela que combina la comedia de costumbres británica con una aguda reflexión sobre los mecanismos de la creación literaria y los eternos conflictos entre realidad y ficción.

Lectulandia

Frank Baker

La señorita Hargreaves

ePub r1.0

Daruma 26.12.2014

Título original: *Miss Hargreaves*
Frank Baker, 1940
Traducción: Pilar Vázquez
Traducción de poemas y fragmentos en verso: Esteban Pujals
Diseño de cubierta: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota al texto



La señorita Hargreaves se publicó por primera vez en 1940 (Eyre & Spottiswoode, Londres).

Para Jimmy,
sin el cual esto no habría llegado a suceder

Nota



La pronunciación correcta de su nombre es, por supuesto, *Hargrayves*. Aunque parezca increíble, hay gente que la llama señorita *Hargreeves*.

F. B.

El pensamiento creativo crea...

De una postal de A. F. W.



Over the Sea to Skye

Prólogo



—Señorita Hargreaves —susurré—. ¿Señorita Hargreaves?

Me incliné sobre la barandilla y dejé que mi vista se perdiera en la oscuridad del mar de Irlanda. Era de noche. Las luces de nuestro barco eran lo único que iluminaba aquellas aguas tenebrosas. Susurré su nombre, pero el mar no respondió. Y, sin embargo, en el frío aire de diciembre, traído por el viento, me pareció oír que alguien pronunciaba mi nombre, suspirando. «Norman... Norman... Norman».

Han pasado nueve años desde aquella noche, la noche que vio el final de una gran aventura. Escribí una relación de todo lo que ocurrió y la guardé bajo llave en un cajón; solo se la enseñé a Henry, a Marjorie y a mi padre. Por aquellos días, yo era miembro seglar del coro de la catedral de Cornford y estudiaba órgano con el maestro Carless. En todos los aspectos, salvo en uno, era, y me atrevo a decir que lo sigo siendo, un tipo completamente común. ¿Quieren saber en qué me distingo exactamente de las demás personas? Lean este libro y lo descubrirán. Si me hubieran visto entonces, habrían dicho que no había en mí nada excepcional: solo era un tal Norman Huntley, residente en Cornford, con dirección en el 38 de London Road, donde vivía con sus padres y su hermana Jim. Tengo ahora treinta y dos años, y posiblemente soy un poco más juicioso que el joven que, inclinado sobre la barandilla del ferry de Belfast aquella noche de diciembre, le susurraba al viento un nombre hoy olvidado.

Un nombre olvidado... un nombre olvidado. Pero quién sabe si alguien se encuentra entre los que todavía recuerdan. Ahora ya no vivo en Cornford. Vivo en el oeste de Inglaterra, donde tengo una librería. No voy a ser más explícito: me trasladé al oeste para huir de la publicidad y no quiero verme otra vez en las mismas. Los padres de Marjorie, mi mujer, le escriben mucho, y mi madre también me pone al día de las noticias de Cornford. Aquí delante tengo su última carta:

... la gente sigue hablando de la señorita Hargreaves, y algunos son lo bastante necios para creer que debía de tener algo que ver con el IRA. Qué asunto tan raro todo él y cómo me gustaría, mi querido hijo, que nos contaras lo que sabes realmente. Cuando pienso en esa mujer, se me ensombrece el espíritu. No he conseguido superar que tuvieras que irte de aquí como te fuiste, aunque, como bien debes saber, querido, ni por asomo llegaré a creer nunca las infamias que cuentan de ti. El otro día me encontré con el deán en la librería y me preguntó por ti con cariño. Creo que le gustaría que volvieras. ¿Por qué no le escribes? Ha pasado tanto tiempo desde todo aquello...

¿Volver? ¿Volver a Cornford? Sí, quiero volver a esa hermosa catedral, volver a ver los prados de las orillas del Támesis, adonde Henry y yo íbamos a pescar de niños.

Pero ¿podría enfrentarme a eso, ni siquiera ahora después de tanto tiempo?

Recuerdo la última vez que estuve en la catedral. El deán me sugirió con las mejores maneras que sería mejor para mí que renunciara a mi puesto en el coro, con lo que quería decir que sería mejor para la catedral y para él. Se estaba hablando demasiado de mí, y, aunque la policía nunca pudo demostrar nada (no hubo cadáver alguno, claro), la sospecha se pegó a mi persona como el líquen a la corteza de un manzano viejo.

Tenía las maletas hechas; y estaba más que contento de irme. El día de mi partida, fui a la catedral por la mañana, antes de desayunar, como era mi costumbre, a tocar el órgano por última vez. Repasé la *Fantasía en si menor* de Bach, pero me sonó vacía. Me asaltó la sensación de que el pasado es irrecuperable y toqué un movimiento de una sonata de Mendelssohn, aumentando al final el registro hasta llegar al órgano pleno. De pronto, levanté las manos del teclado y me quedé escuchando el sonido, que se perseguía a sí mismo, entrando y saliendo de la nave; medio esperaba que, al desvanecerse la música, oiría una voz que me gritaría desde abajo: «¡Bravo! ¡Oh, bravo, Norman!».

Pero no se oyó voz alguna. Bajé de la tribuna del órgano, avancé por la nave, abrí la puerta de poniente que da a la escalera del tejado y subí sin saber muy bien qué quería hacer allí arriba. Avancé lentamente, paso a paso, por el estrecho pasadizo. Cual inmensas colmenas, las bóvedas se alzaban sobre los arcos de la nave en una larga cadena. Hacía frío. Todo estaba envuelto en una lúgubre luz verdosa. Me quedé unos minutos allí arriba, casi atemorizado. Quería decir su nombre. Pero tenía la boca seca, y no me salía ningún sonido.

Ese mismo día me fui de Cornford y me vine a vivir al oeste. La ciudad de mi juventud, la ciudad que me vio nacer, se me había hecho insoportable; y no he vuelto en todos estos años.

Puede que vuelva ahora. El nombre de la señorita Hargreaves ha entrado ya en la categoría de la leyenda. Y pronto, porque la memoria es tornadiza, caerá en el olvido.

¿Caerá en el olvido? Pero eso, también, es insoportable. ¿Se encontrará ella entre aquellos de quienes «no ha quedado recuerdo, y desaparecieron como si no hubieran existido»? No mientras yo viva.

Por eso aquí ofrezco al lector el relato de un misterio que, tal vez, recuerde si lee la prensa a diario. Lo escribí hace años, parte en Irlanda del Norte, y al repasarlo ahora no veo la necesidad de modificarlo mucho. Estas páginas son únicamente una manera de rememorar a una persona a la que quise. Que el lector me tache de mentiroso; que examine mi historia familiar en busca de signos peculiares: estoy preparado.

Lo único que le pido es esto: que, si por casualidad nos encontramos un día brindando en algún lugar, alce conmigo su copa y diga: «¡Por la señorita Hargreaves!».

I



Cuando escribía redacciones en la escuela siempre me decían que empezara por el principio y terminara por el final. No estoy tan seguro de que esta historia tenga un final. Y en cuanto al principio... Bueno, en mi opinión, realmente empieza, como yo mismo, con mi padre. En cualquier caso, por ahí es por donde voy a empezar.

Permítanme que se lo presente. Cornelius Huntley, la gran especialidad de Cornford desde todo punto de vista. Es propietario de una librería de lance, que regenta él mismo. Si conocen la ciudad, sin duda habrán pasado por el número 17 de la calle Wells, la callejuela que sale del antiguo mercado de la plaza Disraeli.

La librería Huntley es tan bien conocida como la catedral. La mayor parte de los días trabajo allí con mi padre, excepto las horas que dedico al estudio de la música. Vendemos todo tipo de libros, modernos y antiguos, en cualquier lengua. Aunque sea yo quien lo diga, Cornelius Huntley sabe mucho más de libros de lo que uno se imagina al escuchar sus enmarañadas palabras.

En este punto creo que entra Henry. Henry Beddow es mi amigo más antiguo; fuimos a la escuela juntos y todo lo demás. Tiene mi misma edad, pero le gustan las faldas más que a mí. Cabello y ojos muy negros, bonitos dientes y un estilo más bien bravucón que podría llevarle hasta el mismo Palacio de Buckingham. Juega muy bien al fútbol y es un buen nadador. A mí nunca se me dio bien el fútbol. Una vez hice un esfuerzo fenomenal y marqué un gol; por desgracia fue en propia meta. Qué vergüenza.

Lo que realmente nos une es que los dos tenemos una imaginación calenturienta. Y también nos gusta darle uso. Voy a contarles una anécdota que viene al caso y que me parece que es importante para el futuro, aunque no quiero convertir este libro en una autobiografía.

Cuando éramos niños, los domingos por la mañana a Henry y a mí nos mandaban a la catedral. Nuestros padres iban al servicio religioso de la tarde. Pasado un tiempo empezamos a cansarnos de pasar una hora y media metidos en la catedral cuando fuera hacía una hermosa mañana de verano. Y un domingo, a la hora de la letanía, nos salimos y pasamos el tiempo pescando anguilas. Mientras pescábamos nos inventamos el sermón, sabiendo que, como siempre hacían, nos preguntarían de qué trataba.

—Mientras tengamos un buen pasaje —observó Henry—, no se preocuparán por saber el resto. Siempre quieren saber el pasaje que se ha comentado en el sermón.

Me puse a pensar, y de pronto dije:

—¿Qué te parece «Sirve también quien solo está y espera»^[1]?

—¡Chipén! —dijo Henry.

—No sé de dónde viene.

—Pues di que es de Isaías —sugirió Henry—. Todos los trozos que recuerda la gente son siempre de Isaías.

Bueno, pues, aparte de que mi padre comentara que era un poco raro que eligieran un verso de Wordsworth para el sermón, se lo tragaron. Pero lo raro de verdad fue esto: al domingo siguiente fuimos al servicio de la mañana porque llovía y no parecía que hubiera mucho más que hacer. Y créase o no, el canónigo Mercer —que era lo que se dice un «moderno»— utilizó ese verso como base para su sermón. No sé qué me chocó más, si ver que lo que nos habíamos inventado se hacía realidad o darme cuenta de que habíamos citado un verso de Milton como si fuera de la Biblia.

Más tarde, en parte porque quería señalarle que se había equivocado al decir que el verso era de Wordsworth, le confesé a mi padre nuestra invención. Y me respondió algo muy extraño.

—Ten cuidado con lo que te inventas, hijo. En la vida hay más cosas inventadas de lo que la gente cree. Ten cuidado con esos «impulsos». Pueden volverse en tu contra.

Muchas veces pienso que lo único que consiguió mi padre con aquel consejo fue animarme a inventarme cosas nuevas y cada vez más atrevidas. En cualquier caso, me acostumbré a inventarme historias, y llegué incluso a referirme a gente desconocida, de la que ni siquiera había oído hablar, solo para divertirme. Por lo general, Henry era mi cómplice; le faltaba mi iniciativa, pero era muy bueno a la hora de desarrollar los temas que yo empezaba. En una ocasión me inventé un antepasado, el maestro Philip Hayes. Era, decía yo, el organista más grueso de toda la historia de la Universidad de Oxford; escribía himnos y criaba conejos. Pasado algún tiempo, tocaron un himno suyo en la catedral. Lo curioso es que ahora ya no recuerdo si el tipo es antepasado mío o no.

Llámenme mentiroso si quieren, aunque es un hecho real que nunca mentí para escaparme de las cosas, sino para meterme en ellas. A veces pienso que todos aquellos libros de la tienda de mi padre me llevaron por el mal camino. Los libros realmente le desencaminan a uno. O sea, miren a mi padre. Si hay algún hombre que disfrute más que él inventándose cosas, me gustaría conocerlo. Me cuesta decir cuántas veces le he oído hablar con los clientes de sitios en los que no ha estado, y ha desarrollado un talento especial para descubrir primero si han estado ellos. Le he oído hablar de las islas del Caribe, del Everest (no de la cima; tuvo el cuidado de detenerse a los cuatro mil quinientos metros), Finlandia, el Amazonas y la torre Eiffel. En realidad, nació en Cornford y nunca ha ido más allá de Londres por el este (creo que subió al Monument^[2]), de las Islas del Canal por el sur y de Plymouth por el oeste. Nunca fue al norte.

Ese es mi padre, y supongo que algo he heredado de él.

Henry también trabaja en el negocio de su padre, un gran taller mecánico que está en la calle Mayor. Está aprendiendo el oficio desde abajo, ya que su padre cree que uno debe subir peldaño a peldaño, sin saltarse uno, y todo eso. «No existen los caminos alfombrados al éxito», repite constantemente.

El agosto pasado, Henry me preguntó si quería ir a Irlanda del Norte con él. Un primo suyo le dejaba su casa y su coche durante ese mes.

—Tiene una vieja criada que le lleva la casa y, por supuesto, el sitio es fabuloso, entre montañas y tal. ¿Qué me dices? El cacharro es un Hillman.

Le dije que sí, cómo no. Y allá nos fuimos.

Lusk, el pueblo donde vive el primo Bill, como la mayoría de los pueblos irlandeses, no es más que una calle, muy ancha, con dos hileras de casas, cuatro tiendas, una iglesia y un pub, que no abre los domingos, a no ser que sepas la contraseña de los lugareños. Estábamos a muchos kilómetros de cualquier ciudad.

La casa se encontraba en un valle, bastante cerca del río, y estaba rodeada de maizales. Había varios pavos blancos, una araucaria y un jardín lleno de grava. La casa apenas tenía muebles, y olía a lámparas de queroseno y a perros. La criada del primo de Bill tenía una habitación en la parte trasera; cuando llegamos estaba ya en la cama y pasó un buen rato hasta que cayó en quiénes éramos. Era muy mayor y tenía los dientes torcidos y una voz chillona y aflautada. No había qué comer en la casa, a excepción de un pan, amarillo como la mostaza, de fabricación casera, que sabía agrio.

No voy a contar mucho de las vacaciones, baste con decir que fue un mes maravilloso y que lo pasamos en grande, aunque llovió la mayor parte del tiempo. Le hicimos muchos kilómetros al coche, nadamos en el río, nos entretuvimos con la vieja barca de un granjero de los alrededores que no era más grande que una bañera, y pasamos muchas noches en el hotel de Dungannon, bebiendo whisky irlandés y echándole los tejos a una chica con bastante desparpajo que a Henry le hacía tilín. Subimos a las montañas Mourne y cantamos las canciones correspondientes al llegar a la cumbre, aunque no nos acordábamos bien de las letras.

Por alguna razón desconocida, apenas paramos en el propio Lusk. Henry lo despachó en un segundo:

—El culo del mundo.

He de decir, sin embargo, que no olía mal. Pero la última tarde decidimos que, tal vez, habíamos sido un poco injustos con el pueblo.

Y, por una vez, en lugar de irnos con el coche, estuvimos andando todo el día. Hacia las siete de la tarde volvimos a Lusk de camino a casa. Estábamos pasando por delante de la iglesia, un edificio de piedra bastante feo con una torre cuadrada de aspecto primitivo, cuando Henry dijo:

—Creo que deberíamos echarle un vistazo. Igual dentro hay alguna de esas placas

conmemorativas de latón que merezca la pena.

—No me gustan las placas —dije yo—. Pero entiendo lo que dices.

—Tenemos que ver cómo es.

—Ya lo estoy viendo —dije.

—Vete a saber, igual dentro tiene algo interesante —insistió Henry, testarudo como es. El cielo se había oscurecido y empezaba a llover, y entonces añadió—: Pues, ya que tenemos que refugiarnos de la lluvia, por qué no ahí mismo. Venga, vamos. No pongas esa cara tan lúgubre.

—No me gusta Lusk —me quejé—. Me da la sensación de que nos tienen manía o algo así.

Y realmente me parecía que el pueblo estaba embrujado, sobre todo en ese momento, cubierto con esos nubarrones negros, aquella calle absurdamente ancha completamente desierta, las hileras de casas de pizarra, la carnicería con tan solo un hacha en el escaparate y un roble gigante en el medio de la calle, cercado con una verja de hierro, como para evitar que se escapara. No entendía qué pintaba allí.

Bueno, pues antes de decir nada más, empezó a jarrear, así que corrí detrás de Henry por el camino de grava hasta el pórtico de poniente.

—¡Vaya! Está cerrada —dijo Henry.

—Bueno, así ya no tenemos que decidir si entramos o no —respondí yo, en tono más alegre. No sé por qué, pero cada vez me apetecía menos entrar en la iglesia—. Esperemos aquí —sugerí—, hasta que deje de llover. Luego nos vamos a casa, cogemos el coche y nos corremos la última en el hotel de Dungannon.

Aquí hace su aparición la cabezonería de Henry.

—Igual está abierta alguna de las otras puertas —dijo. Echó a correr, dio la vuelta a la torre, y lo oí forcejear con el picaporte de la puerta norte—. Nada —dijo en tono quejumbroso al volver—. Lo que yo te diga, debería darles vergüenza, cerrar a cal y canto las iglesias.

—¿Y por qué no iban a cerrarlas?

—Bueno, ya lo ves, qué inconveniente resulta cuando te quieres refugiar de la lluvia. Además, es malo para la religión, sin duda, malísimo.

La lluvia amainó un poco.

—Venga —dije—, mejor nos vamos antes de que caiga otro chaparrón.

—No —dijo Henry—. No sé por qué no nos dejan entrar en este edificio tan horroroso, ni la más remota idea.

—Pero si ni siquiera es tu iglesia —intenté razonar.

—Es la iglesia de todos —alegó Henry.

—No —respondí yo—. Es de Irlanda. Eso dice en el cartel.

—Bueno, pero estamos en Irlanda, ¿no? Voy a ver si puedo encontrar la llave.

Estábamos calentando motores para pelearnos de verdad cuando apareció un hombre por la esquina empujando una carretilla con un cepillo encima. Parecía desilusionado, pero tal vez no fuera sino el resultado de una ligera bizquera. Se daba

uno cuenta de que deseaba fervientemente que lo admiraran. Se le veía en la cara lo solo que estaba. Llevaba un delantal verde de una tela fuerte y tenía maneras de sepulturero. O sea, cuando te miraba era obvio que te estaba relacionando con la tierra y calculando si cabrías en el hoyo.

—¿Es usted el sacristán? —le preguntó Henry.

Sí, sí lo era. Y ¿deseaban los caballeros ver la iglesia? Su voz tenía algo de suplicante. Me imagino que nunca nadie había querido ver más de la iglesia de lo que se veía desde fuera.

—Eso es exactamente lo que estábamos deseando —dijo Henry.

—Lo dirás por ti —musité, mirando sombrío las hojas muertas amontonadas en la carretilla. Me invadió un gran desconsuelo. Un aire de desolación lo envolvía todo, una sensación de final de vacaciones.

—Aquí a mi amigo —comentó Henry, con una más que desagradable claridad— le interesan las iglesias antiguas.

Fue sorprendente lo rápido que se animó el sacristán; me dedicó una espantosa sonrisa, como si acabara de toparse con un viejo amigo.

—Pues no habían podido venir a un sitio mejor —dijo—. Esta iglesia es muy antigua, la consagró el obispo de Armagh en 1863. Antes de nacer yo.

De algún lugar de debajo del delantal se sacó una llave colosal y, girándola en la cerradura, abrió la puerta con un ademán de triunfo. Dentro del pórtico, haciendo una fuerza casi febril, separó unas gruesas cortinas rojas, polvorientas y moteadas de ennegrecidas flores de lis. Lanzándose contra la puerta interior, extendió un brazo y, como un ilusionista sacándose un conejo del sombrero, nos instó a inspeccionar y a admirarnos.

Entramos.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Por favor, no te olvides de dónde te encuentras, Norman —me dijo Henry.

Esto es lo que puedo decir de la iglesia de Lusk: era lo bastante fea para ser razonablemente graciosa, lo cual ya era algo.

Antes de que pudiéramos darnos la vuelta e irnos, el Bizco nos agarró por el brazo y nos arrastró por la nave, comentando efusivamente los tesoros que tenía bajo su custodia.

—Estos bancos son un motivo de orgullo para los del pueblo; digo yo que son unas piezas de madera muy hermosas.

Toqué uno y me dio un escalofrío. Eran de roble envejecido y tenían unos armaritos con pestillos de hierro oxidado. Eran muy altos; te daba la impresión de que podían contener paja, como si fueran pesebres. Alcé la vista hacia el coro alto. Aparte de las escobas y recogedores dejados allí por quien hiciera la limpieza, la única curiosidad eran unas mesas plegables apiladas en una esquina. Me volví hacia el presbiterio, esperando encontrar algo, por pequeño que fuera, que poder alabar. Pero allí todavía era peor: un altar de color verde alga, flores secas, candelabros de latón

que parecían cubiertos de líquenes, un órgano de pino tea con una pirámide de tubos mudos erguidos sobre una consola llena de grasa de velas, «Sanctus, Sanctus, Sanctus», pintarrajeado en letras góticas cromadas en las paredes del coro bajo, una pintura mural de querubines que recordaban a los pollitos de algodón de los huevos de Pascua, unos cristales que más que estar coloreados parecían sucios, los destrozados cantorales y los aún más destrozados reclinatorios; era una iglesia espantosa. Pero tenía, a Dios gracias, dos cosas que la salvaban: las dos fundas que cubrían, protegiéndolos del polvo, el facistol y el púlpito. En cierto modo, uno se sentía más seguro con las fundas puestas.

Mientras tanto el Bizco no dejaba de cantar las alabanzas del templo.

—Les ruego que observen las hermosas inscripciones y decoraciones del coro. «Vi al Señor sentado en su Trono». ¿Les gusta?

Aquel hombre silbaba como los gansos, en especial cuando quería mostrar su entusiasmo por algo.

—Bonitos en verdad —dije.

—Originales —dijo Henry.

—Poco comunes, en cierto sentido.

—Llenos de sentimiento.

—Asquerosamente... —dije.

—La pila bautismal es soberbia —dijo Henry, mirándome furioso.

—La reja del coro —añadí— es sin duda única, peculiar.

—Aquí creemos —dijo el Bizco con la mayor sencillez, juntando las manos y mirando al suelo—, creemos que toda la iglesia es única.

Seguimos avanzando por la nave hasta que llegamos al facistol. Empezaba a oscurecer: oíamos el tamborileo de la lluvia en el tejado. Me vine abajo. Aquel lugar era deprimente, no sé explicar por qué. El sacristán se colocó al lado del facistol cubierto y, agarrando con una mano una esquina de la sábana, esperó a que nos acercáramos para descubrir lo que yo ya sabía que sería un nuevo horror.

—Oye —me susurró Henry—, este sitio es espantoso. Vámonos ya.

—¡Vaya, hombre! —dije—. Te recuerdo que fuiste tú quien te empeñaste en entrar. Pues ahora tendremos que aguantar hasta el final.

El Bizco esperaba pacientemente al lado del facistol. No es fácil explicar la horrible desazón que se apoderó de nosotros. «Este será un día que no olvidaremos nunca», me dije, y según me lo decía, pensé: «Bueno, pues por qué no hacerlo memorable de verdad. Ya puestos, a ver si podemos divertirnos un rato».

Divertirnos. ¡Dios mío! ¡Si lo hubiera sabido!

De pronto el sacristán apartó la sábana y descubrió el facistol, obviamente su pieza favorita. Vimos algún tipo de ave fundida en bronce con una expresión de avaricia, con uno de los ojos ladeado, como si temiera que alguien se llevara la Biblia, o, tal vez, como si esperara que alguien viniera a llevársela. No era fácil saberlo: la expresión era ambigua por demás.

—Pues este fantástico facistol que tenemos aquí —dijo el Bizco— fue una ofrenda de los feligreses en memoria del difunto reverendo Archer, fue cuarenta años párroco de esta iglesia y falleció en 1925. —Resopló y nos miró fijamente—. Tengan la amabilidad de leer la inscripción. El reverendo Archer fue un buen hombre.

—Querido reverendo Archer —dije.

Nada más. Y lo dije sin pensarlo. Ni siquiera me di cuenta de que había plantado la semilla.

«Querido reverendo Archer», así, solo eso. Qué extraño cómo estas tres simples palabras afectaron al sacristán.

—¿Es que era usted amigo del difunto reverendo Archer, a quien tanto queríamos? —dijo entre dientes.

Yo mostré cautela.

—No, no, qué va —respondí—. Pero he oído hablar mucho de él. ¿No es verdad, Henry?

—Desde luego —dijo Henry, en tono alegre. Siempre era así de rápido.

—¡Oh! ¿De veras? —exclamó el sacristán encantado y apartó la sábana que tapaba el púlpito—. Un amigo del reverendo Archer es amigo de Lusk.

Acaricié distraídamente la bronceada cola del pájaro.

—Le repito que no conocí personalmente al reverendo Archer. Pero tengo una buena amiga que lo trató mucho... —Clavé la vista en la plancha de bronce, y añadí —: En su época de Cambridge.

—Oxford —dijo Henry, tomando él mismo la iniciativa, lo que me dio mucha rabia.

—Cambridge, he dicho —afirmé en tono ácido—, y eso es lo que es.

El sacristán pareció no oírnos.

—El reverendo Archer fue nuestro querido párroco —dijo, en un soñador siseo, hablando por la nariz como en un *hwyl* galés^[3]—. No hubo en el pueblo un hombre más respetado. Era un hombre encantador y de lo más generoso con el dinero. Y sus hijas. ¡Ah! Sus hijas eran las más adorables criaturas.

—Espere —dije, mordiéndome el labio y mirando al techo, como con cara de recordar—. Eran cuatro, ¿no?

—Tres —respondió el sacristán.

Fruncí el gesto.

—¿No eran cuatro?

Era molesto que le contradijeran a uno.

—Sí, eso es, caballero —dijo el sacristán—. Cuatro, eso... Cuatro hermosas criaturas. Estaba la señorita Emily, estaba la señorita Angela, estaba la señorita Dorothea y... y... estaba, estaba... —Se calló, me miró con recelo y exclamó en tono brusco—: ¡Tres! ¡Solo eran tres!

—Se olvida, sin duda, de la señorita Seraphica —le corregí con la mayor delicadeza.

—¡Ay! Siempre se olvidaban de la señorita Seraphica —dijo Henry muy serio.

—Lo que no dejaba de ser normal. Murió en la más completa oscuridad —le recordé.

—Puede que la haya olvidado —dijo el Bizco, y suspiró—. Mi memoria ya no es lo que era, por desgracia.

Le di gracias a Dios por la mala memoria del hombre y luego le pregunté a este qué había sido de las hijas del reverendo Archer que aún vivían.

—La señorita Emily —me dijo— es profesora en Belfast. Es encantadora y me escribe siempre por Navidad. La señorita Angela se casó con un militar llamado... llamado...

Henry enseguida aprovechó la mala memoria del sacristán.

—¿Capitán Road? —sugirió—. De la marina.

—Es posible —dijo el sacristán—. Y la señorita Dorothea se fue a vivir con una tía que tenían en América. Era la más guapa. ¡Y se fue! —Agitó el brazo en el aire, en un gesto lastimero.

—¿En Baltimore, tal vez? —susurré.

—Eso es —dijo el sacristán.

Suspiré.

—¡Ay, ay! Llevaba tanto tiempo deseando ver la iglesia del reverendo Archer. Y aquí estamos. ¿No estás emocionado, Henry?

Henry se llevó el pañuelo a los ojos y declaró que en su vida se había emocionado así.

—Si me hubieran dicho que dos caballeros que conocieron al reverendo Archer iban a entrar en esta iglesia hoy por la tarde, no me lo habría creído. ¡No, claro que no! Santo Dios, ¡no!

Le volví a recordar que yo no lo había conocido personalmente. Pero él pasó por alto mi comentario y empezó a hablarnos de la patena.

—Es del oro más puro y tiene incrustaciones de ónice, ópalo y ágata. Si tienen la bondad de acompañarme, se la enseñaré. El reverendo Archer la donó a la iglesia. ¡Dios mío! ¡Y es una patena muy hermosa!

Lo seguimos hasta la sacristía, mucho menos deprimidos. Mientras examinábamos la patena, me inventé unas cuantas cosas más sobre el reverendo Archer. Sugerí que había publicado un libro de himnos y que le gustaba mucho la pesca. Tuve que animarlo un poco, pero el sacristán no tardó en afirmar que así era.

Unos veinte minutos después, cuando por fin llegamos a la entrada de poniente, seguíamos hablando con el mayor entusiasmo del reverendo. Henry se apartó un poco de nosotros e intentó reprimir una carcajada tapándose la boca con un pañuelo. Así es él, siento decirlo; no es completamente de fiar.

—Y ahora —dijo el sacristán—, si es tan amable de decirme cómo se llama, la próxima vez que escriba a la señorita Angela le diré que un amigo de su querido padre ha...

—Le digo que no conocía al reverendo Archer —le interrumpí en tono brusco.

De pronto la alegre sonrisa del sacristán se desvaneció y se sonrojó, enfadado.

—Entonces no conocía al reverendo —susurró—. ¡Dios mío! ¡Y para eso les enseño yo la patena!

—Lo conocía alguien a quien yo aprecio mucho —le expliqué.

Volvió a alegrarsele la cara.

—¡Ah! ¡Era un amigo suyo quien lo conocía! ¿Y cómo se llama su amigo?

—Amiga —le corregí, bruscamente. Me callé un instante y continué—: Es una dama, la señorita Hargreaves. —Y añadí—: Connie, Connie Hargreaves.

Me pareció sentir que algo se removía en el aire dentro de la iglesia, como si... ¿como si qué? Como si alguien abriera un paraguas viejo. Eché un vistazo, pero no vi nada fuera de lo normal. Un débil rayo de sol asomó entre las oscuras nubes e iluminó el polvo de las tribunas. Me di cuenta de que estaba temblando. Y también sudaba. No había duda, me encontraba precariamente al borde de uno de mis «impulsos». Recordé el viejo consejo de mi padre. Pero ya no servía de mucho. Cuando empiezas, no puedes dar marcha atrás. Me enjuagué la frente con el pañuelo y le sonreí al sacristán. Sabía que solo me quedaban fuerzas para moverme en una dirección.

—La señorita Connie Hargreaves —repitió Henry.

—La señorita Connie Hargreaves —le imitó el sacristán.

—Que vive en Rutlandshire —añadí.

—Y conoció al reverendo Archer hace muchos, muchos años —dijo Henry—. Mucho antes de que impusieran el cambio de hora y esas cosas.

—Amigos de infancia —continué yo, alegremente. Sentía que le había cogido el ritmo—. No volvieron a verse desde aquellos lejanos días felices. Cuántas anécdotas del reverendo, muchísimas, y todas ellas deliciosas, me habrá contado la señorita Hargreaves.

—¿Y esa dama, esa señorita Hargreaves, vive todavía?

—Precisamente, no tiene más de diez minutos —dijo Henry.

Le pisé un pie con todas mis fuerzas.

—Un alma juvenil —dije—. Es poetisa —añadí en tono soñador.

—Tiene que ser ya muy mayor —dijo el Bizco—. Ochenta y tantos tendrá.

—Casi noventa —dijo Henry.

—Tiene un poco de artritis —dije—, pero nada importante.

Por fin salimos de la iglesia.

—Tiene que decirme la dirección de su amiga —dijo el sacristán—, para dársela a la señorita Angela. Le gusta mantener el contacto con los viejos amigos del reverendo.

Me saqué del bolsillo una pequeña libreta, empecé a escribir y dije:

—Henry, ¿es el 28 o el 29 de Dawsington Road?

—¡Oh! —respondió él con la mayor soltura—, en Oakham la conoce todo el

mundo, así que no te preocupes por el número. En cualquier caso, el nombre de la casa es Sable Lodge, y con eso es más que suficiente.

—Claro —susurré.

Y luego escribí en la hoja: «Señorita Constance Hargreaves. Sable Lodge. Oakham, Rutlandshire». Hecho lo cual se la entregué al sacristán.

—Qué día más feliz este —dijo cuando nos alejábamos despacio por el camino.

—Es sobrina del duque de Grosvenor —apuntó Henry.

—Y escribe poesía —añadí yo.

—¡Bravo, Norman! —dijo Henry cuando por fin paramos de reírnos—. Me parece que la conozco de toda la vida.

Yo me mostré modesto y dije:

—No es del todo mía. Tus aportaciones han sido de gran ayuda.

—Supongo que estás de acuerdo con que sea pariente de Grosvenor.

—Pues ¡claro! Eso ha sido de primera. Sobresaliente.

—Bueno, pero sigues siendo tú quien la ha creado.

—Pues sí, eso me temo —dije.

—¿Te lo temes? ¿Por qué?

—¡Oh! No sé.

Un mendigo iba calle arriba tocando *Over the Sea to Skye*^[4] con un flautín barato. Le di seis peniques y agarré a Henry por el brazo, diciéndole:

—Vámonos a Dungannon, venga.

Pasamos el resto de la velada en Dungannon, y la señorita Hargreaves fue nuestro único tema de conversación. Después de varias copas de jerez, descubrimos que había viajado mucho más y también que tenía más talentos de los que habíamos supuesto al principio.

—Y pasa los inviernos en el sur de Francia, claro —dijo Henry.

—Es una maravilla —dije yo— que viaje siempre con su cacatúa. Se la lleva a todas partes.

—¿Te refieres a Hector?

—Maese Pepusch —le corregí—. Hector, ¿recuerdas?, murió de psitacosis.

Henry frunció el ceño, incierto.

—¿Maese Pepusch?

—Mmm... Pepusch, ¿no te acuerdas?, el que compuso la *Ópera del mendigo*, tenía un loro que cantaba un aire de una de las óperas de Haendel. La señorita Hargreaves le puso su nombre a su pájaro. Le gusta mucho la música.

—Me gustaría saber quién es esa mujer de la que tanto hablan —dijo la chica que atendía la barra.

—No es una mujer cualquiera —dijo Henry—. Es sobrina del duque de Grosvenor. Así que cuidado con lo que dices.

La chica parecía impresionada.

Henryapuró su copa.

—¿Le van los caballos o los perros? —susurró.

—Los perros —dije—. Tiene una hembra de Bedlington, que se llama Sarah. ¿No recuerdas cuando se metió en uno de los relojes de pie del duque y luego no podía salir?

—Me acuerdo de las acuarelas que pintaba la señorita Hargreaves, eran muy bonitas —musitó Henry, inclinando la copa y alargándola hacia la chica para que se la llenara.

—Pero le gusta más la poesía que la pintura —le recordé—. Algunos de sus poemas, ¿te acuerdas de *Gavillas al borde del camino*?, no tenían nada que envidiarle a los de la inmortal Ella.

—¿Ella Wheeler Wilcox?

—Exactamente. Póngame otro jerez, señorita.

—Y la música... la música para ella es algo más que una mera afición.

—Claro. Corre por sus venas —dije y añadí—: Y esto me recuerda que tal vez haya sido un error darle al sacristán la dirección de su casa.

—¿Ah sí? ¿Es que está de viaje?

—Sin duda. Acabará de salir hacia el Festival de los Tres Coros. No falta nunca.

—¡Qué tonto, lo había olvidado!

Henry le pidió a la chica que le consiguiera una guía de la Asociación Automovilística.

—¿En cuál de las tres ciudades se celebra el Festival este año? —me preguntó Henry.

—Hereford.

Pasé las páginas de la guía, y la cerré con un golpe seco, decidido.

—Supongo que se alojará, como siempre, en el hotel Manor Court, ¿no? —dije.

—Claro, es como su segunda casa —respondió Henry—. ¿Dicen algo de lo que cobran por llevar perros?

—A ver... Dos chelines y seis peniques por día.

—¿Cuántas estrellas?

—Cinco.

—Qué pena. Deberían ser seis. ¿Dicen algo de las cacatúas?

—Nada, ni palabra. Pero, claro, hace años que ella tiene un acuerdo especial con el director del hotel.

Nos quedamos callados un rato. Creo que estábamos impresionados de nosotros mismos, pero sobre todo nos impresionaba aquella señorita Hargreaves.

—Y supongo que luego se irá directamente a Bath, como acostumbra.

—No creo que nada se lo impida —dijo Henry.

Ni yo tampoco.

Cuando me estaba echando las sábanas por encima de la cabeza, nublado el pensamiento con los vapores etílicos, Henry, que nunca puede poner fin a una buena broma, asomó la cabeza por detrás de la puerta.

—Deberías escribirle —dijo—, y decirle que por fin has estado en la iglesia del reverendo Archer. Le encantará saberlo.

—Claro —susurré entre sueños—. Mañana le escribo.

2 de septiembre, 38 London Road, Cornford, Bucks

Querida señorita Hargreaves:

Ha pasado algún tiempo desde la última vez que le escribí. Estoy a punto de poner fin a unas vacaciones en Irlanda del Norte, y siento que debo enviarle unas líneas desde un lugar tan lleno de recuerdos de su viejo amigo el reverendo Archer. Tanto me ha hablado de él que ayer, cuando estuve en la iglesia de Lusk, casi me pareció que yo mismo lo había conocido. El sacristán se puso muy contento cuando le hablé de usted, aunque no recordaba su nombre.

¿Cómo se encuentra mi querida amiga? Supongo que estará asistiendo al Festival de los Tres Coros, como siempre, y por eso le dirijo esta carta al hotel Manor Court de Hereford, sabiendo que es donde se hospeda siempre. Me gustaría tener noticias tuyas. ¿Va a ir a Bath, como suele?

Ya sabe que en Cornford la esperamos con los brazos abiertos cuando quiera venir a pasar unos días. Mi padre y mi madre llevan bastante tiempo esperando conocerla, y ni que decir tiene que la invitación es extensiva a Sarah y a Maese Pepusch. Envíeme una nota en el momento en que le apetezca venir.

Un afectuoso saludo,
siempre suyo,

NORMAN HUNTLEY

—Deberías poner «Mi» querida señorita Hargreaves —dijo Henry cuando acabó de leer la carta.

—¡Ah! ¿Tú crees? Me inclinaba a pensar que sonaría demasiado informal.

—¡Demasiado informal! Pero, querido Norman, se trata de una vieja amiga.

—¿Estás de acuerdo en que el saludo debe ser afectuoso?

—Afectuosísimo.

Cerré el sobre y lo dirigí al hotel Manor Court, Hereford. La echamos al correo antes de salir, con la idea de que llevara el matasellos de Lusk.

Esa noche dejamos el Ulster. Mientras salíamos del puerto de Belfast, apoyados en la barandilla de cubierta, mirando las luces del muelle, un poco tristes porque las vacaciones en Irlanda habían terminado, Henry me dijo:

—Me imagino que la carta estará meses en el casillero. Sería interesante pasarse dentro de un año y ver si todavía sigue allí.

No podía dejar pasar esto.

—¿Por qué iba a estar allí? —le pregunté—. Si la señorita Hargreaves no ha llegado todavía, llegará mañana o pasado.

—Lo siento —se apresuró a contestar Henry—. Por un instante supuse que no existía. Ya sabes, absurdas fantasías que se le pasan a uno por la cabeza.

—Pues yo lo llamo falta de respeto —dije—, y del peor gusto. Solo lo puedes

arreglar bajando conmigo al bar e invitándome a una copa a su salud.

Bajamos y pedimos dos ginebras dobles.

—Por la señorita Hargreaves —dijo Henry con la mayor solemnidad.

—¡Que viva muchos años!

Bebimos.

II



Henry volvió directamente a Cornford, pero yo no. Yo le había prometido a mi madre que pasaría un día o así con la tía Flossie, que vive en Doncaster, y es un viejecita muy simpática, para lo que suelen ser las tías.

Desayuné con Henry en la estación de Liverpool y lo acompañé a tomar el tren de Londres.

—Bueno, muchacho —dijo, montándose en el vagón y dejando la maleta en la rejilla—. Han sido unas vacaciones muy buenas.

—Con un final grandioso —dije yo.

—Tengo una idea. La próxima vez que vayamos juntos de vacaciones nos llevaremos a Connie. Le daremos ese gusto a la pobre. —Se pasó la pipa de un lado al otro de la boca; siempre lo hace cuando está contento consigo mismo. Y luego añadió—: Me gustaría llevármela de parranda.

—Mejor dejarla donde está —dije yo—. Bien escondida en la cabeza de su creador.

—¿Y mi cabeza qué?

—¿La tuya?

—Sí, también está en la mía. Te has desprendido de ella, ¿o no? Ya no es propiedad exclusiva tuya.

El jefe de estación bajó la bandera. Y Henry añadió:

—Bueno, seguramente estará de camino a Bath. ¡Hasta luego! Nos vemos dentro de uno o dos días.

El tren arrancó. Y Henry me gritó:

—Diría yo que debe de ser la única persona que viaja con su propia bañera, ¿no?

—¿Te refieres a la que le regaló el reverendo Archer hace sesenta años? —le grité.

Henry se rio y metió la cabeza dentro del tren.

Yo me fui en busca de mi andén, preguntándome por qué le habría dado un baño el reverendo a la señorita Hargreaves, o sea, claro, por qué le habría regalado una bañera, y no por qué la habría bañado; aunque, que yo supiera, igual la había bañado. Bueno, una extravagancia. Pero, sin duda, la señorita Hargreaves era una excéntrica.

No hace falta que cuente nada de mi tía Flossie, pues no tiene nada que ver con esta historia. Dos días después, seguí mi viaje hacia el sur y llegué a Cornford hacia las siete de la tarde. Era un maravilloso atardecer de septiembre, y Cornford ofrecía su mejor panorama: las rojas fachadas de ladrillo iluminadas por el sol poniente y las campanas de la iglesia tocando *Hogar, dulce hogar*, como todos los sábados al caer la tarde, cuando todo el mundo está en la calle y nadie parece tener mucho interés en

volver al hogar. Supongo que es una especie de aviso para los jovencitos eufóricos, que la iglesia expulsa en el momento más crucial de la semana, pues cualquiera que viva en una ciudad provinciana sabe que eso es la noche del sábado.

Sí, era una tarde encantadora; los puestos de flores del mercado, llenos de dalias, ásteres y margaritas de otoño. Todo el mundo parecía contento, a excepción de una joven de gesto adusto que vendía folletos políticos en un puesto —algo sobre Marx, pero no sobre los hermanos, sino sobre el alemán ese por el que empezó todo el jaleo en Rusia—. Me dio pena aquella chica: le hacía falta comerse un buen chuleton y que le diera el aire; se veía a la legua. Hordas de muchachos y muchachas rondaban, ociosos, por las calles; en la plaza Disraeli, se aglomeraban alrededor de un negro que vendía no sé qué remedio para los pies. La clientela del pub El Cisne rebosaba de sus puertas, y la cerveza se derramaba en la acera. Y, como remate, la aguja de la catedral, indulgente y amable, o, al menos, lo bastante para decir: «Os conozco bien, hijos míos; hace siglos también rondabais por las calles los sábados por la noche. Sois los mismos; no habéis cambiado nada». Estaba contentísimo de haber vuelto. Como en casa, en ningún sitio; digan lo que digan, en ningún sitio se está mejor que en casa. El otoño se sentía en el aire; no era una sensación triste, sino de apacible abundancia. Me gusta el otoño, no me deprime. Me gusta pensar en las noches de invierno, esas noches en las que han encendido las grandes estufas de carbón en la catedral, y no entran más de dos personas a oír el oficio de la tarde.

Me pasé por la tienda, pensando que quería ver a mi padre antes de dirigirme al número 38. No vivimos encima de la tienda, claro está. Hay demasiados libros.

Padre resolvía un problema de ajedrez en su rincón favorito. Estaba él solo en la tienda. Es curioso, pero nadie compra libros los sábados por la tarde.

—Hola, papá —dije.

Tardó un rato en alzar la vista o responder. Yo me senté y esperé, observando que en el mes que había estado fuera el sol se había movido desde los estantes de teología, debajo la escalera, hasta los de topografía, al lado de la chimenea. El color era intenso, precioso; te daban ganas de mirar los libros.

Por fin, padre dijo:

—Hola, Norman. ¿Tenemos por algún lado un ejemplar del *Shakespeare* de Kelmscott?

—He tenido unas vacaciones fabulosas.

—¿Ah, sí? Siempre me gustó Irlanda.

—No sabía que habías estado.

—He leído al respecto. Cómo se llama el sujeto... Moore, ¿no? O Scott. Y me la conozco perfectamente en el mapa. Pásame ese peón, ¿quieres? ¿Sabes adónde habrá ido a parar la reina roja? La he tenido que sustituir por una pinza de la ropa, y es muy incómodo.

—Encontré muy bien a la tía Flossie —dije.

—¿Sí? He tocado mucho el violín mientras estuviste fuera. ¿Y qué me dices? La

alocada de Claribel ha tenido gatitos.

—¡Sigue!

—Sí, la *Sonata Kreutzer*. Qué pieza maravillosa. Me gusta el rondó.

—Pero ¡si tuvo cinco en abril!

—¡Mecachis! Hay un trocito en el movimiento lento que no acaba de salirme. A propósito, ¿tenemos algún ejemplar del *Shakespeare* de Kelmscott?

—¿Has mirado arriba?

—No, todavía no. Pondré a ese diablo de Squeen a buscarlo.

Squeen es el ayudante de mi padre. Los sábados sale antes.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó mi padre.

—Formidable. Irlanda es maravillosa.

—Henry pasó ayer por la tarde por aquí. —Padre se rascó el bigote con la reina blanca—. Y me preguntó si tenía un volumen de poesías de... ¿quién era? Harton, o algo así. Constance Harton. Se titulaba *Gavillas al borde del camino*. ¿O era *Cerillas*? Publicado en 1895. Todavía no he tenido tiempo de buscarlo.

—¡Bah! Henry te está tomando el pelo.

—¿Ah, sí? Pues qué manera más rara de tomármelo. Como encuentre el libro, se lo voy a cobrar igual.

—No lo vas a encontrar. Bueno, me voy a casa. Te veré luego, ¿no?

—Adiós, hijo. Vente luego y echamos una partida de bolos en La Unión.

La Unión Afortunada es un pequeño pub que está en la calle Candole, cerca de casa. Padre lo frecuenta mucho.

—Hasta luego, papá.

«Qué tonto Henry», pensé, bajando por la calle Mayor camino de casa. Es absurdo prolongar ese tipo de bromas, como la de la señorita Hargreaves. Estuvo bien en Lusk, pero ahora, de vuelta en Cornford, le faltaba realidad. Por mí, estaba muerta y enterrada.

Llegué al número 38 de London Road. Es una casa anticuada, alta, con una fachada lisa de ladrillos amarillos y grandes ventanas, de lo más corriente, y un montón de escalones delante de la puerta. En cierto modo es una casa imponente, el viento no se la llevaría, como sucede con tantas de las modernas. Pero, sin duda, es de lo más corriente. Lo pensé especialmente aquella tarde, al compararla con la fantástica casa estilo Reina Ana que tenemos justo enfrente, rodeada de varios acres de terreno, con un espeso triángulo de rododendros en el jardín delantero y dos cancelas. Se llamaba Lessways y era propiedad del cabildo. Llevaba mucho tiempo vacía, y a veces se hablaba de derribarla. Durante algún tiempo hubo unas oficinas diocesanas en la planta baja, pero las habían trasladado y la casa volvió a quedar vacía.

Cuando entré, mi madre y mi hermana Jim se disponían a cenar. Me pareció que estuvieron un poco hurañas conmigo. Nada del cálido recibimiento que uno espera tras un mes de vacaciones fuera; realmente no fue muy entusiasta. Las dos son

bastante informales, en cierto modo, y también muy enérgicas; nada que ver con mi padre. Mi madre es una mujer alta y corpulenta, con algunas canas y lo que se podría denominar una mirada escrutadora; Jim es alta, aunque no corpulenta, pero tiene los mismos ojos de águila de mi madre. Las dos son, en verdad, bastante aguileñas. Aves de presa. Encantadoras. ¡Oh, sí! Terriblemente encantadoras. Pero demasiado perfectas para mi padre y para mí. A las dos les apasionan los juegos de sociedad y las organizaciones: los clubs, los comités y las conversaciones. Pertenecen a todo y tienen una agenda llena de citas. Mi padre, por supuesto, no pertenece a nada, salvo a mi madre y a la librería; y no le gusta mucho salir, si no es al pub de al lado de casa. Un hombre tranquilo es mi padre. Así, pues, somos una familia dividida. Personalmente me gusta; nunca nos hartamos unos de otros.

Tuve que contarles todo lo que hicimos en las vacaciones, claro, y se lo conté todo de principio a fin sin dejarme nada, aunque me salté lo de la señorita Hargreaves; sabía que no entendían esas bromas.

—Y ahora, Norman —dijo mi madre—, tendrás que sentar la cabeza y empezar a trabajar en serio.

A madre le encanta la expresión esa de «sentar la cabeza». A mí no me gusta mucho. Me da la sensación de tener que hacer el pino.

—Marjorie y yo nos hemos apuntado a gimnasia, a una clase de mantenimiento —dijo Jim—. Es una pena que no hagas tú algo parecido; te quitarías un poco de esa panza que tienes.

—No seas grosera, Jim —dije, y me corté un trozo de tarta.

—Espero que este invierno —dijo mi madre— de verdad te prepares para el diploma superior del Real Colegio de Organistas, y no te pases tanto tiempo tocando el piano, acompañando las tonterías de tu padre al violín.

—Eso me recuerda algo —dije—. ¿Dónde están los gatitos de Claribel?

—En la caja de lata que tenías en el internado para guardar las galletas. Es una camada muy mezclada.

—Henry nos dijo que podía colocar dos —dijo mi madre—. A propósito —añadió, y me di cuenta de que miraba a Jim—, ¿quién es esa amiga tuya de la que tanto habla? Alguien que conociste en Irlanda, me imagino. ¿Cómo se llamaba, Jim?

—Era Hargreaves, ¿no?

—Sí, eso es. ¿Quién es, Norman?

—¡Oh! En realidad es una amiga suya. —Me reí, incómodo—. Esta tarta es de primera. ¿La ha hecho Janie?

Janie es nuestra criada.

—Henry dijo con la mayor claridad que era tu amiga. ¿Por qué salió su nombre a relucir?

—¡Ah! Estábamos hablando de Emmeline Pankhurst^[5] y el voto de las mujeres, y entonces...

—¡Ya me acuerdo! Estábamos discutiendo sobre la fecha de la muerte de

Emmeline Pankhurst, y entonces Henry dijo que lo mejor era que se lo preguntáramos a la señorita Hargreaves, que era una gran amiga de Norman. Dijo que ella la había conocido, a Emmeline Pankhurst.

—Así que yo dije: ¿la señorita Hargreaves? No he oído ese nombre en mi vida. Y entonces Henry se puso a hablar de ella muy excitado; dijo que era el norte por el que te guiabas, Norman.

—Nos entró mucha curiosidad, ¿verdad, Jim? Debes de haberla conocido hace poco, ¿no es así, Norman?

Cada vez estaba más incómodo. Mi madre siempre muestra mucho interés por mis amistades; se podría decir que en ese sentido es una mujer moderna: le gusta decir que su puerta está siempre abierta. Sabía que no sería fácil convencerla de que esa persona no existía. Madre y Jim nunca tienen estos «impulsos» y no los entienden.

—Henry os ha tomado el pelo —dije—. No existe esa señorita Hargreaves.

(¿Recuerdan la furia de la señora Gamp, en la novela *Martin Chuzzlewit*, de Dickens, cuando Betsy Prig, refiriéndose a la señora Harris, dice: «No creo que exista una persona así»? Pues por raro que parezca, así me sentí yo).

—De eso nada. No nos estaba tomando el pelo —afirmó tajante, mi madre, no sin cierto desdén—. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo siempre sé cuándo me quieren engañar. Hablé de ella con el mayor respeto.

—En serio, madre —dije—. Era todo una broma. Nos la inventamos.

Mi madre se rio, y cuando mi madre se ríe, échate a temblar.

—Si quieres ocultarnos tus amigos, estás en tu derecho de hacerlo. No vamos a quejarnos.

Vi que no valía de nada discutir. Lo mejor era no hablar más del tema y decirle luego a Henry que se acercara a casa y les confirmara que todo era una broma.

—Qué le vamos a hacer si no me creéis —dije.

Madre me miró de un modo extraño.

—¿De verdad no conoces a nadie con ese nombre?

De nuevo, noté que mi madre y Jim se intercambiaban una rápida mirada.

—En la vida he conocido a semejante mujer, lo juro por lo que más queráis.

—Entonces...

Y mi madre tiene una forma de quedarse callada después de pronunciar la palabra «entonces» que solo de pensar en lo que viene a continuación te dan escalofríos. Pero esta vez no dijo nada. Se limitó a coger algo de la repisa de la chimenea y dejarlo sobre la mesa.

Lo único que puedo decir es que fue uno de los momentos más importantes de mi vida. Toda suerte de ideas sobre el Tiempo y la Relatividad y la Materia y para qué seguir contando se me agolparon en la cabeza cuando distinguí borrosamente lo que mi madre me tendía. Era un telegrama. Iba dirigido a mí, y decía:

Mil gracias por la invitación enviada desde mi querido Lusk. Espero llegar lunes Cornford. Hargreaves.

Lo leí una docena de veces. Lo habían puesto en Hereford aquella misma mañana a las diez. Lo leí otras doce veces más, lo acerqué a la luz, lo agité en el aire, lo olí, y, para acabar, lo salpiqué de té. Luego me dirigí, tambaleante, a la ventana.

Me sentía mal. Estaba mareado. Me daba la sensación de que el cielo se me iba a caer encima y de que la tierra se movía. Y, de pronto, me sentí mejor. Era una broma de Henry. Sin duda. Era la típica tontería suya.

Padre subía en ese momento los escalones de la entrada. Madre y Jim estaban a mi espalda. Se podía cortar el silencio. Horrible.

Me di la vuelta.

—Pero ¿no os dais cuenta? —exclamé—. Es una broma. Henry está detrás de todo esto. Nunca supo dónde parar las bromas. Me voy a verlo ahora mismo.

Padre entró en casa. Suspiré, aliviado. A mi padre podía hacerle frente. No tenía ese estricto sentido del orden de mi madre y mi hermana.

—¿Qué pasa? —preguntó. Supongo que teníamos un aspecto un tanto desesperado—. Bueno, he comprado una tetera nueva —añadió—. Esa nunca fue bien.

Dejó la nueva sobre la mesa.

—Bueno, Norman —dijo mi madre tras un breve suspiro y con esa amabilidad un tanto siniestra que te hiela la sangre en la venas—, estaré muy contenta de que Henry pueda darnos una explicación. No me gusta pillar a mi hijo mintiendo.

—No te preocupes por eso —dije—. Ya lo verás.

Mi padre echaba el té de la tetera vieja en la tetera nueva y luego de esta otra vez a la vieja para comprobar cómo funcionaba la nueva. Pareció satisfecho.

—Esto es una tetera como Dios manda —dijo—. ¡Ah! ¿Te acuerdas del libro que estaba buscando?

—Sí, el *Shakespeare* de Kelmscott, ¿no?

—¿Era ese? Bueno, lo encontré. Aquí lo tienes. Jim, este té está medio frío —dijo, y se sacó del bolsillo un volumen de tapas verdes, lomo fino y bastante deteriorado en general, y me lo lanzó.

—Pero esto no es el *Shakespeare* de Kelmscott, ¿verdad? —dije.

—No. Ese no. Es el otro libro.

—¿Qué otro libro?

—Sí, el de las poesías. *Espigas al borde del camino*, o algo parecido. Algunas no están mal. ¿Tocarás conmigo la *Kreutzer* esta noche?

El librito verde estaba en el suelo. Se me había escapado. Y no me sentía capaz de recogerlo.

—Madre —le dijo mi padre a mi madre—, ¿me compraste la cuerda de *la* que te pedí?

—Sí, la compré, Cornelius.

—Padre —dije yo—, ¿qué poemas decías?

—¡Ah! No te pongas pesado. Es un libro en el que estaba interesado Henry; la autora, al parecer, es amiga tuya, según dijo.

De pronto mi madre se abalanzó, cogió el libro, le echó un vistazo y luego me lo puso delante sin decir palabra. Yo lo cogí, desesperado, y me dio un escalofrío. Se titulaba *Gavillas al borde del camino*. Poesías de Constance Hargreaves. Estaba dedicado a Philip Archer. «Una pequeña obra de artesanía —afirmaba la autora en el prefacio— botada por primera vez en el mar de la crítica».

—¡Dios mío! —gemí.

—Y ahora —dijo mi madre en tono grave—, a lo mejor tienes la amabilidad de contarnos la verdad sobre esa señorita Hargreaves. No me entiendas mal, Norman; estoy encantada de recibir a todos tus amigos en casa. Lo único que espero es saber algo de ellos antes.

—Madre —dije, con el mayor sentimiento—, si esa paloma se escapara volando del cuadro que tienes ahí delante y aleteara sobre la mesa, te sorprenderías, ¿no? Te quedarías de una pieza, ¿verdad?

Señalé un cuadro de marco dorado en el que había una reproducción de la niña con la paloma muerta de Greuzer.

—Sí, desde luego, me quedaría pasmada —dijo mi madre.

—Yo siempre he dicho que esa paloma *no está* muerta —dijo mi padre.

—Bueno, pues no podrías estar más pasmada de lo que lo estoy yo ahora mismo, con todo esto. Así que ten un poco de compasión.

—Para variar podrías probar a decir la verdad —sugirió Jim—. Solo probar. La gente lo hace. Y no se muere, por regla general.

—¡Mira que eres zorra, Jim!

—¡Basta, Norman! —dijo mi madre, alzando la voz—. No permito que se digan esas palabras...

—Bueno, lo que dice solo lo diría una zorra...

—¿Oyes lo que está diciendo, Cornelius?

—No sé por qué estáis discutiendo —dijo mi padre—. ¿Es por la tetera nueva? Esta sí que es una tetera como Dios manda.

Se sentó y se sirvió unas lonchas de lengua. Yo tenía el pequeño volumen abierto en las manos. Y leí:

Tráeme el fagot y la flauta,
mostaza, los berros y el agua;
el salero del violín
y además el flautín;
el tiempo se me acaba,
pues voy con tu hija a pelar la pava.

Era de un poema titulado «El pretendiente reacio».

—¿Dónde encontraste este libro, padre?

—Son unos versitos bastante lindos. Transmiten buenos sentimientos. Me recuerdan a... ¿quién era? ¡Ah, sí! Christina Rossetti. Era una poetisa, si quieres llamarla así. Me la presentaron una vez, y ella...

Dejé el libro sobre la mesa, y lo cogió Jim.

—Tu extravagante amiga debe de ser bastante mayor —dijo—, pues el libro está publicado en 1893. Escuchad, ¿qué diantre quiere decir esto?

Y leyó otra poesía:

Yo tenía la vida llena
hasta que Agatha llegó:
de romero y de alcaravea,
de alba, garrote y dominó.

—Mmm. Esa es buena —dijo mi padre y, quitándole el libro de las manos, siguió leyendo para sí unos instantes—. Sí —dijo a continuación—, es una poetisa de pleno derecho. Tienes que esforzarte para pillar el significado. Eso es un buen signo. Magnífica esta, escuchad:

¿Qué voy yo a hacer, tierna rapaza?
¿Solo una cesta y cien huevos meter?
Si fuera el alcalde, tendría una maza
y mi razón la daría el ujier.

—Magnífica —dijo.

—Pues a mí me parece un disparate sin más —dijo mi madre.

—Desde luego no es una pollita —dijo Jim—. Si el libro se publicó en 1893, debe de andar por los sesenta como poco.

—¡Sesenta! —Me reí desdeñosamente, y de pronto me metí aún más hondo en el hoyo—. Se acerca a los noventa, eso es, ¡maldita sea! ¡Demonios! —grité. Cada vez que abría la boca me liaba un poco más—. Me la he inventado —dije casi a voces—. No conozco a ninguna señorita Hargreaves. ¡Os lo estoy diciendo!

Apenas sabía lo que decía.

Sin prestar la menor atención a mis gritos, mi padre se puso a leer otra vez del libro.

—Escuchad —dijo—. Esto es profundo, realmente profundo:

Me da la cabeza vueltas, tralará,
cuando lo pienso, como a un becerro.
¿Me importa a mí acaso quién pagará
el franqueo, la misa y el entierro?

Mi padre dio una vuelta a toda la sala, alzando y bajando el libro en el aire y murmurando las palabras «el franqueo, la misa y el entierro».

—Esto es música —continuó—, pura música. Me recuerda a Tennyson. A

propósito, ¿os he contado alguna vez cómo lo conocí...?

Yo no podía aguantar aquello un minuto más.

—Padre —le llamé, alzando la voz—, ¿de dónde has sacado este maldito libro?

—¿Cómo te atreves a hablarle así a tu padre? —gritó mi madre, a su vez.

—Estaba en mi mesa —respondió mi padre—. Ahí mismo lo tenía, delante de mis narices. Curioso, ¿no? Dice Henry que es amiga tuya. Tienes que traerla. Me gusta conocer a los autores. Y esta mujer sabe escribir. Hasta podrías ponerle música, Norman. Y volvió a leer:

El mundo es banal, el zapato desentona,
la luna es fiel a la fortuna incierta,
la fresa es roja, la víbora alerta,
su canto de guerra el guerrero entona.

—«La víbora alerta» —susurró mi padre—. Ejem. Cierto, ya sabéis. Llega al meollo de las cosas esta mujer. Y también es realista. Observad que dice que el guerrero «entona» el canto de guerra. Hay observación.

Le arrebaté el libro de las manos y me dirigí a la puerta.

—No puedo explicarlo ahora —dije—. Solo sé que ese demonio de Henry está detrás de todo esto.

Abrí la puerta y salí precipitadamente al recibidor.

—Me alegra que el chico haga amistad con gente que merece la pena —oí decir a mi padre cuando salía.

Henry estaba trabajando todavía en el taller. Lo encontré tendido cuan largo era bajo el chasis desmontado de un viejo camión.

—En menuda me has metido, cabrón —le dije.

—¡Hola! ¿Eres tú, Norman? Alcánzame esa llave inglesa, ¿quieres?

Le puse la llave en la mano.

—¿Qué te propones contando todas esas cosas de la señorita Hargreaves?

—¿Señorita Hargreaves? ¿Eh? ¡Ah, sí! Pásame esa bobina de alambre, por favor. No, no, esa no, ¡tonto! La otra.

—Creo que con lo del telegrama, aunque la idea es brillante, has ido demasiado lejos, Henry.

—Mira, coge la otra punta de este alambre si no te importa. ¡Cuidado con ese aceite! ¿De qué telegrama estás hablando?

—Lo que no me cabe en la cabeza es cómo diste con el libro.

—¿Qué libro?

—¡Los versos! ¡Atontado! *Gavillas al borde del camino*.

Henry se echó a reír.

—Pensé que te gustaría. Tu padre se lo tragó; de hecho dijo que iba a escribir a Foyle's, a ver si tenían algún ejemplar...

—Ya, eso ya lo sé. Lo que quiero saber es de dónde sacaste el libro.

—¿Yo? ¿Que lo saqué yo? ¿Qué quieres decir? Yo no lo saqué de ningún lado.

—Vamos ya, sal de una maldita vez de ahí abajo. No me acostumbro a hablarles a tus piernas.

—¿Por qué no? —Salió a rastras y se sentó en el estribo—. A ver —dijo—, dame un cigarrillo y tranquilízate un poco. Cuéntaselo todo al tío Henry.

Le di un cigarrillo, y luego le enseñé el ejemplar de *Gavillas al borde del camino*.

—¡Por lo que más quieras! ¡Explícame esto! ¡Estoy muerto de miedo!

Lo miró con cierta indiferencia. Y luego volvió a mirarlo. Pero entonces lo cogió y lo miró furioso, y luego pasó a lanzarme a mí una mirada fulminante. Por alguna razón, parecía muy enojado.

—Lo sabía —dijo—, sabía que la señorita Hargreaves era demasiado buena para haber salido así sin más de tu cabeza. ¡Córcholis, Norman! Eres un viejo...

Me faltó poco para echarme a llorar.

—¿Pusiste o no pusiste este libro sobre la mesa de mi padre?

—Te lo juro que no. ¿Es que...?

—Lo encontró allí mismo, delante de sus narices. Tienes que haberlo dejado tú.

—Lo siento, amigo mío, pero yo no tengo nada que ver con eso. Lo único que hice fue preguntarle a tu padre si tenía el libro. Pensé que sería divertido.

—¿A esto lo llamas divertido?

—No, lo llamo misterioso.

Nos quedamos callados un instante. Y entonces le enseñé el telegrama.

—No me digas que no tienes nada que ver en esto —le dije—. Te lo perdono todo mientras me digas que fuiste tú quien hiciste enviar este telegrama.

Lo leyó y me miró con recelo.

—¿De dónde te sacaste a esta tipa? —preguntó.

—¿Lo enviaste o no? —pregunté yo a mi vez en tono brusco.

—Pues claro que no. Una broma es una broma, pero nunca me gustaría... —contó las palabras del telegrama— un chelín y siete peniques en ella. Además, ¿cómo iba a haberlo enviado desde Hereford si no estaba allí?

Nos quedamos callados un rato largo. Por fin Henry continuó:

—Supongo que te la inventaste realmente, ¿no, Norman? No será una vieja bruja que conociste hace tiempo, ¿verdad? Conozco tu debilidad por las viejecitas.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Tú también tuviste mucho que ver en esto. Claro que me la inventé. Los dos nos la inventamos.

—Yo solo añadí algunos detalles. Tuyos son los honores.

—Ya sé que yo hice la mayor parte. Pero tú me ayudaste.

—Norman —dijo Henry, muy solemne.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de aquella vez, de niños, cuando te inventaste el sermón, y...?

—Sí, claro. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Nada, supongo que nada. Pero... —Henry se calló un instante y luego me dio una palmada en la rodilla al tiempo que exclamaba—: ¡Ya lo tengo! ¡Es obvio! Resulta que hay una señorita Hargreaves hospedada en el hotel Manor Court, y ha recibido tu carta. Es muy mayor, tiene la memoria como un colador y supone que se trata de un viejo amigo del que se había olvidado. Una coincidencia extraordinaria. Pero estas cosas pasan.

—Sí, pero ¿qué me dices del libro? ¿También suceden esas cosas?

—¡Vaya! Se me olvidaba ese detalle. Bueno, amigo, de nada sirve preocuparse demasiado. Envía un telegrama diciéndole: «Epidemia de viruela; aconsejo retrasar visita».

—La viruela no va a disuadirla —dije—. Es de esas mujeres que se echan de cabeza en un cubo lleno de viruela y no la pillan.

—Escucha, tengo una idea. Llama al hotel y averigua de una vez por todas si hay una señorita Hargreaves hospedada allí. Alguien tiene que estar gastándote una broma.

—De acuerdo —dije.

Fuimos a la oficina del taller y pusimos una conferencia. No tardaron en dárnosla. Una voz femenina respondió:

—Hotel Manor Court.

—¡Oh, sí! —dije—. ¡Oh, sí! El hotel Manor Court, sí... —Me volví hacia Henry, nervioso—. ¿Qué le digo?

—Pregúntale si está hospedada una tal señorita Hargreaves. Pareces idiota.

—¿Tienen hospedada en el hotel...? —Tosí y me preparé psicológicamente—. ¿Tienen hospedada una señorita Hargreaves?

Se produjo un breve silencio, y luego la chica respondió:

—Lo siento, la señorita Hargreaves acaba de abandonar el hotel... Esta misma tarde.

Me volví hacia Henry y le di el auricular.

—Se ha ido —gemí—. Sigue tú, Henry. Creo que me voy a desmayar.

Henry cogió el teléfono.

—Le importaría decirme... ¿Cómo? ¡Ah, sí! ¿Le importaría decirme si ha dejado algunas señas? Claro, claro...

(Pausa. Observé que había tres avispas revoloteando sobre un bidón de aceite. Me parecieron unas criaturas felices).

—Enviarán la correspondencia... ¿Adónde, dice? ¿Sí? ¡Ah, sí! Gracias. Una cosa más. ¿Le importaría decirme cuándo llegó al hotel? Sí, cuándo llegó. ¿Por qué? Importante, sí; la estamos buscando con urgencia. Gracias. ¿El martes? ¿Sobre las siete? Gracias. Adiós.

—¿Y? —dije.

(Una de las avispas se había quedado presa en el aceite, necia criatura).

Henry me miró y movió la cabeza, desconcertado.

—Está pasando algo extraño. —Puso una cara muy seria.

—Cuéntamelo todo.

—Llegó el martes pasado, por la tarde. Tranquilo, Norman; estate quieto de una vez, no arreglas nada poniéndote nervioso. El martes, ¿te acuerdas?, fue nuestra última noche en Ulster. Se ha ido de Hereford. Ha pedido que le envíen el correo a... —Se quedó callado.

—¡Sigue! —le grité.

—Al 38 de London Road, en Cornford. Al cuidado del señor Norman Huntley.

Me senté en un taburete alto y me quedé mirando absurdamente un mapa de las islas británicas plagado de banderitas.

—¿Y adónde se ha ido? —pregunté.

—Pues... bueno... —Henry encendió otro cigarrillo—. Pues me temo que a Bath.

Siempre culpo a Henry de haberme metido aún más en este espantoso lío. Siguiendo su consejo, les dije a mis padres que sí, que en realidad habíamos conocido a una señorita Hargreaves en Irlanda. Henry dijo que no iban a tragarse la verdad, y como seguro que no iba a venir, con esto pondríamos punto final al asunto. El peor error que podía cometer, claro. Ahora veo que tendría que haber negado rotundamente desde el principio que la conociera de nada. Pero es muy fácil hablar a toro pasado, y todo eso.

Después de que Henry se lavara y se cambiara de ropa, nos fuimos al 38 de London Road. Madre se lanzó al ataque nada más verlo entrar por la puerta.

—Venga, Henry —dijo—, seguro que nos puedes contar algo de esta amiga de Norman. Parece que está hecho un lío.

—No hay ningún lío, señora Huntley —respondió él, sin darle mucha importancia—. Esa brujilla... bueno, es una bruja corriente, ¿o no, Norman?

—Shakespeare sabía algo de brujas —dijo mi padre, y empezó a recitar por lo bajini la escena de las brujas de *Macbeth*.

—¡Sin duda! —dije yo. Me sentía aliviado; estaba seguro de que Henry me iba a sacar de aquel apuro con la mayor brillantez.

—La conocimos en un hotel en Dungannon. Norman le recogió el bastón, que se le había caído.

—Está un poco tullida —me inventé.

—Y entonces se puso a hablar. ¿A hablar? ¿Tiene burbujas una botella de champán? Bueno, pues así de burbujeante era su cháchara. Nunca había conocido a nadie más charlatán.

—Es muy excéntrica —añadí.

—¿Excéntrica? Te veo muy comedido en tu descripción, Norman.

—Bueno... es un poco disparatada, si quieres.

—Chiflada, completamente chiflada —continuó Henry—. La pobre. Al principio

nos dio pena. Pero enseguida se nos pasó. Es un puro espanto.

—Así que ya veis —me apresuré a decir— por qué no puedo dejar que venga. Además lleva los sombreros más horribles que uno se pueda imaginar.

—Pero ¿por qué la invitaste a venir? —preguntó Jim.

—¡Oh! Se invitó ella sola —explicó Henry—. Dijo que siempre había querido oír al coro de la catedral.

—De hecho, me preguntó si la podía alojar —añadí—. Claro está que nunca se me pasó por la cabeza que quisiera venir. Creo que dije algo bastante impreciso, como «por favor, no dude en visitarnos».

—Sobran camas —dijo mi padre.

—Pero entonces vas y le escribes —dijo mi madre—. Una tontería, ¿no?, si no querías que viniera.

—Era en respuesta a una carta suya en la que me preguntaba un montón de cosas sobre la música en la catedral. Frecuenta las catedrales, como algunas de las viejecitas que tenemos por aquí. No la invité a venir, en absoluto. Ni soñando.

—No —insistió Henry—. Se invitó ella. Con su cacatúa y su perra.

—Y la bañera —añadí.

—Y la bañera —confirmó Henry.

—Y el arpa —dije sin pensarlo, dejándome llevar.

—¿El arpa? —dijeron al unísono mi madre y Jim.

—Me gusta el arpa —dijo mi padre—. Escribí alguna partitura para arpa en alguna ocasión, pero nunca encontré quién la tocara.

—¿Estás diciendo que toca el arpa? —dijo Jim.

—Eso es —respondió Henry—. Y no lo hace nada mal.

—Es lo último que hace todos los días —agregué—. Le ayuda a escribir sus poemas. Su melodía favorita es *Over the Sea to Skye*.

—Los loros son unos pájaros muy inteligentes —dijo mi padre—. Una vez vi uno que recitaba un soneto de Shakespeare, entero, a excepción del último verso.

—Bueno, bueno —dijo mi madre—. Lo cierto es que no tengo intención de meter en casa ni un arpa ni un loro.

—Claro que no —dije—. Por eso me disgusté tanto cuando me diste el telegrama. No me podía imaginar que decía en serio lo de venir.

—¿Habéis oído hablar de ese loro de las islas Andaman? —preguntó mi padre—. El mar arrastró hasta la costa un arpa. El barco en el que viajaba a Europa la Filarmónica de Boston naufragó y todo se fue a pique, a excepción de un arpa y unos platillos. Los platillos no aparecieron, pero el arpa sí, y unas semanas después... ¿Quién era el tipo...? Bueno, un explorador u otro encontró un loro tocando en ella una melodía popular de las islas. Un suceso muy poco frecuente.

—Creo que te has portado de una forma un poco rara en este asunto de esa absurda mujer —me dijo mi madre—. ¿Por qué no podías contarnos todo esto antes?

—No lo sé. Creo que me enredó.

—Pues ahora lo mejor que puedes hacer es escribirle de inmediato y disuadirla de que venga. No podemos meter en casa un loro y una perra. A Horacio le daría algo. —Horacio es nuestro gato—. Además, tienes que ponerte a trabajar en serio después de las vacaciones.

—No va a aparecer —dijo Henry—. No se preocupe.

—Y, hablando de bañeras —dijo mi padre—, ¿ha visto alguien mi esponja?

Esa misma tarde fui a La Unión Afortunada con Henry. Mi padre estaba jugando una partida de bolos de mesa y empezaba a remontar después de ir perdiendo; había muchos parroquianos alrededor del tablero.

—¡Ojalá no nos hubiéramos inventado lo del arpa! —dije.

—¿Por qué no? Todo coló estupendamente.

—Sí, todo cuela demasiado bien. Lo que te digo, Henry, me asusta esto de inventarme cosas.

—No seas idiota. Me apostaría algo a que la chica del hotel nos estaba tomando el pelo.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo iba a saber mi dirección y que luego ella tenía que ir a Bath?

—Mira que eres tonto. ¿No estaba tu dirección en la carta acaso? ¿No es más que fácil que la abriera? ¿Y no mencionabas en ella la visita a Bath?

Después de esto me sentí un poco mejor. Pedí otro par de copas y observé a mi padre jugar a los bolos; intenté dejar a la señorita Hargreaves en lo más recóndito de mi cabeza, pero ella se resistía a quedarse ahí.

El domingo pasó sin sobresaltos. Los chicos habían regresado de las vacaciones de verano, y en la catedral los servicios religiosos volvieron a ser cantados por el coro al completo. Era muy agradable estar de vuelta. Por la tarde fui al río con Marjorie. Marjorie es una amiga mía. Bueno, es algo más que una amiga. Supongo que algún día será mi mujer. Eso supongo. Sé que no sueno muy entusiasta. La verdad es que me ha decepcionado un poco con... bueno, ya verán. No quiero hablar mal de Marjorie. Es una chica estupenda, llena de vida. Trabaja en una repostería de lujo, donde solo venden pasteles, tartas y conservas de calidad superior. Ya saben, un sitio de esos.

—¿Y quién es esa señorita Hargreaves de la que te has hecho amigo? —me preguntó de pronto cuando estábamos a mitad de camino río abajo, llegando al embarcadero de Hedsor.

—¡Ah! Más bien ella se ha hecho amiga mía —dije—, más que yo amigo de ella.

—Bueno, sea lo que sea, ¿quién es?

Me incliné sobre la borda y lancé hasta la orilla una cajetilla que flotaba en el agua.

—Es sobrina del duque de Grosvenor —dije—. Y escribe poesía, también.

—¿De veras? —Marjorie parecía interesada. Señaló una mansión llamada Cliveden House que sobresalía por encima de las copas de los árboles—. Ahí vivían los Grosvenor, ¿no?

—Eso es.

—¿Qué edad tiene?

—Pues como cien. Me gusta mucho ese vestido que llevas, Marjorie. Te queda estupendamente.

—Supongo que es riquísima.

Me eché a reír.

—Sí, claro. Los billetes de cien libras se le escapan entre los dedos. ¿Seguimos hasta la esclusa de Cookham o volvemos?

—Mejor volver. Empieza a refrescar. ¿Qué tal es su poesía?

—Es curiosa.

—¿Qué quieres decir con curiosa? ¿Que es aseada o algo así?

—No exactamente. Me aprendí una estrofa —dije, y recité a continuación:

Trae la corneta, la flauta y el hacha,
trae la culebra, el tambor y el timbal
la verdad te he revelado, muchacha:
no sé hacer ladrillos sin mi dedal.

Marjorie se quedó perpleja y tardó un momento en volver a hablar. Yo empecé a remar, rumbo a casa. Y entonces ella dijo:

—¿«Dedal»? ¿No querrás decir «paja»?

—No. «Dedal» es lo que dice.

—No sé qué significa eso.

—¿No? Estoy de acuerdo en que es un poco difícil. Pero los mejores poetas siempre son oscuros.

Por supuesto, yo mismo no tenía ni la menor idea del significado de aquel poema, pero por alguna razón misteriosa sentía que tenía que defenderlo. Los poemas me habían subyugado. La noche anterior, en la cama, me había leído todo el volumen, y luego estuve horas despierto, preocupado por todo aquel extraño asunto. Tan cierto como que veía elevarse una luna amarillenta sobre la aguja de la catedral, veía venir los problemas. Me quedé dormido en un agudo estado de desasosiego. Y lo mismo a la noche siguiente: me dormí todavía más desasosegado.

Cuando me desperté el lunes por la mañana fue con esa sensación que tiene uno cuando las cosas se presentan o muy bien o muy mal, una sensación de que «ha pasado algo». Bajé a desayunar; era el primero, para variar. Sobre mi servicio había una carta. La vi nada más entrar. Y me acerqué con cautela. El sobre era alargado y de color verde guisante: un color de esos que a uno no le apetece ver a la hora de desayunar. Lo cogí entre los dedos y lo levanté como si fuera una bomba. Llevaba el

matasellos de Hereford. Tenía que haberlo supuesto.

No fui capaz de abrirlo al instante, sino que me lo metí en el bolsillo. Una vez que atacué el desayuno, notaba la carta pegada a mí, quemándome, ya me entienden. Cuando salí a la calle, de camino a la catedral para el servicio de maitines, rasgué el sobre ferozmente, y lo primero que miré fue la firma.

Estaba firmada por «Constance Hargreaves». Terminaba transmitiéndome su «mayor afecto» y estaba enviada desde el hotel Manor House.

Me paré en medio de la calle. De pronto estaba muy enfadado. Una broma no tenía derecho a continuar así por su cuenta. Tuve un fuerte impulso de hacer un bola con ella y tirarla lo más lejos posible. Una voz me aconsejaba: «Norman Huntley, si lees esa carta, darás comienzo a toda una sucesión de engorrosos acontecimientos. Tírala. Quítate a esa señorita Hargreaves de la cabeza. Haz como si no existiera».

No existe... no existe... no existe... no existe. Susurré estas palabras a la manera de Coué^[6] una y otra vez. Y un instante después estaba leyendo la carta.

Tenía una letra grande y floreada, que recordaba los estampados de William Morris, toda llena de volutas, y no dejaba mucho espacio en el sobre para el sello. De hecho, nunca había visto un sello más asediado. No me leí la carta de un tirón, sino que empecé con un trocito aquí un trocito allá. No sé si les pasará lo mismo a ustedes, pero con las cartas difíciles siempre hago lo mismo, no puedo enfrentarme a su lectura directamente, sino que primero tengo que mirarlas del derecho y del revés y de arriba abajo. Entonces llega el momento en el que, habiéndome hecho una idea de su tono a partir de ciertas palabras sueltas, pero no por ello menos importantes (supongamos que fuera una carta de un abogado recordándome el impago de una factura del sastre, las palabras que destacarían inevitablemente serían: «a menos que», «apremio», «pago»), no me queda más remedio que leerlas atentamente, por tediosas que sean. En este caso, las palabras que me llamaron la atención fueron: «Bath», «bañera», «viejos amigos» y «enviar parte de él con antelación a tu casa».

—¡Dios mío! —susurré. Y luego leí la carta de principio a fin.

Mi querido Norman:

Tu encantadora carta me causó una alegría inmensa. ¡Qué inteligente por tu parte suponer que estaría en Hereford! Pero también es natural entre viejos amigos, pese a la gran diferencia de edad, que conozcas mis hábitos casi mejor que yo misma.

(«Casi mejor que yo misma...»). ¿Por qué me pareció esta frase tan horriblemente siniestra?).

No tengo mucho tiempo para escribirte ahora, pues estoy a punto de coger el tren para Bath, pero esta es solo para decirte que no veo la hora de verte y conocer a tu querida familia el lunes por la noche. Este año he acertado mi estancia en Bath precisamente para estar con vosotros. Mi tren llega a las ocho y cuarto de la tarde. ¿Serías tan amable de buscarme un taxi, ya que, como suele ser mi costumbre, ¡madre mía!, llevo mucho equipaje? Me he tomado la libertad de enviar parte de él con antelación a tu casa.

Me ha emocionado mucho lo que dices de mi querido y viejo amigo, el reverendo Archer, que en paz descanse. Una de las posesiones que más valoro es una bañera que él me regaló hace muchos años. Suena raro, ¿no? Pero la cosa tiene una explicación que te contaré algún día, si es que no la sabes ya.

Este año en la catedral la música ha sido exquisita. El maestro Hull dirigió admirablemente un hermoso *Mesías*, un hermoso *Elías* y un bellísima coral de Beethoven. ¡Esto es un legado!

Acabo de componer unos tercetos encadenados que estoy deseando leerte.

Bueno, querido, espero que esta te encuentre con buena salud y que tengas tiempo para enseñarme un poco de la villa que te vio nacer y sus alrededores. Puede que ya sea mayor, pero me sigue gustando visitar hermosos lugares.

Hasta el lunes, pues.

Con mi mayor afecto...

Me invadió una rabia inútil. Arrugué la hoja de papel y la lancé bajo un autobús que pasaba en ese momento, pero un minuto después me lancé a la calzada a recogerla; tenía la sensación de que de un modo u otro podría ser una prueba útil. ¿Qué podría significar todo aquello? Una cosa decidí de inmediato: le contaría a mi padre toda la verdad. Él entendía más que mi madre y mi hermana.

Squeen, el ayudante de mi padre, estaba allí cuando llegué después del oficio. Squeen es flaco de constitución, y a veces desaparece en algún rincón oscuro de la tienda. No me sorprendería encontrármelo aplastado bajo la *Enciclopedia Británica*.

—Nos alegramos de verlo, señor Norman —dijo—. ¿Y ha disfrutado el señor Norman de su visita a la apasionada isla celta?

Squeen tiene la irritante costumbre de evitar el uso de la primera y la segunda persona del singular.

—En gran medida —respondí.

Dirigiéndome directamente al teléfono, llamé a Henry. Squeen se sentó en la escalerilla y se miró las uñas.

—Nos imaginamos —se imaginó Squeen— que hay más libros en esta tienda que habitantes en la isla de Erin.

—¡Calla ya, Squeen! —dije.

Una cosa hay que decir: a Squeen no hay quien lo calle; mi padre lo tiene amedrentado al pobre.

Oí la voz de Henry.

—¿Eres tú, Henry? Mira, he recibido una carta de esa bruja. Y habla de la bañera.

—¿Te cuenta algo de un balneario?

—No. ¿No te acuerdas? La bañera que le regaló el reverendo Archer, Henry. Creo que me va a dar un ataque de nervios. Llega a Cornford esta noche a las ocho y cuarto. No te queda más remedio que acompañarme a la estación.

—No puedo. Vamos todos al baile que dan en Clovertree, ¿o no te acuerdas? Tendrás que dejar que se apañe sola.

—No me atrevo. Tenemos que ir. Me tienes que ayudar, Henry.

—No me creo que llegue nadie, ¿sabes?

—Pero no puedo arriesgarme.

—¿Y qué te propones hacer si aparece?

—Lo tengo pensado todo. La voy a mandar al hotel El Cisne. Y, si alborota, que la encierren.

—Ella puede hacer que te encierren a ti, amiguito. ¿Lo habías pensado?

—Podrías ser un poquito más simpático.

—Léeme la carta.

Así lo hice.

—Mmm —dijo—. No puedo decir que no me preocupe lo de que haya enviado el equipaje por delante.

—Ni yo.

—De acuerdo —dijo Henry—. Iré contigo. Podemos ir al baile después. A las chicas no les importará que lleguemos un poco más tarde.

—Y ¿tú qué crees que significa todo esto, Henry?

—Suena a magia negra. ¿Por qué no pruebas a hacer una figura de cera de ella y a clavarle unos alfileres? O mejor chinchetas. Se mueven menos.

Colgó, y mi padre apareció bajando las escaleras, con una pila de libros de Tolstói pegados al pecho en peligroso equilibrio.

—Demasiado Tolstói —musitó—. Miras ahí arriba y es lo único que encuentras.

—De pronto gritó—: Squeen, aplícate a encontrar ese *Shakespeare* de Kelmscott. Y clasifícame todo este Tolstói.

—Padre —dije—. Tengo que hablar seriamente contigo. Estoy muy preocupado.

—Siéntate, hijo. Toma un cigarrillo. ¿Una mujer?

Asentí. Mi padre asintió también mientras se hurgaba el bigote con la boquilla. Es un gran bigote, magnífico. La boquilla es de ámbar y muy larga.

—Las mujeres —dijo mi padre— nunca han sido santo de mi devoción. No entienden las grandes cuestiones, y su pasión por el realismo es algo con lo que nunca he estado de acuerdo. Sin embargo, la raza como tal raza sucumbiría sin ellas. ¡Eh, tú, Squeen! ¿Dónde has puesto mis pantuflas?

Squeen le acercó sus zapatillas de terciopelo, y mi padre, deslizándose los pies dentro de ellas, se estiró en la silla. Tiene instalado su despacho en una esquina de la tienda, en la parte de atrás, alejada de los escaparates, en un lugar difícil de encontrar, encajonado entre los libros más aburridos a fin de disuadir a los clientes de acercarse por allí. Muchas veces entras en la tienda y no te das cuenta de que está. Le gusta jugar al ajedrez en su rincón, o pegar fotos en los álbumes.

—No es lo que piensas —dije—. No estoy enamorado ni nada de eso. ¡Ojalá fuera así de fácil!

—¡Échalo ya, chico! Puede que no escuche, pero captaré la tónica general del asunto. ¿No te molesta si sigo con este problema de ajedrez? Squeen, cierra la puerta y pon el cartel de «volvemos dentro de diez minutos». Así estaremos tranquilos.

—Es esa señorita Hargreaves —dije.

—Por lo que cuentas parece una mujer interesante. Toca el oboe, ¿no? Bueno, a

ver, el oboe es un instrumento curioso...

—¿Te acuerdas de aquella vez que me aconsejaste que no me inventara cosas? Bueno, pues...

—El bueno de Bach entendió el oboe mejor que nadie anterior o posterior a él. Se podría decir que lo creó él.

—Me la inventé, ¿entiendes? En un impulso, sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo. Henry tuvo algo que ver, pero poco.

—¡Vaya, hombre! Esto no sirve. Me falta un peón. Squeen, a ver si encuentras por ahí un peón negro, ¿vale? O tráeme una plumilla negra o algo. Sigue, hijo. No hace falta que corras. Tenemos todo el tiempo que queramos.

—Simplemente se me vino a la cabeza, así sin más, papá. Pero no se quiere quedar ahí. Todo lo que me invento sobre ella se hace realidad. Esta mañana he recibido una carta suya.

—A ver, hijo, sé sincero con tu padre. ¿Te encuentras o no en una situación comprometida? Todo gira alrededor de lo mismo, y siempre ha sido así.

—No lo entiendes. Ni siquiera la conozco.

—Sí, ya te he oído decir que te la inventaste. Pero lo que quiero saber es si te inventaste una situación comprometida.

—No, todavía no.

—Bueno, pues ten cuidado.

—Entonces, ¿me crees?

—Ahora cuéntamelo todo.

Así lo hice. Se lo conté todo, desde la visita a la iglesia de Lusk hasta ese momento.

—Y ese tipo, Archer —dijo—, ¿es también de tu invención?

—No, acabo de decírtelo. Él es de verdad. Está muerto.

—¿Y por qué no haces que esa señorita tenga un accidente de ferrocarril antes de llegar de Cornford?

—Podría haber más gente afectada.

—Cierto. —Encendió otro cigarrillo y movió lentamente dos caballos—. Es una especie de alquimia. Eso es lo que es —dijo—, una especie de alquimia. Tengo un libro por algún lado que trata de esto. —Eché un vistazo a una de las pilas de libros que abarrotaban su mesa—. No doy con él ahora. Es un libro antiguo. Es algo bastante posible. Se hacía en la Edad Media, ¿o era en el Medievo? ¿Quién era el tipo? Gilles de Retz o el cardenal Mazarino o alguien así. Es una cuestión de fe, sin más. Supongo que tenías fe cuando te metiste en esto.

—Sí, bueno, claro, cuanto más hablaba de la señorita...

—Deja de nombrarla —me aconsejó—. Es peligroso. Podría volverse inmortal. Y entonces, ¿dónde estarías tú?

—Lo único que iba a decir es que, cuanto más hablaba de ella, más real parecía.

—Llámala X —me sugirió—, y a la fe, Y. Entonces $X + Y = Z$, donde la Z es la

realidad. Todo esto sale en ese libro antiguo que te digo. Squeen, estate atento a los libros de alquimia, ¿de acuerdo?

—Oye, padre, que estoy hablando en serio.

—¡En serio! ¡En mi vida he estado más serio! Algo muy parecido me sucedió a mí en una ocasión. Mejor no se lo cuentes a tu madre. Estaba en Basingstoke una mañana de invierno; tenía una cita para ver unos libros que se iban a subastar. Bueno, el caso es que me retrasé, no sé por qué, pero llegué una hora y media tarde. Por cierto, había un pequeño pub la mar de agradable; hacía su propia cerveza por aquel entonces. El subastador se enfadó absurdamente conmigo por llegar tarde; me dijo que había retenido los libros especialmente para mí, y cosas así. «Perdió el tren o algo por el estilo, supongo», me dijo. «No —le dije yo—, y supongo que no me creerá, pero fue un elefante lo que me impidió llegar a tiempo». Tenía la certeza de que iba a creerme. La gente siempre te cree cuando le dices que no te crea y si lo que cuentas es lo bastante extravagante. Es cuando intentas que una mentira suene a verdad cuando la gente empieza a sospechar. Naturalmente.

Se agachó para abrir un armarito que tenía al lado y sacó una botella de aguardiente de cereza y dos vasos.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las once y media —dije.

—Mmm —exclamó, y llenó los vasos—. ¡Salud!

—Gracias, papá —dije—. Bueno, ¿qué me aconsejas que haga?

—¡Oh! Yo te creo —dijo—. Te comprendo. Nadie te comprendería mejor. ¡Mira esto! Le he dado jaque a la reina roja y ni siquiera me había dado cuenta. Es por esa maldita pinza.

—No toca el oboe. Te has equivocado.

—Qué pena. Podríamos habernos apañado para tocar uno de los *Conciertos de Brandemburgo*.

—¿Y qué hago si aparece?

—Sí, un elefante —continuó mi padre con gesto soñador, empujando la copa—. «¿Un elefante?», dijo el subastador. «Eso es —contesté yo—, se escapó de un circo. Como una docena de personas intentamos darle caza a aquella bestia. Alguien trajo una red de tenis, pero el elefante se la comió». «Bueno, ¿y lo consiguieron?», preguntó el subastador. «Solo después de mucho forcejeo —dije—. Un cartero murió en el intento». Bueno, Norman, hijo mío, pues unas horas después leí en el periódico de la tarde que tres elefantes habían atravesado Basingstoke en estampida ese mismo día, habían volcado un montón de carros cargados de apio, habían devorado todos los productos de dos panaderías y habían matado a un cartero. Tres elefantes, tres. Así que ya ves el cuidado que hay que tener. Esto me impresionó mucho.

—Sí, padre, sí. Ya lo veo.

—Bueno, hora de comer, ¿no?

Cerramos la tienda y nos fuimos al pub.

La tarde se me hizo interminable. Estuve en el servicio de vísperas como en un sueño. Me perdí en un himno (el de Battishill, creo) y perdí a todos los demás, que me siguieron. Estaba intranquilo, tenía los nervios de punta. De vuelta en la tienda, me tome un té con mi padre y luego intenté trabajar un rato en un pequeño contrapunto. Pero no me salía nada. Le eché un vistazo a *Gavillas al borde del camino*, y rebusqué por toda la tienda por si había algún otro ejemplar. Todavía no las tenía todas conmigo de que Henry no estuviera detrás de todo aquello. ¿Habría encargado especialmente la impresión del volumen? Sin embargo, parecía de verdad: las páginas estaban amarillentas y tenía ese olor a humedad que solo los años dan a los libros. La página de la portada, la dedicatoria y la encuadernación podrían haberse añadido a un volumen de poemas de otro autor. Pero ¿era plausible? ¿Podían haberlo hecho en tan poco tiempo?

Le di mil vueltas a un soneto que empezaba así:

Bañera amada en que mis pies cansados
tantas veces se hundieron a esa hora
en que te lleva el sueño...

No me gustaba. No me gustaba ninguno. Y, sin embargo (lo podrán entender algún día), empezaba a sentirme curiosamente orgulloso. Solo la señorita Hargreaves podría haber escrito esos poemas, opinara lo que opinara de ellos Marjorie.

Me fui a casa sobre las seis, preguntándome qué pasaría a las ocho y cuarto y deseando que no pasara nada, al tiempo que esperaba ver la encarnación de mi invención. Pese a todas las espantosas complicaciones que aquello podría significar, no podía evitar esperarlo.

Mi madre y Jim habían salido, lo que me gustó en grado sumo, pues me habría resultado difícil dar explicaciones sobre el enorme paquete que había en el recibidor. Janie me dijo que acababan de traerlo. Iba dirigido a «Señorita Hargreaves c/o Señor Norman Huntley, 38 London Road, Cornford, Bucks».

El objeto era en verdad inmenso, y el embalaje era de arpillera cosida, reforzada con cuñas de papel de periódico y paja. Sin duda era un arpa. Se veían los pedales.

III



Henry y yo esperábamos en el andén.

—Absurda pérdida de tiempo —repetía sin cesar Henry—. Absurda pérdida de tiempo.

Pero yo sabía, por la forma en la que se rascaba la nuca con la boquilla de la pipa, que estaba tan nervioso como yo. Lo del arpa había terminado de preocuparle. «Quién va a enviar un arpa a casi cuatrocientos kilómetros de distancia solo para gastar un broma. Nadie haría semejante cosa», había dicho cuando se lo conté. Yo le di la razón. Estuvimos casi cinco minutos mirándola solemnemente, tocándola de vez en cuando con la mayor cautela, casi esperando que de repente sonara alguna melodía fantasmagórica debajo del embalaje de arpillera. Por fin decidimos llevarla en taxi al hotel El Cisne y dejarla allí; yo ya había reservado una habitación por si la señorita Hargreaves aparecía en el tren de las ocho y cuarto.

El tren llegó espantosamente puntual. Nunca olvidaré aquel tren, el tren que me trajo mi castigo. Recuerdo que estábamos en la puerta del ambigú, y yo avancé de un salto en cuanto vi entrar la máquina. Henry me agarró y me hizo retroceder.

—Quédate aquí —me aconsejó—. Lo último que quieres es delatarte, ¿no? Después de todo, si esa espantosa mujer está en el tren, ¿cómo va a saber que eres tú Norman Huntley? No te conoce. Si te lanzas a mirar de vagón en vagón, se dará cuenta de quién eres.

Era un buen consejo. Lentamente, ajena a nuestra expectación, la larga fila de vagones culebreó entre los andenes, se estremeció levemente, chirrió, y se paró, soñolienta. Parecía que hubieran atravesado las fronteras de catorce continentes: exhaustos y aburridos. Algunas puertas se abrieron como si bostezaran; unas diez cabezas sobresalieron por diez ventanillas. Un pastor anglicano entrado en años, un posible viajante, el marinero de costumbre, una mujer gruesa con un niño en brazos. Obviamente la señorita Hargreaves no iba en ese lote. Los pasajeros se aproximaban ya a la barrera, criaturas todas ellas corrientes y molientes, sin la excentricidad «hargreavesiana». Lejos de nosotros, descargaban un montón de equipaje del furgón de cola. No había ya mucho movimiento en el andén, a excepción de esa actividad al final del tren.

Lancé una rápida mirada a Henry.

—En este no ha venido —musité, entre decepcionado y aliviado.

—Ya te dije que era una pérdida de tiempo —dijo Henry—. Mejor nos vamos. Las chicas nos están esperando y se pondrán furiosas...

Le agarré del brazo y le hice callar.

—¿Lo oyes? —le susurré.

—¿El qué?

Henry no tiene el menor oído para la música, ese es el problema. Yo había oído algo que no fue en absoluto de mi agrado. En la distancia, hacia la cola del tren, se oyó una voz ronca, tosca, cantando muy despacio, con muy malas pulgas, como si odiara la melodía, el tema de Macheath de la *Ópera del mendigo: Were I laid on Greenland's coast*^[7].

—¡Dios mío! —dijo Henry.

Por fin lo había oído. Escuchamos, la vista clavada en la cola del tren. Un perro había ladrado; un perro no dejaba de ladrar. Un perro quisquilloso. Y seguía la melodía fantasmal, cantada a regañadientes, como un lamento fúnebre. Vimos a un maletero que traía algo del furgón de cola; era una jaula cubierta con un paño negro. Una jaula inmensa.

—¡Ese es Maese No Sé Cuántos! —dijo Henry con un hilo de voz.

—Exactamente —dije—, Maese Pepusch.

Me invadió un humor fatalista; ya nada tenía el poder de sorprenderme.

Henry me miró.

—¿Se nos está yendo la chaveta? ¿Estamos soñando?

—Escucha —le dije—. ¡Escucha eso!

Una voz aguda, imperiosa, había gritado:

—¡Maletero! ¡Maletero!

Simultáneamente, dando un graznido sepulcral en un re bajo, la cacatúa dejó de cantar. Para entonces ya habían desaparecido todos los viajeros. Un maletero se abalanzó hacia un vagón de primera clase y abrió la portezuela. Con su ayuda, lenta y remilgadamente, apareció una dama de edad avanzada. Llevaba dos bastones, un paraguas y un gran bolso de cuero. La seguía un terrier bedlington regordete, atado a una imaginativa correa morada.

El bueno de Henry se puso pálido.

—Oye, venga, vamos a tomar un trago —refunfuñó—. Esto me está matando.

Entramos aprisa en el ambigú y nos echamos al colete dos brandys dobles. No podíamos articular palabra. Observamos por la ventana, nos temblaban las copas vacías en la mano.

—Henry —susurré—, es exactamente como la había imaginado.

Cojeando levemente y charlando amistosamente con el maletero, venía hacia nosotros por el andén... ni más ni menos que la señorita Hargreaves. Era obvio que no podía ser nadie más.

—En la estación de Oakham —la oímos decir—, tenemos unas flores lindísimas. El jefe de estación es un experto jardinero. ¡Oh, sí, sin duda!

—¿Le meto todo el equipaje en un taxi, señora?

—¡Espere! ¡Tenga la bondad de esperar! Un momento solo. Acepte este chelín, se lo pido por favor. Soy un poco corta de vista, ¿sabe? ¡Oh! ¿Que le he dado medio penique? Aquí tiene, entonces. ¿Ve usted por algún lado a un joven caballero? De ser

así, tiene que ser sin la menor duda mi amigo el señor Norman Huntley.

Me tambaleé en el asiento.

—No veo a nadie, señora —oí decir al maletero.

—Entonces esperemos un poco más. No se vaya. ¡Qué tren más hermoso! ¡El más hermoso de los trenes! Una vez escribí un soneto al tren. En mis momentos más exuberantes, en mis momentos de máximo fulgor. Mi tío Grosvenor era tan amable que me decía que aquellos versos le recordaban a Wordsworth. ¿Lee usted algo? Dígamelo sinceramente, ¿le gusta leer?

—Bueno, pues leo un poquito. Novelas de esas de detectives, ya sabe.

—Claro que lo sé. Siempre me ha interesado... ¿Qué detectan esos detectives? ¿Y por qué? ¡Calla, Sarah, calla! —La perrita ladraba maliciosamente—. Me interesa todo, todo. La vida para mí no tiene un solo instante de aburrimiento. No creo en... pero ¿qué te pasa, Sarah?

Sarah me había olido; eso le pasaba. Tiraba de la correa, haciendo todo lo posible para arrastrar a su dueña hacia el ambigú. Estaban a escasos metros de nosotros. La señorita Hargreaves inspeccionaba el andén con unos impertinentes dorados. Pero voy a intentar describirla para ustedes. Era bajita, muy menuda, y tenía una carita inocente y vivaracha; sus ojos, de un azul violáceo, estaban siempre a la que salta. Posado en la cima, directamente en la cima, de un cerro de cabellos blancos como la nieve, apuntalado por detrás por una peineta de fantasía, tachonada de lentejuelas y sujeta con unos grandes alfileres negros, descansaba un sombrero de paja moteado. Sobre una blusa rosa pálido de cuello subido y puños de encaje, llevaba una chaqueta de tweed de tonos malvas, que hacía juego con la falda. Una estola de piel plateada le envolvía el cuello. Apoyada en un bastón, sostenía un segundo bastón, y el paraguas, en la otra mano: eran unos bastones de ébano negros con la empuñadura curva de malaquita.

Me gustó su expresión. Los labios fruncidos y la naricilla remilgada le daban un aire travieso al tiempo que ensimismado, y también transmitían cierta soledad.

El orgullo se apropió de mí. No pude evitarlo. Era perfecta; absolutamente perfecta.

—Henry —susurré como en sueños—. Pigmalión no lo habría hecho mejor.

Me miró asombrado.

—Oye, Norman, no me vas a decir que conoces a esa vieja bruja.

Le contesté un disparate, como era de esperar.

—La reconocería en cualquier parte. Y, por favor, no la llames bruja.

De pronto la perra, frenética por conocerme, se soltó de la correa y vino hacia mí a todo correr. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de lo peligroso de mi posición. Si reconocía a aquella anciana dama, hasta a Henry le costaría trabajo creer que, en realidad, no la conocía de nada.

—¡Por Dios! ¡Vámonos de aquí! —susurré—. ¡Rápido! ¡Todavía estamos a tiempo!

Pero no lo estábamos. La señorita Hargreaves nos había visto. Dando un grito agudo y ligeramente ñoño, se dirigió a pasitos rápidos hacia el ambigú. Desde un furgón de equipajes, al fondo del andén, Maese Pepusch —inspirado sin duda por la importancia de la ocasión— cantaba a voz en cuello *Were I laid on Greenland's coast, in my arms I'd hold my lass!*

Me encontré cara a cara con mi creación.

—Mi querido, querido muchacho. ¡Qué buen aspecto tienes! ¡Qué bronceado! ¡Oh! ¡Estoy tan emocionada! Dame un abrazo, ven aquí y dame un abrazo. ¡Maletero!, corra y díglele al bueno de Maese Pepusch que se calle...

—Guau, guau, guau... Grrrrr.

—¿Y qué hago con esta bañera, señora?

—*And I would love you all the day...*

—Temo que se equivoca, señorita Hargreaves. Yo...

—Por lo que más quieras, Norman, no dejes que se salga con la suya...

—Chico malo, escondiéndote para sorprenderme. Sarah te reconoció. Escucha a Maese Pepusch. ¡Qué alegría! ¡Qué espontaneidad! Él también lo sabe. Al mundo animal no se le engaña nunca. ¿Puedes creerte que estas queridas criaturas no tienen un más allá? ¿Qué te parece?

—Le digo que se equivoca...

—¡Maletero! Por favor, haga el favor de callar a Maese Pepusch. Mire, aquí tiene un penique, corra y cómprele una chocolatina, con almendras y pasas. Pártasela usted. Norman, querido, dame tu brazo. Estoy exhausta. ¿Y quién es ese joven? ¿Un amigo?

—*Over the hills and... over the hills and... over the Greenland coast...*

—¡Maese Pepusch, para ya de hacer tonterías! Sarah, ¡abajo! ¡Abajo! Mejor la coges en brazos, Norman; no muerde, en cualquier caso ya casi no tiene dientes. ¡Caramba! Apenas puedo mantener la calma en este momento de reunión. ¿Has pensado, Norman, que las estaciones de ferrocarril son muchas veces el escenario de algunos de los momentos más emotivos de la vida? ¿Sí? Ya veo que tú también estás emocionado. Preséntame a tu amigo. Sentémonos en este horroroso ambigú mientras el maletero recoge todo mi equipaje. ¿Me has pedido un taxi? ¿Sí?

Incapaz de articular palabra, me senté en un velador de mármol y me enfrenté a la mujer que yo mismo había concebido en uno de mis «impulsos».

Henry mordía tenazmente la pipa que sostenía entre los dientes, y, bajo las negras cejas, sus ojos se habían clavado en nosotros dos. Creo que aquel demonio estaba disfrutando de la situación en la que me encontraba; a veces parece un bruto con un corazón de piedra.

Mientras tanto la señorita Hargreaves no dejaba de hablar. Y cuando hablaba, no

dejaba un hueco para que nadie entrara en la conversación.

—No te puedes imaginar cuánto he anhelado este momento, querido. Y me doy cuenta de que tú también lo esperabas. Se te nota en la cara lo contento que estás.

Henry se rio, sarcástico. Y yo lo miré con cara de pocos amigos.

—Ha pasado tanto tiempo desde que nos vimos por última vez; ya no recuerdo ni cuándo ni dónde fue. Mi memoria, qué le vamos a hacer, ya solo funciona espasmódicamente ahora, en el otoño de mi vida. Pero ¡qué otoño! ¡Oh, sí! No tiene sentido que intente ocultar el hecho: ya no soy joven. —Se inclinó sobre la mesa y me dio un golpecito con un lápiz de plata que llevaba colgado de una cadena al cuello—. Ochenta y tres, Norman. ¡Ochenta y tres! Varios reyes he visto subir al trono. Y con todo... fíjate que me siento como si hubiera nacido la semana pasada. La juventud —declaró, llevándose una mano al corazón— habita aquí. No solo la esperanza, sino también la juventud nunca deja de manar. ¿Compartimos un pequeño refrigerio? No será ninguna maravilla lo que den, pero mejor que nada... Gracias, gracias. Un poco de agua de Seltz y, tal vez, uno de esos bollitos, una caracola. ¿Y quién es ese joven caballero tan modesto que no abre la boca?

Se volvió rápidamente hacia Henry y, acercándose los impertinentes a los ojos, lo observó de arriba abajo.

—Me recuerda —me dijo en un sonoro aparte— a mi querido Archer. Él también era moreno y tenía las cejas pobladas, todo él muy byroniano. ¡Ay! El tiempo pasa volando. Lo que sucedió hace sesenta años está claro como el cristal; y, sin embargo, lo que sucedió ayer, perdido, perdido para siempre.

Le di el vaso de agua de Seltz y el bollo.

—Gracias, querido, gracias. Pero ¿quién es este joven?

Daba la impresión de que no simpatizaba mucho con Henry.

—Un amigo mío —dije—. Henry Beddow.

—¿Beddow? —Arrugó la nariz—. ¿Beddow? Mi tío Grosvenor tuvo una doncella con ese mismo apellido. ¿Podría ser por casualidad...? ¿No? ¿Entonces tú eres amigo de Norman? Mmm... Pues los amigos de Norman, señor Beddow, son mis amigos.

Esbocé una sonrisa cómplice.

—Muchas gracias —dijo Henry.

—¡Ay, señor Beddow! No sé si se da cuenta de lo que significa para un trasto viejo como yo la amistad de Norman. ¿Podría comparar su aparición en el otoño de mi vida con un rayo de sol que entrara en un viejo pajar y calentara sus frágiles vigas? Una imagen esta un poco fantasiosa, tal vez. No tienes por qué sonrojarte, Norman, querido; no tienes por qué sonrojarte.

—Y, si se puede preguntar —la interrumpió Henry de pronto—, ¿desde cuándo conoce a Norman, señorita Hargreaves?

—Ya te digo, Henry... —empecé a contestar yo sin mucho ímpetu. Pero ella se había vuelto a lanzar.

—¡Oh! —exclamó, y agitó la mano en el aire expresivamente, como si quisiera

borrar la pregunta—. ¡Años! No lo recuerdo. Nunca debe referirse al paso del tiempo de esta manera, señor Beddow. Soy una anciana, y a las ancianas no nos gusta que nos recuerden el paso de los años.

—Mmm, entiendo. —Henry alzó la pipa y la vació—. Bueno, tengo que irme. Encantado de haberla conocido, señorita Hargreaves. Espero que Norman le enseñe las atracciones turísticas de Cornford.

—Claro, por supuesto que me las enseñará.

No podía tolerar que Henry me abandonara de esta manera. Salí corriendo del ambigú y lo alcancé.

—Por lo que más quieras, no me dejes solo con ella —le supliqué.

—Maldita sea, Norman —dijo—. Es amiga tuya, no mía.

—Tú eres tan responsable de ella como yo.

Se me quedó mirando, sorprendido.

—Supongo que no esperarás que me siga tragando esas paparruchas, ¿no? ¡Caramba! Si cualquiera se daría cuenta de que hace años que te conoce.

—Puede ser que me conociera. Pero yo no la conocía a ella.

—Tú mismo has dicho que la hubieras reconocido en cualquier parte.

—Sí... pero eso era... o sea... ¡Oh, Dios!

—Me voy al baile ya. Le diré a Marjorie que no te espere.

—¡No! ¡No! —le grité.

—¡Norman! ¡Norman!

La señorita Hargreaves había salido a la puerta y me llamaba. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me había dejado arrastrar y estaba de nuevo dentro del ambigú con ella.

—Un joven encantador —observó—. Pero he de confesar que me alegro de que se haya ido. Ahora podremos charlar un rato tranquilos antes de dirigirnos a casa de tus padres. ¿No te apetece una cerveza, querido? Quiero verte pasarlo bien. Nunca he estado en contra de una cervecita de vez en cuando. En casa de mi tío Grosvenor siempre había un barril de cerveza en la cocina para los criados, para los hombres, bien entendido. Siempre pienso...

Mientras ella seguía dando rienda suelta a su charla torrencial, yo caí en la cuenta de lo espantoso de la situación. La había aceptado. Una y otra vez, intentaba decirle que se equivocaba por completo, que no la conocía de nada, que mi carta no era más que una broma estúpida. Pero lo peor de todo era que no lograba convencerme a mí mismo. Me daba la sensación de que la conocía de verdad. En cualquier caso, no me dejaba decir mucho; y rechazaba estos comentarios míos agitando la mano, como si espantara un insecto. O sencillamente no hacía el menor caso a lo que yo intentaba decirle. Era obvio que nadie se creería que no la conocía; hasta a mi padre le costaría tragárselo. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué haría cualquiera? Echar a correr, dirán

algunos. Echar a correr, ¿y dejarla allí plantada en el ambigú? ¿De qué serviría? Habría pedido un taxi y le habría dado la dirección de mis padres, y eso era lo que a toda costa había decidido evitar.

—Me siento repuesta —dijo poco después de que se fuera Henry—. Completamente en forma para conocer a tus padres. ¿Sería mucho pedir que me encendieran la chimenea del cuarto? No suelo ser remilgada; detesto ponerme pesada. ¿Está el cuarto orientado al sur? Eso espero. Y dime, ¿ha llegado el arpa?

—Sí —dije—. Ha llegado. Pero siento decirle, señorita Hargreaves...

—Llámame Constance, querido, cuando estemos a solas; tal vez no delante de otros, tal vez no. Pero, cuando estemos solos, por favor, relájate, compórtate con naturalidad. ¿Qué ibas a decirme? ¿Temes que Maese Pepusch no deje dormir a tus padres? No te preocupes en absoluto. Todas las noches toco algo en el arpa hasta que se duerme.

—¿Ah, sí? ¿Le toca algo? ¿De veras?

—Siempre. Tal vez sea una excentricidad. Pero Orfeo consiguió mucho con la lira, y yo, dentro de mis modestas capacidades, hago lo que puedo con el arpa.

—¿Ah, de verdad? Magnífico, diría yo, ¿no? Lo que iba a decir era que, bueno... lo siento... o sea... siento decirle que no podrá quedarse en casa.

—¿Quedarme en casa? ¿A qué te refieres? ¿A que estaré siempre en la calle? ¿Tan animado es Cornford?

—No. Me refería a... o sea, quedarse en nuestra casa. Quedarse con nosotros. Que no podemos alojarla.

—Oh.

(¿Se han parado a pensar alguna vez en la palabra «oh»? ¿Lo han hecho? ¿Han pensado en la infinita variedad de estados anímicos que puede transmitir? ¿En cómo puede ser en algunos momentos la palabra más siniestra de todo un idioma? *Oh*. En cursiva sin signos de exclamación. *Oh*. Así tal cual).

La dulce sonrisa se le heló en los labios. No desapareció de pronto, sino que se le heló, como esas inesperadas nieves tardías que caen después de un día tibio y soleado de mayo. En sus ojos apareció un destello acerado. Por primera vez me asusté.

—Mi madre está enferma —me apresuré a decir—. Tiene... —Me callé un instante para pensar (¿cuál era la enfermedad contagiosa?) y añadí—: Fiebre escarlatina. Hemos de tener cuidado.

—¿Fiebre escarlatina?

—Bueno, tal vez no sea la escarlatina, pero fiebre desde luego tiene. Nunca se sabe, ya sabe. Le ha salido un sarpullido terrible. Y lo he arreglado todo para que se hospede en El Cisne. Es el mejor hotel de Cornford. Cinco estrellas. Le gustará.

—Pero estoy segura de que yo ya he pasado la escarlatina.

—Eso no impide el contagio. Además también podría ser la viruela.

—Bueno, pues... —Se encogió de hombros, claramente molesta—. Supongo que debo hacer lo que sugieres. Pero ¿no sería mejor que fuera a cuidar de tu madre?

—No —me apresuré a decir—. Es muy rara —continuó bajando la voz—. No le gusta tratar con desconocidos. En realidad, siempre ha habido una pequeña vena de rareza en nuestra familia —añadí, tocándome la frente y suspirando.

Esperaba que aquello la asustara y la disuadiera en su empeño de conocer a mi familia.

—También la hay en la mía —respondió al instante. Los ojos le brillaron con un fulgor salvaje.

De pronto tuve una iluminación y vi como en un fogonazo una posible explicación de todo. Era una loca que se había escapado del frenopático. «Calma —me dije—. No pierdas la calma, Norman. Si juegas bien tus cartas, en menos que canta un gallo la tendrás con una camisa de fuerza».

—Por eso toco el arpa —añadió—. La música tiene poderes, como puede confirmarte Maese Pepusch. Vámonos, ya, querido; estoy harta de este sitio. Llévame al hotel.

Me puse en pie, y ella continuó:

—Permíteme que me coja de tu brazo.

Le di el brazo, sin muchas ganas, he de admitir, y juntos salimos al andén. Delante de nosotros, en un carro, se apilaba su equipaje. La señorita Hargreaves había venido preparada para una larga estancia. Había varias sombrereras, dos inmensos baúles con la letra «H» impresa, otras maletas de menor tamaño, un maletín de los llamados «Gladstone», una carpeta de piel con la etiqueta «Partituras», tres cazamariposas y un gran baño de asiento, la famosa bañera, que asomaba toscamente de su envoltorio de papel marrón, y, encima de todo ello, la jaula de Maese Pepusch, todavía cubierta con un paño negro.

La señorita Hargreaves pasó revista a sus pertenencias con aire pensativo.

—Esta vez he sido más parca.

—¿Para qué se trae los cazamariposas?

—Para cazar mariposas, por supuesto.

—Ya, claro.

—Nunca cazo nada —dijo—. Pero eso no quita para que a una le guste estar preparada para cualquier eventualidad.

(No recordaba haberla hecho naturalista).

A paso lento avanzamos hasta la puerta de la estación, con el maletero detrás de nosotros empujando el carro. Paré un taxi.

—Esa bañera no puedo llevarla —dijo el taxista, un tipo bastante lúgubre.

—Siempre tan quisquillosos con la bañera —se quejó la señorita Hargreaves, un tanto irritada—. Tampoco es tan grande, ¿no es verdad?

—Ya me dirá dónde quiere que la meta con todo el equipaje que lleva —dijo el taxista.

Ella se puso a golpear el suelo, impaciente, con uno de los bastones.

—Bueno, pues pida otro taxi. No hay nada que nos impida ir en dos taxis, ¿no es

verdad? —Se volvió hacia mí—. Esta gente carece completamente de imaginación.

Después de mucho ajetreo para colocar el equipaje, los dos taxis arrancaron: la señorita Hargreaves, yo, Sarah la perrita, Maese Pepusch y varios bolsos y bolsas de viaje en uno; la bañera y los dos baúles en otro.

—Y ahora tendremos una cenita ligera y deliciosa —dijo. Se frotó las manos y me sonrió.

Yo pensé en el baile, en Marjorie esperándome, cada vez más enfadada, y en el bueno de Henry hablándole de la señorita Hargreaves.

—Lo siento horrores, pero no puedo cenar con usted —dije—. Debo ir a ver a mi madre.

—¡Qué decepción! Después de haber venido desde tan lejos, ¡cómo vas a irte cuando acabo de llegar! Es una crueldad.

—No puedo evitarlo.

—Pues ¡claro que puedes evitarlo! —De nuevo apareció en sus ojos un destello acerado—. Insisto en que te quedes. Sin duda tu hermana puede ocuparse de tu madre un rato más, ¿no? ¡Ah! ¡Ya sé lo que estás pensando, querido! Piensas que después de un viaje tan largo debería retirarme temprano. ¡Mi querido Norman! ¡Tan amable! ¡Tan prudente! ¡Qué villa tan agradable es Cornford! ¡Oh, mira, la aguja de la catedral! ¡Qué hermosa! —Estábamos llegando al recinto de la catedral por la entrada norte—. Voy a disfrutar todo esto —continuó, y volvió a frotarse las manos, sonriéndome.

—De eso no me cabe la menor duda —dije un tanto desconsolado.

Justo cuando pasábamos por la residencia del deán, este salía a la puerta y se paraba bajo la arquería para despedir a unos amigos. La señorita Hargreaves se puso a hurgar en el bolso en busca de sus impertinentes.

—¿El deán? —susurró, y al asentir yo, dio un golpecito en la ventanilla y le ordenó al taxista—: Pare un momento. Tengo que decirle algo.

—No, por favor, ahora no —le supliqué.

Pero ya estaba saliendo del vehículo y dirigiéndose a paso ligero hacia el grupo reunido bajo la arquería de la residencia del deán. Sorprendido, este alzó la vista. Y yo la oí decir:

—Ruego disculpe mi intromisión, pero, siendo esta mi primera visita a esta sede catedralicia, he considerado necesario presentarle mis respetos. —Le dio una tarjeta de visita que el deán se vio obligado a aceptar—. Mi tío Grosvenor tenía mucho cariño a esta ciudad —añadió.

—¿Ah, sí? —dijo el deán, volviéndose intencionadamente hacia sus amigos—. Bueno, adiós, adiós. Sí, sin duda, tenemos que hacer algo con esos frescos. Adiós.

—¡Cantemos al Señor! ¡Cantemos al Señor!

Di un respingo, nervioso, preguntándome por un instante quién habría gritado aquellas notas tan agudas. Había sido, claro está, la maldita cacatúa. La señorita Hargreaves se rio, contenta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el deán.

—¡Oh! Solo Maese Pepusch —le aclaró ella.

El deán miró el taxi con cara de pocos amigos y advirtió mi presencia. Yo intenté ocultarme, hacerme invisible.

—¿Era usted, Huntley? —me soltó—. ¿Ha sido usted el que gritaba de ese modo?

—No, claro que no, deán. No he sido yo, cómo iba a ser yo...

—Bueno, buenas noches —dijo el deán con la mayor frialdad. Y luego se volvió, cruzó la arcada y cerró dando un portazo.

La señorita Hargreaves volvió al taxi.

—¡Cantemos al Señor! —graznó Maese Pepusch, en un tono menor esta vez. Curiosamente aquel pajarraco perdía seguridad en sí mismo cuando su dueña estaba cerca.

—Sí, querido —dijo, indulgente—. Le cantarás. Está... —continuó, volviéndose hacia mí—. Está muy orgulloso de cómo canta el *Venite*. Todavía no le sale del todo bien. Se lo enseñé mientras estábamos en Hereford. La música es de Samuel Wesley. Espero que entienda lo que significa. Me gusta usted, deán: es un clérigo erudito y recto. Estudió en el Balliol College, ¿no? Espero que no sea uno de esos modernos.

Salimos del recinto catedralicio por la Puerta de la Princesa, subimos por el callejón de los Cánticos y así llegamos a la calle Mayor. Unos minutos más y habríamos llegado al hotel. El otro taxi nos había adelantado y había desaparecido.

De pronto, como precipitándose por el vacío de mi receloso abatimiento, se me ocurrió una idea enloquecida; un arrebato de mi característica inventiva venía de nuevo a buscarme la perdición. Volvía a arrojarme de cabeza llevado por un tentador «impulso».

—¿Y cómo está Agatha? —pregunté.

(Supongo que se entiende que yo no tenía ni la menor idea de quién era Agatha. De nada vale preguntarme por qué hago estas cosas. Soy así, como creo que ya he dicho antes).

—Apagándose —se apresuró a responder la señorita Hargreaves—. Apagándose rápidamente.

Enmudecí unos instantes, casi consternado por aquella respuesta, tan inmediata y totalmente inesperada.

—¡Vaya! —dije, y chasqué la lengua, mostrando comprensión—. Pero, de todo modos, tenía que pasar tarde o temprano.

—Sí, antes o después todos terminamos por apagarnos. Todos tenemos que cruzar la barrera.

—¿Sufre mucho? —pregunté. (Ahora estaba disfrutando de lo lindo).

—Horrores.

—La va a echar de menos.

La señorita Hargreaves se llevó a los ojos un pañuelito de delicado encaje.

—Sí, ciertamente, la echaré de menos, casi tanto como echo de menos a la pobre Seraphica Archer. En cualquier momento espero el telegrama anunciándome su muerte. No voy a fingir que lo lamentaré. El sufrimiento prolongado no es fácil de entender. Un lazo más, un antiguo lazo, que se corta.

—Será muy doloroso para usted —me aventuré a decir— volver a Oakham sin ella.

—No pienso volver —dijo ella sin más.

—¡Oh! Entonces no va a... ¿no va a volver?

—No. Voy a cerrar Sable Lodge. Me traslado a vivir a Cornford.

—¡Oh!

Volví a caer en un horrible abatimiento.

Y ella, volviéndose hacia mí, me tocó en el brazo con una de esas sonrisas que los novelistas denominan «atrevidas» y dijo:

—Y tú, querido, tendrás que ocupar el lugar de Agatha.

El Cisne es uno de esos hoteles anticuados, grandes y llenos de recovecos, en los que ni la comida ni el servicio son especialmente buenos. Pero está tan chapado a la antigua y son tantos los clérigos que se han hospedado en él que nadie se atreve a criticarlo. La señorita Hargreaves, sin embargo, no lo encontró completamente de su agrado.

Estábamos en el vestíbulo, rodeados de equipaje. El señor Stiles, el director, un tipo bastante pomposo (recuerdo que aquella noche iba vestido con unos sorprendentes bombachos), nos soltaba una perorata a propósito de los pájaros. La señorita Hargreaves apenas reparó en él, y, acercándose los impertinentes a los ojos, se puso a examinar detenidamente unos antiguos paneles de roble.

—Nunca hemos aceptado pájaros —decía el señor Stiles—. Y además está la cuestión de esa bañera: he de decir que nuestras habitaciones están muy bien acondicionadas, todas tienen baño con agua fría y caliente...

—¿Qué dice? —me preguntó la señorita Hargreaves.

—Dice que hay agua fría y caliente en todas...

—Ya lo creo... Ya lo creo. —La señorita Hargreaves dio unos golpecitos con el bastón en el panelado—. Pero sobre la bañera no estoy dispuesta a discutir.

Se inclinó y golpeó uno de los paneles de roble con los nudillos.

—¡Termitas! —exclamó—. ¡Lo sabía! Es chocante ver cómo trata la gente estas valiosas antigüedades. Tal vez todavía podamos encontrar otro hotel, Norman...

—Claro que... —empezó a decir el señor Stiles— estoy dispuesto a hacer alguna concesión. Nuestras normas son...

La señorita Hargreaves se volvió rápida hacia él.

—Mire, buen hombre, ¿por qué no dejamos esta charla y va a buscar al director del hotel?

—Pero... Si soy yo el director.

—¡Usted! ¿Es usted el director? ¡Dios mío! ¡Cómo cambian los tiempos!

—Tiene preparada la habitación de la señorita Hargreaves, ¿verdad? —me apresuré a preguntar.

—Sí, señor Huntley. Pero el loro... Temo que los otros huéspedes se...

—¿Cómo tiene la insolencia de hablar con ese desprecio de una cacatúa viva y bien educada, incluso de referirse a ella diciendo que es un loro, cuando usted mismo tiene un cisne de madera colgado a la puerta de su establecimiento? ¡Qué escándalo! ¡Qué monstruosidad!

Yo capté la atención del señor Stiles con la mirada.

—Tenga la bondad de venir un instante —le susurré. Él me siguió por el pasillo que conducía a las cocinas—. Por lo que más quiera, admítala. No quiero recorrerme toda la ciudad en busca de habitaciones. Le pagaré bien. Llévelo un poco la corriente y le pagaré lo que le pida.

—No quiero rechazar a ningún huésped —contestó él—, pero si no está satisfecha...

—Es la sobrina del duque de Grosvenor, se me había olvidado decírselo.

—¿De verdad? —El señor Stiles pareció interesarse un poco más—. Bueno, claro, supongo... —Volvió al vestíbulo—. Seguro que no tendremos ningún problema, señorita Hargreaves —le dijo.

—En eso confío, señor director. En eso confío.

—Espero que no tenga ninguna objeción a que se le añada un pequeño recargo por animales.

—Ya estoy acostumbrada. Siempre tuve que pagar media corona extra al día por la pobre Agatha, fuera adonde fuera —me dijo.

—¿Ah, sí? —Me mordisqueé los dedos, nervioso. ¿Qué sería esa maldita Agatha? ¿Una gata? ¿Una perrita? ¿Una cobaya? ¿Una hembra de armadillo, tal vez?—. Supongo que comería muchísimo —aventuré.

—¡De una manera prodigiosa! —Me agarró por el brazo—. Y ahora vayamos a ver mis habitaciones.

Precedidos por la mitad del personal del hotel, empezamos a subir lentamente las escaleras. La señorita Hargreaves se paraba una y otra vez para señalar un defecto u otro de decoración o de mantenimiento de la hermosa escalera.

—Observa, la alfombra tiene agujeros, Norman. ¡Oh, mira! —Se estremeció y señaló un espantoso jarrón verde colocado en el ancho alféizar de la ventana del descansillo de la escalera—. ¡Qué objeto tan feo! ¿Es que la gente carece de gusto? —Se volvió en redondo y se dirigió al señor Stiles—. Me gustaría comprarle eso —le dijo, alzando el bastón y señalando con él el jarrón.

—¡Oh! ¿De veras? No es algo que acostumbremos a hacer, pero...

—¿Qué le parecen diez chelines?

—Bueno, sí, supongo que...

—Aquí tiene. Y que lo lleven de inmediato a mi habitación. —Le dio el billete,

que él cogió con obvia avidez—. Espere —continuó, rebuscando en su bolso y sacando otro billete, esta vez de una libra, y dándoselo también—. Para el personal del hotel —le dijo—. No soy remilgada. Detesto ponerme pesada. Pero espero un buen servicio.

Por fin llegamos a la habitación 14, una habitación de gran tamaño que daba al patio posterior del hotel. La señorita Hargreaves se dirigió directamente a la ventana y miró fuera. Un botones depositó la bañera en el suelo y esperó; otro se afanaba entrando uno de los baúles; dos camareras depositaron varios bultos pequeños. Mientras tanto, Sarah iba y venía entre las patas de los diferentes muebles.

Todos esperamos. Finalmente, la señorita Hargreaves se apartó de la ventana y se puso en el centro del cuarto.

—Esta no me vale —dijo—. La habitación debe dar a la calle, o a un jardín, si lo tienen. No estoy acostumbrada a que mis habitaciones den a las caballerizas. Y debe estar encendida la chimenea; además tienen que subirme varios cubos de agua caliente, pero no hirviendo.

El señor Stiles suspiró.

—Tengo una habitación que da a la calle —dijo.

—Pues entonces, vayamos a verla.

Salimos todos en tropel, a excepción de la perrita Sarah, que había encontrado un confortable acomodo en el edredón rosa que cubría la cama. La otra habitación, más pequeña, pero agradablemente amueblada, pareció satisfacer a la señorita Hargreaves.

—Pero Sarah —observó— prefiere claramente la otra cama. Si son tan amables, trasládenla a este cuarto mientras ceno. Detesto ponerme pesada.

Esto acabó con la paciencia del señor Stiles.

—Verdaderamente, señora mía, no puedo ponerme a mover camas de una habitación a otra para que duerman los perritos.

—Oh.

Se produjo un prolongado silencio. Ella lo miró de arriba abajo. Un intenso arrebol, más o menos del mismo tono que el color del traje que llevaba, iluminó los rasgos, normalmente apagados, de aquel pobre hombre.

—¿He entendido bien...? —empezó a decir la señorita Hargreaves.

El señor Stiles se mantuvo firme.

—No traslado camas de un cuarto a otro por la comodidad de un perrito.

—Muy bien. Por favor, devuélvame la libra que acabo de darle. Norman, por favor, llama a un taxi. Tendremos que...

—Un momento —dije yo, desesperado—. ¿Por qué no traemos el edredón de la habitación 14? Eso es lo que le ha gustado a Sarah.

La señorita Hargreaves asintió.

—Es posible. Vaya a buscarlo —le dijo a una de las camareras—. Y tenga cuidado de no molestar a Sarah. Tráigala envuelta en el edredón. Tenga cuidado.

Había pasado la crisis. Trajeron a Sarah, acurrucada en el edredón; le guiñaba un

ojo a su ama, como diciéndole: «Hemos vuelto a salirnos con la nuestra».

—Y ahora —continuó la señorita Hargreaves—, cuando me haya cambiado, cenaremos algo ligero. —Y con un movimiento de mano, hizo salir a todos los presentes—. ¡Oh! ¡El jarrón! —exclamó. El botones lo había depositado en el tocador—. Llévatelo, Norman. ¡Llévatelo!

—¿Y qué quiere que haga con él?

—¡Rómpelo! ¡Rómpelo, querido! Aquí no, claro. Llévatelo donde quieras y rómpelo. No quiero volver a verlo. ¡Qué tipo tan grosero ese director! ¡Abominable! ¿Y por qué va vestido así? ¿Cómo se llaman esos pantalones que lleva? Creo que tienen un nombre especial.

—Bombachos.

—¿De verdad? ¡Bombachos! Bueno. Ahora, tienes que salir. ¡Oh! ¡Mi arpa! ¿Dónde está mi arpa?

—Abajo, en el vestíbulo, creo. Les diré que la suban.

—Sí, por favor, díselo. No puedo vivir sin ella. Espérame en el comedor.

Bajé, con el espantoso jarrón en la mano.

—Tome —le dije furioso a uno de los camareros—, esconda esto en algún lado. Y suban el arpa a la habitación de la señorita Hargreaves.

Me fui a esperarla al comedor.

¿Por qué esperé? ¿Curiosidad? ¿Por una idea de que así estaba escrito en mi destino? ¿Simple pereza? No lo sé. Podría haberme librado. Pero me senté en una mesa, frente a un espantoso reloj de mármol colocado sobre la repisa de la chimenea (lo coronaban unos guerreros que luchaban con tridentes), y pensé en el baile en el que debería estar en aquel momento y me imaginé el enfado de Marjorie y todas las explicaciones que tendría que inventarme más tarde.

Sobre las nueve y cuarto la señorita Hargreaves entró en el comedor y nos sentamos en una mesa al lado de la ventana. Éramos los únicos comensales, cosa que agradecí. Se había cambiado y ahora llevaba un vestido de seda color morado con mucho encaje.

—¡Y ahora, a comer! —dijo; examinó la carta durante unos segundos y enseguida la dejó a un lado con un gesto de impaciencia—. ¡Inútil! —exclamó. Un camarero joven merodeaba al lado de nuestra mesa—. Tráiganos una cena ligerita —le pidió—. Un caldo limpio, tal vez con algunas puntas de espárragos añadidas en el último momento. Y un poco de pescado... Prefiero salmonetes, claro. —Pero entonces cambió de opinión—. No. Supongo que no es la época todavía. Pues entonces pescadillas de ración. Solo un golpe de sartén; si no, se pasan. Sin guarnición. Detesto ponerme pesada. Tienen codornices. ¿Sí? ¿No? ¡Vaya, vaya! Entonces una perdiz. Y unos higos frescos; nada me apetece más que unos higos. El queso, a no ser que tengan de Wensleydale, no me interesa mucho. Y luego tomaremos café; he

traído mi propio café. Dígale a la camarera que está deshaciendo arriba mi equipaje que lo baje. ¿Tienen molinillo?

—¿Molinillo? —balbució el camarero.

—¡Claro! ¡Claro! Para moler los granos.

—Preguntaré en la cocina, señora.

—Sí, hágalo. Y el señor Huntley tomará cerveza. Norman, pide la que sueles tomar.

Pedí una pinta de tostada.

—Una pinta de tostada...

El camarero suspiró aliviado y lo anotó. Luego dijo:

—En la cocina me dicen que a estas horas solo podemos servirles algo de roast-beef y encurtidos, señora.

—¿Cómo ha dicho?

—Roast-beef y encurtidos.

—¡Qué delicados esos *putti*! —exclamó, señalando a los angelotes de escayola que decoraban el centro del techo—. ¡Tan inocentes! Y al mismo tiempo, ¡qué pilluelos! ¿A qué está esperando? —le preguntó al camarero.

—Decía que solo podíamos servirles roast-beef y encurtidos, señora. La hora de la cena ha pasado, ¿entiende?

—¿Encurtidos? ¿Qué encurtidos?

—De la mejor marca, señora. Los que prefieren nuestros clientes.

—¿Lo que profieren sus clientes? No entiendo lo que quiere decir.

—Prefieren —grité—, no profieren.

—¿Nada más que roast-beef y unos encurtidos muy preferidos por alguien? En mi vida había oído cosa igual.

Sugerí una tortilla. Ella suspiró, displicente.

—Una siempre acaba volviendo a la inevitable tortilla —dijo quejumbrosa—. Pero, claro, lo que tiene que ser no puede ser de otra manera. Está bien. Una tortilla a las finas hierbas. Pero que la hagan como es debido, camarero, dígalo en la cocina. Con la sartén bien caliente antes de poner la mantequilla; el huevo casi tiene que arder, aunque no completamente. Ni se les ocurra separar el huevo de las paredes de la sartén con instrumento alguno. Y las hierbas no serán de bote, espero. Las tendrán frescas del huerto. ¿Tienen huerto?

—Preguntaré en la cocina, señora.

—Sí, pregunte. Gracias.

El camarero se fue a toda prisa, bastante asustado.

—Vamos a cambiarnos a aquel sofá, al lado de la chimenea —sugirió la señorita Hargreaves—. Ahora anochece más temprano, y refresca.

Nos trasladamos y nos acomodamos al lado de la chimenea, donde llameaba un buen fuego. Para entonces yo había desistido de llegar en algún momento al baile.

—¡Qué amable todo el mundo! —dijo entre susurros—. Espero muy poco. Lo

único que pido es atención. ¿Te importaría subir a mi habitación, Norman, y bajarme las zapatillas? Gracias.

Subí. Una camarera seguía colocando su equipaje, y entre los dos encontramos las zapatillas. Sarah seguía profundamente dormida sobre la cama. Habían destapado la jaula de Maese Pepusch, y la habían dejado en un silla. Era un pájaro verde con un pico potente y una caprichosa cresta. Tenía una mirada vil, malévola. Me gruñó unas palabras que no llegué a entender; sonaban algo así como «consiguientemente». Me alegré de que estuviera enjaulado.

Junto a la chimenea, en la que acababan de encender un fuego, estaba el arpa, todavía embalada. Había enseres de la señorita Hargreaves dispersos por toda la habitación; te daba la impresión de que llevaba toda la vida viviendo allí.

Cuando volví al comedor, había extendido las piernas para que el fuego le calentara los pies, cubiertos con las medias. No esperaba que hiciera algo así; no me sorprendió, sin embargo. Parecía que estaba a gusto. Tenía el don de poder hacer cosas poco convencionales con completa naturalidad y sin perder por ello su dignidad.

Le di las zapatillas.

—Pónmelas, querido —farfulló. Parecía medio dormida. Me agaché y le calcé las zapatillas—. Y ahora —continuó—, siéntate y deja que te mire bien mirado.

Me miró bien mirado, lo que le llevó bastante tiempo.

—No —dijo—. No has cambiado nada.

Me terminé la cerveza.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Desde la última vez que nos vimos.

—Señorita Hargreaves —me incliné hacia ella y adopté un tono solemne—, ¿cuándo fue la última vez que nos vimos?

—No tengo ni la menor idea —se limitó a responder.

Suspiré y pedí otra pinta de cerveza; la cerveza tostada que sirven en El Cisne es francamente buena. La señorita Hargreaves siguió hablando entre susurros, en un tono soñoliento, contándome anécdotas de su viejo amigo, el reverendo Archer. Yo continué bebiendo. Me invadía una felicidad peculiar, una sensación de satisfacción, de agradable bienestar. Y no era solo por la cerveza. Los compositores, los poetas o los pintores conocerán esa sensación que se tiene cuando uno ha terminado lo que sabe que es un buen trabajo, esa sensación de que todo te importa un bledo. Es una sensación maravillosa. Y así me sentía.

Volví andando a casa sobre las diez sin saber muy bien qué pensar. Debería intentar transmitir lo que sentía, o de lo contrario, se quedarán con la idea de que este pretende ser un libro gracioso. Y no lo es; es un libro muy serio: es el relato de la cosa más sorprendente que me haya sucedido nunca, algo que modificó el curso de

mi vida. De modo que no se equivoquen. Y recuerden que es verdad, que no me he inventado nada... a excepción, claro, de la propia señorita Hargreaves.

En ese extraño paseo de vuelta a casa, intenté resolver el misterio de la señorita Hargreaves de varias maneras, como si dijéramos, normales.

Primera. Era una loca fugada del manicomio. Imposible. ¿Cómo iba a saber una loca tantas cosas de mí, contando únicamente con la información de aquella carta?

Segunda. Henry me estaba gastando una broma monstruosa y esta mujer era su cómplice. No era muy probable. Henry no había fingido su enfado conmigo en la estación; era obvio que estaba firmemente convencido de que la señorita Hargreaves era una vieja amiga mía que había logrado mantener en secreto hasta entonces.

Tercera. Como el propio Henry había sugerido, había una señorita Hargreaves hospedada en el hotel Manor Court cuando llegó la carta. Y, aprovechando esa circunstancia, ahora ella me estaba gastando una broma descomunal. Muy, muy improbable. Las ancianas no gastan bromas así.

Cuarta. Y esta era la solución más convincente. En realidad la había conocido en algún lugar hacía tiempo y, por algún fallo inexplicable de la memoria, había olvidado su existencia hasta que, durante aquella espantosa visita a la iglesia de Lusk, había emergido de mi inconsciente. Era una buena explicación: todo encajaba. Entraba completamente dentro de lo posible que a una persona se le quedara la mente en blanco. Decidí que iba a repasar todos mis diarios en busca de alguna referencia a haberla conocido, a ella o a alguien parecido.

Quinta. Y era una idea persistente, algo que no se me iba de la cabeza. *Lo que me había inventado había sucedido realmente*. Como aquel sermón de hacía años. Esta era la solución que se imponía a todas las demás. Me gustaría que así fuera. Ese era el peligro. Siempre, por debajo de toda molestia, de toda irritación, fermentaba un sentimiento de orgullo, un sentimiento que me enriquecía. «¡Mía! —me encontré murmurando—. ¡Mía!» Mi obra, mi creación. ¿Por qué no? ¿Quién sabe nada? Hay miles de misterios a nuestro alrededor: las estrellas, el cielo, los chicos, las chicas, los animales, las flores, todo es un misterio. Que digan lo que quieran. Supongamos que este fuera simplemente otro misterio.

Orgullosa de ella. Sí. No podía evitarlo. La forma en la que había gestionado su estancia en hotel había sido magnífica. Pero para mí era un terrible esfuerzo; ya lo notaba. Estaba exhausto, como si hubiera estado haciendo algún pesado trabajo físico, y solo había estado una hora más o menos en su compañía. ¿Cómo me iba a encontrar pasados unos días o incluso unas semanas?

Así se me disparaba la cabeza, y cuando me quise dar cuenta había llegado a casa sin saber cómo. Hacía muy buena noche; bostecé y subí los escalones de la entrada. En el estudio de mi padre se oían las notas del violín, y supuse que había aprovechado que mi madre y mi hermana habían salido para darle un buen repaso a la *Kreutzer*. Me quedé unos instantes en la puerta, escuchándolo y mirando la gran mansión estilo Reina Ana iluminada por la luna al otro lado de la calle, que llevaba

años vacía.

Volví a bostezar, al tiempo que murmuraba: «Exactamente el sitio que le iría a la señorita Hargreaves».

Abrí la puerta y subí lentamente al primer piso.

Me dirigí al estudio de mi padre. Es una estancia preciosa, en el segundo piso, con un gran ventanal que da al jardín posterior y a la calle Candole, donde está el pub La Unión Afortunada. Arriba de todo de la cuesta se ve la catedral. A veces mi padre se tumba en el sofá colocado bajo el alféizar, con la ventana abierta, y le toca melodías a la aguja de la catedral. «Esa aguja es una dama —dice—. Una dama de buena cuna, bien educada». Y tienes la sensación de que no le falta razón, sobre todo cuando recuerdas que la Virgen María es la patrona de la catedral.

En el estudio hay cientos de libros, en estanterías y apilados en el suelo. En el medio hay una mesa inmensa, llena de revistas, frascos de tinta, transparencias de microscopio, tazas de café vacías, vasos, partituras y latas de tabaco. Un piano vertical negro de la marca Bord corta el rincón al lado de la ventana. Es un pianito antiguo, con un tono agradable, lejano, el piano que uno oiría desde el fondo del mar, si saben lo que digo. Un piano encantado. Sobre él hay un cuadro de los Reyes Magos dirigiéndose en procesión al portal de Belén; el autor es un tipo llamado Dierich Bouts. Es un cuadro muy antiguo, flamenco, lleno de color, que le sirve de extraño contrapunto. Bouts y Bord siempre han ido juntos, desde que tengo memoria; mi padre dice que están casados. Una cosa graciosa es que, una vez que hubo que llevar el cuadro a ponerle un cristal nuevo, el piano se desafinó por completo y algunas de las notas se atascaron. Está claro que se tienen mucho cariño.

Cuando entré esa noche, mi padre atacaba el rondó de la *Kreutzer*. Una lámpara se mantenía precariamente en equilibrio sobre unas partituras encima del piano. Mi padre siguió tocando. Yo me desplomé en una butaca, sintiéndome muy cansado y confuso.

Pasado uno momento, mi padre dejó a un lado el arco y, con una horquilla del moño de mi madre, se puso a limpiar la boquilla de los cigarrillos.

—Hola, hijo —dijo—. Ven a tocar conmigo.

—Estoy demasiado cansado, papá. He cenado con la señorita Hargreaves.

Asintió, como si la conociera de toda la vida. Mi padre no se deja sorprender por nada; ni siquiera por sí mismo.

—¿Ha traído el oboe? —preguntó.

—No sé qué te hace pensar que toca el oboe —dije yo.

—Bueno, venga, intentemos el movimiento lento de esta pieza de Delius. Es un poco sosa, pero no le falta corazón.

—Estoy muy preocupado, papá. De verdad, no sé si debería ir a ver a un médico o algo. Le pregunté cómo estaba «Agatha»; sencillamente me inventé el nombre; fue en

uno de esos «impulsos» que tengo, ¿entiendes?

—Hace años que te advertí sobre esos «impulsos», hijo.

—Y lo único que respondió fue: «Apagándose». Así. Sorprendente. ¿Qué crees que quiere decir?

—Delius no está mal, para variar; es como pasar al postre después del asado. Pero, claro, uno no se alimenta solo con el postre. Piensa en el *Concerto* de Elgar, como concierto es imbatible. ¿Quieres una manzana?

—¿Y tú crees que «Agatha» es una mona? ¡Ah! Por cierto, se paró y habló con el deán. Me miró furioso; parecía muy irritado. Ese espantoso pájaro que lleva con ella le graznó el *Venite*. Y no le gustó; bastaba con mirarlo.

—A los monos les gusta la música —observó mi padre, mientras se liaba un cigarrillo—. Si, como dices, toca el arpa, lo más probable es que tenga un mono o una mona.

—¿Crees que tengo un blanco en la memoria? O sea, que igual la conocí hace años en Bournemouth.

—La memoria es una cosa curiosa. —Se retorció el bigote y una luz nostálgica le iluminó los ojos—. En algún momento llevé barba. Antes de que tú nacieras, eso es. Bueno, pues una noche me la afeité, o supongo que eso hice. Sin embargo, hasta la fecha, podría jurar que lo que hice fue podar el seto de verónica en el jardín de tu abuelo. Le gustaba mucho la verónica, y debo decir que, lo mires por donde lo mires, detrás de un seto siempre se oculta algo.

—Supongo que Marjorie estará furiosa conmigo por no haber ido al baile. Bueno, qué le vamos a hacer.

—Me alegraría verla. Dile que se pase algún día por la librería. A propósito, ¿de quién me estabas hablando? ¿Agatha qué?

—No seas tonto. La señorita Hargreaves.

—¿Hargreaves? ¡Ah, ya! La mujer que conociste en el Festival de los Tres Coros, ¿no?

—Eso, lo que digas —dije, exhalando un profundo suspiro.

—Es impresionante la cantidad de gente interesante que uno conoce en ese Festival —continuó, mientras afinaba la cuerda de sol—. Una vez vi allí a Tennyson, que se mesaba la barba detrás de una columna, intentando pasar desapercibido. Tiró al suelo un trocito de papel, y yo lo recogí. Solo tenía tres palabras escritas; lo tengo por algún lado, en la tienda. Recuérdame que lo busque. Es valioso.

Empezó a tocar una melodía que había compuesto para la cuerda de sol.

—Venga —me dijo—. Acompáñame un poco, y luego te invito a un whisky.

Me senté al piano y añadí unos acordes a su melodía. Era una especie de zarabanda, muy grave, calmante, y, sin embargo, aquella noche en particular, por alguna extraña razón, también perturbadora. Cada vez que la tocaba era distinta de la anterior. No había llegado a anotarla. Hacia la mitad, siempre improvisaba algo, de modo que mi acompañamiento tenía que estar preparado para cualquier nueva

modulación que pudiera introducir, aunque la estructura de la pieza seguía siendo la misma.

Cuando terminamos de tocar, me quedé sentado al piano un rato largo, mirando a los Reyes Magos y preguntándome, como siempre hacia, si alguno de ellos se había movido mientras sonaba la música.

Mi padre suspiró, no sin cierto desasosiego, me pareció, y alzó la vista y miró por la ventana al cartel del pub, La Unión Afortunada —un viejo y una vieja—, que el aire balanceaba, despegándolo de la fachada de ladrillo de la casa.

—No puedo dejar de pensar —musitó— que la música más encantadora nunca se anota. Es como el habla, como algo que se dice y enseguida se olvida, pero que sigue vivo. Has hecho un buen acompañamiento, hijo: tienes una verdadera fuerza creativa; lo sabes, ¿no? Lo que te sucede, igual que me sucede a mí, es que no te molestas en controlar lo que creas. Bueno, puede que no nos corresponda hacerlo; puede que lo que creamos deba controlarnos a nosotros.

—No me hace ninguna gracia esa idea —dije, y pensé en la señorita Hargreaves, quien, tal vez, en ese momento tocaba el arpa para Maese Pepusch—. No me gusta nada. Yo...

—Sí —dijo—. Me la afeité. Cuando me miré en el espejo a la mañana siguiente ya no estaba. Bueno, claro que ya no estaba. No te puedes afeitar una barba de dieciocho centímetros y esperar encontrártela en la barbilla a la mañana siguiente. Pero no lo recuerdo, y hasta la fecha juraría que lo que hice fue podar el seto de verónica de tu abuelo.

Ya en mi habitación, esa misma noche, me quedé levantado hasta muy tarde repasando todos mis diarios. Había muchas entradas que no tenían ni pies ni cabeza, como: «Los antiguos de Pall Mall. Empujón y pena a un penique». Pero no había nada que ni remotamente pudiera conectar con la señorita Hargreaves. Lo dejé y me metí en la cama.

IV



Dos veces a la semana, los martes y los viernes, voy a la catedral antes de desayunar a tocar el órgano. Siempre disfruto mucho de esas horas tempranas solo en la tribuna, sobre todo en invierno, cuando fuera todavía no ha amanecido y yo y el hombre que se encarga de encender las estufas somos las únicas personas en todo el edificio.

El día siguiente era uno de los días que iba a tocar temprano. Antes de las siete ya estaba pedaleando por la calle Mayor camino de la catedral. Cuando pasé por el hotel, alcé la vista, no sin cierta aprehensión, hacia las ventanas de una de las habitaciones de la primera planta. ¿Habría soñado todos los acontecimientos de ayer?, me pregunté. Pedaleé con fuerza, intentando olvidar todo aquel extraño asunto.

Entré en la catedral por la pequeña puerta del sur y recorrí el transepto. Era una mañana gris y lúgubre; me sentía un poco deprimido. Atravesé el presbiterio y abrí la verja del ala norte del transepto, la dejé abierta y subí la estrecha y oscura escalera de caracol hasta la tribuna del órgano. En cuanto vi la consola, me sentí mejor, como si hubiera vuelto a encontrarme con un viejo amigo, siempre fiel y con una variedad infinita de humores. «Mi buen Willis», susurré, observando sus cuatro teclados, de momento silenciosos, y acariciando suavemente las teclas amarillentas. Conecté la corriente y saqué las partituras.

Tenía por delante tres cuartos de hora a solas con el órgano. Poco antes de las ocho tendría que parar, pues siempre se celebraba la eucaristía en una de las capillas. El maestro Carless no me permitía utilizar todos los registros. Debía limitarme al órgano principal, y, si quería un *crescendo*, al órgano expresivo. Siempre me había resultado difícil atenerme a esta norma. Un gran órgano siempre acaba embriagándote, basta con ponerte delante. Alguna vez había caído en la tentación, y me había dejado emborrachar con la lengüetería, me había alborotado con la tuba del teclado recitativo, y me había preparado para enfrentarme a todos los organistas miserablemente sobrios del Real Colegio que los agrupa, siempre con la ayuda de las bombardas del pedal.

Empecé con una sonata de Mendelssohn, un movimiento *piano*, un tanto peliagudo también, con un pedal de *pizzicato*. Mi interpretación me pareció satisfactoria y decidí seguir con el tercer movimiento, algo muy exuberante, enérgico y guerrero, en tres por cuatro. «¡Maldito Carless!», me dije, a medida que avanzaba el movimiento. Saqué los cuatro registros abiertos sobre el gran órgano y acoplé el expresivo, abrí su caja y di rienda suelta a la lengüetería. El sonido se alzó por encima de mí, golpeando los inmensos pilares normandos de los transeptos. A cuatro compases del final, leí, en la partitura impresa: «Añádase lengüetería de gran órgano». ¿Quién habría desobedecido esta orden? Con un rápido movimiento de mi

mano izquierda sobre los registros del teclado principal, agarré un puñado de lengüetas, tan fácil como arrancar unas hojas de hierba: trompeta, doble trompeta, Posaune y Clarion. Mezclas y mutaciones salieron disparadas casi sin indicación. Mi pie derecho presionó el pedal de *tutti*. Era parecido a acelerar en la llanura de Salisbury. Accioné las bombardas y el Ophicleide^[8]; un segundo después un sonido atronador llenó la nave. Se me escaparon los ojos hacia la tuba del teclado recitativo; de alguna manera, me contuve y concluí el movimiento en el lleno de gran órgano y el expresivo, levantando las manos en el último acorde para poder oírlo rodar y retumbar por la nave y vibrar en todas las ventanas.

¡Qué sonido! Alborozado, lo oí extinguirse, como un tornado, persiguiéndose a sí mismo entre las arcadas y vidrieras del edificio, elevándose hasta el triforio, transportándose y alcanzando la punta misma de la aguja, para terminar extendiéndose por los prados y desapareciendo para siempre de nuestros oídos.

Sí, pero ¿qué era eso que estaba oyendo también? Alguien que aplaudía a lo lejos, allá abajo, alguien que gritaba:

—¡Bravo! ¡Oh! ¡Bravo!

Y luego unos pasos en la escalera de caracol, cada vez más cerca, hasta que llegaron a la cima, y entonces se abrió la puerta.

—¡Oh, espléndido, Norman! ¡Espléndido! ¿Qué sonido puede compararse con el de un órgano potente? A lo mejor te acuerdas de mi soneto, uno que aparecía, me parece, en *Gavillas al borde del camino*.

Sonad, diapasones atronadores,
el son guerrero emitid, caramillo,

etcétera. Pero, venga, toca un poco más, querido.

Sonreía de oreja a oreja, parada en el bajo umbral de la puertecita de la tribuna.

—¡Oh! Mire, señorita Hargreaves, en realidad... —empecé a protestar—. Usted, usted...

—¿Sí? ¿Cómo dices, querido?

Me quedé sin palabras. Se sentó a mi lado.

—No debería haber subido aquí arriba —le dije—. No está permitido.

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Toca un himno!

—¿Un himno?

—Sí. Toquemos el de *Escucha, escucha, alma mía*. Y añade las campanas en el tercer verso. Hoy en día nadie quiere añadir las campanas en el tercer verso; me dicen que está anticuado. Pero qué más da eso. Yo estoy chapada a la antigua y siempre lo estaré. ¡Venga, toca!

—Bueno, preferiría tocarle una fuga de Bach. Puedo tocar la gran *Fuga en sol menor*, si quiere. Ya sabe. Tan-tara-ra-ra-ra, tan-tara-ra-ra-ra...

—¡No, no! —Sus modales se hicieron más apremiantes—. A estas horas de la mañana, no me apetece Bach. ¡No! ¡No! *Escucha, escucha, alma mía*. Mira, aquí

está. Es el número 223.

Colocó la partitura con el himno delante de mí. Rebuscó en su bolso y, sacando unas gafas, se las puso. Empecé a tocarla con pocas ganas.

—¡Más despacio, más despacio! —Colocó una mano sobre mi hombro izquierdo para frenar la velocidad con la que, contrariado como estaba, había empezado a tocar —. Aún más despacio —me ordenó.

—Me está haciendo daño en el brazo, así no puedo tocar —me quejé, enfurruñado —. No puedo tocar si me está hincando la mano en el hombro.

—Más despacio —repitió—. ¿Cómo va a escucharme mi alma a esa velocidad?

Cambié a un absurdo *tempo* de música fúnebre, pensando que eso iba a molestarla.

—¡Ah! —exclamó—. Así está mejor.

Al final de la estrofa, paré y me puse a pasar las páginas de un volumen de partituras de Bach.

—Pero ¡sigue! —dijo, sorprendida.

—¿Cómo? ¿Qué quiere? ¿Que toque todas las estrofas?

—Pues claro, y ahora un poco más alto. Luego, baja el volumen cuando llegues a lo de «ángeles de Jesús». —Empezó a cantar con una voz temblorosa y atiplada—: «Ángeles de Jesús», más suave, «ángeles de luz...». Y ahora, más alto, ¡que vibre más! ¡Más! «Que cantáis para recibir a los peregrinos de la noche».

Así llegamos a la tercera estrofa, con su famoso «Lejos, lejos, como las campanas que repican al anochecer».

—Y ahora, que suenen las campanas —dijo.

Miré los registros, considerando la mejor manera de reproducir el sonido de las campanas. La campanología nunca ha sido mi fuerte.

—¡Date prisa! —dijo, impaciente.

Yo reflexioné unos instantes. Nadie me había pedido nunca que reprodujera el sonido de las campanas; aquello ponía a prueba mi maestría musical. Finalmente, decidí tocar la melodía suavemente con el teclado positivo, acompañándolo con una rápida escala descendente en mi mayor en el de solos y utilizando la gamba, la flauta armónica y el *piccolo* de dos pies, para conseguir un sutil efecto de campanas. Salió bastante bien, aunque hacia el final me encontré bastante bloqueado. En cualquier caso, pareció gustarle mucho a la señorita Hargreaves, quien aplaudió con fuerza cuando terminé.

—¡Encantador! ¡Encantador! Y ahora la siguiente estrofa. Y más alto. ¡Que se oigan los diapasones!

Después de una eternidad o, al menos, eso me pareció a mí, llegamos al final del himno, y cerré sonoramente la partitura.

—¡Oh! ¡No la cierres todavía! —me dijo—. A no ser que recuerdes de memoria el *Ombra mai fu* de Haendel.

—¿Se refiere al *Largo* en sol?

—¡Ese mismo!

—Sí, creo que me lo sé.

Francoamente contrariado, empecé a tocar. No creo que nadie más pudiera hacerme tocar este *Largo* de Haendel a las siete y media de la mañana. Mientras tocaba, la señorita Hargreaves abandonó su asiento y se puso a dar vueltas por la tribuna hasta que se paró sobre la reja del presbiterio, y se quedó mirando abajo, a la nave. Yo la observé y, pensando en ella, mis dedos se descarriaron sin que me diera cuenta, y terminé perdiendo el hilo de la música.

—¡No, no! —exclamó en tono impaciente. Y tarareó cómo debía ser la melodía.

—¡Vale, vale! —refunfuñé, enfadado. Cuando intentas recordar un tema, nada es más exasperante que la gente que empieza a tararearlo para decirte cómo va—. Ya lo sé.

Pero, cuanto más lo intentaba, menos lo recordaba. Por alguna razón el condenado tema se me había borrado de la memoria por completo.

La señorita Hargreaves volvió ligera al asiento.

—Hazte a un lado —me ordenó, empujándome imperiosamente—. Yo sí que lo recuerdo. Tú encárgate de los registros y del pedalero. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué alejado está este asiento! ¡Sujétame o me resbalaré! ¡Sujétame!

Mi mal genio no tardó en dar paso a la admiración. No sé lo que les pasará a ustedes, pero yo a los buenos músicos se lo perdono todo. Y la señorita Hargreaves tocaba muy bien. Olvidé todo lo de la noche pasada. Y quien diga que cualquiera puede tocar el *Largo* de Haendel se equivoca. Cualquiera puede ponerse sentimental tocándolo. Pero la señorita Hargreaves te hacía sentir que lo oías por primera vez; era obvio que para ella las manidas cadencias de Haendel nunca habían perdido su frescura.

—Quiero más órgano —murmuró, contemplando con ojos soñadores los registros, y pasando sobre ellos sus entumecidos deditos, como si en cada uno de ellos estuviera aprisionado un acorde que hubiera que liberar con un cuidado y un cariño infinitos—. Más *tutti* más *tutti* —me ordenó.

Conecté el *tutti* pleno del teclado expresivo, y entonces ella dijo:

—¡Formidable! Abre la caja expresiva, querido, abre la caja.

Busqué a tientas con el pie el pedal de expresión y lo presioné. A unos quince centímetros del pedalero se columpiaban, inútiles, sus zapatos negros.

—¡Sujétame! ¡Me estoy resbalando!

Se estaba acercando al momento culminante.

—La-la-la-la-la-la, la-la-LA-la —cantaba, llena de júbilo—. ¡Más *tutti*! La tuba, querido. ¿Por qué no añades la tuba a la parte del pedal?

El sonido creció. No metí la tuba. No veía por qué habría de necesitarla ella si yo no la había necesitado hacía un momento. Le permití un pleno en el gran órgano, su interpretación lo merecía. La observé, fascinado, sentada al borde del asiento de cuero, los cortos brazos estirados para alcanzar el gran órgano y un resplandor

seráfico en la cara; las cadenas que le colgaban del cuello tintineaban al ritmo de su cabeza, que se movía marcando el compás de la música.

El último acorde se disipó en el aire.

—¡Hala! —exclamó—. Estoy agotada. Ahora sigues tocando tú, querido. Otro himno. Venga, toquemos *Para todos los santos*.

—No, no podemos tocar todo eso, señorita Hargreaves. Sencillamente es imposible.

—Entonces solo las dos últimas estrofas. «Pero ¡mirad! Amanece otro día aún más glorioso». ¡Ah! Los antiguos himnos, ¡por lo que más quieras! ¡Y no esos espantosos cánticos modernos! Venga, todo el lleno que puedas.

Conecté uno de los grandes diapasones.

—¡Oh! ¡Más! ¡Más! —exclamó casi enojada. Se inclinó con la mayor rudeza por delante de mí y sacó un puñado de registros; la lengüetería entre ellos—. Todavía más —exigió—. ¿Cómo va a pasar el Rey de la Gloria sin tuba? ¡Más! ¡Más!

El sonido se balanceaba a la altura del techo. Contagiado por el extraordinario entusiasmo de aquella mujer, de pronto reparé en lo magnífico que era ese viejo cántico victoriano. Cuando llegamos a la última estrofa, la señorita Hargreaves cantaba a voz en cuello, con una voz que parecía no tener límite. Abandonando toda contención, solté las tubas del recitativo y las enlacé al gran órgano y al pedalero.

—¡Pedal bombardarda, pedal bombardarda! —gritó ella sobre aquel glorioso estruendo.

Lo solté. Cargando el órgano a tope, disparé el último verso; borracho de sonido, alcé la cabeza y canté.

—¡Todo! ¡Todo! —gritaba ella. Sacó subrepticamente el solitario flautado del teclado positivo que había quedado olvidado.

—No se va a oír —grité.

—Qué más da. Total, ya que estamos.

Se acercaba la última cadencia. Se oyó el suave roce de unas suelas de goma que subían las escaleras. La puerta se abrió de golpe, y el chantre apareció en el umbral, la cara gruesa y encarnada, sudando de cólera.

—¡Por lo que más quiera, Huntley, detenga esta barahúnda! ¿Se ha dado cuenta de que el canónigo Auty está esperando a que pare para celebrar la santa eucaristía?

—Lo... Lo siento horrores, señor Blow. No me he dado cuenta de la hora que era.

—¿Y por qué no mira el reloj?

—Sí, ya veo. Pasa un poco de las ocho...

—El canónigo lleva esperando casi diez minutos en la capilla de los Inocentes.

—Mi querido lego —susurró la señorita Hargreaves, vivamente—. Porque es usted un lego, ¿no es así? ¿Hay alguna razón, acaso, por la cual no se pueda celebrar la eucaristía con música de órgano?

—¡Oh! ¡Guarde silencio, por favor! —musité.

—¿Quién es esta... esta dama? —dijo Blow.

La señorita Hargreaves puso morritos, sacó una pequeña agenda de pastas de marfil y anotó algo rápidamente. En sus ojos vi que estábamos en peligro.

—No estoy acostumbrada a que me hablen de este modo —dijo en tono áspero, y se dirigió a la puerta—. Haga el favor de apartarse, caballero. ¡Por favor, apártese! Déjeme pasar. Quiero bajar.

—No hay necesidad de hablarme así, señora —empezó a decir Blow—. Ahí abajo hay fieles que están intentando rezar y...

La señorita Hargreaves le interrumpió con la mayor frialdad.

—Creo que se llama Blow, ¿no es así?

—¿Y eso que tiene que ver? —dijo Blow, sin atreverse apenas a alzar la voz.

Pero la señorita Hargreaves ya había desaparecido escaleras abajo. Yo desconecté la corriente y la seguí apresuradamente.

—Empuja la bicicleta, querido, y así podremos ir juntos.

—Ha hecho muy mal, señorita Hargreaves. Ya le avisé de que no me está permitido subir a nadie a la tribuna del órgano. Me la van a armar buena.

—¡Venga, venga! ¿Qué sería la vida sin estos pequeños fastidios? Detesto ponerme pesada. Veré al deán y le dejaré bien claro que ha sido todo por mi culpa.

—No. Preferiría que no hiciera tal cosa.

—Pues sin duda la haré, aunque solo sea para hablarle de los malos modales de ese miserable lego. No estoy acostumbrada a tales insolencias por parte de un lego. ¡Ay! ¡Parece que quiere llover! Abre mi paraguas, ¿quieres?

Cuando salimos al callejón de los Cánticos, empezaba a lloviznar. Sujetando la bicicleta con una mano, abrí el paraguas con la otra y se lo di no de muy buenas maneras.

—¡Oh, no! ¡Tú lo llevas, querido! Tú lo llevas. Tengo que confesar que tengo mucho apetito, ¿tú no? He pedido salchichas para dos.

—No puedo desayunar con usted, lo siento.

—Estás muy enfadado por algo. ¿Es el tiempo?

Me quedé callado. En ese momento la odiaba. Y ella continuó, como si tal cosa:

—Espero que esta no sea más que la primera de muchas mañanas felices. Tengo que traerte algunas de mis composiciones para que las toques, no son más que unos cuantos cánticos. ¿Por qué no das un recital, querido?

—¡Ah, mire! Hemos llegado a su hotel —le dije. Le entregué el paraguas y me monté en la bicicleta de un salto.

—¡Las salchichas! —gritó detrás de mí—. Son para dos...

—Dele mi parte a Sarah —le grité yo a mi vez. Y me lancé por la calle Mayor pedaleando como un loco.

El desayuno fue un momento difícil. Mi madre y mi hermana mostraron la parte de su talante que más me exaspera. No hicieron ninguna referencia a que no apareciera en el baile de Clovertree; en realidad, apenas me dirigieron la palabra, y se limitaron a hablar entre ellas todo el tiempo de la señorita Hargreaves. Parecía del todo obvio que Henry me había fallado de la manera más bochornosa.

—Siento no haber ido anoche —empecé a decir—. Yo...

Madre esbozo una sonrisa dulce.

—No tiene importancia, hijo. Sabíamos que estabas muy ocupado. Marjorie lo entendió bastante bien.

A veces, mi madre es un puro demonio. No tengo más remedio que decirlo.

—Lo pasé fatal —dije—. Creo que vosotras...

Pero mi madre volvía a hablar con Jim.

—Claro —decía—. Ya sé que nosotras no pertenecemos a *la crème de la crème*. Y estos chintz no tendrán nunca la calidad de los que encontrarías en las mejores casas.

—Podrías contratar a un lacayo —sugirió Jim—, y poner en el recibidor una bandejita de plata para las tarjetas de visita.

—Me temo que parecería falsa, querida. La gente como nosotros, de tan baja posición, una gente con tan poca educación, nosotros...

—¡Venga, mamá, déjalo ya! —le dije, jugueteando con las espinas de un arenque ahumado que no me apetecía. No estaba seguro de que no hubiera sido mejor quedarme a tomar las salchichas que me ofrecía la señorita Hargreaves. No era un arenque muy bueno, en cualquier caso.

—¡Oh! Lo siento, cariño —me respondió ella con dulzura—. Solo estaba elucubrando sobre cómo podríamos adecentar la casa para recibir a esa lady Hargreaves.

—No es *lady* nada.

—¿Condesa, entonces? —sugirió mi hermana.

Monté en cólera.

—¿Por qué os metéis conmigo así? He hecho todo lo posible para que no se os acercara; os atacaría los nervios nada más verla. Deberíais estarme agradecidas.

Mi padre entró en el comedor cubierto con su viejo batín verde. Venía comiendo un plátano y leyendo *The Times*.

—Pero ¿por qué no utilizáis la tetera nueva? —preguntó un tanto enfadado. Y tocó el timbre para llamar a Janie.

—Me gustaría —le dijo mi madre— que bajaras a desayunar propiamente vestido, Cornelius. No tiene que ser muy agradable para Janie tener que verte en batín. En Suffolk no están acostumbrados a ver estas cosas. La chica se ha criado en un ambiente muy tradicional.

—Es un batín perfectamente decente —farfulló mi padre, al tiempo que tiraba la piel del plátano en el cubo del carbón.

—Ni que lo digas. Yo misma te lo regalé. Pero esa no es la cuestión.

Janie entró con el desayuno de mi padre.

—Haga más té en la tetera que traje ayer —le pidió mi padre—. ¡Ah! Y... Janie, encontré una avispa en el agua cuando fui a afeitarme. Tenga cuidado con esas cosas. Podría habérmela tragado.

Cuando Janie salió, mi madre me empezó a atacar directamente. Mi padre farfullaba algo relativo al crucigrama.

—De todos modos —dijo mi madre en tono triunfal—, por fin le sacamos a Henry la verdad.

—¿Cómo?

—Pues sí. Terminó reconociendo que eso de que la habíais conocido en el hotel al recogerle el bastón del suelo os lo habíais inventado. Confesó que los dos mentíais.

Me reí con amargura.

—Todo es una mentira de principio a fin. ¡Dios mío! ¡Si vosotras supierais!

—¿Vas detrás de su fortuna? —preguntó Jim—. Porque, si es así, no tienes más que decirlo. No nos importa lo que hagas, con tal de que digas la verdad.

—Mirad, vais a pagar por esto —dije—. Esta noche os traigo a esa bruja, y veréis lo que estoy pasando.

—Hay gente en Suffolk —dijo mi padre en un súbito ataque de rabia— que nunca ha oído hablar del tren. Tienen que crecer; tienen que tener experiencias. Es un batín perfectamente decente, aunque nunca me gustó mucho el color. Una palabra de diez letras que signifique «recinto entre cuyo interior y exterior no es posible el intercambio térmico».

Mi madre, sin hacer caso a mi padre, como siempre, se acercó a mí, se sentó a mi lado y me miró, con simpatía, pero al mismo tiempo inquisitiva, como con una especie de rayos X benévolos.

—Norman —me dijo suavemente.

—¿Sí, madre?

—Es evidente que nos ocultas algo. No queremos herir tus sentimientos, cariño. Si has hecho algo poco sensato, lo mejor es que nos lo digas.

Me volví. Todo aquello me resultaba de lo más violento.

—Gracias, mamá. Pero no creo que entendieras lo que pasa. Ni yo mismo lo entiendo. Le conté a papá la verdad. Pregúntale a él si quieres.

—¿Cornelius? ¿Nos puedes aclarar algo?

—¿Eh? ¿Qué quieres? Sí, sí, he dejado la monda de la naranja ahí. Y ¿qué pasa?

—No estaba hablando de eso. Norman dice que te ha contado la verdad de esa misteriosa amiga suya.

—¡Oh! ¡Ah! Sí. Umm. Algo parecido me pasó a mí una vez. Estaba en Basingstoke y...

Solté un gruñido y me fui.

Media hora después me encaminaba por la avenida camino de la catedral para el servicio de la mañana. Hacía viento y llovía. Las hojas de los tilos se arremolinaban y todo era gris y lúgubre.

Cuando llegué, para mi sorpresa, me encontré a Henry, que me esperaba en el pórtico de la entrada del oeste, la pipa bien sujeta entre los dientes y las manos hundidas en los bolsillos del impermeable. Parecía pensativo, algo anormal en él.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le pregunté. De repente sentí que estaba harto de Henry.

—Pensé que igual te pillaba aquí —dijo—. Entremos un minuto. Quiero pedirte perdón, Norman, viejo amigo. Tenía que verte a solas, de inmediato.

—No tengo mucho tiempo. Está sonando el último toque.

Nos sentamos en el banco de las beatas, bajo la estatua de Carlos I de Inglaterra.

—Bueno, pues sí, supongo que debes de lamentar lo que has hecho —dije.

—Me vino de pronto, como un fagonazo, anoche en la cama. Esa maldita bañera. Se me atragantó.

—¿Qué quieres decir?

—De verdad pensé que me habías gastado una broma, Norman. No sé. Anoche en la estación me puse furioso contigo. Me pareció que debías de conocer a esa vieja loca. Estaba tan enfadado contigo que no tuve tiempo de darme cuenta de lo que significaba esa bañera. La vi en el furgón de equipajes, ¿entiendes? Pero hasta que no me metí en la cama y me puse a repasar todos los acontecimientos no caí en la cuenta. ¿Entiendes lo que digo?

—Pues creo que no.

—Bueno, estás tonto... Yo me inventé esa bañera. No tú.

—No seas burro, Henry. Claro que me la inventé yo...

—Que no, idiota, que fui yo. Fue lo último que te dije, casi gritando, según salía el tren de la estación de Liverpool. Se me atragantó. A decir verdad, Norman, al tío Henry no le gusta nada este asunto.

—Me alegra que haya alguien más a quien no le gusta. A mí me espanta. Si supieras lo mal que lo he pasado esta mañana.

—Claro que también podrías haberme metido esa bañera en la cabeza —musitó Henry—. Pero no lo creo.

—¿No te sientes bastante... satisfecho?

—¿Satisfecho?

—Sí, o sea, de la bañera esa. De que se haya hecho realidad, así.

—No sé por qué tendría que estar satisfecho.

—Tu problema —dije— es que no eres un artista.

Sonó la última campanada. Archie Tallents, uno de los legos, entró por la puerta

oeste sacudiendo el paraguas.

—¡Hola, Norman! ¿Cuándo vas a publicar las amonestaciones?

Si saben algo de catedrales, sabrán que los rumores circulan mayormente en la sacristía de los legos y de los seculares. Dicen que las mujeres son cotillas. No tengo reparo alguno en afirmar abiertamente que una reunión de las damas del ropero podría ser un modelo de discreción comparada con lo que se oye en la sacristía de los legos. Sigán mi consejo: si quieren guardar un secreto, no se lo cuenten jamás a un lego, igual da que su posición en el coro sea la de alto, la de tenor o la de bajo.

No es que me desagraden los seculares que cantan en el coro; muy al contrario, me agradan. En particular, este Archie Tallents, uno de los altos, es un tipo notable y jocoso casi como un duende. La vida para Archie es un largo minueto. Tiene un cabeza enorme, rasurada como un monje; unas cejas grandes y pobladas y una cómica manera de cantar que ha llevado a la ruina a más de un director de coro, e incluso se sabe que ha arrancado carcajadas a algún canónigo honorario. Si se dieran una vuelta por el triforio, encontrarían a Archie inmortalizado en forma de pétrea gárgola hace quinientos años. (No pretendo ser grosero. Las gárgolas pueden ser feas, pero no carecen de carácter). Si digo que Archie era también una combinación de Jack Point y el lord canciller^[9], lo estoy describiendo con la mayor precisión de la que soy capaz. Todo el mundo lo quería. Tenía un negocio de fotografía en la parte alta de la villa, por la zona de Milk Cross.

—¿Has traído el arpa, guapo? —me preguntó en cuanto entré en la sacristía. Me di cuenta de inmediato de que habían estado hablando de mí y de la señorita Hargreaves.

—¿Qué dices? —refunfuñé.

Archie se volvió hacia Dyack, un cínico bajo que llevaba varios siglos en el coro y todavía rugía con furia detrás de un mostacho plateado. Era el peor cantante del mundo, pero podía llegar al re más bajo sin inmutarse. Un pecador empedernido, con un lenguaje florido.

—Huntley está aprendiendo a tocar el arpa —dijo Archie— con la sobrina del duque de Grosvenor. ¿No es así, guapo?

—¿Dónde habrá puesto el chantre mi maldito diapasón? —musitó Dyack. El diapasón de Dyack tenía forma de pito y lo utilizaba cuando el servicio no tenía acompañamiento musical, para dar la nota. Siempre lo está perdiendo y maldiciendo hasta que lo encuentra.

Slessor, un suave tenor de cabellos tan suaves como su voz, y su voz suave como la seda, maulló desde el armario de las túnicas.

—Mira que sois malos. Parecéis viejas comadres. ¡Callad ya!

Me llevé a Archie fuera, al transepto, y nos sentamos en un banco inmenso de madera de roble que siempre se reserva al uso de los legos.

—¿La has visto, entonces, Archie? No estará en la catedral, ¿verdad?

—¿Quién? ¿La famosa sobrina?

—Sí. La señorita Hargreaves. Supongo que te refieres a ella.

—No, no la he visto. Charlie Stiles me habló de ella. Pasé por el hotel de camino aquí. Esa mujer está en boca de todos, guapo. Anoche se juntó un nutrido grupo en el pasillo del hotel —continuó Charlie—, para escuchar el arpa de la sobrina de Grosvenor. Tocó *Campanillas de Escocia* tres veces. Y la cacatúa canturreó un himno. Encantador todo. A mí también me gusta escuchar un poco de música antes de irme a dormir.

—Yo no estaba —dije—. Me fui antes.

—¿De dónde la has sacado, hijo mío?

—¡Oh, Archie! ¡Si tú supieras!

—¿La salvaste de morir ahogada?

—No.

—¿De un caballo desbocado?

—No.

—¿Te has casado con ella?

—No seas tonto.

—Vale, pues. Alégrate. Las flores que florecen en primavera no tienen nada que ver con este caso.

—En absoluto.

Meakins, el acólito del deán, se acercó y tocó en la puerta con la vara. Faltaba un minuto para la diez. Bajo las harapientas banderas de Crimea, los chicos salían en fila de la sala de ensayo. La puerta sur se cerró de golpe y Carless, el maestro organista, entró muy apresurado. Me buscó con la mirada y me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—He recibido una queja del canónigo Auty —dijo—. No está bien lo que ha hecho, Huntley. Lo que usted hace me repercute a mí.

—Lo siento mucho, maestro.

—El chantre me ha dicho que había una anciana bastante excéntrica con usted arriba en la tribuna del órgano. Ya sabe que va completamente contra las normas subir a nadie a la tribuna.

—La verdad es que no pude evitarlo. Subió por su cuenta y...

—No hay excusa que valga. Tendría que haber cerrado la reja del crucero. De ahora en adelante, límitese a utilizar solo los registros del teclado de coro. No voy a permitir que se ponga a presumir de órgano ante desconocidos como esa...

—No estaba presumiendo de órgano...

—Se lanza con el rugido de un lleno de gran órgano y se cree que ya es organista. Tocando himnos... o eso me dijo el chantre. Pero ¿todavía no ha pasado de ahí?

Baker, ese tremendo arrogante que hace los solos, estaba todavía en la sala de ensayos, colocándose la gorguera en el espejo y sin perderse una palabra de lo que

me decía el organista. Creo que nunca me había sentido tan avergonzado.

El maestro miró la hora.

—Meakins se ha adelantado, como siempre —dijo entre dientes, y se alejó de prisa y de mal humor hacia la reja del crucero.

Todo el mundo estaba ya formado y yo me dirigí a mi sitio. Vi que Baker le decía algo al oído al joven Hann. Unos demonios, esos dos, eso es lo que son, unos verdaderos demonios.

Los canónigos, cual abejas que escapan de una colmena sin reina —el deán estaba ausente—, salieron de la sala capitular. El viejo canónigo Auty salió el último, clavando su mirada mosaica en todo el mundo, incluido el bueno del obispo Creighton, enterrado en su tumba de alabastro, y tirándose de esa enorme barba blanca.

—El Señor en su Santo Templo —entonó el chantre.

—Que la tierra enmudezca en su presencia —respondimos.

—El Señor esté con vosotros.

—Y con tu espíritu.

—Oremos. Bla, bla, bla, bla, bla, el mundo sin fin.

—Aaamén.

El tono aterciopelado de Slesser resonó con la tercera mayor en toda la nave. Entramos despacio, los muchachos con las manos cruzadas en el pecho, los hombres con las manos cruzadas en la espalda y el clero con las manos sueltas. El maestro organista alargó una sinuosa melodía del registro de viola de gamba del teclado de coro. Meakins cerró las verjas ostentosamente. Se oyó el roce de las rodillas en los reclinatorios. Empezaba el servicio de la mañana.

Estuvimos toda la mañana muy atareados en la librería. Padre había comprado, bastante barata, la biblioteca de una casa de campo de los alrededores, y nos pasamos todo el día clasificando los libros. La librería estaba en completo desorden, apenas había dónde poner los pies.

—Cuelga el cartel de «volvemos dentro de veinte minutos» —ordenó mi padre—. No podemos dejar que entre la gente con los zapatos empapados y empiece a pisotear los libros. Bueno, la verdad es que alguno tendría más utilidad como felpudo.

Squeen puso algún reparo a lo de colgar el cartel. Y, la verdad, la idea de colgarlo no era particularmente buena para el negocio. Todo hay que decirlo.

—Haz lo que te digo, mequetrefe, que no eres más que un pequeño bufón —bramó mi padre—. Y también ponle cuerdas nuevas al violín. Estoy organizando un concierto. Volvemos dentro de veinte minutos. Venga, atontolinado.

Squeen suspiró, colgó el cartel y cerró la puerta con llave. Fuera llovía a mares y el viento ululaba. Parecía que de la noche a la mañana había llegado el invierno. Encendimos la chimenea por primera vez después del verano. Era muy agradable. Me

gustaba. Yo estaba sentado en el suelo, debajo de una mesa, revisando un montón de homilías carolingias encuadernadas con tapas amarillas. Squeen estaba muy activo, subiendo y bajando, deslizándose por los escalones con la rapidez de una pastilla de jabón, para hacerle sitio al nuevo material.

—Alquimia —dijo mi padre, alzando un grueso volumen en octavo, encuadernado en cuero, muy antiguo—. No —se corrigió—, astrología. Esto es para volverse loco, ¿no? Cógelo, Squeen. ¡Oh, tontorrón!

Le lanzó el libro a Squeen, que se tambaleó en los escalones y terminó estrellándose contra el suelo.

—Mi idea —continuó mi padre— es un cuarteto. Clarinete, dos violines y piano. Tendrás que practicar, Squeen. Te daré tiempo libre.

—¡Oh! Pero si Squeen no sabe tocar el violín —dijo Squeen.

—Ya lo sé. Pero tu parte será muy fácil. No conozco ninguna partitura para esa combinación. Podríamos arreglar esa melodía mía. Siempre he querido encontrar a alguien que tocara el clarinete.

—¿Y quién piensas que lo va a tocar?

—¡Oh, mira! Aquí tenemos la *Teología natural* de Paley: doce volúmenes y con las páginas aún sin cortar. Se lo regalaría a Jim y a Henry si llegan a casarse algún día. Los podrían utilizar para sujetar las puertas, supongo. ¿El clarinete? Pues esa señorita Holway, claro está.

—Si te refieres a Hargreaves, no toca el clarinete.

—La señora esa que conociste en Gales. Squeen, limpia este ejemplar de Surtees con un poco de cera y ponlo en el escaparate con un cartel que diga «ejemplar raro». No tiene mucho valor, pero igual lo compra algún americano bobo.

—Squeen les informa de que una señora está intentando entrar en la tienda —dijo Squeen.

—Pues baja la persianilla.

Oí unos ladridos leves. Padre se acercó y bajó él mismo la persianilla, lanzando una nube de humo al cristal. Yo me quedé debajo de la mesa. No me cabía duda alguna sobre la identidad de la perrita, y sabía de quién era el bastón que golpeaba impacientemente en la acera.

—Tenemos que hacer un cartel con las letras más grandes —dijo mi padre—. Esos bobos no lo leen. Squeen, apúntatelo, no se te olvide. ¿Por qué no ve esa maldita mujer que todavía no hemos vuelto?

Pero el bastón seguía golpeando la acera y la endiablada perrita seguía ladrando. Aquella mujer acabaría entrando; lo sabía. Arrodillado debajo de la mesa, tuve un súbito ataque de rabia. Un ataque fuerte, irresistible. Creo que, si hubiera entrado en ese momento, la habría matado. Todo aquel asunto me estaba desbordando. Y soy de los que aguantan, pero esto había llegado demasiado lejos. Tengo mi genio, como seguro que ya han notado, y cuando lo soliviantan, bueno, pues se solivianta, se despierta, se activa y destruye. En realidad, no es que me desagradara aquella locatis;

no, no era eso. En cierto modo, me gustaba. Y precisamente por eso quería deshacerme de ella; ejercía demasiada influencia sobre mí. Veía cómo podía llegar a alterar toda mi vida. Ya había abierto una brecha entre Marjorie y yo, me había convertido en la comidilla de la ciudad y me había causado complicaciones en la catedral.

—¡Maldita sea! —susurré—. ¡Maldita sea esa vieja bruja! ¡Y su perrita, su cacatúa, su arpa, su bañera y todo lo demás!

Pero ahí fuera seguía.

—Sí —decía mi padre, arrancando un página de la autobiografía de Colley Cibber para echar en ella la ceniza del cigarrillo, sencillamente por no levantarse a buscar un cenicero—. Hace mucho tiempo que no tocamos. No estaría mal que diéramos conciertos de mediodía en la librería.

—Váyase. Váyase —farfullé. No apartaba la vista del suelo y vi una araña gorda, grasienta, sobrealimentada, que reptaba sobre uno de los libros. Mi corazón rebosaba negro odio. Aplastando la araña con la palma de la mano (algo que normalmente no haría), vi en ella la cara y la silueta de Constance Hargreaves—. ¡Víbora! —dije entre dientes—. ¡Lárgate de Cornford, víbora! Vete y deja de mortificarme.

Squeen rodeó con cierta afectación una pila de libros preparados para poner en el escaparate.

—La mujer se ha ido —observó—. Ahí va cojeando calle arriba. Squeen cree que es una pena no haberla dejado entrar. Deberíamos seguir atendiendo al público igual —añadió.

—Cállate ya —dijo mi padre—, y llévate estos Milton arriba, al depósito. Milton y nada más que Milton, eso es lo que hay en todas esas casas de campo.

Me acerqué cauteloso al escaparate. Casi completamente oculta bajo el paraguas, desvaneciéndose gradualmente en la lluvia torrencial, la señorita Hargreaves desaparecía calle arriba. Parecía terriblemente sola. Me entraron ganas de abrir la puerta, salir corriendo a la calle y llamarla para que volviera. Pero dio la vuelta a la esquina al llegar al estanco de Rawley y la perdí de vista.

—Échale un poco más de carbón a la estufa —dijo mi padre, mientras le lanzaba a Squeen un ejemplar de Browning encuadernado en cuero rojo y añadía—: Más combustible para el fuego.

—Pero si es Browning, señor Huntley —dijo Squeen acariciando delicadamente el libro.

—¡Al fuego con él! —le contestó bruscamente mi padre. Detesta a Browning.

—Esa que estaba en la puerta era la señorita Hargreaves —dije—. Os la habéis perdido.

—Mucho tiempo —fue la vaga respuesta de mi padre—. Sí —añadió en tono evocador—, solo dos palabras. Ahí estaba el bueno de Tennyson musitando fragmentos de *In memoriam*, ocultándose detrás de una columna en el trascoro. Recuerdo que estaba rasgando la banda del sombrero de fieltro negro. En ese

momento el coro entonaba un cántico de Parry, el de *Bendita pareja de sirenas*. Y a mí me pareció que sonaba más bien como un batallón de sirenas. Nunca he soportado a Parry.

Marjorie, como ya he dicho, trabaja en una confitería. Pero no es una confitería cualquiera, sino una de esas en las que solo hacen pasteles y dulces muy especiales, claro, con nueces y aromas de naranja y café, de esas en las que parece que te digan: «Y no te atrevas a cortar nuestros pasteles con un cuchillo que no sea de plata». También venden mermeladas; todos los tarros están pulcramente ordenados en los estantes y las etiquetas están escritas a mano por la persona que las ha hecho. Confituras de autor.

Me pasé por allí después de comer. Sabía que Marjorie iba a estar bastante enfadada por lo de la noche anterior. Parecía indicada una pequeña ceremonia de apaciguamiento.

—Siento mucho lo del baile, Marjorie —le dije.

—¿Ah, sí?

Se mostraba arrogante, sin duda, a la altura de los pasteles y dulces de la tienda. Yo me sentí como un humilde bizcocho de soletilla de a siete peniques la libra.

—De verdad, no pude evitarlo. No sabes lo mal que lo pasé. Imagínate un calcetín estrujado entre los rodillos de escurrir la ropa, bueno, pues eso no es nada, comparado con lo que sufrí yo anoche.

—Me han contado que os tomasteis un pequeño refrigerio juntos. Supongo que le lavaste los pies, que le pusiste la comida a la perrita y que la dejaste bien arropada en la cama y con los patucos puestos.

—Si sigues hablándome así, terminaré quitándome la vida, Marjorie.

—Adelante, aquí tienes un cuchillo; está bien afilado.

—No estarás pensando de verdad que estoy enamorado de una mujer de esa edad y que además toca el arpa, ¿verdad?

—También toca el órgano, ¿no? Eso me han dicho. Pasaste la noche con ella en la catedral.

—¡No seas así, Marjorie! Te pones odiosa.

—No me insultes. No te lo permitiré.

—No me explico por qué estás así conmigo. La señorita Hargreaves no significa nada para mí.

—Significa lo suficiente para que no vinieras a un baile al que a mí me hacía mucha ilusión ir. Tampoco es que te echara mucho de menos. Pat Howard me dijo varias veces que llevaba un vestido precioso.

—No pude evitarlo. ¿Nunca has tenido pulgas?

—No seas grosero.

—Bueno, si te hubieran picado alguna vez las pulgas, sabrías cómo me siento.

Tengo algo parecido a una erupción en la cabeza. Creo que me estoy volviendo majara.

—Lo mismo creen todos. Supongo que nos acostumbraremos.

—Me la inventé. ¿Por qué no intentas creer lo que te digo? Henry también tuvo su parte en esto.

Resopló y, dirigiéndose al escaparate, empezó a ordenar y reordenar los tarros de mermelada que había expuestos.

—A lo mejor te interesa saber lo que nos dijo Henry anoche.

—Pues sí, sí que me interesa.

—Dijo que ya conocías a esa señora y que querías ocultárnosla por alguna razón que solo tú sabes.

—Supón que fuera cierto —exclamé—. ¿Sería eso razón suficiente para que te portes de una forma tan odiosa?

Se quedó callada.

—Te has enamorado de Pat Howard —le grité, golpeando el mostrador con uno de esos martillitos que se utilizan para partir el caramelo—. Eso es. Y ahora te vales de esta excusa.

—Pat Howard no tiene nada que ver en todo esto. Te voy a decir lo que pensamos todos de ti.

—Adelante.

—Pues que conociste a esa pobre mujer en algún sitio, pero no nos lo dijiste, y que ahora la aguantas con la esperanza de que te deje su dinero. Por las propinas que prodiga está claro que es rica.

Me quedé de una pieza.

—¿Dijo eso Henry?

—Sí. Eso dijo.

—Bueno, de todos los... Yo... —Me quedé sin palabras un momento y de pronto dije—: ¡Vaya! ¡Si el dinero es mío!

—¿Tuyo? —Marjorie pareció asustarse.

—Sí —ahora yo ya estaba completamente entusiasmado—. La doté de fortuna. Podría haber sido pobre, si yo hubiera querido.

—¡Te has vuelto loco, Norman! —exclamó Marjorie.

—¡Sois vosotros los que estáis todos locos, no yo! —dije—. Y, si hiciera dinero con esto, no te creas que te vaya a caer ni un penique. Ni siquiera para comprarte otro vestido con el que admirar a Pat Howard.

Salí dando un portazo y corrí calle abajo hacia el taller de Beddow. ¡Decir que yo iba detrás del dinero de las ancianas! ¡Un cazatestamentos! Era asqueroso. Era muy desagradable, sin duda. Además sería Agatha quien heredaría hasta el último penique. Eso era lo que pasaría, siempre sucedía así. Estaba muy enfadado con Henry.

—Tú —entré bramando en el taller—, tú que deberías ser el primero en admitir tu responsabilidad en este asunto. Tú... tú que fuiste el que me pinchaste. Tú... tú que

empezaste lo de la bañera y lo del arpa, que...

—¡Maldita sea, Norman! Yo no tuve nada que ver con el arpa.

—Tú... que fuiste quien insistió en entrar en aquella maldita iglesia, que me arrastró a...

—¡Deja de moverte así, chico! Todavía romperás algo, verás.

—Me importa un bledo si rompo algo.

—Vale, vale, Norman. Simplemente apártate de ese charco de aceite, vas a dejar los pantalones inservibles.

—¿Y qué son unos pantalones comparados con la verdad? Mi honor está en juego. Ahora andan diciendo que voy detrás del dinero de la vieja bruja. Y todo empezó por ti...

El charco de aceite me salpicó hasta la cara. Me calmé un poco.

—Lo siento, Henry —dije—, pero me estoy viniendo abajo.

—Fúmate un cigarrillo. Y no seas tan antipático con tu viejo Henry. Ya te he pedido perdón por todo lo de anoche.

—¡Dios mío! Mira que fui tonto —dije con voz quejumbrosa—. Tendría que haberle dicho: «Señora, no la conozco de nada».

—Pues sí, la verdad, mejor habría sido, claro.

—Me voy a acercar al hotel ahora mismo y le voy a decir a la señorita Constance Hargreaves dónde se apea ella precisamente de esta historia. Y que se apee. Por mí que se caiga. Y tú vienes conmigo a decírselo.

—Yo creo que es mejor que vayas solo, viejo amigo.

—No, tú claro que vienes. Tú has hecho la mitad de esta criatura, y me vas a ayudar a deshacerla. Y, si no me ayudas, te pongo un ojo morado.

—Norman, estás fuera de ti, ¿o no?

—Ponte la chaqueta y vamos, pedazo de animal.

Fuimos al hotel. Estaba dispuesto a todo, resuelto, preparado para entrar en acción, preparado para enfrentarme a cualquier enemigo, preparado para enfrentarme a Maese Pepusch, aunque se pusiera a cantarme toda la *Ópera del mendigo*. Lo que digo: ¡estaba furioso! Ahora era yo el enfadado.

—La señorita Hargreaves, por favor —le dije a la chica de recepción—. Quiero verla inmediatamente. Mande a alguien a buscarla.

—La señorita Hargreaves se ha ido —dijo la chica secamente.

Me dejó pasmado. Me dio de lleno en la frente y me dejó dando tumbos. Perdí toda la fuerza.

—¿Cuándo se fue? —pregunté sin aliento. De pronto recordé la araña de debajo de la mesa; recordé haber visto a la señorita Hargreaves calle arriba, bajo la lluvia.

—Hace solo unos minutos. Tenía un recado; la reclamaban con urgencia.

—¿Y el equipaje? —pregunté Henry.

—Solo se llevó un bolsa pequeña. Dijo que ya nos daría instrucciones sobre qué hacer con el resto. Supongo que es una vieja amiga suya, ¿no es así, señor Huntley?

—¡Maldita sea! ¡Claro que no!

—¡Chist, Norman! —murmuró Henry—. Con esas irlandesas nunca se sabe.

—Les diré —dijo la chica— que el señor Stiles, el director, no lamentó que se marchara.

—Un poquito excéntrica, ¿no? —dijo Henry, comprensivamente.

—¡Excéntrica!, dice. Yo creo que está loca. ¿Sabe lo que ha estado haciendo toda la mañana? Yendo de habitación en habitación y cogiendo todos los floreros y los jarrones.

—¿Para qué?

—Para echarlos a la basura. ¿Qué le parece? No negaré que los pagó bien. El señor Stiles, de hecho, ha salido a comprar otros; menos mal que todavía había de los mismos. Si se hubiera quedado un poco más, no quedaría un objeto decorativo en todo el hotel.

—¿Tú entiendes algo, Henry? —dije

—¿Y la perrita y la cacatúa? —preguntó él.

—¡Oh! Se las ha llevado. Ya nos ocupamos de que lo hiciera.

—¿Ha dejado alguna dirección?

—No. Pero supongo que en el manicomio de Colney Hatch la encontrarían, ¿no creen?

Con una grosería increíble, la chica cerró súbitamente la ventanilla y siguió con la lectura de la novela que tenía delante. Hoy en día, las chicas son muy poco corteses; es un hecho que no se puede obviar.

Solo eran las dos.

—Vamos a beber algo —dijo Henry. Y yo lo seguí y entré en el bar titubeante después de él—. ¿Qué tomas? —me preguntó.

—Un whisky —respondí, llevándome la mano a la frente. Sudaba a chorros. Temblaba. Toda aquella furia y nadie en quien descargarla. Peor que tener una escoba y que no haya polvo que barrer.

—Bueno, pues, de un modo u otro, se ha ido —observó Henry.

Yo gruñí.

—Sí. Pero no sabes lo peor: he sido yo quien ha hecho que se vaya.

—¿Que has sido tú?

—Sí. Estaba debajo de la mesa y deseé que desapareciera esa vieja víbora. ¡Oh! ¡Es horrible! ¡Horrible!

—¿Por qué dices que es horrible?

—Porque quiero que vuelva.

—¿Para qué?

—No sé. Le estaba cogiendo cariño y me gustaría poner las cosas en claro de una vez por todas.

—No creo que eso sea muy fácil con ella.

—¿Por qué?

—No sé. Me sorprendió lo... —Henry se calló un instante y luego añadió—: ¿Sabes? A decir verdad, me asustaba un poquitín.

—¿Que te asustaba? ¿A ti? ¿Que te asustaba un vejestorio de ochenta y tres años?

—Su forma de mirarme de arriba abajo con esos, como se llaman... Se me ponía un pellizco en el estómago y me entraban ganas de meterme en la cama.

Asentí.

—Sí, te entiendo. Y, sin embargo, me gusta; no puedo evitarlo. Me siento orgulloso o algo así. Siento que tengo que cuidarla. Cuando la vi alejarse por la calle Wells esta mañana parecía terriblemente sola.

—Por lo que más quieras, no te pongas sentimental.

—La odio y al mismo tiempo la quiero y... también me asusta un tanto.

—Creo que tenemos que tratar de quitárnosla de la cabeza —dijo Henry, cuando ya íbamos por el tercer whisky—. Te volverás loco si hablas demasiado de ella. Tengo la sensación de que lo único que se consigue es empeorar las cosas.

—Sí, tienes razón, Henry. Me parece que empiezo a ver lo que tenemos que hacer. No debemos hablar de ella con nadie. Tienes que ayudarme. No dejes que su nombre salga de mis labios; delante de nadie.

—No va a ser fácil.

—Tenemos que hacerlo así —dije—. Y, si vuelve a aparecer, haré... haré como si no la conociera de nada, ¡maldita sea!

Sabía que iba a ser tan difícil como ignorar un forúnculo en la punta de la nariz.

—Tengo una idea —sugirió Henry—. ¿Y si el sábado nos acercamos en coche hasta Oakham y comprobamos si la conocen? Daría cualquier cosa por saber si existe un lugar llamado Sable Lodge.

Estuve un buen rato pensándolo. Parecía obvio que era eso lo que había que hacer. Pero veía todos los peligros que podrían acecharnos.

—No —dije al fin—. Es tentador, pero peligroso. Podría suceder algo inesperado. Empezaríamos a inventarnos nuevas historias sobre ella. Simplemente tenemos que actuar como si no existiera esa persona. —Me golpeé la rodilla—. Tenemos que tratar de convencernos de que no existe tal persona. —Nos quedamos en silencio unos minutos. Apuré mi vaso y susurré—: ¿La señorita Hargreaves? No me suena de nada.

—¿De quién hablabas? —preguntó Henry.

Me levanté del asiento.

—Eso es. A ver si somos capaces de resistir.

Volví a la tienda.

—Hay un telegrama para el señor Norman —dijo Squeen.

Lo abrí: «Agatha se apaga. Hargreaves». No decía más. Lo habían puesto en el

estación de Reading.

Para entonces ya nada me sorprendía. Se lo enseñé a mi padre sin decir palabra.

V



Pasaron tres semanas sin que la señorita Hargreaves diera señales de vida. Ni siquiera una carta. Henry controló sus comentarios; igual que yo. Pero he de decir que me costó.

Mi madre se portó muy bien. Un día la oí decirle a Jim:

—Jim, creo que no deberíamos hablarle más de esa señorita Hargreaves a tu hermano. El pobre muchacho se pone pálido cada vez que la nombro.

—Qué asunto tan raro, madre.

—Pues sí, lo es. Pero estoy segura de que Norman no haría nada deshonoroso. Por lo que he ido oyendo de ella, la señorita Hargreaves era una mujer bastante horrorosa.

—¿No crees que podría estar chantajeándolo?

—¡Qué idea más horrible, querida Jim! ¡No! Norman se parece en eso a su padre. Se enreda con la gente más ridícula que uno pueda imaginarse y cuenta historias que ni él sabe bien si son verdaderas o no. Cornelius es igual. Me solía decir que había pasado la niñez en Canadá; y entonces, de pronto, un día ya no era Canadá, sino Nueva Zelanda. Nunca sabré la verdad. Pero así son. No debemos juzgar a la gente.

—Sí, pero toda esa historia de que se había inventado a la señorita Hargreaves... Es una locura, madre.

—Claro que lo es. Pero tenemos que intentar olvidarlo todo. Supongo que ahora el chico, por más que le digamos, no va a sentirse inclinado a hacernos ninguna confidencia. Me gustaría que sentara un poco la cabeza.

Madre suspiró, y yo la compadecí. Después de todo, mi padre y yo somos un par de lo más raro.

En cierta medida, senté la cabeza; me dije que nunca lograría esclarecer el misterio de aquella señorita Hargreaves y que de alguna manera me había tropezado con algo a destiempo. Me había leído los libros de Dunne sobre el pasado, el presente y el futuro; y, aunque no podía seguir la mitad de sus razonamientos, sí que entendía eso de que había algo en el tiempo que no tenía nada que ver con los relojes y los calendarios. Pero lo único que conseguía con tanto pensar era confundirme aún más. Así que dejé de pensar. Cuando decido sacarme algo de la cabeza, puedo hacerlo. Igual que mi padre. No somos de los que se reconcomen.

Creo que este es el momento de decir algo sobre mi vida cotidiana. Gira, claro está, en torno a la catedral. Todos los días, excepto los lunes y los miércoles, tengo que acudir al oficio de la mañana, y al de la tarde, a las cuatro, a excepción de los miércoles. Al miércoles se le llama «día llano», lo que significa que los servicios no son cantados. Los domingos el oficio de la mañana es a la once y a él asisten todos los peces gordos del condado en sus automóviles; el de la tarde, sin sermón, es a las

tres y media, y a él solo van aquellos que quieren oír los himnos; y luego hay un servicio especial a las seis y media, que es un servicio especial para la villa, con un montón de himnos, las tubas del órgano y un sermón franco, sin rodeos.

Yo solo tenía que ir a este servicio especial de los domingos de vez en cuando. Siempre me aburría. Se solían añadir al coro aquellos que denominábamos supernumerarios; eran espantosos y carecían completamente de oído. Como el deán casi nunca aparecía, a nadie le importaba lo que hicieran o dejaran de hacer. Los chicos se ponían a leer tebeos de guerra y a jugar a los chinos durante la lectura y el sermón. Durante una temporada las cartas hicieron furor, y una tarde una baraja completa se resbaló desde el puesto de Rapley y se desperdigó por el suelo delante de la oscura tumba del rey Juan, en el centro del coro. Meakins conducía al canónigo Padge hacía el atril de la lectura. Fue un momento espantoso. El bueno de Padge las miró, impertérrito, como si no hubiera pasado nada. Recuerdo que pisó un as de picas. Nadie tuvo el valor de recogerlas, ni siquiera de mirarlas directamente durante la lectura. Meakins esperó sabiamente hasta que empezó el *Magnificat*.

Odiaba este servicio de la tarde del domingo, pero casi odiaba tanto el concurrido de la mañana. La verdad es que las catedrales no son para las grandes multitudes. Cuanta menos gente, cuantos menos bancos, mejor. Aunque no haya ni gente ni bancos, siempre encuentra uno estatuas y tumbas de antiguos generales y obispos de los que nadie ha oído hablar. Todo es un despropósito. Si yo fuera deán, haría algo al respecto. Pero los deanes ya no son lo que eran.

Cuando me gustaba la catedral de verdad era en los días laborables, cuando mirabas la gran nave y no veías más que a un turista, tal vez, que se movía de columna en columna con una guía en la mano, y a un monaguillo vigilante, al acecho para lanzarle la red en el momento en que estornudara o algo parecido. En invierno, no veías nada, a excepción de la luz fuliginosa que un globo de gas proyectaba sobre la inmensa y remota oscuridad de la nave desde las alturas. Entonces tenía la sensación de que el oficio de la tarde y la catedral significaban algo. Precedida por el diapasón del bueno de Dyack, la música de Tallis se derramaba por las naves en su modo dórico; y un motete de William Byrd tejía su intrincado dibujo en el oscuro silencio. En esos momentos, creo que todos, incluso los chicos más jóvenes, percibíamos un vínculo con el inmenso edificio que se elevaba sobre nosotros y con los monjes y las personas que lo habían construido siglos atrás y habían escrito una música tan gloriosa.

Como es habitual, un puñado de gente rara frecuentaba la catedral. Entre ellos estaba el coronel Temperley, que tenía una cara distraída y una nariz morada. Los chicos del coro lo llamaban el Emperador Morado. A aquel vejete le gustaba la música, sobre todo las cosas pegadizas como el solo de oboe del *Nunc dimittis* en la mayor de Stanford. En esos momentos se le saltaban las lágrimas; y casi esperabas verlo

revolcarse estático por la nave. Luego le daba una propina al primer chico del coro que se cruzaba en su camino. Una o dos monedas de media corona.

Luego estaba la señorita Linkinghorne. Me ha dicho un amigo que hay una señorita Linkinghorne en todas las catedrales del Reino Unido. Pero a mí me gusta tanto que la voy a meter aquí. Era una dama entrada en años, cuya excentricidad consistía en vestirse siempre con los colores correspondientes al tiempo litúrgico. En Adviento y Cuaresma se vestía de morado, un color muy apropiado, pero entonces llegaba Pentecostés o la festividad de algún mártir, y, aunque no lo crean, aparecía de rojo. En el largo período llamado de la Trinidad, después de Pentecostés, de junio a noviembre, iba correctamente ataviada en tonos de verde; en Pascua, Navidad, Todos los Santos y otras festividades mayores, de blanco o crema. En Pascua, cuando se adornaba también con unas primulas, naturales y artificiales (creo que relacionaba de algún modo a lord Beaconsfield^[10] con la Resurrección), la pureza del atuendo no parecía incongruente. Pero el efecto no era tan bueno el día de Navidad, cuando se las apañaba para parecer un muñeco de nieve. Ponía un gran esmero en mantener la pauta del color hasta en los detalles, como los guantes, el bolso e incluso el pañuelo. En el perchero de su casa había cinco sombrillas: blanca, morada, verde, roja y negra (para el Viernes Santo, sin lluvia). Hablaba en exceso de Jerusalén, y una vez al año invitaba a los miembros del coro a una fiesta que había terminado por convertirse en una broma.

¡Querida señorita Linkinghorne! Te recuerdo, a ti y a otras personas —menos conspicuas: canónigos, miembros del coro, sacristanes, acólitos, monaguillos y legos — a quienes se podía encontrar casi a diario en el antiguo edificio de Beauvais. Podría contar anécdotas de todos ellos, y algunas de ellas parecerían increíbles. Como, por ejemplo, cuando el canónigo Hepple se levantó para leer la letanía con una trampa para ratones agarrada a la sotana. Pero esta no es la historia de la catedral de Cornford, sino de la señorita Hargreaves.

Un sábado por la tarde, a finales de septiembre, salía del cine con Henry, Marjorie y Jim. Había hecho las paces con Marjorie y estaba contento y de buen humor. Habíamos visto una película de risa y estábamos comentando lo estrambótico que era el sombrero que llevaba uno de los personajes femeninos.

—Las chicas de hoy —dije, bromeando— no tienen el valor de ponerse nada tan estrafalario. Sois todas esclavas de la moda.

—Si nos atreviéramos a llevar sombreros así —me respondió Marjorie, tomando, como siempre, en serio mis palabras—, no saldríais con nosotras ni muertos, ni vosotros dos ni ningún otro hombre.

—Muy al contrario —le dije—; estaría muy orgulloso de que me vieran contigo ataviada con algo verdaderamente original, para variar. Las chicas de hoy vais todas iguales.

Le guiñé un ojo a Henry, que estaba pidiendo té y buñuelos para todos.

—Es verdad —asintió animadamente—. Tenéis que aprender a darles a las cosas un poco de alegría. Para eso estáis aquí, en cualquier caso. Qué pena que no os fijarais más en la señorita Hargreaves.

Se produjo un incómodo silencio. Yo le lancé una mirada furibunda y luego clavé la vista en la carta. Hacía una semana o así que nuestros labios no pronunciaban el nombre de Connie. Me dio rabia que la reviviera precisamente cuando empezábamos a olvidarla de verdad.

—¿Nos tomamos también unos merengues? —empecé a decir.

Pero Jim, cuya inquina contra la señorita Hargreaves seguía intacta, dijo con cierta amargura en la voz:

—¡Anda! ¡Que se vaya a la porra esa señorita Hargreaves!

Eso me irritó, claro. Sí, sin duda, que se fuera a la porra, pero no porque lo mandara Jim.

—Tampoco hay por qué ser cruel con la pobre anciana —le dije.

Nos sirvieron el té y los buñuelos. En unos minutos, me había dejado llevar sin quererlo y estábamos todos discutiendo acaloradamente. Era desesperante, porque yo no quería hablar de la señorita Hargreaves, pero no soportaba que la atacaran.

La cosa se fue calentando hasta que terminamos peleándonos.

—Estás completamente chiflado por ella —dijo Marjorie—. Tu actitud me parece indecente. La compadezco.

—No tienes que compadecerla —le dije, enfadado—. Y además no estoy para nada chiflado por ella.

—Claro que lo estás. Que no hables de ella no significa que no estés siempre pensando en ella. Me doy perfectamente cuenta cuando estás pensando en ella. Se te pone cara de bobo.

—Anoche dijiste su nombre en alto mientras dormías —dijo Jim.

—No estaría mal que dejaras de espiarme.

—Y, claro, te ha puesto de mal humor que se haya ido y no te haya escrito —observó Marjorie, en tono displicente.

Me reí, burlón.

—Pero ¡qué disparate! Si quisiera que volviera, volvería. Y no quiero que vuelva. Estoy muy contento de que se haya ido. Yo mismo la obligué a irse. Y como lo hice únicamente por tu bien, te agradecería que dejaras de fastidiarme

—Así que te fastidio, ¿no?

—¿Que si me fastidias? Pero ¡si no paras de pincharme!

—Venga, callad ya —se quejó Jim—. Os está mirando todo el mundo.

Y era verdad, y también estaban escuchando. Cuando nos callamos, el local se quedó más silencioso que el Polo Norte. Henry se levantó y se acercó a la caja a buscar la cuenta. Yo lo seguí, de mal humor.

—Te pones hecho una fiera con solo oír nombrar a Connie —me dijo, irritado.

—Has hecho una locura sacándola a colación —le dije yo.

—Se me escapó. Pero tampoco era para que te pusieras así. Parece que en cuanto se habla de ella te pones nervioso. Es ridículo.

—No lo puedo evitar, Henry. No sé por qué no soporto que la ataquen. Creo que daría cualquier cosa por volver a verla. Solo una vez, para estar seguro de que era de verdad.

—Silba, y vendrá, amigo —observó Henry, sin darle mucha importancia a lo que decía.

Salimos a la calle y nos quedamos contemplando las últimas luces del atardecer sobre el mercado. Hicieron que me avergonzara de mí mismo. Las puestas de sol obran ese efecto en mí.

—Lo siento, Marjorie —dije.

Pero ella guardó un gélido silencio en el camino de vuelta a casa. Intenté hablar despreocupadamente, fingir que no habíamos discutido. Me metí las manos en los bolsillos y silbé tranquilamente, como hace uno cuando ve venir los problemas. A veces pienso que el tipo aquel que se enfrentó a los inmensos toros de Basán^[11] que le rodeaban por todos lados debía de saber silbar bastante bien.

Nunca olvidaré la festividad de San Miguel de ese año. Hacía una hermosa tarde, muy templada. Las grandes puertas de la fachada principal, la oeste, estaban abiertas de par en par al fondo de la nave, y por ellas, alumbrando los miles de colores astillados de la grandiosa vidriera que Cromwell destrozó en su día, se derramaba un torrente de sol, un oro fuliginoso que se iba oscureciendo a medida que avanzaba el servicio vespertino. Me sentía feliz; en ese momento adoraba la catedral, lo adoraba todo. Por una de las ventanitas altas del triforio del coro entraba un rayo de sol que iluminaba directamente la tumba del rey Juan. El maestro empezó a tocar lentamente la introducción al *Magnificat* (era el de Stanford en la), aumentando el registro compás a compás hasta llegar a ese momento vibrante en el que entramos todos de golpe con «Mi alma glorifica al Señor, mi Dios». El coronel Temperley, firmemente apoyado en el respaldo de su estalo, se llevó un pañuelo a los ojos para enjugarse las lágrimas. La señorita Linkinghorne, velada en cálidos tonos rojizos, movía suavemente los dedos al ritmo de la música. Un canónigo honorario despistado intentaba mirar por encima del texto del archidiácono Cutler, pero como a este pareciera molestarle, se volvió hacia el otro lado, enfurruñado. El chantre, como de costumbre, escribía algo en su agenda. Archie Tallents se volvió hacia Slessor, inclinó levemente la cabeza y le susurró algo. Meakins, siempre puntual y sin preocuparse de cuán largo era el *Gloria*, se aproximó a la puerta del deán y, abriéndola, esperó con la vara apoyada en el hombro. No sin cierta desgana, el deán guardó sus gafas de concha en el estuche, que se cerró con un sonoro chasquido, se sonó en un enorme pañuelo de seda y siguió a Meakins, atravesando la zona bañada de luz, hasta el atril.

Nos sentamos para oír la segunda lectura, y yo me puse a examinar mi partitura del himno siguiente. *Y vi otro ángel que ascendía por el Oriente con el signo del Dios vivo.*

Hermosas palabras. Casi automáticamente miré al este, por encima del coro hacia el gran retablo.

¿El signo del Dios vivo?

Bueno, no sé si un sombrero puede ser un signo, pero ciertamente nunca había visto un sombrero semejante.

Archie Tallents, a quien no se le escapaba nada en la catedral, frunció el ceño y dirigió la vista al sitial del obispo, junto a la puerta sur del coro.

—El ángel ha ascendido por el Oriente —murmuró.

Era cierto. Bajo el labrado dosel del sitial, tranquilamente sentada en sus mullidos cojines, vi a Constance Hargreaves. Llevaba un sombrero extraordinario en la cabeza, un sombrero raro y maravilloso. Era de forma cilíndrica, más alto que un sombrero de copa, sin ala apenas y hecho de una piel color crema matizada bajo muchos velos. En cualquier otra persona habría resultado ridículo. Pero, como de costumbre, Connie podía llevarlo. Uno no se reía exactamente, sino que contenía la respiración, maravillado. Inconsciente por completo de que estaba llamando la atención (el sitial del obispo es el lugar más conspicuo de la catedral; más que un asiento, es realmente una casa, con su propia puerta, su techo y sus bancos para los capellanes, bien equipados con devocionarios de tamaño folio encuadernados en piel y sus cojines con borlas), inconsciente de que llamaba la atención, la señorita Hargreaves examinaba con sus anteojos los emblemas de la Pasión de Nuestro Señor labrados en el dosel.

—¡Oh, dioses! —exclamó Slesser.

—¡Y peces grandes y pequeños^[12]! —añadió Archie.

—Ahí —observó Dyack—, caben por lo menos cinco litros.

Y oí decir a Baker, el chico de los solos:

—Ha vuelto la amiga del señor Huntley. Se alegrará, ¿no?

A uno del coro le entró la risa floja; los cuatro que estaban a prueba se reían con disimulo. Se oyó el repiqueteo de una latita de grageas; a Baker se le cayó un devocionario al suelo. El deán vaciló un instante, miró a un lado y al otro y continuó a toda prisa con la lectura. Meakins alzó la vista al sitial del obispo, hizo ademán de ponerse en pie, volvió a sentarse, frunció el gesto y, dándose importancia, se recompuso la toga.

Llegó el final de la lectura. Nos levantamos para el *Nunc dimittis*. Y lo mismo hizo la señorita Hargreaves. Ahora estaba claro que Meakins estaba dispuesto a entrar en acción. A toda prisa, volvió a acompañar al deán a su sitio, se retorció el bigote blanco y se dirigió a paso más que ligero al sitial del obispo. Con la vista fija en sus movimientos, los muchachos no se esforzaron en el fa sostenido del *Nunc dimittis*.

Meakins había llegado al sitial; veíamos que estaba discutiendo con la señorita Hargreaves, pero, claro está, no oíamos lo que decían. Pasados unos segundos, la señorita Hargreaves pasó por el coro, cojeando ostentosamente y haciendo mucho más ruido del necesario con sus dos bastones, y acabó sentándose con cara de enfado en los estalos de los canónigos, justo en frente de la señorita Linkinghorne. A fin de dejar claro su disgusto con todos nosotros, estuvo sentada todo el *Nunc dimittis* y ni siquiera se levantó para el *Gloria*, limitándose a inclinar levemente la cabeza. Y puedo decir que en la catedral de Cornford no es fácil quedarse sentado en el *Gloria*. A la gente no le gusta.

Archie volvió su inmensa cabeza y me susurró:

—A la señorita Hargreaves deja ahora, Señor.

—Ir en paz —canté. Pero no vi que ella se fuera.

A continuación pasé lo mío en la sacristía de los legos y seglares. Archie estuvo despiadado. Todo salió a relucir. Maese Pepusch, Sarah, el duque de Grosvenor, el arpa, la bañera, la visita a la tribuna del órgano. No me libré de nada.

—Siempre supe que te gustaban las chicas —dijo Slesser—, pero las ancianas... ¡eso es vicio, Huntley! ¡Puro vicio!

—No hagas caso de eso, guapo —dijo Archie—; recuerda que tienes que estar a la altura de un sombrero de casi tres metros y ser valiente.

—Por el tamaño, podría ser un mitra —dijo Peaty, en voz alta.

Es un alto bajito con una voz que recuerda a una mosca hambrienta dentro de una botella. Sir Hugh Allen^[13], quien una vez asistió al servicio vespertino, lo confundió con un fagot.

Archie asomó la cabeza fuera de la puerta y examinó el crucero.

—La reina de mayo^[14] está esperando a nuestro Norman —dijo.

En ese momento, Pussy Coltsfoot, uno de nuestros ancianos, que siempre sonaba igual, ya fuera cantando o hablando, preguntó si nos habíamos fijado en la mujer tocada con un extraño sombrero que estaba sentada en el sitial del obispo. Como era sordo, no había oído ni una palabra de la conversación.

—Es la novia de Huntley —le gritó Slesser, algo que se oyó por encima de la música del órgano.

(El organista se recreaba con una interminable sonata de Rheinberger).

—Ni una curva —susurró Pussy—. Yo diría que era completamente recto. Como un canalón en la nieve.

—La concubina —le dijo Peaty al oído—. La concubina de Huntley.

—No hace falta que os pongáis tan desagradables —dije—. No sé vosotros, pero a mí esa palabra, «concubina», me parece detestable.

Wadge, el otro tenor, un tipo simpático que tiene la costumbre de meter una consonante aspirada en los lugares más inverosímiles —su solo favorito es uno en el

que canta: «Tú coronas el (j)año»—, se volvió y me dio una palmadita en la espalda, diciéndome:

—Una (j)amiga fiel es algo estupendo para un joven como tú.

—Me gustaría saber si ese maldito sombrero se dobla —dijo Dyack, siempre gruñón.

El trabajo voluntario había terminado, y ahora teníamos que ir al coro para el ensayo completo. Los muchachos salieron en tropel con montones de partituras en las manos. Me asomé a la puerta. La vi yendo y viniendo, golpeando las baldosas con el bastón, estudiándolas con aire crítico. No tardaba uno en reparar que eran baldosas de segunda categoría. Se diría que nunca había andado sobre otro suelo que no fueran las mejores baldosas romanas.

Entró el chantre.

—Deprisa, caballeros —dijo, y luego me miró, esbozando una sonrisa—. Esa amiga suya le está esperando, supongo. —Y salió, mirando a los otros con ojos libidinosos. No me gusta ese hombre.

Archie estaba saliendo. Lo llamé.

—Mira —dije—, ha sido todo un error terrible. Quiero que sepas, Archie, que no conozco de nada a esa maldita señora. No sé cómo se las ha apañado para engancharse así a mí.

—¿Engancharse? ¿Le diste tú el gancho?

—No te rías. Es muy grave. Si se acerca e intenta hablarme, no me quedará más remedio que hacer como si no la conociera. Necesito que me ayudes, Archie. Sal conmigo y habla lo más alto que puedas todo el tiempo. No miraré hacia donde está ella.

—Venga. Saca pecho. Ponte serio y sé un hombre. Respira hondo y mírale las botas. Mírale las botas con gesto crítico y estarás a salvo. Venga, guapo.

Salimos juntos de la sacristía y empezamos a andar por el transepto. Ella estaba en la tumba del obispo Creighton, examinando unos querubines de alabastro, y por un instante no reparó en nosotros.

—¡Venga, rápido! —musité.

Pero era demasiado lista. Se giró en redondo, exclamó algo y vino hacia nosotros con paso titubeante.

—¡Querido Norman! —exclamó muy contenta—. ¡Qué alegría volver a verte! Qué servicio más hermoso de verdad. Aunque no sé por qué no te dan a ti la parte del solo. Seguramente...

—No se permite pararse a charlar en los transeptos —dijo Archie en tono solemne—. ¿No ha visto los carteles?

—¿Carteles? ¿Qué carteles?

Archie miró a su alrededor.

—¡Ah! —dijo—. Meakins se los ha llevado para limpiarlos. Pero eso no impide que siga estando prohibido. En los transeptos solo se puede cantar. Vamos, Huntley.

—Eso es ridículo. ¡Ridículo! —exclamó la señorita Hargreaves, sonrojándose de rabia. Y se vino detrás de nosotros, sin parar de hablar—. He estado en docenas de catedrales y nunca me han prohibido hablar en los transeptos. Lo hablaré con el deán.

—Fue el propio deán quien implantó esta ley —le respondió Archie—, y no va a tolerar que la violen.

—Escribiré a Grosvenor —le respondió ella airada.

Yo me mordí el labio y no dije palabra.

—Mi querida señora —dijo Archie, permitiendo que le alcanzara un instante—. Hablar en los transeptos está prohibido incluso a la realeza. Lea los carteles cuando los vuelvan a poner después de limpiarlos.

—Pero es que ahora ya estamos en la nave —dijo ella triunfante.

—En las naves tampoco está permitido, excepto los domingos.

Slessor se unió a nosotros, canturreando alegremente:

—¿De dónde ha sacado ese sombrero?

—Norman —me llamó la señorita Hargreaves, sofocada, en un tono de voz que me partió el corazón—. Norman, ¿cómo puedes...?

¡Dios mío! No podía soportar aquella situación. Aceleré el paso, odiándome.

—Ahora estamos demasiado ocupados —dijo Archie—. La música es lo primero en la catedral.

Baker esperaba en la verja del coro con las manos en los bolsillos de la sotana y una sonrisa insolente en el rostro. La señorita Hargreaves seguía detrás de nosotros. Meakins la detuvo cuando llegó a la verja, y nosotros nos apresuramos a entrar.

—Venga, venga —oímos que le decía Meakins—, estamos hartos de usted. No, no puede entrar en el coro. ¡Habrás visto! ¡Sentarse en el sitial del obispo!

(¡Oh, era intolerable oír que le hablaran así!).

—No era mi intención aposentarme en el sitial del querido obispo —la oímos decir—. Nunca me he sentado de buena gana en un lugar semejante y nunca me sentaré. Aquí tiene mi tarjeta. Soy amiga del señor Huntley; amiga íntima. Apártese, por favor. Detesto armar jaleo.

—Ahora mismo hay un ensayo, señora. Y no puede entrar en el coro.

—¡Chitón! Siempre estas absurdas restricciones. ¿Por qué no ponen un cartel que prohíba el uso de ese ridículo sitial? A no ser que también lo estén limpiando, venga, venga, buen hombre, a lo mejor... ¡ah, ya veo que podemos entendernos!

Oímos el tintineo de unas monedas. Baker entró despreocupadamente y se abrió camino hasta su sitio en el lado del evangelio.

—Le ha dado a Meakins medio dólar de propina —dijo al pasar.

—Tendremos que pedirle permiso al maestro —oí que decía Meakins. Y lo vi cogerla del brazo y conducirla gentilmente al transepto norte.

Baker se volvió y me dijo en tono grave.

—¿Le has hecho tú ese sombrero?

—¡Mira hacia delante! —le respondí enfadado—, y reparte las partituras, ¡bribón!

—¡No me digas!

Un momento después el maestro de órgano entró en el coro; parecía muy irritado.

—Huntley —me llamó.

Dejé mi sitio y me acerqué a él con el corazón en un puño.

—Esa... hum... señora amiga suya... que dice que quiere entrar en el coro para el ensayo... Está claro que sabe usted que...

—Pero, maestro, empecé a decir... si esa señora no...

—Que sabe que no podemos sentar un precedente así. Llevo años luchando para impedir que el público entre en el coro a las horas de ensayo. Vaya y dígaselo, por favor. Por supuesto, tiene plena libertad para esperarlo en la nave.

Me invadió la cólera. Supongo que no me gusta que me pongan en ridículo. Al salir hacia el presbiterio, oí que Collins decía:

—El señor Huntley no parecía furioso ni nada, ¿eh?

Fui hacia ella pisando fuerte.

—Señorita Hargreaves —dije—, no está permitido que entre nadie en el coro durante los ensayos. El maestro Carless dice que puede esperar en la nave.

No respondió inmediatamente; se limitó a mirarme con un gesto de reproche. Yo volví la cabeza.

—¿Qué he hecho yo para merecer que me trates así? —dijo al fin. Subió el tono de voz. Yo me di cuenta de que en el coro todos los oídos se aguzaban para oírla—. ¿Qué he hecho? Si supieras lo que he pasado últimamente —se le quebró la voz—. ¡Agatha...! Nos ha dejado. —Hundió la cara entre las manos unos segundos; le temblaban los hombros—. Maese Pepusch padece de psitacosis —continuó—. Y ahora... vuelvo a mi querido Cornford, esperando que mi viejo amigo me reciba, y...

El coro había empezado con el *¡Oh! ¿Dónde hallaré sabiduría?*, de Boyce; yo cantaba en una de las estrofas.

—Luego la veo —susurré, sin mirarla de frente. No sirvió de nada. En el momento en el que me puso esa expresión desgarradora, supe que me había vencido.

El ensayo fue un suplicio. Por lo general, nunca me equivoco (soy un despistado completo, pero en la música dejo de serlo); sin embargo, esa tarde no conseguí cantar a derechas así me mataran dos compases, bastante complicados, del himno de Boyce. Carless recorría la tribuna del órgano como una fiera enjaulada, gritándome:

—Pero ¿qué le pasa, Huntley? Repítalo. —Y yo lo repetía y me volvía a equivocar—. Pare, pare —gritaba el maestro, dando una palmada. Y cuando él daba una palmada no significaba que estuviera aplaudiendo. Por sexta vez, asomó su cara pálida por entre las cortinas de color ladrillo—. Wadge, hágalo usted —dijo, irritado.

Fue espantoso. Nunca había pasado tanta vergüenza. Los muchachos del coro, esas criaturas crueles, se volvieron y me observaron con un interés nuevo. Baker escribió algo en un trozo de papel y lo fue pasando hasta que llegó al patán de

Tonkin, en los estalos bajos del lado del evangelio; Tonkin soltó una carcajada.

—¡Silencio, chicos! —gritó Carless. Me quedé mirando la nave en penumbra mientras Wadge cantaba el solo que debería estar cantando yo. Sentada en el primer banco había una figura solitaria, con cierto aire de desamparo, escribiendo, al parecer, algo en una libreta. El ensayo no se terminaba nunca, pero la figura solitaria seguía sentada en la nave desierta.

El chantre hizo la acción de gracias; los chicos salieron disparados como si acabaran de soltarse de las cadenas de una prisión. Los hombres salieron. Yo me aproximé lentamente a la entrada del coro con Archie.

—Ahora, Norman —me dijo Archie—, toma una pizca de rapé y a ello. —Me ofreció su cajita negra, pero yo la rechacé. ¿De qué sirve el rapé cuando estás en apuros?

—No me siento capaz de enfrentarme a ella —dije en tono quejumbroso, al verla ponerse en pie y subir lentamente los escalones—. Archie —le supliqué—, dile que tengo una cita. Dile que estoy enfermo. Lo que sea. Saldré disimuladamente por la puerta norte.

Y, sin más demora, me dirigí al retablo y salí por el trascoro. Vi a Meakins, que desaparecía por la nave sur, agitando el manajo de llaves; había cerrado la puerta norte, una puertecita contigua a la capilla de Nuestra Señora. Si echaba a correr detrás de él ahora, seguramente me daría de bruces con la señorita Hargreaves y Archie en el transepto. Pero si me quedaba donde estaba, corría el riesgo de pasar la noche encerrado.

Incapaz de decidir, me senté en un banco al lado de la capilla del cardenal Beauvais. Mi ojos se dirigieron hacia su opulenta figura yacente, con el majestuoso sombrero rojo y el anillo verde, semejante a un ojo que ve todas las cosas, que me observaba desde uno de sus dedos. Él la habría mandado al infierno, eso es lo que él habría hecho; la habría mandado al fuego eterno como a una bruja más, y no le habría dado más importancia. Hoy en día ni siquiera se la podía detener. Podía ponerse un sombrero que parecía una tarta nupcial, podía aposentarse en el sitial del obispo, y no había nada que hacer. Si ese sitial hubiera sido el del cardenal, no se hubiera salido con la suya así como así.

Estaba oscureciendo. Oía a los chicos del coro y a los legos, que cerraban de golpe la puerta sur, según iban saliendo, de uno en uno. Pocos minutos después, Meakins cerraría la catedral. No podía quedarme allí encerrado toda la noche. Ese maldito cardenal ya me estaba empezando a poner nervioso. Decían que por la noche salía de su capilla. Y me lo creía. Me lo imaginaba observándome y, a sabiendas de que estaba pillado en un problema espiritual que me superaba, preguntándose divertido cómo iba a salir yo de aquel lío.

Fui hasta la puerta de la nave e inspeccioné los escalones para ver si quedaba

alguien. Ni un alma. A excepción de los pasos lejanos de Meakins en el otro extremo de la nave, todo estaba en completo silencio. Puede que Archie hubiera logrado deshacerse de ella. Bajé despacio, deteniéndome a escuchar y a observar. Pasé por los reyes sajones y la tumba de Thomas Weelkes. Estaba en el transepto sur. No tenía más que rodear rápidamente la tumba del obispo Creighton para salir por la pequeña puerta sur.

De pronto recordé que me había dejado el sombrero en la sacristía. Era un sombrero bastante especial: verde, bien torneado y con una pluma en la banda, te daba un aire a los Bing Boys^[15]. Esa tarde pasaría a ver a Marjorie. Sabía que no estaba de buenas conmigo, y el sombrero podría ayudarme. Era un sombrero que a Churchill no le habría importado llevar.

Bueno, lo único que puedo decir es que la vanidad se cobra su recompensa.

La señorita Hargreaves estaba en la sacristía, examinando la inscripción en la tumba de Jacob Barton, el pescador y naturalista.

Se puso en pie lentamente.

—La pesca —comentó— debía de ser por aquel entonces un noble entretenimiento.

Se produjo un largo y espantoso silencio. Me costaba respirar. Sabía que la crisis estaba al caer.

—A Grosvenor —añadió— le encantaba la trucha. Era de la opinión de que ningún pescado podía ser más succulento que una trucha cocinada con un poco de zumo de naranja.

—No es momento de hablar de pescado —dije yo.

Ella suspiró.

—Los peces son criaturas que invitan al sosiego. Muy tranquilas —observó, y luego se sentó en la mesa y jugueteó con un lápiz que llevaba colgado de una cadena al cuello—. Una vez escribí unos versos que parecen apropiados para este momento.

—No tengo tiempo para versos —la avisé. Y no lo tenía.

Se encogió de hombros.

—No diría que esos versos míos sean buena poesía. Simples rimas. Nada más. Dicen así:

Les hablo de peras y palmatorias,
de ropa tendida, de pepitorias,
de plantas (en tiestos), y hasta de norias,
y todo por mi desdicha ocultar.

—Sí, muy bonito —empecé a decir—. Pero...

Levantó la mano, y continuó:

—Espera, hay más:

Me cuentan del té y del carbón,
de los políticos, del pimentón,
de almohadas de Holanda y del gorrión,
y todo es así mejor.

—Vale, vale —dije.

De pronto quedó atrás ese humor reflexivo. Se levantó y se lanzó a hablar apasionadamente, retorciendo las manos.

—He vuelto después de enterrar a la pobre Agatha. Tenía muchas ganas de volver a ver a mi viejo amigo. ¿Y qué hace él? ¿Qué hace él? Me evita. ¡No! Peor todavía. Se muestra de lo más grosero conmigo. Norman, yo puedo aguantar mucho. Pero esto no... ¡esto no!

—Ha llegado el momento de aclarar las cosas —dije, muy serio.

—Explícate, te lo ruego.

—¿Por qué me sigue de esta forma? —proferí, irritado—. No la conozco. No la conozco de nada.

—¡Para! ¡Para! —Avanzó, tambaleándose, y se agarró a una silla para no caerse—. ¿Que no me conoces? ¿Cómo puedes decir algo...? ¿Cómo puedes decir algo tan perverso? Tan perverso. Mucho he viajado por los dominios del oro^[16], pero nunca me han herido así.

Alzó la voz, que resonó en el silencioso edificio. Oí a Meakins a lo lejos cerrando las puertas de la fachada oeste, y luego sus pasos a lo largo de la nave.

—¿Niegas, pues —golpeó amenazadoramente el bastón sobre la tumba de Burton—, niegas que me escribiste una carta estando yo en Hereford? ¿Te atreves a negarlo? Yo tragué saliva.

—No, no puedo negarlo. Pero lo único que puedo decirle es que antes de escribir esa carta no tenía ni idea de su existencia. Me gustaría que dejara ese silbato.

Estaba agitando un pequeño silbato de plata delante de mis narices; lo llevaba colgado de la cadena al cuello, junto con el lápiz y los impertinentes.

Se me quedó mirando.

—Dime, con toda franqueza, muchacho: ¿estás divagando? ¿O a lo mejor te he ofendido en algo? Dímelo con toda franqueza, ¿es por mi sombrero?

—Bueno, es horroroso —farfullé.

—Pues ¡también me lo puse pensando que te gustaría! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pensé que, siendo como eres tendente a la excentricidad, lo apreciarías.

—¡No llore! ¡Por lo que más quiera, no llore!

—¡No sabía que era el sitial del obispo! No lo indican. Me senté en el primer asiento que vi vacío. Dios me libre, Norman, Dios me libre, de llamar la atención en ningún momento.

No, aquello no iba a funcionar. Nos estábamos yendo por las ramas. Y yo estaba decidido a hacerle ver la verdad, de una vez por todas.

—Igual me da su sombrero —le dije, faltando a la verdad—, o que se siente en el sitial del obispo. Igual me da lo que haga o deje de hacer, mientras no me arrastre a mí a hacerlo. Esa carta que le escribí desde Lusk no era más que una broma, señorita Hargreaves, nada más que una broma. Puede que fuera una broma mezquina, y lo siento. No nos conocíamos de nada. Y usted lo sabe, sabe que...

Sus bastones se estrellaron en el suelo. Me callé, súbitamente consternado por el efecto que habían tenido en ella mis palabras. Casi se había desmayado. Se había agarrado a la mesa para no caerse, la cabeza le colgaba del cuello sin fuerza, y tenía la boca abierta, como si quisiera hablar, pero no pudiera. Era espantoso verla así. Me apresuré a ayudarla y la senté con cuidado en una silla. Parecía muy débil, y sus dedos juguetearon inconscientemente con una lista de los servicios religiosos que había sobre la mesa hasta que la estrujaron formando una bola.

—¡Una broma! —musitó—. ¡Una broma!

Soltó una risa chillona, histérica. Fue una risa que me heló la sangre en las venas, tan llena de desprecio, tan irónica y, sin embargo, tan lastimeramente forzada.

—¡No, no, señorita Hargreaves! —le supliqué—. Siento lo que he dicho. Lo siento horrores.

Un silencio de muerte cayó sobre nosotros. Ella seguía con la vista fija en la bola de papel que tenía en la mano.

Como no podría ser de otra manera, Meakins escogió precisamente ese momento para entrar en la sacristía.

—Bueno, ¡nunca...! —empezó a decir—. Pero ¿cómo? ¿Ella otra vez?

—¡Cállese! —le dije entre dientes—. ¿No ve que está enferma?

Ella no dijo palabra ni se movió un centímetro.

—Bueno, estoy cerrando —dijo Meakins, quitándose la túnica.

—Señorita Hargreaves —le dije suavemente—, tenemos que irnos.

—Agua, agua —susurró ella con una vocecita triste, distante y cómica.

Le llené un vaso de la botella que había sobre la mesa y se lo di. Entonces se fijó en Meakins. Lentamente, asomó en su cara una sonrisa de sorpresa.

—¿Es usted, Archer? —musitó.

—Esta desvaría —dijo Meakins, llevándose un dedo a la sien.

—¡Cuidado con lo que dice! —le insistí entre dientes.

La señorita Hargreaves me miraba como si no me hubiera visto en la vida. *Como si no me hubiera visto en la vida.*

—¿Dónde estoy? —susurró, y luego, mirándome como si se estuviera esforzando por recordar—: ¿Quién es usted?

—¡Vaya! —exclamé—. Soy Norman Huntley. ¿Me conoce, señorita Hargreaves?

Estas palabras salieron de mi boca antes de darme cuenta de lo que había dicho. Se me había ofrecido una escapatoria, y la había rechazado. Hasta el día de hoy sigo

pensando que, si en ese momento no le digo mi nombre, si me hubiera mantenido firme y hubiera seguido negando que la conocía, no me habría vuelto a incordiar. Me habían puesto la oportunidad en las manos, sin que yo me diera cuenta, y la había desperdiciado.

En cuanto oyó mi nombre, volvió el brillo a sus ojos; ese ánimo suyo inagotable empezaba a retornar.

—¡Norman! ¡Norman! —exclamó, y entonces, como si me reconociera de pronto, siguió—: ¡Oh, mi querido muchacho! Me va a estallar la cabeza. ¡Daría cualquier cosa por una taza de té!

—¡Pobre mujer! —dijo Meakins, recordando, sin duda, la media corona que la señorita Hargreaves le había dado—. ¡Pobre mujer! Mejor la acompaña a casa, señor Huntley. Se ve cuánto depende de usted.

Sí, se veía, claro; no hacía falta que me lo recordaran.

—Venga, venga —le dije—. Agárrese de mi brazo.

Se puso lentamente en pie y vino hacia mí.

—Gracias, querido. Ya me siento mejor. Perdóname. Soy una vieja, y se me va el oremus. Es la música dentro de mi cabeza; siempre tengo música en la cabeza. ¡Qué fuerte es tu brazo, querido! ¿Dónde estaría, dónde estaría, sin la vida que me das?

—Ya me gustaría a mí saberlo —dije, torvamente.

Salimos por la puerta sur y recorrimos despacio el claustro hasta salir al recinto exterior.

—¡Qué hermoso el aire del otoño! —explicó—. ¡Te revive! El exquisito sol de septiembre —musitó—. ¡Ah! ¡San Miguel! ¡San Miguel! Qué calor les das a los viejos. —En mi brazo, su peso era el de una hoja—. ¿Sabes que la pobre Agatha nos ha dejado? —dijo.

—¡Cómo lo siento! —le respondí sin mucha convicción.

—¡Ay! ¡Era un alma encantadora! ¡Tan sencilla! ¡Tan fiel! No me quedan amigos, Norman, a excepción de ti. Recuérdalo, querido, recuérdalo siempre.

—De acuerdo —musité. ¿Se estaría dando cuenta de que dentro de poco tiempo a mí tampoco me quedarían amigos, excepto ella misma?

De pronto abandonó este humor contemplativo.

—Y ahora —dijo, animadamente—, vayamos a ver a tu familia. De camino al servicio de la tarde, me pasé por la librería y conocí a tu padre. ¡Un hombre realmente encantador! Se ve claramente de dónde has sacado esa cabeza tuya. ¡Qué buen gusto! ¡Qué elocuencia! Me invitó a tomar el té contigo y tu madre. ¿Vamos andando o tomamos un taxi? ¿Es muy lejos? ¿Sí? No vayas tan deprisa, querido, y habla más alto, por favor; soy un poco dura de oído, pero no recuerdo bien de cuál. ¡Mira los grajos! ¡Oh, ojalá pudiera salir volando y descansar!

—Sería estupendo —dije.

—¡Tantas veces lo he deseado! Pero, ¡ay!, es el poder del Creador el que nos trae al mundo y antes de que llegue el momento de abandonarlo debemos representar el

papel que se nos asigna.

Pasamos por delante del deán y del archidiácono Cutler. Nos miraron un instante y rápidamente reanudaron su conversación.

—¡Qué hermosa tarde! —comentó la señorita Hargreaves cuando pasábamos.

El archidiácono la miró, frunciendo el gesto.

—No, claro que no —continuó diciéndole al deán—, no podemos utilizar esos fondos para...

—El fuego de san Miguel está sobre todos nosotros —observó la señorita Hargreaves sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Oh, sí! ¡Claro! Supongo.

Seguimos nuestro camino, y oí musitar al archidiácono:

—¿Quién es esa señora? ¿Es pariente de Huntley?

El deán se echó a reír.

—No, no creo. Pero pensé que no quedaba mal como obispo. ¿No le parece?

Los oí reírse a los dos. Y entonces llegamos al extremo norte del recinto catedralicio, y la señorita Hargreaves se paró junto al tronco de un gran olmo que acababan de talar.

—Sentémonos un momento —sugirió.

—Va a coger frío —dije.

—¡Pamplinas! El frío no se coge; se evita. —Se sentó y me hizo un gesto para que fuera a sentarme a su lado. El deán y el archidiácono nos observaban a lo lejos—. ¡Ah! ¡Las hojas de otoño que caen revoloteando en la tierra, la casa que comparten! ¡Ay! ¡Qué extraña es la vida! ¿Quieres unas letrillas más dedicadas a las hojas de otoño?

Apoyó la barbilla en una mano, miró con ojos soñadores a las hojas y declamó:

Hojas, hojitas, reseca y ajada,
níspero, almendro, tilo y almez,
víctimas del tiempo y de las heladas;
hojas, hojitas, reseca y ajada,
níspero, almendro, tilo y almez,
pronto vendrá vuestro tiempo otra vez.

Tomamos un taxi. Además de que ella estaba muy cansada, yo no podía soportar la idea de recorrer toda la calle Mayor con aquel sombrero a mi lado. Cuando llegamos al número 38, vi por la ventana a mi madre y a mi padre, que se disponían a tomar el té. Jim no estaba, y me alegré.

Abrí la puerta e hice entrar a la señorita Hargreaves. Debido, probablemente, al interminable torrente de sus palabras, me invadía un extraño aturdimiento. Todo me daba igual. «Que pase lo que tenga que pasar, sea lo que sea», pensaba. Nada me importa.

Abrí la puerta del comedor. Al ver a mi acompañante y su sombrero, mi madre se bebió el té de un trago y se puso en pie con presteza. Mi padre alzó la vista un

instante, sin decir palabra alguna, se echó tres azucarillos al té y, acto seguido, volvió a la lectura del periódico de la tarde que tenía abierto delante de él.

—He traído a la señorita Hargreaves —dijo—. Creo que papá la invitó a tomar el té.

Mi madre puso una sonrisa forzada, mientras la señorita Hargreaves avanzaba sin temor hacia la mesa.

—¡Encantada! —dijo, extendiendo la mano cordialmente—. ¡Encantada de conocerla! Ya he tenido el placer de charlar con el señor Huntley entre los libros. ¡Libros, libros! Mi querida señora Huntley, ¿dónde estaríamos sin ellos? Enseguida salta a la vista que usted venera la literatura tanto como yo.

—Claro, claro. A mí también me gusta un buen libro —dijo mi madre en un tono bastante cortante, mientras colocaba los cojines, como solía hacer cuando había invitados, y mirando si quedaba té en la tetera—. Me habría gustado que me avisaras de que ibas a venir con la señorita Hargreaves —me dijo—, pues habríamos esperado para tomar el té.

—¿No te lo dijo papá?

—No, claro que no.

Mi padre se decidió a hablar.

—Señorita Holway, ¿no? —Le ofreció la mano, que ella estrechó afectuosamente—. ¿Qué tal tiempo hace en su tierra?

—¡Oh, bueno! Muy bueno.

—A ver, usted toca el clarinete, ¿no es así? Siempre he pensado que el clarinete precisa un tratamiento muy especial. Estoy pensando en dar un concierto, y...

—¡Oh! Pero mi instrumento es el arpa, señor Puntley.

(No fui capaz de discernir si dijo mal el apellido adrede).

—También toco algo el piano y el órgano —continuó—. Pero me temo que el clarinete está allende mis posibilidades. Pero siempre estoy dispuesta a aprender, claro.

—¡Mmm! —Mi padre masticaba un bollito de nata—. Le puedo vender un libro sobre el clarinete, muy barato. Estos bollitos no me dicen mucho, mamá. No tienen suficiente nata. ¿Son de Dumper?

La señorita Hargreaves se sentó en la vieja butaca de cuero de mi padre, que es especial y tiene un cenicero en cada brazo. Una fotografía mía de cuando tenía dos años atrajo su atención. Todo ricitos y mal genio. La odio.

—¿Norman? —musitó.

Mi madre asintió y llamó al timbre para que viniera Janie. La señorita Hargreaves había cogido la fotografía de la repisa y la examinaba de cerca.

—¡Qué rizos tan espesos! ¡Debía de estar muy orgullosa de su niño!

—Sí —respondió mi madre—. Era una bonita criatura.

—Los niños son ciertamente las flechas en la mano del gigante. ¿Eh, señora Huntley?

—Pues yo podría contaros un par de cosas de los gigantes —intervino mi padre, mirando con cierta ansiedad a mi madre, quien, siempre que podía, cortaba en seco sus historias—. Una vez conocí a un gigante. Era un caso extraño. Cada vez que se estiraba crecía un poco más. Un tipo melancólico, también. Me dijo que había comido algo de su jardín, alguna mala hierba, y que había sido eso. Todo empezó por las piernas, una noche, al estirarse, sintiéndose muy cansado. Luego bostezó y después de eso apenas pudo cerrar la boca. Un abismo. Era guardabosques. Una mala hierba, dijo. Su mujer también la probó. Murió cuando alcanzó los cuatro metros. Él se fue de *tournee* con un circo. Ocurren cosas curiosas. Nunca se sabe, señorita Holway.

—¡Oh! Por favor, señor Puntley, dígame, ¿qué hierba era esa?

—Ninguna en particular. Una mala hierba sin más. ¿Quiere ensalada?

Empujó hacia ella una ensaladera con lechuga y pepino.

—Estamos esperando que traigan más té —explicó mi madre—. Y no haga caso de las historias de Cornelius, señorita Hargreaves. A propósito, ¿se va a quedar mucho tiempo en Cornford?

—Estoy pensando en quedarme a vivir aquí. Es un lugar excelente en el que pasar el crepúsculo de mi vida, cerca de su querido hijo, de ustedes, y de esa espléndida catedral. Daré algunas veladas musicales. Pero antes he de resolver una o dos cuestiones con Grosvenor.

—Los jueves cerramos a la una —observó mi padre—. Norman, pásale a la señorita Harton la pasta de anchoas.

Janie entró en el comedor y mi madre le pidió en un tono bastante seco que trajera más té.

—Y, hablando de crepúsculos —dijo mi padre, quien aquella tarde parecía estar de un humor especialmente comunicativo—, ¿ha estado en Noruega?

En lugar de responder, la señorita Hargreaves me miró.

—No recuerdo —dijo. En su cara se apreciaba la incertidumbre—. ¿He estado en Noruega, Norman?

Tardé en responder. ¿Cómo iba yo a saberlo? Pero suponiendo...

—Sí, creo que sí —dije, lanzándome a tumba abierta, esperanzado.

—Claro —dijo ella al instante—. Ya recuerdo. ¡Aquellos hermosos fiordos, el sol de medianoche, las melodías populares tocadas con aquellas largas gaitas y el gélido carisma del *geist* escandinavo! No olvidaré nunca cómo...

—Iba yo a decir —continuó mi padre— que antes de casarme, ¿me oyes, Dorothy?

—Sí, te he oído, Cornelius. Antes de casarte.

Mi madre sonrió con indulgencia y cogió la labor de punto que tenía empezada. Todo lo que le había sucedido a mi padre le había sucedido antes de conocer a mi madre.

—Antes de casarme, viví durante algún tiempo en Oslo. Pues bien, por allí no hay

un crepúsculo que merezca la pena recordar; vas de una cosa a la otra. Me di cuenta de que curiosamente esto afectaba al comportamiento de uno. ¿Usted también, señorita Harton?

—¡Oh! ¡Sin duda! —La señorita Hargreaves asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Y ¿cómo le afectó exactamente? —le preguntó mi padre.

—¡Ah! Ya está. —Pero pareció que mi padre comprendía.

—Mmm. No deja de haber cosas extrañas. ¿Tomará ensalada?

Una de las cosas más sorprendentes de la señorita Hargreaves fue cómo simpatizó inmediatamente con mi padre y mi padre con ella. Se pasaron horas hablando, o eso me pareció, sin que ninguno de los dos prestara mucha atención a lo que decía el otro, claro. Mi madre y yo apenas dijimos palabra.

—Sí, me gustaría fundar un club de tiro con arco. —Padre encendió su quinto cigarrillo—. ¿Le he contado alguna vez, señorita Holton, cómo empezó a tirar al arco el poeta Swinburne?

—Creo que no, señor Hunkin. Y me apellido Hargreaves, por cierto.

Madre suspiró.

—¡Sorprendente! —dijo mi padre—. Se hacía sus propias flechas, ¿sabe?, y también las utilizaba para escribir. *Atalanta en Calidón* la escribió enteramente con flechas, señorita Hargreaves. Cogía el manuscrito, lo clavaba a un tablón y le disparaba. Todas las palabras que eran atravesadas por las flechas las eliminaba. Tal cual. Conocerá los versos:

Tu diáfana faz, la firmeza
que en tu mirada arde,
qué pesar, qué nobleza;
es como el morir de la tarde.

—¡Ah, sí! Los recuerdo. Hermosos.

—Bueno, pues, antes de que Algernon Charles les disparara, estos versos decían así:

Tu tersa y diáfana faz, la firmeza
implacable que en tu mirada arde,
qué amargo pesar, qué nobleza;
como el oscuro morir de la tarde.

»Algy se cargó unos tres millones de adjetivos con esas flechas. Solía decir: “La pluma que los escribe bien puede eliminarlos de un disparo”.

—¡Qué asombroso! Entonces podría decirse que si el poeta no se hubiera entregado a este arcaico deporte, se hubieran conservado muchas gemas en la gayería inglesa.

—Mmm. Depende, señorita Holgrave. Depende de cuál sea su idea de gema.

—¡Ah, sí! Cierto. Yo misma, señor Puntley, tengo...

Mi padre se puso en pie rápidamente.

—Tengo que irme. Tengo que examinar unas placas en el microscopio. Tiene que subir un día a mi estudio, señorita Halton. Tráigase el arpa.

Casi inmediatamente, mi padre había salido de la sala, y mi madre dejó su labor a un lado e hizo la pregunta que yo sabía que tenía que hacer antes o después.

—Y ¿hace cuánto tiempo que conoce a Norman, señorita Hargreaves?

Ella sonrió.

—Pregúntele a él —dijo a modo de respuesta y, alcanzando una cigarrera, sacó un cigarrillo y me pidió fuego—. Un vicio ocasional —susurró.

—¡Oh! Hace mucho que nos conocemos —le respondí vagamente a mi madre.

—¿De verdad? ¿Y dónde os conocisteis, entonces? Es curioso, señorita Hargreaves, pero Norman nos ha ocultado todo lo de su amistad con usted.

—¿Ocultado? ¡Vaya! ¡No me apetece esto!

—Tiene un cenicero en el brazo de la butaca, ahí.

—Gracias, gracias. —La señorita Hargreaves sonrió y me lanzó una bocanada de humo—. No recuerdo un momento —dijo— en el que no conociera a Norman. Somos viejos amigos.

—Bueno, ¡imagínese! ¡Y yo que creía que conocía a todos los amigos de Norman! —Madre soltó una risita irónica y luego dijo, dirigiéndose a mí—: Creo que, ya que está aquí la señorita Hargreaves, deberías hacerme partícipe del secreto.

Fue un momento crítico. ¿Qué decir? ¿Podía decir que no recordaba nada? ¿Debía volver a intentar contar la extraordinaria verdad? No. Era demasiado peligroso. Se desmayaría en la silla, incluso podría morir, y nos encontraríamos ante la espantosa tarea de enterrarla, buscando a través de la prensa un posible duque de Grosvenor, de quien, si llegara a aparecer, sería tan complicado deshacerse como de su sobrina. El sombrero lo guardaríamos como una reliquia, escondido en el baúl de los disfraces que teníamos en el rellano; cada vez que lo viera tendría que ahogar un sollozo y recordar mi vileza.

Me puse rápidamente a rebuscar en mi cabeza una respuesta vaga, pero al mismo tiempo convincente. ¿Dónde conoce uno a otras personas? ¿En qué lugar podría uno empezar una amistad con una anciana? ¿En una iglesia? ¿En un teatro? ¿En el cine? (Podría haberse agachado a buscar sus guantes en la oscuridad). ¿Auditorio? ¿Jardines? Librería...

—En Oxford, en la librería Blackwell's —dije, apenas sin darme cuenta de las palabras que salían de mi boca. Mi madre me lanzó una rápida mirada. Era una mentira plausible, claro, pues mi padre me enviaba a menudo a Blackwell's a comprar o vender libros.

—¡Ay! —exclamó la señorita Hargreaves en un susurro, al tiempo que suspiraba con nostalgia y se derramaba la ceniza por toda la pechera de la blusa—. ¡Ay! ¡Qué

día memorable aquel! ¿Conoce usted Blackwell's, señora Huntley? ¿Sí? ¿Recuerda la pequeña escalera de caracol que conduce a la sección de literatura extranjera? Había subido en busca de un poco de literatura noruega; debió de ser poco después de que regresara del País del Sol de Medianoche. ¿Cómo voy a olvidarme de aquel terrible momento en que perdí el equilibrio y di con todos mis huesos en el suelo? ¡Ah, señora Huntley! Esta fue una de las muchas ocasiones en las que podemos decir que no hay mal que por bien no venga. Pues de no haber sido por aquel accidente nunca habría conocido a su buen hijo.

—¿De veras? ¿Y qué hizo él?

—Todo, mi querida señora Huntley. ¡Todo! Estoy segura de que no hubiera podido tener mejor auxilio mi fractura de fémur en ese momento. ¡Oh! ¡Cómo te las ingeniaste, Norman, para hacerme un entablillado de emergencia!

Rompió a reír, en leves carcajadas de placer. ¿Me acordaba de aquel «entablillado»? Me rebullí en el asiento, incómodo.

—¿Lo que hice con los periódicos? —sugerí, sabiendo que, de nuevo, me estaba dejando llevar por uno de mis «impulsos» y que, de nuevo, no habría vuelta atrás.

—¡Exactamente! —dijo—. Nadie, mi querida señora Huntley, a excepción, tal vez, de mi querido tío Grosvenor, se habría desenvuelto en una situación así de crítica con mejor presencia de ánimo. Si no fuera por su valiente hijo, dudo que estuviera contándolo ahora, lo dudo de veras.

—Pues ¡imagínese! ¡Quién lo hubiera pensado! Imagínese que Norman no me lo contó.

Mi madre me miró fijamente con una mezcla de admiración y desconfianza. Yo puse una tímida sonrisa.

—Bueno, la verdad es que uno no habla de esas cosas, ¿no? —dije al fin.

—No solo las flores —observó la señorita Hargreaves—, sino también muchas buenas acciones nacieron para ruborizarse sin ser vistas^[17]. ¡Y no es que estemos en el desierto, señora Huntley, y no es que estemos en el desierto! Ciertamente.

—Y después supongo que se vieron bastante —dijo mi madre.

Se produjo un tenso silencio. Yo era consciente de que la señorita Hargreaves se inclinaba hacia mí, esperando casi con impaciencia que abriera yo el juego.

—La volví a encontrar —dije, tragando saliva— en el... en el Albert Hall.

Me arrellané en el asiento, de lo más complacido conmigo mismo. Ya todo me importaba un comino. Todo me daba igual. En este juego no podías pasar.

—¿Cuando fuiste para aquel Festival de los Tres Coros?

—¡Qué calor el de aquel día! —exclamó la señorita Hargreaves.

—No me olvidaré nunca —dije casi en un susurro— de aquellas... ¿frambuesas? ¿Fresas?

La señorita Hargreaves batió palmas.

—¡Oh! ¡Qué felicidad la nuestra! ¡Qué felices y... qué atontolinados! Había un descanso, sabe, entre el ensayo y el festival propiamente dicho. Y a Norman y a mí

nos entraron unas ganas repentinas de comer fresas; o fresas o nada. Así que compramos un cucurucho y nos encaminamos al parque. Norman sugirió que sería agradable comerlas en una barca de las que alquilan en The Serpentine. Y zarpamos; Norman se hizo cargo de los remos, y no podía hacerlo mejor. Y entonces —la señorita Hargreaves levantó las manos— ¡la catástrofe!

Se quedó en silencio y me miró. Ahora me tocaba mover a mí.

—Todas las fresas se cayeron al agua —me aventuré a decir.

—Y tú alargaste el brazo a un lado —continuó ella.

—Lo mismo que usted —dije yo.

—Y...

—La barca zozobró...

—Y al agua fuimos los dos —dijo ella—, pidiendo socorro, como quien dice, y luchando por mantenernos a flote.

—¡Santo cielo! —exclamo mi madre—. Podríais haber pescado un resfriado fuerte, y ¡hasta haberos ahogado!

—Son esos incidentes los que nos han unido, unido de verdad, a Norman y a mí —comentó la señorita Hargreaves.

Se abrió la puerta y entró Marjorie. Yo no estaba preparado para enfrentarme a ella, por no decir a Jim. De pronto perdí todo el coraje y sentí que la tierra me tragaba. Me excusé vagamente y eché a correr escaleras arriba, hasta el estudio de mi padre.

Estaba sentado delante de su escritorio, examinando un escarabajo de agua en el microscopio.

—¡Dios mío! —dije quejumbroso—. Me voy a volver loco.

Me desplomé en el sofá, bajo la ventana. Horace, el gran gato de color dorado, me bufó y se subió a un montón de libros de George Eliot que había al lado en el suelo.

—Es increíble la cantidad de patas que tienen estos bichos —dijo mi padre—. Ya he contado dieciocho. O a lo mejor son bigotes. Mira, acércate y échale un vistazo. ¿Qué te pasa hoy?

—Esa mujer, que me hipnotiza. ¿Qué voy a hacer ahora? Me volví loco. Me he inventado no sé cuántas historias sobre nosotros dos y ella no ha hecho más que confirmarlas, incluso ha añadido algunos detalles.

—Así son las mujeres. Me atrevería a decir que la hembra de la especie que tengo aquí delante no para de afirmar que tiene más patas de las que en realidad tiene. Me gustaría saber cuáles son bigotes.

—¡A la porra tus escarabajos de agua! Ahí abajo sigue, probablemente inventándose historias espantosas. Y yo que quería hacer las paces con Marjorie esta tarde. Y ¿ahora qué hago?

—Tómame un trago de whisky. Ahí está, sobre *The Times Gazetteer*.

—De verdad creo que, si hubiera dicho que había montado con ella en globo, lo habría confirmado —dijo furioso.

—Me dejó muy impresionado esa historia que contó de Noruega —dijo mi padre—. ¿Habrá conocido a...? ¿Cómo se llama el tipo? Uno que era dramaturgo... ¡Ah! Gynt, ese es el tipo. Lord Gynt.

—Pues yo no oí que contara ninguna historia de Noruega.

—Lo que te pasa a ti es que no escuchas. ¡Caracoles! Mira esto, este escarabajo no está muerto. Se acaba de mover.

—¿Por qué no iba a moverse?

—Pero si está muerto. Asombroso. Qué pena que no podamos poner a tu señorita Molway debajo de esta lente. Nos quedaremos sin saber lo que no podemos ver.

De pronto entró Jim. Enseguida me di cuenta de que estaba enfadada.

—¡Ah! ¡Así que estabas aquí, Norman! ¿Qué demonios te propones? Nos has dejado colgadas abajo con esa maldita mujer.

—Lo siento, Jim. No puedo con ella.

—Las que no podemos somos nosotras. Parece que se va a quedar toda la noche. Baja y haz algo para librarnos de ella.

—No habrá dicho nada de montar en globo, ¿verdad?

Jim pareció perpleja.

—¿Montar en globo?

—¡Oh, bueno! —me apresuré a decir—. Ya voy.

Cuando llegamos abajo, la señorita Hargreaves seguía con su perorata. Al entrar yo en la sala, Marjorie me lanzó una mirada gélida; y mi pobre madre hacía lo que podía para reprimir los bostezos.

—Pues sí —estaba diciendo la señorita Hargreaves—. Norman y yo hemos corrido muchas aventuras juntos. Y no me cabe la menor duda de que tendremos muchas más. Puede que ya sea vieja, pero todavía me quedan fuerzas para...

La interrumpí; no quería oír para lo que le quedaban fuerzas.

—¿No es ya la hora de cubrir al bueno de Maese Pepusch? —le sugerí.

Ella alzó la vista.

—¡Ah, ya has vuelto, querido! Sí, tal vez mejor me voy ya. ¿Me acompañas a mis aposentos? ¿Sí? Estoy alojada temporalmente en el callejón de los Cánticos, señora Huntley. Todos mis muebles están en un guardamuebles, claro. Pero en cuanto encuentre una casa conveniente, espero poder afincarme aquí. No veo la hora de dar veladas musicales y festines de la razón^[18]. Por cierto, mi querida señora Huntley, me había olvidado por completo. ¿Está ya completamente recuperada de las fiebres que la aquejaban?

—¿Fiebres?

—Escarlatina era, ¿no?

La cosa iba de mal en peor.

—Vamos, señorita Hargreaves —le dije en voz alta.

—¿Quién le dijo que yo tenía la fiebre escarlatina...? —empezó a decir mi madre.

Pero yo la interrumpí con un chillido.

—¡Cuidado! —grité—. Un ciervo volador. Cuidado, Marjorie.

Marjorie, que no soporta ni la más leve de las polillas, se puso a dar gritos y a agitar los brazos alrededor de la cabeza. Yo me lancé a las cortinas y me puse a moverlas y a hacer ruido.

—Tengo que cazarlo —dije—. Siempre quise tener algún insecto de estos. Mamá, llama a papá. Se pondrá furioso cuando se entere de lo que se ha perdido.

—¡Oh, qué disparate!

—¡Que sí! Llámalo, te lo digo yo.

—Esperad —gritó la señorita Hargreaves—. Tranquilicémonos. Cerrad todas las ventanas y poned la rejilla delante de la chimenea. Voy a buscar mi cazamariposas...

—¡Demasiado tarde! —chillé—. Se ha escapado. Por tu culpa, Marjorie. Señorita Hargreaves, corra afuera, a ver si puede atraerlo.

—¡Cornelius! —llamaba mi madre desde el recibidor—. Hay un ciervo volador aquí abajo.

La confusión más descabellada reinó un momento más. La fiebre, ya fuera la escarlatina o cualquier otra, quedó relegada.

—Ya no sirve de nada llamar a papá.

La señorita Hargreaves volvió de la puerta de la calle.

—Se me ha ocurrido en muchas ocasiones —dijo un tanto sofocada— que, dado que existe un tipo de escarabajo al que se le llama ciervo, muy posiblemente tiene que existir un ciervo que se parezca a un escarabajo. Las travesuras de la naturaleza tienden a la imitación.

Sin dejar de hablar se dirigió al espejo y se retocó el sombrero, el cual, en todo aquel ir y venir frenético, se había torcido ligeramente. Todos la miramos curiosos mientras lo enderezaba un poco con una leve palmadita y le arreglaba los velos.

—Eso es... —Mi madre se calló de pronto, sonrió y siguió la frase—: Eso es un sombrero original, señorita Hargreaves.

—¿Le gusta?

—Bueno... —Mi madre frunció los labios, pensativa—. Sí, de verdad creo que le sienta bien. No todo el mundo puede llevarlo, claro.

—Me lo hice yo misma, señora Huntley. Es de castor de Laponia.

A Marjorie le dio la risa.

—¿De veras? —dijo mi madre—. ¡Castor de Laponia! ¡Imagínate!

—Los sombreros —observó al señorita Hargreaves— estaban perdiendo toda la gracia y el interés. Pensé que había que hacerle un gesto al mundo. Por supuesto, comprenderá —bajó la voz reverencialmente— que, mientras vivió Agatha, no me era posible aparecer con nada que no fuera el más sobrio de los complementos. Pero, ahora que descansa, esperemos que en paz, siento que soy más libre de expresar mi

verdadero carácter.

Se produjo un momento de silencio. Todo el mundo se preguntaba, claro está, quién era esa Agatha; nadie quería preguntar.

—Así que —continuó la señorita Hargreaves— creo que ha llegado el momento de que pulse una nueva nota en la armonía del entorno trivial. ¡No vais a ser la únicas que os divirtáis, chicas! ¡Oh, no! El sombrero, claro, es un mero símbolo, lo bastante valioso, confío, para lanzarlo contra los molinos de viento, si es que en el mundo moderno queda algún molino de viento.

—Siempre se puede saber cómo es una persona por el sombrero que lleva —dijo Marjorie, vengativamente.

La señorita Hargreaves la miró de arriba abajo en un segundo, de la coronilla a la punta de los pies. Una mirada parecida a la que le había dedicado a Henry la noche de su llegada, como si estuviera sopesando el valor de un objeto presentado a la venta en una subasta. Una mirada devastadora. Marjorie se sonrojó.

—Precisamente —observó la señorita Hargreaves—. Detesto los lugares comunes.

Se dirigió muy erguida hasta el recibidor. Yo la seguí, incómodo.

—Adiós, mi querida señora Huntley —dijo—, y también señorita Huntley. ¿Así que te llamas Jim? ¡Qué extraño! Una versión familiar de Jemima, supongo. ¿Sí? ¿No? Adiós. ¡Adiós!

A Marjorie ni la miró. Pero, cuando abrí la puerta para que saliera, me dijo, lo bastante alto para que ellas lo oyeran:

—¿Le pasa algo a esa pobre chica en las uñas, querido? He reparado en que tenían un color de lo más extraordinario.

Era una noche muy hermosa. Cuando llegamos a la cancela, se paró y señaló al cielo con el bastón.

—Las Pléyades y Orión —dijo—. Me parece que podría ir en busca de Aquel que las creó. Pero no en uno de esos horrorosos aeroplanos. ¡No! ¡A mí que me den un globo antes que un avión!

—¿Qué ha dicho?

—¡Globos, querido, globos!

—¿Y qué le ha hecho pensar en globos, especialmente?

—¿Cómo explicártelo? Una idea que se me pasó por la cabeza. Nada más.

Incómodo, sugerí que llamáramos un taxi, agradeciéndole al cielo que no existiera nada parecido a una «parada de globos».

—Para usted quizá sea un paseo demasiado largo —dije.

—¡Qué va! En una noche así prefiero ir andando. Dame tu brazo.

Cruzamos la calle muy despacio. Al otro lado, volvimos a detenernos bajo el cartel que anunciaba que el palacete Lessways, una «atractiva residencia», estaba en

venta. Poca cuenta me daba yo entonces de lo peligroso que era pararse en aquel sitio.

Pensativamente, contempló el cielo estrellado.

—No somos sino el aliento de Dios —afirmó—. Durante algún tiempo nos quedamos anclados en el puerto de este pequeño planeta, pero en algún lugar, allende los océanos estrellados, se encuentra nuestra verdadera morada. ¿No tienes a veces la sensación de que podrías llegar navegando hasta allí, querido?

—Usted es muy libre de ir, si quiere —dije en tono brusco.

—¿Ascenderemos entrelazados hacia el cielo como en aquella hermosa pintura de lord Leighton, quien, por cierto, era pariente lejano mío? —continuó—. ¡Ay! ¿Qué no daría yo por destruir este penoso orden del universo y...?

Pero, en lugar de hacer añicos el penoso orden del universo, lo que rompió con su bastón, en un gesto histriónico, fue el cartel de la agencia inmobiliaria que estaba encima de ella.

—¿Qué es eso? Algo ha golpeado mi bastón.

—No, más bien, su bastón golpeó el cartel.

—¿Qué cartel? —Se volvió, alzó la cabeza y leyó, a la luz de la farola—: «Se vende esta atractiva residencia». ¡Oh! Tengo que apuntar el nombre de la agencia —exclamó. Enseguida apareció la pequeña agenda con tapas de marfil—. Díctamela, querido.

Así lo hice, sin imaginarme qué consecuencias tendría. Me alegró haber encontrado algo que distrajera su pensamiento de las excursiones celestiales.

—«H. Carver & Co., calle Parking, Cornford» —leí.

—Y ahora sigamos. —Cerró ruidosamente la agenda y la guardó en el bolso, hecho lo cual me agarró con fuerza del brazo—. No corras, querido, no corras.

Avergonzado de que me vieran en su compañía —tengo que admitirlo con toda franqueza— evité la calle Mayor, dando un rodeo por la calles laterales hasta llegar al callejón de los Cánticos. Se paraba una y otra vez para ofrecerme un discurso semimetafísico. En una ocasión se detuvo en Dome Place, donde unos pilluelos jugaban a las canicas.

—¡Ah! —exclamó señalándolos—. Mira, las clases trabajadoras solazándose. ¡Qué estampa encantadora!

—¡Eh, Alf! —oí que gritaba uno—. ¿Tienes el tirachinas?

—Venga, sigamos —susurré, casi tirando de ella—, que si no, estos diablillos acabarán por ponerse pesados.

—Déjalos, querido. Déjalos. ¿Por qué no?

Una canica le pasó casi rozando el sombrero. Cuatro pares de piernas harapientas desaparecieron a toda prisa detrás de una esquina; cuatro cabezas aparecieron junto al cobertizo de la tienda de *faggots and peas*^[19].

—¡Válgame Dios! —susurró, ligeramente sorprendida—. ¿Nos ha tirado alguien algo?

—Sí, una canica. Vamos. No me hago responsable de lo que pueda pasar si insiste

en quedarse aquí un momento más.

Tras el más largo y pesado paseo de mi vida llegamos a su alojamiento, una pensión en una de las casas estucadas del callejón de los Cánticos, donde una de cada dos casas era una pensión. Me hizo entrar con ella. Había tomado dos habitaciones, una como sala y otra como dormitorio. Todo era muy anticuado y angosto y olía a rancio.

—Es un sitio espantoso —dijo—, pero hay veces, Norman, en las que me complace apurar la vida hasta las heces. Puede que haya recibido una educación demasiado estricta. Recuerdo que siempre me las ingenié para llegar sola a los establos de mi tío el duque de Grosvenor, desde muy pequeña. Toda mi vida he estado muy encorsetada, Norman. Pero, ahora que Agatha ha muerto, me propongo plantar lo que llevaba mucho tiempo esperando a ser plantado. Está un poco marchito, tal vez, pero no por ello dejará de florecer.

—Yo que usted no lo haría —dije, y di un salto hacia atrás. Sarah, la perrita, había saltado de la silla y se estaba rascando ambiguamente contra mis piernas.

—¡Abajo, abajo! —dije, y le di una patada furtiva; siempre he detestado los perros que olisquean y se rascan en las piernas de uno—. ¿Dónde está Maese Pepusch? —pregunté.

—¡Ah! En mi dormitorio. Siempre se queda al lado de mi cama. Tienes que entrar y darle las buenas noches.

—No, gracias. Tengo que irme ya.

—Te pediría que me tocaras algo al piano, pero es uno de esos Wade and Meggitt que ya solo sirve para hacer leña.

Se quitó el sombrero y tocó el timbre de la patrona, la señora Beedle. Luego se sentó junto a la chimenea y se calentó las manos, mientras Sarah se agazapaba a sus pies, enseñándome los dientes, a la defensiva.

—No sé por qué me ha dado por pensar en globos —dijo, en tono reflexivo.

—Yo no pensaría en cosas así —dije, inquieto y dirigiéndome a la puerta.

—¡Qué uñas horribles! —musitó, y luego, alzando la voz, continuó—: ¿Quién era esa chica, querido? No sería amiga tuya, espero.

Eso era demasiado para mí. Salí de la casa sin despedirme. Pasé el resto de la velada solo en el pub, bebiendo sin disfrutar la bebida. Tenía malos presentimientos.

VI



Había entablillado una pierna rota en la librería Blackwell's de Oxford; había retozado en The Serpentine con una anciana dama. Estos cuentos, con diferentes variantes (algunas de ellas bastante faltas de delicadeza), no tardaron en divulgarse por todo Cornford. No hice intento alguno de negarlos. ¿Para qué? Después de su recelo inicial, mi madre terminó creyéndose a pies juntillas las dos historias y estaba de lo más simpática conmigo, lo que me causaba cierto azoro. Y además encontraba a la señorita Hargreaves mucho más de su agrado de lo que yo había supuesto.

—Digas lo que digas de ella —intentaba convencer a Jim—, sabe llevar ese sombrero, y para mí eso ya es algo.

—Pero, mamá, si es un sombrero completamente descabellado.

—Claro que lo es. Pero la señorita Hargreaves es una persona bastante descabellada. No puedo evitar que me caiga bien. Claro que entiendo lo difícil que debe de ser para ti, Norman, cariño. Creo que es de esas personas que uno puede llegar a apreciar mucho, pero, al mismo tiempo, desear no haber conocido.

—Eso es exactamente lo que siento —dije.

—Bueno —dijo Jim—. Pues a mí me parece una vieja increíblemente maleducada. Fíjate en lo que dijo de la pobre Marjorie.

—Qué quieres que te diga, pero en eso estoy completamente de acuerdo con ella —dijo mi madre—. No puedo soportar esas uñas pintadas y siempre se lo he dicho a Marjorie.

A la mañana siguiente fui a la catedral con el corazón en un puño. Esperaba encontrármela allí. Pero por alguna razón no apareció; ni tampoco la vi en todo el día. Ni me acerqué por el callejón de los Cánticos, claro. Esperaba tropezarme con ella en cualquier momento, pero no fue así. ¿Había fletado un globo y se había alejado flotando hacia su morada allende las estrellas? ¿Quién podía saberlo?

Era uno de los días que cerrábamos temprano, y además en la catedral era un día sin vísperas cantadas. Marjorie y yo habíamos quedado en pasar la tarde en el río, y hacer, tal vez, la última excursión fluvial de la temporada. No estaba muy seguro de que quisiera venir conmigo después de lo que había sucedido la noche anterior. (A Marjorie no le gusta que la critiquen). Así que me acerqué a Beddow's, el taller de Henry, para ver si me prestaba su dos plazas, en lugar de tener que coger el autobús hasta Cookham, que es lo que hacemos normalmente. Sabía que a Marjorie le costaría trabajo renunciar al paseo en coche; le encanta conducir.

—Bueno —dije—. ¡Connie ha vuelto!

—¡Dios mío! ¡No!

Al parecer, Henry no sabía nada de lo que había sucedido el día anterior. Se lo

conté todo. Para mi fastidio, se mostró muy crítico con las nuevas historias que habíamos inventando entre la señorita Hargreaves y yo. (No me importa confesar que yo estaba la mar de satisfecho de ellas. ¿Quién no lo estaría?).

—Como sigas inventándote esos cuentos disparatados —dijo Henry—, no podrás echar la culpa a nadie de lo que te pase, solo a ti mismo.

—Pero, Henry, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Tendrías que haberte quedado calladito, sin decir palabra.

—Sí, con mi madre tratando de sonsacarme y Connie mirándome furiosa. Sí, me gustaría haberte visto a ti, allí sentado.

—La verdad es —dijo Henry— que no te puedes resistir a engañar a la gente.

Me puse furioso con él, furioso porque sabía que era verdad lo que decía.

—Claro, como a ti no te acosa como a mí —dije—. No veo por qué no ibas a poder callarte.

Era una amenaza deliberada. Henry lo sabía. Y vi que se ponía pálido solo de pensarlo.

—Bueno, amigo mío, lo siento, lo siento de verdad. Pero, para ser franco contigo, estoy completamente harto de este extraño asunto. No te enfades conmigo, pero, pase lo que pase, a partir de ahora pienso morderme la lengua.

—Si te la hubieras mordido desde el principio, no nos encontraríamos en este apuro.

—Yo no estoy en ningún apuro —dijo él con toda sinceridad, lo que me irritó profundamente. Me parecía completamente injusto. ¿Por qué no estaba él también en un apuro?

—Te la pasaré, y verás —dije.

Me fui del taller tan harto de él que se me olvidó pedirle el coche. Sin embargo, cuando le telefoneé más tarde, estuvo muy amable y dijo que me lo podía quedar todo el tiempo que quisiera.

El viernes, 30 de septiembre, fue otra fecha horrorosamente memorable. Al echar un vistazo a mi diario de entonces, lo que encuentro es este críptico comentario: «Cisnes con sombreros de copa». Seguro que a ustedes no les dice nada. Me gustaría que tampoco me dijera nada a mí. O, al menos, me habría gustado saber qué me decía.

Era otro día hermoso, y normalmente habría tenido muchas ganas de hacer esa excursión por el río. Pero no. Tenía la sensación de que nos iba a pasar algo desagradable.

Después de aparcar el coche delante de la Posada del Transbordador, elegí una batea de alquiler en el muelle y zarpamos río abajo.

—Estamos muy silenciosos, ¿no? —dije.

—Sí, estamos muy silenciosos, sí —asintió Marjorie, apartando la vista de la novela que tenía entre las manos.

Conseguí sacar la pértiga de entre las ramas y el fango y durante unos diez minutos navegamos suavemente hacia la esclusa. No sabía qué decir, así que esperé a ver si ella decía algo. Hacía una tarde preciosa, una finísima bruma tamizaba los rayos del sol y las laderas de Cliveden House empezaban a dorarse. Un día hermoso, pero triste. Las seis pequeñas campanas de la iglesita de Hedsor se oían a lo lejos; no sé por qué tañían, pero a mí me pareció que le decían adiós al verano. Así son las campanas, que siempre gritan un *vale*, nunca un *salve*. Apenas nos cruzamos con otras barcas. En la superficie flotaban cientos y cientos de hojas de sauce: junto con las seis pequeñas campanas, me recordaron los cientos de días y los millones de minutos de mi vida de los que no podía dar cuenta. Me entró tanta melancolía que enseguida me di cuenta de que solo podía hacer una cosa.

—Me parece que me voy a dar un baño —dije.

—Haces bien —dijo Marjorie.

Si yo hubiera dicho: «Me parece que me voy a ahogar», creo que también habría dicho: «Haces bien».

Entramos en la esclusa; no había otras barcazas, y, mientras esperábamos, encendí un cigarrillo.

—¿Es bueno tu libro? —pregunté.

—Muy bueno.

—¿De quién es?

—¡Oh! No sé. ¿Qué más da?

—Pues claro que da. No puedo creer que digas algo así, Marjorie.

—Yo es que de los libros solo me acuerdo de los títulos.

—¡Los títulos! ¡Cómo si eso sirviera para algo!

—¡Oh! ¡Calla ya!

—Pues sí que eres una buena compañía hoy —dije con cierta amargura.

Siempre es igual. Cuando me deprimó, discuto con alguien y luego me siento mejor.

—Es que me interesa lo que estoy leyendo —dijo ella.

—Bueno, pensaba que igual te interesaba yo también un poco. Cualquiera que se pase la tarde sudando la gota gorda con la pértiga en la mano espera que la chica que va con él le diga algo.

Marjorie dejó el libro con clara deliberación.

—Sabes muy bien lo que me pasa —dijo—. Pero, si alguien habla de ello, te pones furioso.

—Bueno, pues dale, venga. Arriégate. Mejor que seguir enfurruñada.

—Espera a que salgamos de la esclusa.

Si uno tiene algo que decir, qué más da que lo diga dentro o fuera de una esclusa, pensé yo. Sin embargo, esperé, preparado para lo peor. No bien salimos de las compuertas, llevé la batea hacia la orilla, dejé la pértiga en el suelo y me volví firmemente hacia Marjorie.

—Ahora —dije. Es una palabra que sé utilizar.

Volvió a dejar el libro y me miró de frente.

—No me creo una palabra de esa historia de que conociste a esa señorita Hargreaves en la librería Blackwell's —dijo—. Me gustaría que me contaras la verdad, Norman.

Me quedé un rato callado.

—Si te contara la verdad, dirías que estoy loco —dije al fin.

—¿Era una mentira, entonces?

—Sí.

—Bueno, pues cuéntame la verdad entonces, Norman. Es asquerosa tu manera de proceder, completamente asquerosa.

—Mira, Marjorie —dije, intentando ser completamente sincero—, sé que me he comportado de una forma que debe de parecerme de lo más extraña, pero si hubieras pasado lo que yo he pasado, no me criticarías. Agradecerías tener un amigo. Te digo que estoy condenado, estoy maldito.

—¡Ese sombrero! —exclamó Marjorie con el mayor desdén—. Me daría igual si no te pusiera a ti en ridículo. Estás en boca de todos. Y ¿quién es esa para hablar de mí de esa manera?

—Si te dijera la verdad y nada más que la verdad, ¿intentarías creerme?

—Yo hago con mis uñas lo que me da la gana —musitó Marjorie.

—¡Oh, vaya! ¡Las uñas! —exclamé—. Perdona, cariño... No era eso... Tus uñas son encantadoras... preciosas.

—Todavía me quieres, ¿no, Norman?

—Cariño, yo... —La besé. Siempre te creen cuando las besas—. Ojalá nada de esto hubiera sucedido —dije.

—Por cómo lo dices, parece espantoso.

—Es espantoso.

Y entonces se lo conté todo, desde nuestro encuentro en la iglesia de Lusk en adelante. Y concluí:

—Henry te dirá lo mismo. Está tan confuso como yo.

Se quedó callada un buen rato, y no pude saber si me creía o no. Estábamos en una parte del río muy tranquila, muy fresca, y después de echarlo todo fuera me sentía mucho más contento. Después de todo, es una chica de verdad superior, y sería horrible perderla, me decía para mis adentros. Es tan elegante y tan atractiva... La observé, vestida de blanco y la comparé con un cisne que se deslizaba cerca de nuestra barcaza. Ella no tenía un cuello tan largo, claro está, pero su dignidad era la misma.

—Y lo peor —añadí inmediatamente— es que todo lo que me invento sobre esa desdichada mujer se hace realidad.

—Te refieres a lo de la librería Blackwell's y a lo de The Serpentine, y...

—Sí.

—¿De veras te lo inventaste todo, Norman?

—Claro que sí.

—Pero ella también hablaba de todo eso. Cuando saliste de la sala, estuvo contándonos lo noble que habías sido con ella y que tal vez no habría sobrevivido de no haber sido por tu rapidez. Aunque no soporto a la vieja, no pude evitar sentirme orgullosa de ti.

—Si hace un momento decías que no te creías esos cuentos.

—No era verdad. Claro que me los creí. Dije que no me los creía porque estaba segura de que había sucedido algo entre esa señorita Hargreaves y tú, algo que nos ocultabas. Pensaba que, si te decía que no me lo creía, tú te enfadarías y soltarías la verdad.

—Te he contado la verdad, Marjorie.

—Pero Norman, cariño, si lo que te inventas se hace realidad, ¿por qué no te deshaces de ella?

—¿Tanto la odias?

—¿Y tú no?

Pasé por alto esta pregunta.

—He intentado deshacerme de ella, ya te lo he contado. Me metí debajo de la mesa y deseé que se fuera —le dije.

—Pero volvió.

—Quise que volviera. Fue por mi culpa. No me creía que se hubiera ido para siempre. Mira lo que te digo, Marjorie: reconozco que si pudiera convencerme realmente de que no existe... bueno... no existiría. Pero eso es bastante difícil cuando la ves sentada en el sitial del obispo con un sombrero de tres metros de altura. ¿O no?

—¿Y eso del duque de Grosvenor? —preguntó Marjorie—. ¿Existe ese título? Pensaba que vivían en Cliveden.

—Sí, así era, como hace un siglo más o menos. Eso es lo que me trajo el apellido a la cabeza. Pero creo que el título se ha extinguido. Creo que hay una rama de la familia en algún lugar de Irlanda.

—Y ¿no podrías averiguar a través de ellos si esta señorita Hargreaves es...?

Empecé a impacientarme.

—¿Para qué? —le dije, irritado—. Cuanto más trato de saber, más se estrechan mis vínculos con ella. Henry quería ir a Oakham. Le dije que no. ¿No ves lo peligroso que sería? ¡Vaya! Que yo sepa, podría haber creado un duque de Grosvenor. Y qué me dices de Agatha. Ahora ha muerto. Pero hay un cadáver en alguna parte del que soy responsable. Y ni siquiera sé de qué tipo de cadáver se trata.

A Marjorie le dio un escalofrío.

—Es horrible —dijo, y noté que se separaba un poco de mí—. Si de verdad puedes hacer esos trucos extraordinarios, ¿por qué no intentas algo realmente grande?

—¿Grande?

—Sí. —Marjorie sonrió—. Podrías convertirla en un cisne, por ejemplo.

—Veo —le respondí con un dejo de amargura en la voz— que no te crees una palabra de todo lo que te he contado.

—Yo no he dicho semejante cosa.

—¡Convertirla en un cisne! ¡Qué idea más disparatada! Además, piensa en lo incómodo que sería para ella.

Marjorie se encogió de hombros.

—Bueno, dices que te la inventaste. Si la transformaras en un cisne, podría empezar a creerte.

Me lanzó un sonrisa burlona. Era obvio que no se creía una palabra. «Si pudiera —pensé— si pudiera realmente convertir a la señorita Hargreaves en ese cisne, Marjorie no tendría más remedio que creerme; nadie dudaría de mi palabra, entonces». Me asustaba la inmensidad de la tarea. Pero, suponiendo que lo intentara... O ¿no sería mejor intentar convertir ese cisne en la señorita Hargreaves, y así Marjorie tendría una prueba inmediata? No. Porque si lo lograra, la tendríamos ahí mismo flotando en el río, dándonos la lata. Además, igual no sabría nadar. Mejor convertir a Hargreaves en cisne. Esto era.

Estaba hecho. En mi cabeza, quiero decir. Casi antes de que pudiera debatir conmigo mismo la sensatez del acto, me oí musitar con una intensidad terrible: «Señorita Hargreaves, transfórmate en cisne. Señorita Hargreaves, transfórmate en cisne. No oses desobedecerme. Conviértete en ese cisne y deja de hacer tonterías. Y no vengas aquí, tampoco. Transfórmate en cualquier otra parte».

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó Marjorie.

—Nada —respondí muy tranquilo. Me agarré al lateral de la barca, porque de pronto me sentí un poco indispuerto.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —exclamó Marjorie—. Te has puesto palidísimo, Norman, cariño. ¿Te pasa algo? ¿Te encuentras mal?

—Estoy mareado —dije, de esa manera un poco entrecortada en la que habla uno cuando está a punto de devolver.

Se echó atrás rápidamente.

—Echa la cabeza fuera —me aconsejó—. ¿Te doy unas palmaditas en la espalda?

—Déjame tranquilo —dije, jadeando—. No me hables. Enseguida me pongo bien.

Se pasó. Me puse a mirar al cisne. No sucedió nada. El cisne se alejó de nosotros, deslizándose elegantemente en el agua, y desapareció en un recodo del río. Era una locura pensar que podría hacerlo. Pero el esfuerzo me había revuelto el estómago. Es curioso ver cómo el cerebro actúa sobre el cuerpo.

—Ya estoy mejor —dije.

—¿Qué te pasó? ¿Te ha sentado mal algo de lo que has comido?

—Intenté convertir a la señorita Hargreaves en un cisne. Y eso me agotó.

—No hace falta que te pongas gracioso, Norman.

—No me pongo gracioso. Intenté hacer lo que me sugeriste. Y me dejó exhausto.

¡Maldita sea! —grité, enfadándome de pronto con Marjorie—. ¡Maldita sea! No es fácil convertir en cisne a una anciana. ¡Inténtalo! A ver si puedes.

Me miró con una cara muy rara y no dijo palabra.

Enseguida me tiré al agua. Zambulléndome en ella, recuperé la compostura. No sé si les pasa a otros, pero yo siempre puedo creer en mí mismo bajo el agua. No tener agallas, pero poder seguir viviendo con varios galones de esa sustancia acuosa sobre mí, siempre me da confianza en mí mismo. Últimamente había empezado a dudar de muchas cosas. De si la vida no sería un largo sueño; de si los sueños no serían realmente la vida; de si yo mismo existía realmente. Bajo el agua, sabía, de un modo u otro, que existía, y lo sabía porque, si permanecía allí abajo mucho más tiempo, dejaría de existir. Una extraña manera de probarlo, pero no por ello menos prueba.

Salí a la superficie, resoplé y miré a mi alrededor. De nuevo, volví a dudar de todo. La señorita Hargreaves... ¿era real? La había visto comer. Pero ¿era de verdad la comida que comía? ¡Maldita sea! ¡Era todo una pesadilla! Volví a sumergirme y bucé hasta el fondo del río. ¿Y si muriera? Entonces sabría que había existido. Bueno, pues ¿y si la matarea? Me colgarían. No quería que sucediera semejante cosa. A mis padres no les gustaría. Marjorie saldría en la prensa. No. ¿Y si deseara con todas mis fuerzas que se alejara para siempre? Nunca podría hacerlo, a no ser que me convenciera de que no era real. ¿Había creído en ella cuando le di vida? Sí, firmemente; y había crecido más y más con cada nueva cosa que me inventaba sobre ella. ¿Podría obligarme a comportarme como si no estuviera viva? Henry y yo lo habíamos intentado, pero ahora habíamos incumplido el pacto.

Recordé una frase de mi padre: «Igual que yo, no te molestas en controlar lo que creas». Supongamos que terminara ella por controlarme a mí: me rondaba por la cabeza esta espantosa posibilidad.

Me iban a explotar los pulmones. Salí a la superficie justo a tiempo.

De vuelta a Cookham, terminé desafiando a Marjorie.

—¿Por qué no admites que no me crees?

—No, cariño, no te creo. Lo siento. ¿Cómo voy a creerte?

—Buenos, me creas o no —dije—, no veo por qué tienes que permitir que se interponga en nuestra relación. No te ha hecho mal alguno.

—Te ha convertido en el hazmerreír de Cornford.

—Y a mí qué me importa. Que se rían. La señorita Hargreaves es original, en cualquier caso. —Me reí irónicamente, pero Marjorie no vio por dónde iba yo—. Sencillamente estás celosa —continué—. Ya está. Celosa de una mujer de ochenta y tres años.

—No conozco el significado de la palabra «celos».

—¡Claro que lo conoces! —Hiné la pértiga con fuerza. Me había enfado con

ella. Me parecía que la gente debía hacer el esfuerzo de ver, al menos, que había algo digno de mención en la señorita Hargreaves—. Tienes celos —continué—, porque tiene estilo, y tú no.

—¿Conque yo no tengo estilo? Ya veo.

—Hay cientos de chicas como tú. Pero solo hay una señorita Hargreaves. Tendrías que estar orgullosa de conocerla. Se sale de la rutina. Tendrías que estar orgullosa de conocerme a mí. No todo el mundo puede hacer lo que yo he hecho.

—¡Cuidado con esa pértiga, idiota!

—¡Oh, lo siento! —le dije a un caballero con cara de remolacha que iba en una embarcación a motor y que, de alguna manera, se había puesto en mi camino—. Y otra cosa —continué—, la señorita Hargreaves tiene una buena cabeza. ¡Pensar que da igual quién haya escrito el libro que estás leyendo! Pero ¡hombre!

—No hace falta que digas más. Hemos terminado.

—Amén —dije yo.

—No eres un hombre.

—No —respondí—. Soy un mago.

De pronto Marjorie se echó a llorar.

—¡Oh! Eres un bestia —decía entre sollozos—. Un bestia horrendo. Decir que no tengo estilo cuando todo el mundo sabe que soy la chica mejor vestida de Cornford. Hasta Jim lo admite. ¡Bestia, más que bestia!

—¡Dios mío! —dije en tono quejumbroso—. No llores. Lo siento mucho. Tienes un montón de estilo. Eres maravillosa de verdad. Eres grandiosa. La señorita Hargreaves no pinta nada aquí.

—Déjala, no vuelvas a verla. Entonces sabré que me quieres.

—Me gustaría poder hacerlo.

—Bueno, ¿por qué no puedes?

—No me dejará —respondí.

Y no dijimos nada más.

A media tarde, me pasé a ver a Archie Tallents. Estaba en el cuarto oscuro cuando llegué a su estudio y me dijo que esperara fuera. Salió al cabo de unos minutos, alzando a la luz y examinando cuidadosamente la placa que llevaba en las manos.

—Solo un instante, querido —dijo y, dejando la placa en una bandeja, se dirigió al teléfono.

—¿Es el *Cornford Mercury*? —preguntó acto seguido, y continuó—: Tengo una bonita foto de la buena de Jezebel. Sí, la tomé esta tarde. ¿Le sirve? Vale. Envíen al chico a buscarla dentro de media hora. Adiós. —Colgó—. Lleva siempre una cámara contigo. Nunca sabes lo que puede surgir. Mira esto.

Me enseñó un negativo. Era un grupo de gente en la plaza Disraeli, algunos en la acera y otros en medio de la calzada. Habían detenido el tráfico, y un policía señalaba

algo con un palo.

—No distingo lo que es —dije—. Atropellaron a alguien o algo así. ¡Ah, sí! Ahí reconozco al deán. Parece estarse alejando de algo... ¡Oh, Dios mío! —Apoyé la placa en la manga para verla con mayor claridad—. Es un... es un cisne, ¿no?

Archie movió la cabeza, asintiendo.

—Es Jezebel —dijo—. El cisne real más viejo del río, o eso dicen. Es una hembra y siempre fue de lo más vengativa.

Empecé a marearme.

—¿Puedes abrir la ventana, Archie? Esto está un poco cargado.

Me abrió la ventana.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Archie. Estoy bien. Dime, esa Jezebel... ¿sobre qué hora apareció en la plaza?

—Sobre las cuatro. Esta monada venía contoneándose desde el callejón de los Cánticos...

—¿Has dicho el callejón de los Cánticos? —pregunté a punto de desmayarme.

—Eso he dicho. Se paró en medio de la calzada, junto al semáforo, como ves. El policía se irritó un poco. Igual que Jezebel. Parecía que quisiera poner un huevo, o algo así. El deán intentó darle alcance con el paraguas. No fue algo muy digno de él que digamos.

—¿Y la cazaron?

—¿Cazar a Jezebel? Eso es imposible. Tuvieron que utilizar una manguera de incendios.

—¿Una manguera? ¡Dios mío! Pillará un catarro.

—¿Tienes alguna relación con esa pájara, Norman?

—Es... Qué más da. Sigue.

—Bueno, después de eso se alejó despacito, de vuelta al río.

—Supongo que estarás seguro de que era Jezebel, Archie. O sea, ¿viste algo raro o especial en el pájaro?

—¿Raro? Jezebel es un pájaro poco común. Es muy, muy vieja.

—Sí. Muy vieja —asentí. Me volví y me dirigí a la puerta—. Bueno, hasta luego, Archie —dije. Tenía la sensación de que no podía hablar con él en ese momento. Tenía que hacer algo inmediatamente.

Me dirigí corriendo al callejón de los Cánticos y llamé a la puerta de la señora Beedle. Me abrió ella.

—¿Está la señorita Hargreaves? —pregunté. Estaba temblando de tal manera que apenas podía pronunciar palabra.

—No, señor. Salió por la tarde y todavía no ha vuelto.

—¡Oh! ¿Y sabe adónde ha ido?

—*Over the hills and far away* —graznó Maese Pepusch amargamente en el piso de arriba.

—¡Hay que ver con el pájaro! —exclamó la señora Beedle—. Si parece un humano, eso digo yo, un humano. La señorita Hargreaves se fue al río. «Señora Beedle —me dijo—, me apetece ir a tomar el aire al río». Esas fueron sus palabras, sus mismas palabras, señor Huntley. «¿Cómo? —le dije yo—. ¿Que se va al río? Pues tenga cuidado de no coger frío». Porque es de las que les da un aire y se van en menos que canta un gallo, señor Huntley.

—Comprendo, comprendo, señora Beedle.

—«Hay veces —me dijo muy seria—, hay veces, señora Beedle, que me veo empujada, quieras que no, a hacer cosas que no son propias de una dama de mis años». «Quieras que no», esas fueron sus mismas palabras. Y entonces se puso ese sombrero que parece una chimenea, y se fue.

—¡Oh! Ya veo. —Me sentía como si me hubieran golpeado.

—Es una mujer muy rara, ¿no? —dijo la señora Beedle—. Anoche, no vea, no se lo creará, pero estaba empeñada en un globo, solo quería un globo, y solo hablaba de globos. Bueno, pues mi pequeña tenía por ahí un par, conque le hinché uno, que casi me ahogo, oiga, que soy asmática también, y se lo di. «Mire, aquí tiene —le digo—, aquí tiene un globo, señora». Pero ella me respondió: «¿Para qué quiero eso, señora Beedle? Lo que yo quiero es un globo para viajar en él, un globo de verdad». Y lo dice con una cara tan triste que me toca. Como se lo estoy diciendo.

—¿Que le toca? ¿Ah, sí?

—Claro que me toca. Cómo no me va a tocar. No creo que tenga otro amigo en el mundo más que usted. Le pone a usted por la nubes. Me ha contado que le salvó la vida. Es una persona muy solitaria, eso es lo que es. Sí, claro que lleva unos sombreros muy raros, pero mire...

De pronto recuperé el sentido.

—¿A qué hora salió? —le pregunté de sopetón.

—Pues sobre las cuatro, señor Huntley, sí, sobre las cuatro, porque estaban tocando en la radio ese minueto, cómo se llama, y...

—Muchas gracias —dije—. Buenas noches.

—Se van en menos que canta un gallo —gritó la señora Beedle a mis espaldas—. Las noches son muy frescas y se cogerá un buen resfriado, verá. Se van en menos que canta un gallo.

Con las palabras de la señora Beedle resonándome todavía en los oídos, llegué como pude, tambaleándome, a la plaza Disraeli. Era la hora de ir a casa a cenar, pero sabía que no sería capaz de probar bocado. Lo que necesitaba era un trago. Me volví hacia el bar de El Cisne. La visión de aquella inmensa ave dorada con las alas abiertas sobre el umbral me dio náuseas. Una coincidencia. Tal vez, tal vez, tal vez. Una imagen se me pasaba repetidamente por la cabeza: la imagen de un cisne subido a un globo alejándose entre las nubes, sobre las colinas y allende el horizonte, como profetizaba Maese Pepusch.

—¡Dios! —dije en voz alta—. Globos no, por favor. Pase lo que pase, que no

haya globos. Vuelve a tu ser, querida señorita Hargreaves, vuelve a tu ser inmediatamente. Estés donde estés, vuelve a tu ser.

Subía tambaleándome por la calle St. James, en dirección a la casa de Henry y sin apenas darme cuenta de por dónde iba. Estaba mareado y tenía náuseas: me sentía inútil como un alfiler sin cabeza; estaba fascinado con un poder que me aterraba; tenía miedo.

Llamé a la puerta de la casa de Henry.

«¡Estás loco! —me dije—. No hay nada de lo que asustarse. No puede ser verdad. Es una coincidencia, coincidencia, coincidencia...».

Estaba tomándose un té, completamente absorto en la lectura de un libro que tenía apoyado en la tetera. Me senté en una butaca al lado de la chimenea.

—Un momentito —dijo Henry—. Terminó este capítulo y estoy contigo. Es una historia de lo más extraordinaria de un agente de cambio y bolsa que se enamora de las botas de su mujer.

—Gracias por el té —dije.

—¡Ay! ¡Lo siento, chico! —Me sirvió una taza y me la dio—. ¿Qué? ¿Paseando con tu amorcito por el Támesis? —me preguntó acto seguido.

Yo asentí con la mirada perdida. Me sentía incapaz de decir palabra.

—Ya está un poco avanzada la estación —observó, encendiendo la pipa y sentándose en otra butaca enfrente de mí—. ¿Lo pasaste bien?

—Fue interesante.

—Te has arreglado con Marjorie, supongo.

—No. Más bien me he desarreglado.

—¡Oh! Espero que no la vayas a dejar por Connie.

—Ya nada me extrañaría. Mejor dicho, no... —me apresuré a corregir—. No la voy a dejar por Connie.

—¿Cómo está esa pájara?

Gruñí.

—¿Hay necesidad de que te refieras así a ella, Henry?

—Bueno, pues la blanca paloma, entonces.

—No la he visto desde ayer. Creo que ha cambiado un poco.

—¿Se ha teñido el pelo o algo así?

—No, se ha puesto muy blanca.

—¿Blanca?

—Sí, blanca. Y tiene el cuello un poco tieso.

—¡Oh!

Henry me miró de una forma extraña. Luego se puso a ir y venir por la habitación, inquieto, frotándose con la pipa en la nuca. Se notaba que se esforzaba en pensar.

—Mira, amigo —dijo—. Se me ocurre una idea.

—¿Ah, sí? Qué bien. Me vas a decir que no estaría mal que fuera a ver a un

médico, supongo.

—No, a un médico, no, pero sí a un psicoanalista de esos. Creo que no te iría mal.

—¿Qué quieres decir?

Henry cogió el libro que estaba leyendo.

—El tipo que escribió esto —dijo—. Es un libro maravilloso. He descubierto un montón de cosas sobre mí que nunca hubiera imaginado.

—¡Vaya! Entonces piensas que me pasa algo.

—Nunca se sabe. No tienes buena cara. Y cada vez estás más distraído.

—Nunca he estado muy centrado que digamos, Henry.

—Bueno, pues bien podrías empezar a estarlo.

—Igual podría convertirla en pulga —musité, casi para mí.

—¿Qué?

—En pulga. La tendría bajo control. No creo que una pulga pueda provocar un atasco de tráfico.

—¿De qué demonios estás hablando, Norman?

—Nada, nada. Echemos un vistazo a ese libro.

Era un libro de tapas verdes, con un índice muy largo y muchos epígrafes. Se titulaba *El hombre viejo y el hombre nuevo* y su autor era el doctor Birinus Hals-Gruber. Lo abrí al azar y leí un fragmento. Hablaba mucho sobre el «impulso sésamo» y sobre el «reflejo de Agamenón», que constituían una lectura fascinante, como se suele decir. Pero no fui capaz de relacionar nada con la señorita Hargreaves.

—No estaría mal —sugirió Henry—, si también llevaras a Connie a psicoanalizarse. Igual descubrirías que hace siglos, cuando estabas en la cuna, clavó en ti sus ojos.

—La llevas tú, si quieres.

—No, yo no. No, gracias, chico. En cualquier caso tengo la sensación de que Connie no me aprecia mucho.

—Menuda suerte tienes.

—Bueno, bueno, ¿qué dices? Podría ayudarte. No podemos eludir el hecho, Norman, de que te enfrentas a algo que no entendemos en absoluto. Y, después de todo, esos tipos saben más de mentes, de inconscientes y de no sé qué más de lo que yo sé de coches y tú de órganos.

—No sé, Henry. Yo no creo mucho en ellos. Mira lo que te digo... —Se me había ocurrido una idea de repente—. Te digo quién podría serme de alguna ayuda.

—¿Quién?

—El padre Toule.

—¿Cómo? ¿Ese cómico cura católico con cara de huevo?

—Me parece que de alguna manera tiene que entender de estas cosas. Es... bueno... es un milagro, y los católicos saben de milagros más que la mayoría de la gente.

—¿Por qué no hablas con el deán? Es un buen pájaro, y muy amable. Te

escucharía.

—Sí, y pensaría que estoy loco de atar. El padre Toule no lo pensará.

—No veo por qué.

—Un día vino a la tienda, Henry, y compró un libro sobre un tipo que era un santo raro; se llama José, José de Cupertino. Y la cosa es que volaba.

—La primera vez en mi vida que oigo hablar de un santo aviador.

—¡Idiota! Si eso era en el siglo XVII. No tiene nada que ver con aeroplanos. Volaba por la iglesia. Los demás monjes se las veían y se las deseaban para sujetarlo en el suelo. No hace falta que te rías, es un hecho real. Al menos lo es para los católicos. Tampoco tenía mucha sesera. Para el caso, igual que yo.

—No veo que lo de volar tenga mucho que ver con Connie.

Me recorrió un escalofrío.

—Bueno, podría tener más que ver de lo que tú te imaginas —dije, prudentemente.

—Hay algo nuevo, que yo no sé y que te estás guardando en la manga —dijo Henry en tono desconfiado.

Me quedé callado. No me atrevía a contarle lo del cisne. Podría no ser cierto, al fin y al cabo. Y, si me ponía a darle a la lengua sobre el asunto, tal vez se hiciera realidad. Y eso era lo último que quería, por más que me atrajera lo prodigioso.

—Bueno —continuó Henry—, creo que lo mejor es que vayas a ver a ese doctor. No creo que haya nada sobrenatural en lo que ha pasado. Simplemente hay algo en tu cabeza que no funciona bien. Eso es.

—Gracias, Henry —dije en un tono lleno de amargura—. Y en la tuya también, supongo.

Henry pasó por alto este comentario. Vi que aún tenía la bañera atragantada. Tragó saliva rápidamente.

—Suponte —dijo— que te pudiera demostrar que en realidad conociste a la señorita Hargreaves hace años. Eso te explicaría algo, ¿no?

—Es una explicación demasiado prosaica —objeté—. No me valdría.

—¿No te valdría?

—No... Yo... —vacilé. Ardía en deseos de abrirle mi corazón y contarle lo del cisne. Y no me pude resistir a dejar caer algo—: Puede que hoy haya hecho algo grande —dije—. No lo sé todavía. Cuando esté seguro te lo contaré.

—No la habrás asesinado, ¿no?

—No exactamente. Solo un poco de metempsicosis.

—¿Un poco de qué?

—Metempsicosis.

Henry me miró asombrado, y yo, observando un florero con varas de san José que había sobre la mesa, musité para mí:

—Y si pudiera... —Repentinamente me tentaba la idea de transformarlas en un carrito de hilo. No sé por qué. Simplemente se me pasó por la cabeza. Otro récord—.

Transformaos en carrete de hilo —dije entre dientes, lanzándoles un puñado de polvos de la madre celestina.

No sucedió nada. Se oyó el tictac del reloj de pared. Solté una risita.

—Una bromita mía —dije lánguidamente—. Una bromita mía. Hasta luego, Henry.

Le dejé solo. Por la ventana vi que había cogido el florero con las varas de san José y las examinaba detenidamente. Me pareció bastante asustado.

Las noticias corren que se las pelan en Cornford. A tal punto que creo que, si uno se enviara un telegrama a sí mismo, le llegaría antes de enviarlo.

—Marjorie está destrozada —dijo mi madre en cuanto entré en casa.

—No creas. No es tan fácil de destrozarse.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? De hecho, Marjorie le dijo a Jim que estaba segura de que te ibas a casar con esa pobre mujer. Yo no me lo puedo creer, claro está, pero me gustaría que nos contaras la verdad, Norman.

—¡La verdad! —solté una cínica risita.

—Primero cuentas una cosa, luego otra. ¿Qué vamos a creer, Norman?

—Te voy a decir algo sobre la verdad —dije con amargura.

—A ver, di.

—Dicen que la verdad se encuentra en el fondo de un pozo. Pues yo me he ahogado buscándola. Eso digo.

—Norman, de veras creo que estás enfermo. —Me gustaría que hubieran oído cómo dijo mi madre la palabra «enfermo». Y luego continuó—: No puedes seguir así. Has dejado completamente tu trabajo; no te centras en nada. Y todo por culpa de esa señorita Hargreaves. Yo...

De pronto perdí los estribos.

—¡Maldita señorita Hargreaves! ¡Que se vaya a la porra! ¡Por mí que se vaya al infierno! —Entonces me callé, espantado por lo que había dicho. Quién sabe lo que podría sucederle ahora—. Siento haber hablado así —dije—. ¿Está papá arriba?

—Tu padre está en su estudio, tonteando con esto y aquello, supongo, como es su costumbre.

Mi madre me dio la espalda, visiblemente ofendida. Subí. Mi padre me tranquilizó. Siempre lo hace. Todavía no me ha dicho nunca que sea un mentiroso. No es que se crea siempre a pies juntillas lo que le cuentas, pero en cualquier caso no verbaliza nunca su incredulidad.

Tuve que contarle todo lo del cisne; no aguantaba más tener que guardármelo para mí.

—Sé que es imposible —dije—. Pero aun así...

—Mmm. —Estaba tecleando muy despacio en una antigua máquina de escribir Oliver—. Los cisnes son unas criaturas muy extrañas. Yo no le daría a un cisne un

billete de cinco libras para que me lo guardara. No, desde luego que no.

—Sí, pero lo que pasa con ese cisne —empecé a decir. Y me callé. ¿De qué servía hablar de eso? Lo que tenía que hacer era convencerme de que todo había sido una coincidencia. Muchas cosas que parecen asombrosas son solo simples casualidades. Incluso me atrevería a decir que el hecho de que yo esté vivo y escribiendo este libro es una coincidencia, realmente. Ojalá pudiéramos llegar al fondo de las cosas. La vida es un misterio—. Me darás un chupito de whisky, ¿no, padre? —le pedí.

—Sírvete el que quieras, hijo. Encontrarás el sifón encima de la vitrina de las mariposas. Y, ya de paso, ¿te importa volver a poner en su sitio esa bómbix de la encina?

Di un trago de whisky y me dejé caer en la butaca; me apetecía beber hasta perder el control. Mi padre encendió un cigarrillo y se sirvió otro whisky.

—¿Crees que estoy loco de atar, padre?

—La locura —observó— es mucho más común de lo que uno se imagina.

—Hoy en día nada me parece real.

—La realidad no es lo que la gente cree que es —dijo él, expulsando grandes nubes de humo, y enviándolas hacia mí—. No. La realidad es, bueno, está ese tipo que habla por la radio, ¿cómo se llama? Lord Elton, ¿o es Eddystone? ¡No! Edison, ese es el tipo. Hoy estamos aquí, mañana, tal vez no, y algunos dicen que el mañana nunca llega, así que tal vez nosotros no nos vamos nunca. ¿Quién sabe?

—¿Crees en la psicología, padre?

—¿Cómo sabes que eres real? Puede que no estés aquí de ningún modo. La única cosa de la que estoy seguro, hijo mío, es que no estoy seguro de nada. Nada se puede demostrar. Dos y dos son cuatro, eso dicen. Pero ¿quién demonios sabe lo que son dos?

Me serví otro whisky. Nos quedamos callados. Tenía la extraña sensación de que mi padre tenía la llave que abriría la puerta detrás de la cual se escondía el misterio de la señorita Hargreaves; solo le faltaba encontrar esa puerta. Pero no se le podía pedir mucha precisión a mi padre; si se pudiera, no sería mi padre.

—Y ahora un poco de música —dijo de pronto. Y se levantó, apagó el cigarrillo en un viejo sombrero hongo que utiliza de cenicero y fue a buscar su violín.

—No puedo tocar —dije—. Estoy completamente desconcertado.

—Bueno, pero me podrás escuchar, entonces. La música es la única cosa en este mundo que no se desconcierta.

Junto a la ventana abierta, empezó a tocar una de sus propias melodías. Me gustaría poder anotarla aquí, pero perdería algo si intentara sujetarla con blancas y corcheas. Se trataba, como siempre, de un largo *cantabile*, un tipo de melodía que siempre le salía de forma natural, como el habla. Incluso más natural. Cuando cogió el violín, yo sabía que no tenía ni idea de lo que iba a tocar. Le daba al instrumento una vida propia, nunca lo dirigía. El violín quería cantar una canción, y mi padre se limitaba a ayudarlo.

—¡Hala! —dijo, dejando el violín.

Me había emocionado y no dije nada. Mi padre continuó:

—Yo, esta tripa y esta madera labrada, animal y vegetal, juntos creamos algo que hasta ahora no estaba en el mundo. Escucha.

Escuché.

—No oigo nada —dije.

—Esa es la cosa —dijo él—. Ni yo tampoco. Pero, si tuvieras el oído bien aguzado, podrías oír esa melodía sonando en alguna parte. No te imaginarás que ha muerto, ¿no?

—¿Adónde quieres llegar, padre? —Me erguí en el asiento, verdaderamente interesado.

—Es solo una idea que tengo —dijo—. Una idea mía sobre el sonido. Mira, ve al piano y toca un arpeggio en re bemol, hijo.

Me acerqué al piano.

—Pulsa el pedal de resonancia —dijo—. Toca el re bemol bajo y luego el la bemol un quinto más alto, luego el fa tenor, y así sucesivamente subiendo hasta el fa más agudo. Luego siéntate tranquilo sin levantar el pie del pedal de resonancia. Escucha. Entenderás algo.

Hice lo que me ordenaba, pulsando las notas lenta y potentemente; me senté luego en silencio, con el pedal de resonancia hundido, y escuché. Lenta, lentamente, el gran acorde se alejó tembloroso, desvaneciéndose en el espacio. Lo oí casi durante un minuto. Y luego no fue fácil romper el silencio, un silencio que ya no era un silencio ni podría volver a serlo nunca más.

—¡Dios mío! —exclamé.

—¡Chitón! —dijo mi padre. Estaba mirando por la ventana—. Todavía está por ahí —musitó—. Nunca se desvanece, ya sabes. Nunca muere. Sigue y sigue alrededor del mundo, hijo. Uno no puede detenerlo. Esa es mi idea. Tú y tu señorita Holgrave... ese acorde, mi melodía. Misterios, hijo; todo es un misterio. No te sorprendas de nada. Cuando entiendas lo que hace ese acorde, estarás a punto de entenderlo todo.

Mi madre entró en el estudio. Siempre era igual. Cada vez que mi padre y yo empezábamos a hablar de algo serio, tenía que entrar mi madre. Y, por supuesto, ella no se enteraba de nada; no entiende las cosas de las que hablamos mi padre y yo. Tampoco es que nosotros las entendamos muy bien, todo hay que decirlo.

—¿Os habéis enterado? —preguntó mi madre. Se veía que tenía ganas de darnos la noticia; y yo sabía que iba a ser relativa al caso Hargreaves—. Jim se acaba de encontrar con el señor Carver, el agente inmobiliario que llevaba la mansión Lessways. La señorita Hargreaves ha comprado la propiedad.

No me sorprendió. Vagamente sabía que yo debía de tener cierta responsabilidad en ello, pero no sabía exactamente por qué.

Sobre las diez y media de la noche, terriblemente inquieto, volví a pasarme por la casa de huéspedes del callejón de los Cánticos. La señora Beedle movió la cabeza con mucho pesar.

—No. No ha vuelto. Ya estaba pensando en llamar a los de emergencias municipales. Tendrán que dragar el río, fíjese en lo que le digo. «Quieras que no», me dijo, y esas fueron sus mismas palabras.

Intenté dormir. La luna entraba directamente hasta mi almohada. El acorde infinito de re bemol reverberaba en mi cabeza. Me revolví en la cama. Soñé con cisnes tocados con sombrero de copa que sobrevolaban las colinas en globos Montgolfier con el acompañamiento perpetuo del violín de mi padre. Horrible. Sobre las tres me levanté, me puse el batín y me acerqué a la ventana. Abajo, al otro lado de la calle, la mansión Lessways se alzaba, vacía, hacia el cielo, que la luna iluminaba. Habían quitado el cartel de «en venta». Pensé en la señorita Hargreaves y la imaginé viviendo allí. Todo parecía muy frío y argénteo. A lo lejos, más allá de la catedral, veía el arco sinuoso del Támesis.

Volví a la cama, pero no conseguí conciliar el sueño. Me levanté de nuevo. Esta vez me vestí a toda prisa con un jersey viejo y unos pantalones de franela. Bajé la escalera sin hacer ruido, saqué la bicicleta del cobertizo, la llevé andando hasta salir del jardín y entonces me subí al sillín. Veinte minutos después estaba en el puente de Cookham.

Me alegró haberme decidido a salir. Cuando uno tiene que pensar en algo importante, lo mejor es hacerlo por la noche. Cuanto más tiempo pasaba en el puente, oyendo cómo el agua lamía las barcas, mayor era la sensación de misterio que me invadía. Mi padre tenía razón: no entendíamos nada de nada. Mis viejos maestros podían decirme que la luna era monóxido de carbono, o como quisieran llamarlo, pero eso no hacía la luna más simple. Podían decirme que yo, Norman Huntley, no era más que un amasijo de electrones que adoptan ciertas formas para crear el corazón, los pulmones, el cerebro y los miembros. Yo seguía siendo un misterio.

Tomemos a la señorita Hargreaves, por ejemplo, me decía. Pues otro misterio; la única diferencia era que era un misterio con el que no estaba familiarizado. Sencillamente, que yo supiera, no había un precedente para la forma en la que la señorita Hargreaves había aparecido en mi vida. Y, sin embargo, de hecho, no era para mí más misteriosa que mi dedo meñique.

Todo era posible. Eso era lo que sentía aquella noche de luna llena inclinado sobre el pretil del puente. En la otra orilla del río, pasado el muelle de Hedsor, había un huerto de manzanos y, detrás, adornada con una pradera elegantemente segada, una casa antigua que muchas veces me había parado a admirar. ¿Por qué no podía ser mía? Ahí, en lo alto de la colina, lord Astor estaría profundamente dormido en su

cama. ¿Por qué no podía estar yo? (No digo también. Sino en su lugar). Sácalo de ahí, dije, y ponte tú mismo, de amo de la mansión Cliveden. O que luzcan las flores de la primavera en el huerto en lugar de las otoñales manzanas. Que haya luz, en lugar de la oscuridad de la noche.

¡Madre mía!, pensé, qué grandioso debió de sentirse Dios cuando dijo aquello de «¡Hágase la luz!», y funcionó. Después de tantas tinieblas debió de deleitarse con su nueva creación y posiblemente se puso a crear cosas porque ahora no tenía nada que mirar con aquella luz recién estrenada.

Me parecía que todo estaba a mi alcance (sí, ya sé que es una horrible blasfemia lo que digo, pero así era). Por unos instantes acepté a la señorita Hargreaves sin quejas ni dudas. Estaba orgulloso de ella; era consciente de que estas cosas no le suceden a todo el mundo. Naturalmente surgirían complicaciones. Uno no aprendía a llevarla en un ratito. Era cierto que todavía estaba un poco descontrolada, pero... bueno, ¿acaso no se descontrolan en algún momento todas las cosas creadas? Vamos a ver, mirémonos a nosotros mismos... Dios creyó que había hecho un buen trabajo. Y ahora mirémonos... Bueno, o sea...

«¡Oh, señorita Hargreaves!», dije para mí, exhalando un suspiro en el fresco aire de la noche. Anhelaba volver a verla. No podía soportar la idea de que se fuera precisamente cuando empezaba a entender mi responsabilidad con ella. Pese a todos los líos en los que me metía, era un producto artesanal mío. Nunca más debía dejarme tentar de jugar con ella. Una idea estricta de la forma debía inspirar todo mi trato con ella. No estaba bien dejarme llevar por cisnes o cosas parecidas. Poco a poco debía adaptarla a las condiciones de la sociedad confordiana y protegerla de todos los peligros que encerraba mi impetuosa voluntad.

Esto pensaba aquella noche de otoño sobre el Támesis. Y, sin dejar de pensar, observaba la parte del río que corre más allá del huerto de manzanos.

¿Qué era ese melancólico canto? ¿Qué hacía aquel bote en medio de la corriente? ¿De quién era la silueta que se acurrucaba en la proa? ¿De quién era el sombrero?

¿De quién era el sombrero?

«¡Dios mío!», musité. Y eché a correr campo a través hasta la orilla.

—¡Señorita Hargreaves! —grité desde la orilla—. ¡Señorita Hargreaves!

No sé si me oyó o no. En cualquier caso, no me prestó la menor atención. Volví a llamarla, más alto, un poco desesperado. ¿Qué se imaginaría que estaba haciendo?

—¿Me oye? —grité.

Alzó la vista. Vi que estaba escribiendo algo en su libreta.

—¿Quién es usted? —me gritó en tono irritado.

—Soy yo, Norman. ¿Qué está haciendo ahí en medio del río?

—¡Oh, tú! ¿Quieres algo?

—Quiero llevarla a casa. Se va a morir de frío.

—Ahora estoy ocupada —dijo—. Ven conmigo si quieres. Pero, por favor, no me hables.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Pero estaba escribiendo en la libreta y no me respondió.

—¿Dónde tiene los remos?

—No te oigo —me respondió—. Si tienes que hablarme, acércate. No estoy acostumbrada a hablar a gritos de orilla a orilla.

Solo había una manera de llegar hasta ella, que no fuera a nado. Caminé por la orilla hasta llegar al sitio de alquiler de barcas de Cooper, junto al puente. Por suerte no había nadie por allí, ni siquiera un policía patrullando. Me monté en una de las barcas de remos, solté las amarras y remé por el pequeño afluente. Unos minutos después estaba a su lado.

—Vanga, súbase a esta barca —dije—, y yo la llevaré. ¿Qué ha hecho con sus remos?

—¡Un minuto! ¡Espera! ¡Espera! —Escribía a toda velocidad—. Esperaba ponerle música —susurró, dejando de escribir y golpeteando el lateral de la barca con su lápiz de plata—, pero no doy con la melodía. Igual da. Te leeré mis versos.

—Los versos pueden esperar —dije—. Tengo que llevarla a casa. ¿No se da cuenta de que la señora Beedle está preocupadísima por usted?

—Me gustaría que pararas de interrumpirme —dijo, enfadada—. ¿Y a mí qué más me da esa señora? Escucha.

Antes de que pudiera decir nada más, empezó a recitar con una voz baja y vibrante.

—Río nocturno. Un lamento. Espero que me sigas. Un lamento.

—Sí, sí —susurré—. Ya entiendo. Siga. Dese prisa.

Ella se aclaró la garganta.

—Enciende una cerilla, querido —dijo—, y acércala al manuscrito. No veo demasiado bien. No dejes de encender cerillas, pero haciendo el menor ruido posible.

Encendí una cerilla y la acerqué a su libreta. Tentado estuve de prenderle fuego.

Y ella leyó:

¡Oh agua, oh clara brisa, oh luna
y yo toda sola en el río!
Dicen que llega el alba, importuna,
y te deja el hígado frío.

Se detuvo.

—¿Te gusta? —me preguntó con cierta ansiedad en la voz.

—¿Cómo era el primer verso? —pregunté.

—«¡Oh agua, oh clara brisa, oh luna...!».

Fruncí el ceño.

—¿«Clara brisa»?

—Exactamente. «Clara brisa».

—¿No quiere decir «claro de luna»?

—¿Qué importancia tiene? —exclamó—. Si pongo «claro de luna», se fastidia la métrica. En cualquier caso, la brisa no es mágica; la luna, sí. ¡Mira que eres tonto! Ahora la segunda estrofa:

Las alas, el cuello del cisne quiero,
la noche entera nadar sin frío.
No digas que se pasó el tiempo entero
en que nadé como pez en el río.

—Sí. Me gusta, me gusta —dije, inquieto—. Pero ahora realmente... creo que deberíamos...

—La tercera estrofa dice así —continuó ella—. ¿Por qué no enciendes otra cerilla? No voy a ser capaz de leer a oscuras, digo yo.

Encendí otra cerilla y ella leyó la tercera estrofa.

Dios puso coto a la humana ambición
y, aunque es dadivoso, en baldío
queda nuestra necia aspiración
de pasar la noche entera en el río.

—¿Te parece blasfema? ¿Tú qué crees? —me preguntó, muy inquieta—. Espero que no lo sea. Siempre he tenido en la más alta consideración a mi Creador.

—¿Quién es tu creador? Eso es lo que me gustaría saber a mí —me dije.

—¿Qué has dicho, querido? ¡Habla más alto! ¡Habla más alto!

—No, no es momento de hablar. Debe irse a casa inmediatamente.

—¡Mira que eres prosaico! Solos en el río y «la noche con su procesión de estrellas...». Henley^[20], querido; el poeta, no el lugar... solos, tú y yo... Y lo único que se te ocurre decir es que tienes que llevarme a casa. ¡Vete a la porra! Si has de perseguirme, al menos, no seas insociable.

—¡Dios mío! Pero ¡si está amarrada a la orilla!

—¿Ah, sí? Puede ser. Intenté enganchar los remos, pero son unos palos de lo más torpe. Los solté.

—¡Oh, señorita Hargreaves! ¡Es usted de lo que no hay! —exclamé—. Como alguien nos encuentre aquí, se armará una buena. Haga el favor de venir a mi barca de inmediato y vayámonos a casa como sea.

Al principio no me había dado cuenta de que su bote estaba amarrado a un tocón, en la orilla del huerto de los manzanos.

—No entiendo cómo llegó hasta aquí —dije.

—¿Cómo llegué aquí? Bueno, fue hace muchas horas. ¿Cómo me voy a acordar de todo? En cualquier caso, no veo por qué tengo que darte explicaciones de todos mis movimientos.

—De acuerdo —me apresuré a decir—. Tampoco hace falta que se enfade así.

Vuelva a leer la poesía.

Sabía que eso la apaciguaría. La señorita Hargreaves no podía resistirse a leer sus versos. Cuando terminó la segunda lectura, arrancó las páginas del cuaderno, las firmó en el margen inferior y me las dio.

—Quédatelas, querido —dijo—. No son tal vez lo mejor de mi producción. No llegan, me temo, al nivel de los versos de *Gavillas al borde del camino*. Pero qué importa. Los poetas no siempre transitan por el Parnaso.

—Nada puede ser más cierto —asentí—. Personalmente, me gusta esa poesía. Parece, bueno, como salida directamente del corazón.

—Todas mis poesías —dijo— vienen al mundo directamente de mi corazón. Siempre lo han hecho y siempre lo harán.

—Ni que lo diga. Pero esta... bueno, ya sabe, está cargada de experiencia. ¡Vaya! ¡Si uno casi pensaría al leerla que ha sido usted cisne en algún momento!

—Eso es precisamente lo que quiero transmitir. Pávlova era amiga íntima mía.

Guardé silencio unos instantes. Luego hice otro intento de convencerla para que se subiera a mi barca.

—Venga —dije—. Deme la mano. Tenga cuidado. Tenemos que irnos a casa.

Pero ella ni se movía.

—¿Te acuerdas de aquella vez en The Serpentine, querido? —me preguntó—. ¡Qué deliciosas aquellas fresas! Me encantaría que pudiéramos compartir ahora mismo un refrigerio tan exquisito. ¡Lástima! —Entonces señaló los manzanos—. Pero ¡mira! ¡La fruta prohibida! Es la Providencia, querido. ¡La Providencia!

—Cuando volvamos a casa —le dije, ya completamente inquieto—, la señora Beedle le preparará una taza de té y un huevo pasado por agua.

—Podríamos encender una hoguera —musitó—. Hay mucha leña menuda. Posiblemente podamos asar las frutas. Las manzanas crudas no me sientan muy bien. Súbete a mi barca y tira de la soga. Así enseguida llegaremos a la orilla.

—Si se empeña en decir estas cosas —exclamé—, me iré y la dejaré aquí sola.

—Pues vete —respondió ella fríamente—. Y a mí qué me importa. Tengo las estrellas. Puedo contemplar las manzanas. Sin duda me moriré de frío. Pero qué más da, qué más da. Connie Hargreaves ya no te interesa, eso está claro. Vete. Déjame.

Se puso a temblar, muy enfurruñada, y se ciñó las pieles alrededor del cuello. Por supuesto, no podía irme y dejarla, así que decidí que más me valía llevarle la corriente, tirar hasta llegar a la orilla, desembarcar, comerme una manzana o dos y luego intentar encontrar algún camino que nos llevara a la carretera desde el huerto.

Me subí a su barca no sin cierta dificultad y la llevé hasta la orilla, amarrando también la otra barca al mismo tocón.

—¡Ah! —exclamó muy afectuosa. Me cogió la mano y saltó con bastante agilidad a la orilla—. ¡Ah! ¡Ahora las manzanas! —Se frotó las manos, casi con un gesto de avaricia—. Cógeme los bastones, querido. Y ahora tienes que encender una hoguera. Es muy fácil. Detesto ponerme pesada. Que las aventuras tengan más especias que

masa. Eso dice un viejo proverbio noruego, querido. Enciéndeme una hoguera y haré lo que me pidas. Sí, ¡cualquier cosa!

—¿De veras? —dije al instante.

—Desde luego. Siempre que esté dentro de mis posibilidades.

—Entonces —dije— le estaría muy agradecido si se quitara ese sombrero.

Se produjo un incómodo silencio. De pronto se lo arrancó literalmente de la cabeza y lo tiró al río.

—Tienes razón —dijo—. Estaba mal hecho. Demasiado bajo en la coronilla.

—¡Oh, mi bolso! —dijo—. Por favor, sácalo de la barca, querido. No tiene nada de valor, excepto para mí. Mi agenda... una miniatura del reverendo Archer... la licencia de Agatha; cosas triviales todas, pero preciosas para mí. Gracias, querido, gracias.

Temblaba un poco, y el viento le alborotaba el cabello.

—¿Me prestarías quizá ese colorido pañuelo que llevas en el bolsillo de la pechera? —me pidió.

Se lo di y ella se lo puso a la cabeza y se lo ató por detrás. Fue extraño cómo cambió su aspecto.

—Parece una gitana —dije.

—¡Ah! —Agitó un dedo en un gesto admonitorio—. A saber qué sangre corre por mis venas. Nunca se sabe, querido; nunca se sabe. Pero estos son temas poco delicados. Venga, venga. Qué pasa con ese fuego. Date prisa. No tardará en amanecer. Qué sentida aquella queja de Swinburne: «¡Ay, Dios! ¡Ay Dios! Y que ya tenga que amanecer». Nunca di mi aprobación a las circunstancias concretas que llevaban al poeta a lamentar que amaneciera, pero suscribo enteramente el sentimiento. Dame un cigarrillo.

Le di uno y, viendo que no había forma de salir de la situación, empecé a coger leña para hacer una hoguera.

—Hay momentos dignos de guardar en el recuerdo, Norman —dijo—. No los malgastemos en ideas flojas, imaginándonos mullidas camas y cálidas mantas. Sé recio. Sé diferente. Cógeme una manzana.

—¡Caray con la anciana! ¡Caray! —susurré, en cuclillas sobre la hoguera y encendiendo una cerilla—. ¡Caray con la anciana!

Pero fui a cogerle una manzana. Pese a lo contrariado que estaba, me di cuenta de que casi estaba disfrutando de esta aventura.

—¿Tuvo hoy algún contratiempo con el tráfico? —pregunté.

(Supongamos que hubiera logrado transformarla en cisne, me decía a mí mismo. Era bastante probable que ella nunca se hubiera percatado del cambio).

—¿Contratiempo? —repitió—. ¡Oh! Puede. —Se encogió de hombros. Era fácil imaginar con qué facilidad hubiera movido las alas—. Puede. Hace tanto tiempo que

no me acuerdo. ¡Ah, sí! Me paré a atarme un cordón del zapato y me parece que recibí un montón de bocinazos. Qué ruido más grosero. ¡Qué ofensivo!

—Mmm —musité, pensativo. Rompí unas ramitas con el pie. Estaban húmedas y no iban a prender—. Supongo que no recordará haber visto al deán, ¿no?

—¿Al deán? Posiblemente. Pero ¿por qué me haces todas estas preguntas? No te entiendo.

No dije nada. El reloj de Cliveden dio las cuatro; oí las campanadas de la catedral a lo lejos. Y oí algo más: unas pisadas que se aproximaban por el huerto.

—¡Escuche! —dije en un susurro—. Viene alguien.

—¿Y? ¿Qué quieres que hagamos? Como te decía, muchas fueron las veces que Maria Corelli me dijo...

Nos deslumbró una luz enfocada directamente a nuestros ojos. Y una voz profunda dijo:

—¿Puedo preguntar qué están haciendo aquí?

No era una pregunta fácil de responder. Si me la hubieran puesto en un examen, no creo que hubiera sido capaz de llenar las dos caras de la hoja. A la señorita Hargreaves, sin embargo, le pareció muy sencilla, y se limitó a responder escuetamente:

—Desde luego, está usted en su pleno derecho.

Un hombre apareció entre los árboles, apuntando con la linterna al montón de ramitas que tenía a mis pies.

—¡Qué impertinencia! —dijo entre dientes, y luego en voz alta—: Les pregunto qué están haciendo aquí. Y me gustaría que me respondieran.

—Estamos intentando, o sea, estamos haciendo una hoguera —dije con un hilo de voz—. Pero la leña está húmeda.

—Y comiendo sus excelentes manzanas —añadió la señorita Hargreaves—. Tienen un sabor supremo, si se me permite decir. ¿Abona usted el terreno con algún estiércol especial?

—Veo perfectamente lo que están haciendo los dos.

—Entonces —observó la señorita Hargreaves lógicamente—, ¿para qué lo pregunta? Me imagino, buen señor, que lo que de verdad quiere saber es *por qué* estamos haciendo lo que estamos haciendo. ¿No?

El tipo gruñó. Entonces vi que era un hombre muy alto, de espaldas anchas y cara un tanto cetrina, con una nariz achatada de boxeador. Llevaba un abrigo negro, entallado, que a mí me pareció ceñido de más.

—No sé quién demonios son ustedes.

Pero la señorita Hargreaves le cortó. Si había una cosa que no podía tolerar era que se hablara mal en su presencia. Tirando la manzana como si fuera un ascua ardiente, se levantó del tocón en el que estaba sentada y se dirigió a mí, diciendo:

—Norman, nos vamos en este mismo instante. Prepara la barca. —Abrió su bolso y buscó a tientas unas monedas—. A lo mejor —le dijo al tipo—, tiene usted la amabilidad de decirme el precio de esta fruta. He consumido media manzana. Por cierto, también he utilizado su barca y perdido esos absurdos remos. Tenga la amabilidad de ponerles un precio.

—Bueno, hace bastante fresco —dijo el tipo.

Pensé que parecía dispuesto a ser amable, así que me lancé a hablar antes de que la señorita Hargreaves dijera nada más.

—Lo sentimos horrores —dije—. La verdad es que lady Hargreaves y yo estábamos...

Inmediatamente miró a la señorita Hargreaves con mucho más interés. Es maravilloso ver la de triquiñuelas que se pueden hacer con un título.

—¿Lady Hargreaves? —preguntó.

Le di un codazo.

—Eso es —dijo la señorita Hargreaves, entregándose magníficamente a la representación—. Lamentablemente, no llevo encima una tarjeta de visita. ¿Por qué me da estos codazos, señor Huntley? ¿He dicho algo fuera de lugar?

(¡Oh! ¡Bravo, bravo!, me dije).

—Bueno, ¿por qué no entran? —dijo el tipo—. Quizá no les venga mal un pequeño refrigerio. No sé qué demonios estarían haciendo aquí, pero, en cualquier caso, dentro de la casa se está más caliente.

Yo, por supuesto, no tenía ningunas ganas de entrar. Pero él era muy amable al invitarnos y no resultaba fácil rehusar. Así que le seguimos a través del huerto y de la pradera.

—Soy el comandante Wynne —dijo sin presentación formal alguna, simplemente volviendo la cabeza por encima del hombro—. ¿Qué opinan de mi casa? No está mal, ¿eh?

La señorita Hargreaves se acercó los impertinentes a los ojos y la recorrió con la mirada.

—Ejem. Pues creo que debería podar esa parra virgen. Y esos tejos también necesitan un buen podado. Aquel tulípero está un poco desgarrado, sin duda, necesita un poco de forma, comandante. Pero a lo mejor le gusta que los árboles crezcan sin control. ¿Cuántos jardineros tiene?

—¡Oh! Yo mismo hago la mayor parte.

—¿En serio? Supongo que es una costumbre moderna, ¿no?

Seguimos al comandante y entramos por unas puertas acristaladas que daban directamente al salón. Encendió las luces, quitó rápidamente las fundas que cubrían los asientos y nos invitó a sentarnos.

—Lo siento, todo está recogido —dijo—. De hecho, no hay ningún criado, la casa está realmente cerrada. Yo he tenido que venir de improviso de Londres por una cuestión de negocios y pensé que por qué no acampar aquí esta noche. Solo utilizo la

casa en verano, claro. Mi esposa está en Italia.

—En Bordighera, supongo.

—Eso es. ¿Qué le apetece tomar, lady Hargreaves?

—¿Tiene ginebra?

La miré con asombro. ¿Ginebra? Era lo último que habría esperado.

—Sí, claro —dijo el comandante.

La señorita Hargreaves se acomodó en el sofá.

—¡Ay! ¡Qué agradable es descansar! —exclamó, y luego continuó—: Veo que tiene una estufa eléctrica. Son unos artilugios detestables, pero no dejan de ser útiles. ¿La puede enchufar? Estas noches de otoño son muy frescas.

—¡Oh, claro! —El comandante giró el interruptor con el pie—. Perdonen un momento. Voy a buscar las bebidas.

El comandante salió. Tras haber examinado el salón no sin cierto desdén, la señorita Hargreaves extendió las manos sobre la estufa.

—No ha podido hacerlo mejor —le dije.

Me miró, molesta.

—¿Qué es lo que no he podido hacer mejor?

—Su representación de aristócrata. Tuve una buena idea, ¿no? Pensé que le impresionaría.

No se dignó responder a esta observación mía y se limitó a lanzarme una mirada gélida, que me dejó perplejo. Mientras esperábamos, yo también examiné el salón. Estaba puesto muy cómodo. Las butacas eran de un tono fresa oscuro; la alfombra, color palo de rosa, y la paredes, blancas. Todos los muebles eran «antigüedades modernas», un pesado mobiliario con falsas marcas de carcoma. Había un montón de libros, que parecían no haber sido abiertos, hermosamente encuadernados y uno o dos oscuros óleos, de esos de los que se suele decir «atribuido a Canaletto». No era una estancia de lo más original. Pero era cálida y acogedora.

Bostecé. Para entonces ya estaba cansado.

—¿Qué le vamos a decir al comandante? —le pregunté.

—No veo que haya necesidad de decirle nada —me contestó ella.

El comandante entró con unas botellas y vasos en una bandeja. La señorita Hargreaves aceptó una ginebra con soda; el comandante y yo optamos por el whisky. De pronto, cuando ya estábamos acomodados con nuestras bebidas, el comandante se volvió hacia la señorita Hargreaves, con aire de ir a pedir disculpas.

—Siento haber sido un poco brusco con usted hace un momento —dijo.

—No tiene importancia. Sin duda debió de sorprenderle nuestra presencia.

—¿Se extraviaron o algo?

—Más o menos —respondió ella en tono frívolo, y luego, señalando los libros de la biblioteca le preguntó—: Veo que admira a Meredith.

—¿Eh? ¿Quién es Meredith? —El comandante siguió la dirección que señalaba el dedo y dijo—: ¡Oh! ¡Libros! Lo siento, pero no leo mucho.

La señorita Hargreaves sonrió, dio un sorbo a su ginebra y agitó el pequeño lápiz de plata mirando al comandante.

—Un hombre de acción, veo, ¿eh, comandante?

—Eso mismo —asintió él—. ¿Vive en la comarca, por cierto?

Pensativa, la señorita Hargreaves rompió en varios trocitos una galletita salada.

—Mi tío —le dijo— tuvo antaño tierras en las inmediaciones. Cliveden, le sonará. Un lugar encantador. Pero eso fue hace años. Luego esta zona del río se puso de moda, comandante Bin, ya sabe, demasiado frecuentada. Actualmente resido en Cornford.

—¿Ah, sí? Bueno, pues espero que nos sigamos viendo.

—Mi círculo —dijo la señorita Hargreaves, partiendo en dos un trozo de galleta salada— es muy pequeño. Muchos de mis viejos amigos pasaron a mejor vida. Detesto la gente de humilde cuna, comandante Bin; sé con toda certeza que detesto a las clases bajas.

Pronunciando este comentario con la más resuelta malevolencia, se metió en la boca el trocito de galleta y se limpió cuidadosamente los dedos en el pañuelo.

—Sí, desde luego —se apresuró a confirmar el comandante.

Yo pensé que para haber recibido un golpe bajo no había podido responder mejor. Y luego siguió:

—Lo mismo me pasa a mí. Hoy en día hay demasiados sinvergüenzas por ahí sueltos, ¿no es verdad? Nunca se sabe con quién se está hablando.

Se produjo un largo e incómodo silencio. Se me cerraban los ojos. Y me di cuenta de que la señorita Hargreaves estaba también muy cansada. De pronto el comandante se puso en pie, recogió los vasos y se dirigió a la puerta.

—¿Quieren quedarse a pasar la noche? —sugirió—. Es demasiado tarde para ir a ninguna otra parte. Si lo desean, son bienvenidos.

La señorita Hargreaves aceptó, moviendo la cabeza medio dormida.

—Qué excelente sugerencia —musitó—. Necesito cinco mantas. Y ponga un vaso entre la sábanas para que se aireen como es debido. Me gusta tener agua mineral, de Vichy a ser posible, y una Biblia en la mesilla de noche. Una versión autorizada. Señor Huntley, por favor, ocúpese de todo ello. —Se le cerraban los ojos; estaba prácticamente dormida—. Y tres almohadas —la oímos decir—. Y huevos escalfados a las diez. Espero que el agua sea blanda.

—No se preocupe —le dije al comandante—. Nos apañamos con cualquier cosa.

—No, no nos apañamos con cualquier cosa —soltó la señorita Hargreaves, de pronto completamente despierta.

—Bueno, voy a prepararlo todo —dijo el comandante—. Supongo que es usted su chófer, o algo así, ¿no? —me preguntó.

Antes de que pudiera contradecirle había salido del salón.

Me desperté sobresaltado. Sobre el río nebuloso, un sol otoñal entraba a raudales en el salón. Se oía el canto de los mirlos y los tordos. En la repisa de la chimenea, un

angelical reloj dorado dio las siete menos cuarto.

Me costó situarme. Y luego vi a la señorita Hargreaves que dormía pacíficamente acurrucada en una butaca, y todos los disparatados sucesos del día anterior se me agolparon en la cabeza devolviéndome a eso que llamamos la deprimente realidad.

Me levanté, me desperecé y me acerqué despacio hasta la ventana. De pronto recordé que aquella mañana me tocaba ir a la catedral a tocar el órgano. También recordé que había un autobús de Cookham a Cornford a las siete y diez. Si nos dábamos prisa, todavía podríamos cogerlo.

Era extraño que el comandante no hubiera vuelto al salón. O, tal vez, había vuelto y, al encontrarnos a los dos dormidos, había decidido dejarnos. Mi instinto me aconsejaba irme sin volver a verlo; pero no me parecía bien. A fin de cuentas, se había portado muy bien con nosotros. De un modo u otro, debía ponerme a su altura, darle las gracias e intentar darle alguna explicación.

Sin despertar a la señorita Hargreaves (mejor no menear las cosas demasiado), subí las escaleras con la idea de encontrar la habitación del comandante. Había tres puertas en el rellano. Las abrí una a una, suavemente, pero las habitaciones estaban vacías, todos los muebles enfundados, como la noche anterior en el salón. Lo busqué en otra ala, en las buhardillas; de nuevo en el piso de abajo, en el *fumoir*, el comedor y el gabinete. Pero nada. No había un alma en la casa excepto nosotros dos.

—¡Qué extraordinario! —dije. Pero no podía fingir que lo lamentaba. Simplificaba las cosas que el comandante hubiera desaparecido. O sea, me libraba de tener que explicarle por qué nos habíamos colado en su huerto.

Volví al salón y me encontré a la señorita Hargreaves en pie, junto a la librería, hojeando un volumen de Jorrocks.

—El comandante Wynne se ha ido —dije—. Así que lo mejor que podemos hacer es irnos nosotros también lo antes posible. Si nos damos prisa, todavía podemos coger un autobús.

—Pero ¿a qué viene esta ridícula prisa? ¿Es que no vamos a tomar un té antes?

—¡Oh! ¡Por favor, no sea absurda!

Sin dar respuesta alguna, se dirigió a una butaca, se sentó y se puso a leer.

—Vamos —le grité impaciente—. Tenemos el tiempo justo para coger el autobús.

—¿El autobús? Yo no acostumbro a viajar en autobús. Por favor, llame a una agencia y pida un coche, grande, a ser posible. No soporto ir apretujada. Hágalo inmediatamente. Detesto...

Antes de que pudiera decir «ponerme pesada», empecé a gritarle.

—Pero ¿está loca o qué?

Yo quería salir de allí como fuera por si regresaba el comandante. Igual se había ido a dar un chapuzón en el río, todo era posible.

Ella pasó por alto mis palabras.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó—. ¿Y por qué no traen el té? ¡Qué lugar este!

—Mire —le dije—. Usted nos ha metido en este lío...

—¿Lío? —dijo—. No entiendo. ¿Quién está metido en un lío?

—Usted nos ha metido en un lío —insistí—, y me va a permitir que salgamos de él como yo diga, no como diga usted.

Se acercó muy despacio hasta la librería, puso el libro en su sitio, se quitó las gafas, las guardó en el bolso y, por fin, me dirigió la palabra.

—Señor Huntley —dijo en tono grave—, al parecer, he tenido la desgracia de pasar la noche en esta habitación con usted. No se imagine... no se imagine ni por un momento que esa cercanía a mi persona durante un período tan largo le da derecho a familiaridad alguna. Tenga la amabilidad de llamar a la agencia y deme alguna indicación sobre la geografía de la casa, si es que un lugar tan pobre tiene geografía alguna. No hace falta que discutamos.

—Arriba, en el primer piso —dije furioso. Estaba tan enfadado que apenas podía articular palabra.

Subió lentamente. Yo fui al teléfono que había en el vestíbulo, cogí el auricular, vacilé y colgué. No me iba a dejar intimidar de aquella manera. Extremadamente furioso, me puse a dar vueltas por el vestíbulo. Por fin, pasado un rato inaguantablemente largo, bajó ella.

—¿Está preparado el coche? —preguntó.

Me apresuré a decir una mentira:

—Nos estará esperando en la carretera.

La llevé fuera del salón.

—¡Qué gusto espantoso! —susurró—. Todos esos tonos fresa. ¡Qué morboso! ¡Atroz!

La guie por el jardín a buen paso. Pasado el huerto, había un puente que conducía a los prados y desde allí a la carretera de Cornford, como a unos cien metros.

—No entiendo toda esta prisa —dijo, jadeando.

—No. Yo tampoco lo entiendo —dije, viendo que el autobús de Cornford cruzaba el puente en ese momento. Era evidente que no podríamos cogerlo. De pronto, también me acordé de mi bicicleta. No podía dejarla en el puente de Cookham.

—Señor Huntley —dijo la señorita Hargreaves—. Espere un momento, por favor. Quiero tener unas palabras con usted.

—Venga —dije en tono agrio—. Puedo aguantarlo todo.

—Le agradecería la cortesía de que no comentara con nadie nuestra, ¿cómo llamarla?, aventurilla de anoche. La culpa es solo suya, por supuesto. Pero he de reconocer que yo también tuve un poco que ver. Nada más. ¿Dónde está ese coche del que no para de hablar?

No podía aguantar ni un minuto más de todo aquello. ¿Quién podría?

—¡Es usted inaguantable! —le grité—. Me paso toda la noche haciendo todo lo posible por llevarla a casa... Me veo obligado a entrar en una casa ajena... a comportarme como un demente... y va usted y me trata así. Es absolutamente

vergonzoso, señorita Hargreaves.

Me examinó con la mayor frialdad y censura a través de los impertinentes. En unas pocas horas parecía haber olvidado todo el afecto que me había profesado. Le partía a uno el corazón.

—Señor Huntley —dijo—, en una ocasión vino en mi ayuda en una librería; se trataba de un momento crítico. No se imagine que eso le da licencia para dirigirse a mí como a un igual. Un gato puede mirar a un rey. ¡Claro que sí! No ofende a nadie. Pero todavía está por ver que un gato, por emplear una de sus expresiones, alterne con un rey.

—¡Dios mío! —dije. Me la quedé mirando un instante. Creo que se me inundaron los ojos de lágrimas. Y entonces aceleré el paso camino del puente, más herido que enfadado.

La bicicleta estaba donde la había dejado.

—Espero —dijo— no tener que ir montada en la barra.

—No, puede buscarse usted por su cuenta la manera de volver —le dije en tono brusco.

—Lo preferiría. ¿Dónde está ese coche?

—Búsquelo usted misma. Yo no lo he pedido.

—Eso es intolerable. Me siento insultada. ¡Váyase!

—Eso voy a hacer. A partir de ahora puede hacer lo que guste. He terminado toda relación con usted, he terminado con usted.

Subí la pierna sobre el sillín.

—¡Mi bolso! —exclamó—. Lo he dejado en esa ridícula casa. Tenga la amabilidad de ir a buscarlo.

—Ni loco. Estoy harto de usted. No quiero volver a verla.

Me alejé pedaleando en un estado tal que por poco se me lleva por delante un camión. Si me hubiera quedado un minuto más con ella en aquel puente, sinceramente creo que la hubiera tirado al río.

Me dirigí directamente a la catedral, toqué el órgano sin mucho entusiasmo y volví a casa a desayunar. Nadie se dio cuenta de que había pasado la mayor parte de la noche fuera. Después de maitines, vi el *Cornford Mercury*, donde salía la foto que había tomado Archie del cisne. «Mera coincidencia», me dije para mis adentros. Aún hoy me sigo obligando a creerlo.

Así termina la primera parte de la historia de la señorita Hargreaves. Ojalá esto fuera todo; ojalá no hubiera una segunda parte por escribir. Pero la hay, y no queda más remedio que escribirla.

VII



Pasó más de una quincena sin que nadie en Cornford viera a la señorita Hargreaves. No fue la quincena más feliz de mi vida. Ni por un instante supuse que la había visto por última vez aquella mañana de septiembre en el puente de Cookham. Mi instinto me decía que volvería. Y, aunque no lo hubiera intuido, contaba con la evidencia. ¿Dónde pasó aquellos quince días? No lo sé ni lo sabré nunca. Lo único que sabía era que se había ido de la casa de huéspedes de la señora Beedle, pero había mantenido sus habitaciones por un período de tiempo indeterminado. Había dejado atrás su equipaje, el arpa y a Maese Pepusch. No fui en ningún momento a la casa a indagar directamente sobre su paradero; me fui enterando de rebote, y en Cornford, siempre que establezcas un buen sistema de espionaje, terminas enterándote de las cosas sin tener que preguntar. A veces me acercaba al callejón de los Cánticos después de que oscureciera, pensando que a lo mejor veía una sombra conocida reflejada en los visillos de la salita del primer piso. Una vez oí graznar a Maese Pepusch en una tonalidad menor; el sonido me entristeció y me llenó de temor. Volví sigiloso a casa, pensando en cuánto tardaría en regresar con renovado vigor.

Mientras tanto, hube de enfrentarme un día tras otro al más siniestro de los acontecimientos. Me refiero a la mansión Lessways. Aquella casona, que llevaba tanto tiempo vacía y abandonada, había pasado a ser el escenario de una actividad tremenda. Me resultaba irónico pensar que presenciar aquello en circunstancias normales me habría llenado de contento, pues me gustaba mucho la casa y me apenaba verla venirse abajo. Y, sin embargo, ni los galones de pintura blanca ni los capachos de cemento ni los andamios me alegraban como me hubiera gustado alegrarme. Los jardineros empujando sus carretillas, los deshollinadores cargados con sacos de carbonilla, los fontaneros, los cristaleros y los instaladores telefónicos: todos ellos formaban un enjambre que revoloteaba alrededor de Lessways. Pero todavía no había signo alguno de la señorita Hargreaves. Yo esperaba verla aparecer de un momento a otro, dispuesta a criticar las obras en curso, pasando de estancia en estancia, de arbusto en arbusto, de seto en seto, golpeándolo todo con su bastón y tomando notas y más notas en su agenda. Me parecía un error que no apareciera. Muchas veces me entraban ganas de cruzar a la mansión a fin de asegurarme de que todos los trabajos se estaban llevando a cabo como es debido.

La única persona a la que le conté lo de la noche que habíamos pasado en el río fue Henry, y le hice jurar que guardaría el mayor secreto. Sabía que si se corría el rumor por Cornford, sería mi final.

—Y ahora —terminé diciéndole—, se ha acabado esa historia. Fin. Por mí, que haga lo que le dé la maldita gana.

¿Lo que le dé la gana? Me paré un momento a considerar la frase. ¿Era sensato decir aquello?

—¿Qué te hizo ir hasta el río a buscarla? —me preguntó Henry.

Y entonces tuve que contarle lo del misterio del cisne. Me figuré que sabría por Marjorie la primera parte de la historia, pero fue lo bastante amable para fingir que era la primera vez que la oía. Pensé que le daba un poco de vergüenza ajena.

—Claro que no hay prueba alguna de que la transformara en cisne. No estoy diciendo que lo hiciera, Henry. Probablemente no lo sabré nunca. Pero es bastante extraño, ¿no?

—Sí, realmente parece muy extraño.

Estábamos sentados delante de la chimenea en la media luz del anochecer, y me di cuenta de que me miraba con cierta ansiedad, casi nervioso. Pero me estaba acostumbrado a que todo el mundo hiciera lo mismo.

Los días pasaban despacio, y se hacían interminables. Poco a poco, me afiancé en la decisión de no volver a intentar explicarle a nadie el asunto de la señorita Hargreaves y de no volver a inventarme historias sobre ella. Si, en verdad, estaba sujeta a mi voluntad, no debía volver a ejercitar mi voluntad en ese sentido. Me pasaba las veladas solo en mi cuarto, supuestamente trabajando para presentarme al examen en primavera, pero en realidad lo que hacía mayormente era tomar todas las notas que después he utilizado para escribir este libro. Puse especial cuidado en anotar lo que en principio era la verdad sobre mi amistad con la señorita Hargreaves. Cómo había empezado en la librería Blackwell's de Oxford (aunque le había dicho a Marjorie que era mentira, todo el mundo se lo había creído, y lamentablemente yo nunca intenté negarlo). Cómo habíamos vuelto a encontrarnos en el Albert Hall y habíamos tenido una divertida aventurita en The Serpentine, el estanque de Hyde Park. Escribí todos esos hechos a fin de no confundirme en el futuro. Me lo aprendí todo como si lo leyera en un libro, y casi me convencí de que era verdad. No había nada de lo que pudiera avergonzarme en haber entablado amistad con una anciana. Si mantenía la calma y no me salía del guión, la gente terminaría hartándose de hablarme de ella, y poco a poco iría desapareciendo de mi vida. Y, después de todo, igual no volvía nunca, pese a las obras que se estaban haciendo en Lessways.

Pero sí volvió. Y, fiel a su, tal vez, inevitable destino, volvió acompañada de una distinción que yo mismo le había otorgado sin querer.

10 de octubre. Cito de mi diario: «Han metido muebles en Lessways». No creo que necesite añadir mucho más. Llovía a cántaros. Vi por la ventana una furgoneta enorme que aparcaba al otro lado de la calle; durante dos horas seguí cómo la descargaban y acarreaban los muebles trabajosamente por la húmeda acera. Relojes

de péndulo, sillas estilo Chippendale, cómodas, una cama con dosel, cajón tras cajón de loza, *bureaux*, vitrinas tipo Sheraton, aparadores, innumerables cuadros...

Esa noche salió humo de la chimenea.

El 11 de octubre, volví caminando con Archie Tallents de la catedral después del servicio de la mañana. Seguía haciendo un tiempo de perros, pero Archie no había perdido su buen humor habitual, e iba tarareando la melodía de un himno bastante absurdo que habíamos cantado en el oficio: algo sobre la barba de Aarón y el ungüento que corría por ella y le caía en las vestiduras. Cosas de esas que tanto gustaban en el XVIII. James Nares o John Weldon^[21].

Conforme subíamos por la calle Mayor —yo, camino de la librería, y Archie, de su estudio fotográfico—, Archie señaló un magnífico Rolls-Royce aparcado delante de Truscott's, la pañería. Era un Rolls-Royce con algo más que esa conciencia de *pedigree* que suele caracterizarlos; uno casi oía los piñones, las bujías (¿tienen bujías los Rolls-Royce?) y los cilindros charlar de sus respectivos árboles genealógicos.

—Mi amiga, la duquesa —observó Archie—. Reconocería su cresta en cualquier parte.

Cuando nos acercamos, vimos al chófer —un tipo elegante, alto y de movimientos ágiles— saltar de su asiento. Lo reconocí inmediatamente: la tarde anterior había estado supervisando la mudanza en Lessways. Abrió la portezuela posterior y esperó, erguido, con un paraguas extendido delante.

Empecé a marearme.

—Quítate la camisa, Norman —dijo Archie—. Extiéndela en la acera, y entonces creeré que eres un caballero de verdad.

Estaba fascinado. Me esforcé por alejarme de allí, por cruzar la calle, pero había un gran ajeteo de gente en la acera: mujeres vestidas de tweed, que habían salido a almorzar; mujeres de gabardina o impermeable, ávidas por las oportunidades de la planta baja de Truscott's. Por un instante nos quedamos atrapados ambos en aquel tráfigo.

La señorita Hargreaves salió lentamente del automóvil. La observé, como siempre, terriblemente fascinado. Había cambiado, de una manera sutil había cambiado en gran medida. Su expresión era distinta; parecía que aquella juguetona alegría la había abandonado. Su forma de vestir era más apagada; ya no podías imaginártela tocada con uno de aquellos altos sombreros que solía llevar. Su cabecita se había elevado, empujada, tal vez, por el cuello subido de su vestido. Deteniéndose un instante, un pie en el estribo y otro en la acera, olfateó el aire con un gesto de fastidio. Casi instintivamente, la gente se hizo a un lado para dejarla pasar. Tiritando levemente, se arrebujó en la capa y se puso unos anteojos de montura de asta oscura (había dejado de utilizar los impertinentes) y se dirigió al chofer.

—Mejor entra conmigo, Austen. Puede que encuentre un par de cosas que quiera

llevarme ahora.

—Como ordene, milady.

Me di cuenta de que me miraba. Arrugando la cara en una fea mueca, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por recordarme, dijo en un tono frío y distante:

—¿El señor Huntley, no? ¡Qué tiempo atroz!

Con una pose cargada de insolencia, el chófer se alzó imponente detrás de ella y dirigió el paraguas sobre su cabeza. Ambos entraron en Truscott's y desaparecieron de mi vista.

—¡Dios mío! —le dije a mi padre, al entrar a toda prisa en la tienda—. ¡Ha vuelto!

—Nunca me parecieron bien las mujeres que jugaban al fútbol.

—No estoy hablando de fútbol. Hablo de la señorita Hargreaves; acabo de verla en carne y hueso bajándose de un Rolls-Royce. Por la manera en que se dirigía a ella el chófer, ha debido de recibir algún título. ¿Qué te parece?

—Cosa extraña eso de los títulos. La ley de la gravedad no va con ellos. Nunca sabes dónde ni cuándo van a caer. Mira mi primo Terence, por ejemplo. Coleccionaba sellos. Y de no haber sido por eso nunca habría descubierto que era descendiente de Bonnie Prince Charlie^[22]. Era así: nosotros...

Sentí que aquella mañana no podía soportar a mi padre. Me acerqué al taller Beddow's para contarle a Henry las espantosas novedades. Hacía días que no lo veía.

—No te puedes imaginar lo que ha sucedido —dije.

—¿Lo de lady Hargreaves?

—Pero ¿cómo demonios lo sabes? Mira que eres.

—Sale en los ecos de sociedad. —Entró en la oficina y salió con el *Cornford Mercury*, que se apresuró a mostrarme. Y yo leí:

Lady Hargreaves fijará en breve su residencia en la mansión Lessways, el hermoso edificio estilo Reina Ana situado en London Road. Aprovechamos esta oportunidad para darle la bienvenida a la sociedad *cornfordiana*. Muchos serán los que se alegren de saber que Lessways, que en su día fue escenario de tan selectas reuniones, volverá a abrir sus puertas a los elegidos. Lady Hargreaves, distinguida poetisa y entusiasta aficionada a la música, procede de una familia irlandesa de gran raigambre y hasta muy recientemente residía en Oakham.

—Fuiste un necio al darle ese título —dijo Henry.

Me reí, incómodo.

—Bueno, no iba en serio —dije—. Nos encontrábamos en una situación bastante comprometida. Ya te lo conté. Pensé que impresionaría a aquel comandante Wynne si la llamaba lady Hargreaves.

—Pues espero que ahora disfrutes de codearte con una condesa o lo que sea.

—¿Sabes que esa vieja bruja me miró como si yo fuera un mendigo o algo parecido? Me hierve la sangre en las venas.

—Pues la suya ha hervido tanto que se ha puesto azul, muchacho. Ese es el

problema. Que a la tuya no le ha pasado lo mismo. Bueno, a lo mejor ahora te deja en paz.

—Me importa un comino lo que haga —dije a la ligera. Pero en el fondo me importaba mucho más de lo que quería reconocer.

—Me han dicho que ha comprado la mitad de las existencias de Truscott's. Alfombras, cubrecamas, cortinas. Supongo que dentro de poco veremos una gran actividad en Lessways.

«A partir de ahora puede hacer lo que guste. He terminado toda relación con usted, he terminado con usted».

Recordé con amargura estas vanas palabras, pronunciadas en un momento de cólera en el puente de Cookham. No solo la había ascendido de rango, sino que además había cometido la estupidez de dotarla de autonomía.

Lessways era la sede del gobierno. La gente no tardó en olvidar que la lady Hargreaves que abría ahora sus puertas a los elegidos era la señorita Hargreaves que había tenido la osadía de sentarse en el sitial del obispo tocada con un sombrero ridículo; la misma que había puesto en tela de juicio la reputación del hotel El Cisne y que, de mil maneras distintas, había sido el principal motivo de chanza de la ciudad desde que el viejo canónigo Featherstonehaugh contrajo matrimonio con la señorita Roma Noam, la novelista. (Un día les contaré esa). La señorita Hargreaves había dejado de ser motivo de chanza. Desde el momento en el que el deán fue a Lessways y dejó su tarjeta de visita, se fijó para siempre, cual estrella inamovible, la posición de lady Hargreaves en el brillante y pequeño firmamento de Cornford. El archidiácono Cutler también la visitó. Y se decía que el canónigo Auty tenía intención de hacerlo, algo que casi carecía de precedentes, ya que aquel anciano no salía nunca del recinto catedralicio. Años atrás había sido una figura familiar en la barbería de Truslove, adonde iba una vez por semana a que le recortaran la barba, pero abrieron un salón de señoras en el mismo establecimiento, y eso le ahuyentó; por entonces el propio señor Truslove, pertrechado de tijeras, peines y maquinillas, acudía todos los sábados por la mañana al recinto para prestar sus servicios a la que todo el mundo consideraba la mejor barba que Cornford había conocido en todo el siglo.

La señorita Linkinghorne, que gustaba de seguirle el rastro a la aristocracia, se paseaba casi a diario frente a las verjas de Lessways. El bueno del coronel Temperley fue otro de los que primero acudió a presentar sus respetos a lady Hargreaves. Y hubo muchos más. No se imprimió una nueva tarjeta de visita por aquel entonces en la ciudad que no esperara reposar algún día en la bandeja de plata dispuesta sobre la cómoda Tudor del vestíbulo revestido de madera de Lessways.

Que nadie piense que lady Hargreaves se pasaba el día recluida en su nueva residencia. ¡En absoluto! Había mucho que hacer fuera y lo hacía. Asistió a la

muestra de crisantemos ofrecida por el ayuntamiento y tuvo una discusión fantástica con la condesa Mumphy sobre el mejor método de cultivar las flores. «Nada de mimos —se la oyó decir, en tono de crítica—. Nunca se debe mimar a un crisantemo, mi querida condesa». Todos decían que tuvieron la sensación de que la condesa se había pasado la vida mimando equivocadamente a sus crisantemos.

Hacia finales de octubre, la Sociedad Coral ofreció su concierto anual. Lady Hargreaves ocupó un lugar prominente y siguió el *Réquiem* de Verdi en una partitura completa (¡cómo iba a ser menos!) y espléndidamente encuadernada, que llevaba grabada la letra H en la cubierta. Lo siguió armada de un lápiz rojo y sentada muy erguida debajo del maestro de coro, cuyo ritmo, en consecuencia, sufrió algún descalabro. No es de extrañar. Hasta Beecham^[23] se habría sentido intimidado.

Le pidieron que inaugurara una venta benéfica organizada por los conservadores, y lo hizo admirablemente bien; yo me di una vuelta después de que ella se hubiera marchado y tuve la sensación de que era la venta benéfica mejor inaugurada que había visto en mi vida. Enseguida veías que todo había sido «inaugurado» de antemano.

Otro asunto la colocó en el mismísimo centro de Cornford, como si dijéramos entre la «n» y la «f». Hacía algún tiempo que se debatía en la ciudad la cuestión de cambiar las horas de cierre de la catedral. El alcalde, que tenía el descaro de tener una hija católica, había sugerido al deán y al capítulo que, en verano, la catedral debía permanecer abierta hasta la puesta de sol, en lugar de cerrarla a la hora habitual, las seis y media. Su idea era que los comerciantes apenas tenían ocasión de visitarla. Esta idea era anatema tanto para el archidiácono Cutler como para el canónigo Auty, sobre todo porque el alcalde había utilizado la expresión «la iglesia del pueblo». El deán deseaba llegar a un acuerdo, pero hasta entonces el asunto seguía sin resolverse. No dejaban de llegar cartas y cartas al *Mercury*, en su mayoría a favor de la idea del alcalde. Casi al mismo tiempo hubo elecciones locales, y el candidato laborista, el doctor Howlsby-Skitt (quien también escribía unos libros sobre las águilas que mi padre ponía a veces en el escaparate), obtuvo dos mil votos más de los que hubiera sacado, conforme a los partidarios nacionalistas, porque había utilizado la polémica sobre las horas de cierre de la catedral en su campaña electoral. No consiguió salir elegido, pero, como si dijéramos, se quedó a las puertas. Puedo asegurar que aquellos fueron unos días críticos en Cornford. Un alcalde casi católico combinado con un miembro del partido laborista: dudo que la catedral hubiera podido hacerles frente. En el momento cumbre del debate intervino lady Hargreaves, al escribir al director del *Mercury* una carta muy clara y sucinta, en la que vertía un sutil desdén sobre esos excursionistas que trataban el edificio sagrado como si fuera una superpieza de museo. La catedral, mantenía ella, era propiedad de la Iglesia, y no del «pueblo». (Y también escribía esta palabra entre comillas). Al ponerse así tan claramente del lado catedralicio, impresionó hasta tal punto al canónigo Auty que este le anunció a su esposa por décima vez que iría a presentar sus respetos a Lessways; incluso llegó a

citar en el sermón dos versos de un soneto salido de la pluma de lady Constance Hargreaves, que el *Mercury* había publicado por esos días.

Clava, Beauvais, tu acero con valor
en quienes nunca honran al Señor.

Nadie odiaba más a los visitantes de la catedral que el canónigo Auty. Una vez había echado bruscamente a un grupo de ciudadanos de las antiguas colonias que se paseaban por el transepto sur cuando el coro estaba ya formado y en orden para el servicio vespertino. Entre ellos se encontraba un obispo retirado de las caribeñas islas Windward, quien, dicen, se pasó el resto de su expuesta vida rechazando, en publicaciones diversas, las ideas del canónigo, bien conocidas y, hasta cierto punto, poco anglicanas, sobre las liturgias de la Iglesia oriental.

Veía mucho a lady Hargreaves. Pero ¿me dedicó ella algo más que el mero guiño de un párpado perfectamente aleccionado? Desde luego que no. En una ocasión en la que me la crucé por casualidad cuando estaba haciendo un boceto de la pila bautismal normanda, ni siquiera eso. Siempre me topaba con ella: entrando o saliendo de la residencia del deán, paseando a su perrita Sarah por las praderas del parque (por entonces Sarah había dejado de ladrar y no se paraba a olisquear ningún árbol), escribiendo versos en rincones inesperados de la catedral, pasando fugaz a 58 kilómetros por hora, nunca más, por la calle Mayor en su Rolls-Royce. Hacía todo lo que podía para evitarla. Pero, aun cuando no la viera, me atormentaba constantemente el humo que salía por las chimeneas de Lessways. Una vez que el aire trajo un montón de hollín y lo depositó sobre una partitura, me acerqué a la ventana y la maldije, agitando el puño en dirección de la casa y observando la columna de humo, a sabiendas de que no podía hacer nada. Se veía que era un humo caro, producido por el mejor carbón de uso doméstico. En una ensoñación melancólica, contemplé cómo aquel penacho se desvanecía en el cielo azafranado del atardecer y flotaba serenamente alrededor de la aguja de la catedral.

Fueron para mí unos días muy desgraciados. Cuando uno crea algo, lo hace tan bien como yo lo hice, lo dota con un título y lo arrima a lo más selecto de la sociedad, ¿puede dormir tranquilo en su cama al ver que su creación lo desprecia y lo trata como si fuera basura? ¿Alguien puede? Quien pueda es, sin duda, más fuerte que yo.

Durante algún tiempo cumplí mi voto de mantenerme completamente al margen de ella. Por supuesto que ella, con su forma de comportarse conmigo, me ayudó a cumplirlo. Pero no me importa confesar que fue una tortura, una tortura insoportable, porque todo el mundo me preguntaba que por qué ya no era su amigo. Jim se mostró particularmente insufrible. Cosa curiosa. Antes, cuando solo era la señorita Hargreaves, mi madre y Jim me habían acusado prácticamente de esnobismo. Y ahora que se había convertido en lady Hargreaves, Jim me reprochaba que no fuera a

visitarla.

—Deberías ir a verla —no paraba de decirme—. Después de todo, te debe la vida... Ella misma nos lo contó.

—¡Oh, no! Ahora es demasiado elevada para mí —le contestaba yo—. Sé reconocer cuándo no soy bienvenido. Ocupa una posición demasiado alta para mí, Jim. Yo no pertenezco a ese entorno catedralicio, ni nunca perteneceré.

—¡Mira que eres idiota! Lo más seguro es que se sienta ofendida porque no has ido a presentarle tus respetos. Es tu deber ir a visitarla.

—Estoy de acuerdo con Norman —dijo mi madre inesperadamente—. Creo que tiene razón en no ir. Si quisiera vernos, vendría, pero se ve que no quiere. Ha sido una amistad poco afortunada para nuestro muchacho y, cuanto menos tenga que ver con ella, mejor. Personalmente, no me gustaría verlo acercarse a ella, como está haciendo todo el mundo, solo porque es aristócrata.

—Gracias, madre —dije. Pensé que había sido un detalle de lo más encantador por su parte.

Querrán posiblemente saber cómo era para entonces la situación entre Marjorie y yo. Bueno, pues siento decirles (¿o no lo siento?) que casi me había dejado. Había empezado a salir con Pat Howard. No, sinceramente no puedo decir que lo sintiera. La falta de imaginación de aquella chica siempre me había preocupado. Nunca había llegado a animarse, por una razón o por otra, aunque era bastante bonita. O sea... Qué quieren que les diga, mira que ir a salir con Pat Howard. Pelo engominado, hombreras, bombachos de cuadros y un apestoso cochecito de esos de tres ruedas que escupía un humo azul por un tubo de escape que parecía la sirena de un barco... ¡No! Pat Howard debía de tener sus méritos, sin duda. Pero nunca fue de mi agrado. No puedo decir que le confiaría mi dinero al banco en el que trabaja.

Y eso me lleva a la cuestión del dinero de Connie. ¿De dónde lo había sacado? Había dado cinco mil solo por la casa, y corría el rumor de que había pagado al señor Carver, el agente inmobiliario, toda la suma en billetes. Me enteré de rebote, a través de Pat Howard, en realidad, de que no tenía cuenta en el Banco Metropolitano y nunca la vi salir o entrar en ninguno de los otros bancos de la ciudad. ¿Había hecho yo mismo esos billetes de banco? Y esta era solo una de las muchas preguntas que nunca podría contestar. ¿Y si se descubría que eran falsos? Menudo brete, y yo estaría en semejante brete tanto como ella, pues no me cabía la menor duda de que encontraría la manera de meterme directamente en él. Y me descubrirían a mí, no a ella.

Por otro lado, la cárcel significaría al menos que no volveríamos a verla en Cornford. Sería estupendo ir a visitarla a la cárcel e indicarle amablemente que yo seguía siendo el amo de la situación. Le di mil vueltas a esta idea; me acerqué peligrosamente a un momento crítico. Y terminó por poseerme. Ya oía los cuchicheos por todo Cornford: lady Hargreaves es una delincuente común. Una notable frialdad hacia ella por parte del entorno catedralicio; dos veces seguidas le dicen que el deán

ha salido cuando ella va a verlo; y, por fin, el descubrimiento, gracias a mis pesquisas, de una imprenta para falsificar billetes de banco instalada en los inmensos sótanos de Lessways. Gran titular en la prensa: miembro seglar del coro descubre una trama delictiva en ciudad catedralicia. El juicio: diez años; mis visitas a la cárcel. Apelo al director para que le deje tocar el órgano de la capilla de la prisión. Metida entre rejas, por fin la tengo bajo un estricto control. Se acabaron las jaranas aristocráticas.

«Dios mío —me dije para mis adentros—, ¡voy a ponerle fin!».

En mi cuarto, ya tarde por la noche, estas cábalas se hacían cada vez más complejas. Estaba escalando demasiado alto. Tenía que quitarle algunos peldaños a esa escalera, si no todos. Si conseguía que corriera el rumor, si conseguía que se desataran las largas lenguas maldicientes de Cornford, sería el principio de su final. No era muy popular entre la gente llana después del incidente de las horas de cierre de la catedral, y las circunstancias en el entorno catedralicio eran tan cambiantes como un día de primavera. Yo no suponía, claro, que los billetes fueran falsos; nunca llevaba mis maquinaciones lo bastante lejos para incluir el juicio y la cárcel. Pero no estaría mal si circulaba un rumor semejante.

De nada sirve que, al leer esto, me condenen y me tachen de horriblemente perverso. Tenía que hacer algo. No podía quedarme sentado viendo a Connie en las alturas, brincando alegremente en ese mundo de deanes y archidiáconos. Una sola palabra amable por su parte, una sonrisa como las de antes, una guiño de reconocimiento, y no habría actuado como actué.

Fue muy fácil. Le envié una carta anónima al señor Carver, el agente inmobiliario, a quien elegí como destinatario porque sabía que, cuando se archiva una carta mecanografiada en una oficina, el efecto es el mismo que si se hubiera empapelado la ciudad con ella. Y quería que el cuento saliera de la ciudad, no de la catedral. Nadie se cree lo que sale del recinto catedralicio, pero todos se creen lo que oyen en la barbería o en el pub, o lo que el chico de los recados le dice al botones del banco.

Puse mucho cuidado en todo. Si uno va a ser Anónimo, tiene que hacerlo bien; de lo contrario, se limitará a ir de incógnito. Un día laborable me fui a Londres y me gasté media corona en una oficina de mecanografía del callejón de San Martín. Y esto es lo que mecanografié:

Estimado Sr. Esto es un aviso. No se fíe de la mujer que se hace llamar «lady Hargreaves». Ni su título ni su dinero son verdaderos. Es una peligrosa integrante del IRA. Si en algo valora la catedral de Cornford, no la pierda de vista.

Y firmé: «Un irlandés».

Qué bien recuerdo aquella tarde. Estaba delante de la estafeta de correos de Charing Cross, y las multitudes pasaban zumbando a mi lado. No bien eché la carta en el buzón de «nacional», me quedé clavado en el sitio, mordiéndome las yemas de

los dedos y preguntándome si habría manera de sacarla. Enseguida me di cuenta de que había hecho una locura. Pero mi problema, como ya se habrán dado cuenta, es que nunca me doy cuenta de que he hecho una locura hasta que ya la he hecho.

Aquella noche fui al pub La Unión Afortunada y me senté solo en una esquina cerca de la chimenea. El viento aullaba y llovía a cántaros. Estaba triste. Lamentaba amargamente haber enviado aquella carta, la primera y la última carta anónima de mi vida. No sé si lo han intentado alguna vez, pero enviar cartas anónimas le deja a uno una sensación de vacío, de mezquindad, como si, al intentar ocultar su personalidad, lo único que lograra fuera dar a luz una nueva, completamente detestable. Siempre he odiado a ese tipo, Anónimo, cuyos poemas aparecen en tantas antologías; y en ese momento, entrando en el pub a hurtadillas, me odié profundamente.

La puerta se abrió de pronto y oí la voz de Henry, hablando con alguien que le acompañaba. Yo estaba en la parte del bar (mi padre y yo detestamos el salón), y esperaba que entrara Henry. Pero no lo hizo. Lo oí ir al salón y luego oí la voz de Pat Howard. Suspiré. Si Henry entraba en el salón con Pat Howard, más valía que dejáramos de ser amigos, pensé.

Bueno, el caso es que me puse a escuchar lo que decían. Anónimo lo habría hecho también, forma parte de su carácter. En cualquier caso, no podía evitar oírles: lo que no es más que una excusa típica de Anónimo.

—¿Qué le pasa a Huntley? —oí que decía Pat. Supuse que estaban tomando algún cóctel, como un *pink gin*.

—¡Sabe Dios!

Así que estas se gastaba Henry. Y casi oí sus hombros encogiéndose. Y luego siguió:

—Lo está pasando fatal con lo de esa Hargreaves.

—Se oyen las historias más extraordinarias que te puedas imaginar. Marjorie cree que Huntley ha perdido el juicio, ya sabes.

—¡Oh, no! En absoluto ha perdido el juicio —dijo Henry (me di cuenta de que no estaba cómodo con esa conversación)—. Pero la manera en que la Hargreaves esa se niega a reconocerlo seguro que para él ha sido un golpe espantoso.

—Siempre ha habido algo raro en Huntley —dijo Pat—. Ya de niños era raro. Demasiado introspectivo, ya sabes. Y no digamos su padre, bueno, ahí está claro, está como una cabra.

Me levanté. No podía soportar aquello. No. Era demasiado.

Entré en el salón y me acerqué a la barra. Henry y Pat eran los únicos clientes.

Henry se puso rojo como un tomate cuando me vio; y, cuando Henry se sonroja, se le sonroja hasta el cuello cabelludo. Me dio pena en cierto modo.

—Mira —le dije a Pat—, puedes decir lo que quieras de mí, y no me pienso pelear por eso. Pero como digas algo más sobre mi padre, Pat Howard, besarás el

polvo.

—¡Oh! No lo decía con mala intención —se apresuró a aclarar—. Tómame algo, anda. Yo...

—Claro que no lo decía con mala intención —dijo Henry—. Tómame algo y sé simpático con nosotros, muchacho.

—No —dije—. No me voy a tomar nada con vosotros. Y en cuanto a ti, Henry, espero que esa bañera se te atragante y te ahogue. Puedes ahogarte en ella...

—Venga, compañero, no sigas por ahí.

—Seguiré si quiero.

Pero, en lugar de seguir, me volví bruscamente y salí del bar. Una vez en la calle, me puse el abrigo por encima de la cabeza para protegerme del azote de la lluvia. Tenía ganas de suicidarme. Le tengo mucho cariño a Henry, y en ese momento sentí una profunda decepción. Todo el asunto Hargreaves se acumuló sobre mí como una nube densa. Me pareció que me faltaba el aire.

Mientras estaba delante del pub haciéndome estas consideraciones, se abrió la puerta y salió un hombre: llevaba un paraguas alzado, que intentaba abrir a tientas.

—Pues de verdad espero verla en misa el domingo, señora Paton. Ya sé que no le es fácil, pero debe intentar venir —le oí decir—. Buenas noches.

—Buenas noches, padre.

Era el padre Toule. Recordé que la señora Paton, la encargada del pub, era católica. Me perdí un momento en mis pensamientos, mientras lo veía subir la cuesta hacia la parroquia católica, que estaba en el callejón Betania. Entonces, eché a correr detrás de él.

—¡Padre Toule! —le llamé, a unos metros de él. Y él se volvió.

—¿Sí? ¿Quién me llama?

—Soy yo. Norman Huntley. De la librería Huntley. Se acuerda...

—Claro que sí, hombre. ¿Cómo está usted, señor Huntley? ¿Y cómo se encuentra su padre? Qué tiempo, ¿eh? Menudo viento.

—Sí, sí. Estoy bien, gracias. Al menos no... no, ciertamente. De hecho, querría hablar con usted, bueno, claro, si tiene tiempo.

—¿Oh? Sí, claro. Venga a la parroquia y tomaremos una taza de chocolate caliente. ¡Válgame Dios! ¡Qué nohecita!

Y lo era. Menuda noche. Luchamos contra el viento subiendo por la calle Candole, torcimos en la esquina de Northgate, y por fin bajamos por el callejón de Betania, junto a los campos de juego. Azotados por el viento y la lluvia, era imposible hablar de nada. El padre Toule insistía en compartir conmigo su paraguas, algo que me pareció amable, pero estúpido, ya que lo único que conseguía era que me goteara todo el agua por el cuello.

Entramos en la parroquia, y él encendió una pequeña estufa de gas en la sala. Ya había estado allí una vez que había ido a llevar unos libros. Entonces pensé que era un sitio de lo más lúgubre, con una atmósfera parecida a la de la sala de espera de un

dentista. Estaba lleno de cuadros religiosos y de flores secas, y en el medio había una mesa de nogal con un montón de secantes y otro de hojas parroquiales. Aquella noche, con el fuego de gas encendido parecía más acogedora. El padre Toule se afanaba para que me pusiera cómodo, me ofrecía cigarrillos, entraba y salía de la sala y bajaba por unas oscuras escaleras a la misteriosa cocina, donde se ocupaba de nuestros cacaos calientes. Por una de las ventanas abiertas entraba una corriente espantosa, pero no quería decírselo. Pasado cierto tiempo, el cacao estuvo listo, y me senté frente a la taza humeante, la revolví vigorosamente y pensé en cómo iba a decir lo que quería decir. Poco faltaba para las diez. El padre Toule no intentó hacerme hablar; solo dijo unas cuantas cosas sobre el tiempo y los libros. Es un hombre muy menudo, bastante joven, con unos ojos azules de lo más serio y una expresión en la cara de extraordinaria inocencia. Tiene una risita bastante cómica e intenta tanto que te sientas cómodo que no puedes evitar sentirte incómodo.

—Bueno... —Me atraganté con el cacao ardiente. ¡Cuánto más fácil habría sido todo si me hubiera ofrecido una copa de jerez!—. El hecho es que...

El cacao no tenía azúcar. Dudé si decírselo o dejarlo pasar.

—¿Sí?

—Padre Toule —dije, dejando el cacao sobre la mesa y decidido a zambullirme en la historia que había venido a contarle—. Padre Toule, imagínese que le contara algo fantástico, como que una ballena me había tragado y luego me había devuelto sano y salvo. Si le jurara que era cierto, no se reiría de mí, ¿no?

De hecho se rio, pero no de mí, lo que era bastante amable.

—Supongo que todo el mundo se rio del pobre Jonás, ¿no? Y no debió de ser fácil de sobrellevar. No, señor Huntley, intentaré no reírme. ¿De qué se trata?

—Mejor se lo digo cuanto antes. Estoy horriblemente preocupado. He creado algo. Creé una mujer. Está viva y reside actualmente en esta ciudad. Se llama... lady Hargreaves.

Se produjo un largo silencio. Ni una sombra de sonrisa cruzó su rostro, completamente inexpresivo. Y entonces dijo:

—¿Le ayudaría contármelo todo, señor Huntley?

Se lo conté todo, hasta lo del cisne. Lo único que me callé fue la noche que pasamos en el río. No soportaba la idea de que aquello se divulgara, y hasta las paredes de las parroquias oyen.

—¿Me cree? —pregunté.

—Creo —me respondió— que usted cree que lo que me ha contado es verdad. Nadie se iba a inventar una historia así.

—Yo podría —dije.

—¡Ah! —exclamó con una sonrisa—. Sí. Podría. Pero no creo que fuera capaz de subir toda la cuesta de la calle Candole hasta el callejón de Betania en una noche así solo para tomarme el pelo, ¿no, señor Huntley?

Moví la cabeza.

—Entonces, ¿me cree?

—Le dije que creía que usted creía que lo que me estaba contando era verdad. Pero de ahí a que esa sea la explicación verdadera... ¡ah! Eso es otra cuestión.

—¡Estoy completamente seguro! —dije, alzando la voz—. No sé por qué, pero estoy seguro. No puede haber otra explicación. Todo encaja con lo que me inventé desde el principio.

—Bueno, pues si está tan seguro de que ha... hecho usted a esta mujer, señor Huntley, ¿para qué acude a mí?

—Porque... porque... Bueno, no tengo pruebas, ¿no? Y ahora no sé qué hacer.

—¡Ah! No tiene pruebas. Entonces no está del todo seguro, ¿no?

—Ya veo. Usted también es de los que no me creen —dije, la voz cargada de amargura. La lluvia golpeaba los cristales; un calendario se batía contra la pared empujado por el aire que entraba por una ventana que no cerraba bien.

—¡No, no! —se apresuró a decir—. Al fin y al cabo, ninguno de nosotros puede saber lo que está en la mente de Dios, ¿no? Y...

—Eso es —dije—. Exactamente eso. Tenía la sensación de que usted... Ese santo que le interesaba... Por eso quería hablar con usted. Ese santo que volaba.

—¡Oh! ¿Se refiere a san José de Cupertino? Sí. No se deben tomar esas historias demasiado en serio. No hay muchas pruebas... coja otro cigarrillo... de que llegara a volar realmente. Se suponía que levitaba. Pero ni siquiera eso se sabe con certeza.

—¿Puede probarse todo? —dije. Y entonces recordé a mi padre diciendo que la única cosa de la que estaba completamente seguro era de que no sabía nada.

—Los fenómenos sobrenaturales no se pueden demostrar con pruebas naturales, señor Huntley.

—Pero yo sé que hice a la señorita Hargreaves. Lo sé, padre. Yo...

—Espere un momento. Espere un momento. Me gustaría sugerirle que no es más cierto que usted creara a esa señorita que que san José de Cupertino volara en su iglesia. Dios podría, claro está, en sus caminos inescrutables, haberle utilizado a usted para demostrar una maravilla que de momento no somos capaces de comprender. Podría haber hecho una cosa así, sin duda.

—Eso es. Eso es lo que quiero decir.

—Y puede que haya, claro está, una explicación perfectamente natural que de momento se nos pasa por alto.

—¡Yo no necesito explicaciones naturales! —exclamé.

—¿En serio, señor Huntley? —Sonrió.

—Suponga —continué yo— que estuviera fuera de toda duda que nadie en el mundo hubiera visto u oído hablar de la señorita Hargreaves antes del día en que pronuncié su nombre por primera vez, suponga que apareciera en el mundo, de pronto, en aquel momento. ¡Vaya! Pues entonces, eso significaría necesariamente que yo la creé, padre Toule.

—No, señor Huntley. Eso significa que debe de haber una explicación

sobrenatural.

—Pero esa es la única explicación sobrenatural.

—¡Oh, no! Dado que realmente no sabemos nada de lo sobrenatural, podría haber un millón de explicaciones sobrenaturales. Hay una posibilidad bastante obvia. Me limito a exponérsela. Hay precedentes para creer que es posible levantar a un cadáver de la tumba. Pero sin duda usted ya lo habrá pensado y rechazado.

Me quedé callado.

—No... no me gusta esa idea —dije despacio.

—Ah. ¿Prefiere la otra, entonces? Sí. Lo entiendo. Me pregunto... —Se calló un instante—. Iba a decir —sugirió— que, tal vez, apaciguaría un poco su espíritu si fuera a Lusk en algún momento y comprobara si por casualidad hay alguna tumba en el cementerio que tenga el nombre de esa señora... o tal vez, alguna placa en la propia iglesia. Lo que intento sugerirle es que podría haberse fijado inconscientemente en el nombre, de camino a la iglesia, y haberlo sacado luego, sin darse cuenta de que lo había visto.

—Pero no me estará queriendo decir... esto... que la resucité de entre los muertos... la cacatúa... todo... no. Yo...

—¡Oh! No quiero añadir aún más preocupaciones a las que ya tiene. Se trata solo de otra posible explicación sobrenatural. Sea como fuere, creo que una visita a la iglesia de Lusk le ayudaría a hacerse una perspectiva más clara sobre el caso. ¡Qué interesante todo ello! Creo que le tendría que decir a aquel sacristán que le estaba gastando una broma. Perdone que le exprese esta opinión, pero, tal vez, fue un poco cruel. Claro que fue sin querer, sin duda, señor Huntley.

—¿Sabe?, nunca se me había ocurrido.

—Él, ¿entiende?, cree firmemente en la existencia de esa señora, aunque no la haya visto nunca. La haya o no creado en carne y hueso, sin duda la ha creado en la cabeza de ese hombre. De hecho, ha plantado en la cabeza de ese hombre lo que puede ser una mentira.

—A no ser... que la resucitara de entre los muertos.

—Sí. Pero yo no insistiría mucho en esa idea. Tal vez ha sido una tontería por mi parte sugerírsela.

—Es horrible, padre Toule. No habrá un alma que me crea. Y no puedo remediar las ganas de decírselo a todo el mundo, de hacer que me crean, de hacer algo que les obligue a creerme. Ese cisne, por ejemplo...

Por primera vez en el transcurso de la conversación, frunció el gesto.

—Yo tendría mucho, pero que mucho cuidado —dijo—. Si de verdad cree que está dotado de algún extraño poder sobrenatural, debe andarse con mucho cuidado, en verdad. Debe aprender a ser muy humilde. Rezar y aceptar la voluntad de Dios. Yo no intentaría profundizar demasiado. Me honra que haya venido a mí, señor Huntley. Acepto todo lo que me ha contado como si estuviera bajo secreto de confesión...

—Igual me da a quién se lo diga.

—Prefiero no decírselo a nadie, señor Huntley.

—Es usted muy amable —mascullé. Seguí sentado un momento, mirando las llamas del gas. El padre Toule sofocó un bostezo. Y yo me levanté enseguida.

Nos dirigimos a la puerta.

—Venga a verme cuando quiera —dijo.

—Sí, gracias. Observaré... la mayor discreción, como me ha sugerido.

—Me pregunto —susurró él— si estará bautizada.

—¿Por qué?

—No tiene importancia. Es un problema inmenso, señor Huntley. Demasiado grande para nuestras pequeñas inteligencias, me temo. Espero, para su propia tranquilidad, que el misterio tenga finalmente una sencilla explicación y que usted la descubra pronto.

Pero el problema era que yo no esperaba eso. Cuando volvía a casa bajo la lluvia, reflexionando sobre la charla que acababa de tener, supe que prefería una explicación sobrenatural. Me quedé delante de las verjas de Lessways sus buenos cinco minutos, pensando que allí dentro, tal vez metiéndose en ese momento en la cama, estaba la mujer que yo había creado; o la mujer que yo mismo había resucitado... de entre los muertos.

Había una carta para mí en el recibidor. La agarré con rapidez al reconocer al instante la letra grande y florida.

—¿Eres tú, Norman? —me llamó mi madre desde el salón—. Tenemos los nuevos discos del *Mikado*, ven a oírlos.

—No, ahora no, madre —dije.

Corrí escaleras arriba, pasé por delante del estudio de mi padre y seguí un piso más hasta mi cuarto, en lo más alto de la casa. Hacía frío. Encendí la estufa eléctrica, corrí las cortinas y me puse el batín, uno que un tío de Henry había traído de Persia, una prenda alegre, que te daba tranquilidad. Encendiendo un cigarrillo, me quité los zapatos. Me contrarió ver que me temblaban las manos. «¡Estás nervioso, idiota!», me dije. Entonces rasgué el sobre y saqué la carta de Connie. Un minuto después, me arrellanaba en la butaca. Anónimo sin máscara, vencido, hecho papilla.

Esto es lo que decía la carta:

Lessways, 24 de octubre

Una carta anónima que contenía una escandalosa calumnia contra lady Hargreaves acaba de llegar a manos del señor Carver, quien se proponía llevarla directamente a la policía. Lady Hargreaves tiene a bien anunciar al señor Norman Huntley que es perfectamente consciente de la identidad del cobarde villano que, al infame amparo del anonimato, tiene la osadía de lanzar semejantes maledicencias contra ella. Si no fuera por el hecho de que recuerda cierta ocasión en la librería Blackwell's de Oxford, no haría nada para impedir que el señor Carver solicitara la intervención de la ley. Pero en razón de una antigua cortesía, ha decidido no divulgar la verdad.

Lady Hargreaves está dispuesta a pasar por alto, incluso a olvidar, este vergonzoso ataque a su integridad. Se defenderá, si fuera necesario, a su manera y a su tiempo. Que no se piense, sin embargo, que

el señor Norman Huntley escaparía una segunda vez en el caso de que se le ocurriera perpetrar nuevos ultrajes contra su persona.

El arrepentimiento hizo presa de mí; me sentí profundamente avergonzado y lamenté amargamente lo que había hecho. Contemplé un futuro desolado. Recordé todo lo que había dicho el padre Toule. Me acosté, pero estaba obsesionado con ella y no logré conciliar el sueño. Tenía la ventana entreabierta y desde el otro lado de la calle, a través de otra ventana medio abierta, me llegaban unos leves acordes de arpa. ¿Qué melodía era? Escuché, la perdí unos instantes al pasar un autobús nocturno, y luego volví a percibirla mejor. Era *Over the Sea to Skye*. Una canción encantadora. ¿Eran fantasmagóricos los dedos que pulsaban las cuerdas? ¿Tendría razón el padre Toule? ¿Encontraría, si volviera a Lusk, una tumba con las palabras «Constance Hargreaves» grabadas en hermosas letras neoclásicas? ¿Y descansaría eternamente en paz? ¿Estaba ella, tal vez, tan poseída por mí como yo lo estaba por ella? ¿Quién poseía a quién?

Si pudiera deshacer, si pudiera deshacer lo que había hecho en la iglesia de Lusk, me decía quejumbrosamente, daría diez años de mi vida. ¿Y si volvía a Lusk, le decía al sacristán que todo era una gran mentira y, junto a aquel horrible facistol, negaba que hubiera conocido nunca a aquel «querido reverendo Archer»? ¿Y si poniendo toda mi voluntad, deseaba con todas mis fuerzas que ella volviera al lugar que le correspondía, estuviera este donde estuviera?

El estudio de mi padre está justo debajo del mío. Tumbado en la cama lo oía tocar el violín. Agucé el oído. ¿Sería verdad lo que estaba oyendo? Él también estaba tocando *Over the Sea to Skye*. Al igual que yo, debía de haber oído a Connie tocar el arpa y, consciente o inconscientemente, había terminado tocando la melodía. El arpa se calló. Cuando llegó al final de la canción, mi padre también dejó de tocar. Se volvió a oír el arpa. Esta vez era *The Wearing of the Green*^[24]. Más o menos por la mitad de la canción, padre cogió la melodía, y durante un momento, el arpa y el violín sonaron juntos, el arpa casi perdida, lejanamente audible.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Aquella música era hipnotizadora, como de otro mundo; no quería que acabara nunca. «Sigue, Connie, sigue —me dije—, sigue, no pares». Pero no siguió. Y un momento después vi a alguien que avanzaba por la senda del jardín de Lessways y se acercaba a la verja, salía a la calle, cruzaba la calzada y se paraba debajo de la farola, justo debajo de la ventana de mi padre. Era Connie. Y algo me decía que era la antigua Connie, la Connie que se había sentado en la tribuna del órgano conmigo y había tocado el *Largo* de Haendel. Llevaba un abrigo negro e iba con la cabeza descubierta. Mi padre estaba tocando *Greensleeves*^[25], muy despacio y con cierta melancolía. Connie no se movió del sitio y con la cabeza gacha, agarrando el bastón con una mano, seguía suavemente el compás de la melodía con la otra.

—¡Oh, bravo, bravo! —la oí decir para sí cuando padre terminó de tocar.

Yo abrí un poco más la ventana y me asomé. ¿Nos reconciliaría, tal vez, la música?, pensé.

—Señorita Hargreaves —la llamé en voz baja—. Señorita Hargreaves.

Pero no me oyó. Volví a llamarla, un poco más alto. Esta vez alzó la cabeza rápidamente. No me dio la oportunidad de decirle nada. Rápida como el rayo, cruzó la calle y desapareció en el jardín de Lessways. Oí un portazo, y aunque había una calle por medio, además de los dos jardines, sentí como si me hubieran dado con la puerta en las narices.

Fue a la noche siguiente, o un día o dos después —mi diario de esos extraños días es muy confuso—, en cualquier caso, fue poco después de aquello cuando fui al pub y tuve con mi padre la conversación más extraña e interesante que haya tenido con él en mi vida. A decir verdad, estaba bastante achispado. Había perdido la partida en el campeonato de bolos de mesa, y cuando pierde siempre bebe un poco más de la cuenta. No quiero decir con esto que mi padre sea un borracho; no se hagan esa idea. Solo una o dos veces lo he visto como estaba aquella noche; la otra ocasión fue cuando Horace, el gato, arañó el barniz de su violín.

Entré en el pub como a las nueve y media y lo encontré, por una vez, sentado solo en mi rincón favorito, debajo de la fotografía enmarcada de todos los reyes de Europa; la foto había sido tomada en 1912, cuando había reyes suficientes para formar un grupo pasable. Alguien, hacía años, había pegado un sello de medio penique encima del káiser, y ahí seguía.

En la chimenea ardía un gran fuego y el bar estaba bastante vacío.

—Pareces triste, papá —le dije.

—Curda —me dijo a modo de respuesta. Y yo me pedí una pinta de cerveza tostada. Mi padre dirigió una mirada vidriada a la fila de jarras de cerveza vacías que tenía sobre la mesa—. Janus perdió los tres-treinta —continuó—. Lo respaldé, hijo, de todos modos. Tenía que hacerlo con semejante nombre. Janus tenía algo, dos codos o dos orejas, algo, no sé^[26]; en cualquier caso, era doble. Ponme aquí un poco de ron. Y háblame. Cuéntamelo todo.

Cogí su jarra de cerveza mediana y me acerqué a la barra y pedí que le pusieran un chorrito de ron.

—Cuéntame algo —me volvió a decir cuando volví.

—¿Estás para hablar de cosas serias, papá?

—En mi vida he estado más serio, hijo.

—Bueno, pues dime: ¿crees que se puede resucitar a los muertos?

—Nunca lo he intentado. Pero diría —se llevó el vaso a los labios y bebió un trago— que sí.

Acerqué mi asiento al suyo. No quería que todo el bar oyera de qué estábamos

hablando. Le conté mi charla con el padre Toule. Mi padre tardó en hablar, ni siquiera se llevó el vaso a la boca.

—Un fantasma nunca tocaría el arpa tan bien como ella —me dijo al fin.

—¿Sabías que anoche cruzó la calle y vino a escucharte, papá?

—Es una mujer estupenda. Me gusta. No me gustaría pensar que es un fantasma.

—A mí tampoco. En absoluto. Pero... me estoy empezando a asustar, papá. —
¿Debía decirle lo de la carta anónima y su respuesta? No. Todavía no—. Sí, puede que sea una mujer estupenda —continué—, pero últimamente se está volviendo un poco siniestra. ¡El portazo que dio! Te lo digo, me la tiene jurada por algo. Y no es un juramento normal.

—Estoy un poco confuso, hijo. ¿Es esa la mujer que te inventaste?

—¿De verdad crees que me la inventé? ¿De veras?

Se inclinó sobre la mesa, me miró con esos ojos suyos, imposiblemente ambiguos, y me agarró de la manga.

—Mira, Norman, hijo, yo te creo. Te creo. Yo me lo creo todo. No creo que nada sea imposible.

Por un vez, supe que hablaba en serio. Siempre que mi padre emplea profusamente la palabra «yo», significa que lo que dice lo dice en serio.

—Sigue, papá —dije—. Habla.

—De niño quería tener un lagarto, soñaba con un lagarto. Era en Sudamérica, donde todos tenían lagartos, todos los niños tenían lagartos menos yo. Una vez me senté debajo de un ficus y dije: «Tengo un lagarto nuevo precioso, el mejor lagarto que haya salido de un huevo de lagarto». Sentí un dolor en la mano, pero no conseguí saber de dónde venía. Y seguí diciendo lo del lagarto una y otra vez. Y de pronto el dolor en la mano se hizo más fuerte y entonces la miré: un lagarto más largo que mi violín me estaba mordiendo el dedo meñique. Bueno, pues ahí tienes. ¿Te he contado lo de los elefantes? Yo...

—Sí, sí me lo has contado. Pero, hombre, papá. Eso era solo un lagarto que se te había subido a la mano, normal. O sea...

—Un lagarto vivo —golpeó con el puño en la mesa—. Ese año había habido un plaga de lagartos y casi todos habían sido exterminados con veneno, menos los domesticados que tenían los chicos. Te estoy diciendo que aquel lagarto estaba enseñado para venir a mí; te digo que yo hice ese reptil. Ahora está en el zoo. Lo doné. Demasiado para mí.

—Sí, pero... —me enjuagué el sudor de la frente.

Mi padre me miró, solemne, y se dio un golpecito en el bigote con la patilla de las gafas.

—Podría resumirte todo el asunto en una cáscara de nuez. En cuatro palabras...

—No me vengas con Tennyson. O gritaré.

—¡Maldita sea! —Volvió a golpear la mesa—. ¡Era lord Tennyson! Ahora recuerdo aquellas palabras. Escondido detrás de la columna estaba y tiró un trozo de

papel. Había cuatro palabras escritas. Y las leí.

—¿Y qué demonios decían?

—El pensamiento creativo crea.

—Y ¿ya está?

En ese momento no me pareció mucho.

Mi padre me miró furioso.

—Pues ya es bastante, ¿no? Es la clave de todo el misterio, y tú me preguntas si ya está. Esa no es manera de tratar a tu padre, muchacho; de ninguna manera.

—Lo siento, papá.

—Y debes sentirlo. Estoy intentando ayudarte. Veo lo que está pasando. Lo sé. No es un fantasma. El pensamiento creativo crea. Más gente de la que tú te crees en este mundo empezó su vida de esta manera. ¿Te das cuenta de que millones de personas le escriben cada año cartas a Sherlock Holmes? Y siguen excavando en Gray's Inn Road...

—Baker Street...

—Bueno, dondequiera que viviera el tipo, siguen excavando para encontrarle. Su correo es el más abundante de todos, deja atrás al de Santa Claus y al de una criatura que pusieron en una iglesia en Italia el domingo de Ramos, ¿o era el día de la Ascensión? Tu señorita Holway es otra. Estoy orgulloso de ti, hijo. ¡Orgulloso de ti! —Se llevó el vaso a los labios, bebió y movió la cabeza varias veces.

—Bueno, me hace muy feliz que alguien esté orgulloso de mí, en cualquier caso. Pero no me gusta esto, papá. Lo mires por donde lo mires, no me gusta nada. Daría cualquier cosa por no haberlo empezado nunca. Me siento fatal. Todos están hartos de mí. Hasta Henry me rehúye. Todos creen que estoy mal de la cabeza, y ya no aguantan que les hable de ella. Nunca me he sentido peor. Me está destrozando la vida.

—Claro —dijo mi padre muy despacio—, has sido tonto.

—¿Por qué?

—Hijo mío, te advertí hace años. Sabía que tenías este don. Yo también lo tengo. Pero no lo uso. Si vas por ahí jugueteando con las cosas del espíritu, tendrás que atenerte a los problemas que surjan. Mira la Pitonisa de Endor^[27].

—Pero la señorita Hargreaves no es como ella.

—Mmm... —Mi padre movió la cabeza lentamente y le dio una patada a la brasas con la punta del zapato—. Pero lo será.

—Lo será... —Lo miré fijamente y él me devolvió la mirada, muy serio. Me levanté. Estaba sofocado, mareado—. ¡Dios mío! —exclamé—. Tengo que ponerle fin a esto de alguna manera.

—Ten cuidado —dijo—. Ten muchísimo cuidado. Porque se vuelven y te muerden, hijo. Tal era mi zozobra que casi llegué a hacerme opiómano. Fue por entonces cuando me casé con tu madre. Hagas lo que hagas, hijo, no tomes drogas.

—Te dan ganas de probar cualquier cosa, ¿verdad?

—Dicen que Raleigh fumaba opio en la torre. Por cierto, ¿has estado alguna vez en la torre?

—Padre, no te vayas por la ramas, por favor.

Pero a mi padre ya no le interesaba el tema.

—Qué extraordinario, cortar todas esas cabezas. Una vez llevé a tu madre a visitarla, pero estaba cerrada por obras.

Soñadoramente, su mano se curvó en torno a la jarra de cerveza. Me di cuenta de que se avecinaba una historia.

—¿Y si voy a Lusk y hago todo lo que esté en mi mano?

—Claro que nunca fui un gran admirador de Raleigh —susurró mi padre—. Mira todo ese asunto de su capa, por ejemplo^[28]. Demasiado ostentoso. Y luego hubo lo de Blenheim. ¿Quién perdió la batalla de Blenheim? Toda la campaña fue una pura locura. ¡Si no tenían pólvora! Mira esta jarra de cerveza: es Austerlitz. Este florero es Wellington; este cenicero, Nelson. ¡Eh, señorita, tráigame una pinta! Bueno, ¿lo ves? No se puede hacer. Tolstói demuestra en... ¿Cómo se llama ese libro tan largo sobre la paz y la guerra?

Lo dejé allí y me fui. Sabía que esa noche ya no podía sacar nada más de él.

«El pensamiento creativo crea», musité para mí una y otra vez. Me fui a dormir con esas palabras en la cabeza. Me desperté, sudando, de una pesadilla. No la voy a contar porque los sueños de los otros son siempre aburridos, y aunque me aterrara a mí, no tiene por qué aterrar a otros. El caso es que, cuando desperté de esa pesadilla, me encontré musitando una y otra vez cuatro palabras. Y estas palabras eran: «El pensamiento destructivo destruye».

A la mañana siguiente estaba en la librería, en el piso superior, intentando localizar el diccionario de griego de Liddell y Scott para un cliente, cuando oí que se abría la puerta y que entraba alguien. Entonces oí también un bastón golpeando el suelo. Me acerqué corriendo a la cima de la escalera y escuché.

—¡Ah, señor Huntley! Nos conocemos, ¿no?

—Digo yo que sí. Alcánceme ese peón, ¿quiere? Ahí lo tiene, al lado del pie.

—Soy lady Hargreaves, señor Huntley.

—Sí, claro. ¿Juega al ajedrez?

—Más o menos. Pero he venido a hablarle de música.

—Música. Sí. Mmm... ¿Música? ¿Le gusta la música?

—No podría decir que me gusta la música, señor Huntley. Para mí, la música es como el aire que respiramos. No podría vivir sin ella.

—Mmm... Yo siento lo mismo con respecto a la comida, así que tenemos algo en común. ¡Maldita sea! Voy a hacerle jaque mate al rey que no toca.

—Yo toco el arpa.

—¿Ah? ¿Entonces es usted arpista? ¿O arpía? ¡Estupendo! La oí anoche.

—Y yo a usted, señor Huntley. Y permítame que lo felicite. Y como juez soy bastante severa.

—Gracias. Tome asiento, si encuentra alguno. La gente por lo general se sienta en los libros. Ahí tiene la *Enciclopedia británica*. Dio un recital en Bath. ¿O fue en Gales?

—No he llegado a ese nivel, nunca he dado recitales públicos, querido señor Huntley.

—¿Privados, pues?

—Para eso precisamente he venido a verlo. Estoy pensando en celebrar una pequeña velada musical en Lessways. Y me gustaría mucho que usted tocara el violín.

No podía creer lo que estaba oyendo. Después de aquella carta... y todo lo demás. La música, entonces, nos había reconciliado. ¿Me alegraba de ello? No lo sabía.

—Buena idea —dijo mi padre—. Podemos tocar el *Doble concierto para violín en re menor* de Bach. Mejor que vaya ensayándolo.

—Pero ¡si yo toco el arpa!

—¡Ah, claro! El arpa.

—Yo tenía en mente un grupo de solos para usted, señor Huntley... entre ellos una pequeña composición mía, que creo que usted interpretaría muy bien. Se trata de una *Canzona* inspirada por un chochín que cantaba en un sauce.

—Extraños pájaros los chochines. Recuerdo uno que tenía hipo. Sí... ciertamente. Tocaré mi melodía para cuerda en sol. Norman puede acompañarme. Squeen, encárgame enseguida una cuerda de sol. ¡Qué casualidad, lady Harton! Squeen también toca el violín. Uno diría que tendría que tocar la flauta, ¿no es así?

—¡Oh! ¿Por qué?

—Por su forma de mirar de soslayo. Le va mejor la flauta que el violín.

—Bueno, pues entonces yo tocaré unos solos para arpa. Y en cuanto a los acompañamientos de sus piezas, mi *Canzona* incluida, yo misma me ocuparé de ello.

—¡Oh, no! —saltó mi padre—. Debe tocar Norman. ¡Eh, Norman! —me llamó—. ¿Estás ahí arriba? Baja. Lady Harton quiere que toques en su concierto. Vamos a tocar mi melodía. Pero ¿dónde estás?

Yo seguí sentado, completamente rígido, y no contesté. Supongo que lo de escuchar las conversaciones ajenas era parecido a fisgar, pero yo no lo había buscado, sino que las voces habían venido a mí.

—No te puedes fiar de él, de mi hijo, digo —dijo mi padre—. Nunca sabes dónde puede estar. Pero eso no quita para que sea muy buen músico. Seguro que acepta. Ya me encargo yo de decírselo.

Se produjo un momento de silencio. Oí que mi padre susurraba «jaque», y luego habló ella:

—Señor Huntley, quiero ser franca con usted. No quiero que toque su hijo.

—¿Oh? ¿Por qué? Pensaba que usted y él eran uña y carne.

—¡En absoluto! Es un tema muy espinoso para mí. No tenía intención de tocarlo. Pero ya que me obliga a hacerlo...

—Siga, siga. La estoy escuchando. Jaque.

—Como bien sabe, señor Huntley, su hijo tuvo la buena fortuna de salvarme la vida. Fue, y me desagrada profundamente decirlo, de lo más incompetente; no me cabe la menor duda de que habría estado fuera del hospital muchas semanas antes si él hubiera ido a buscar inmediatamente al personal sanitario adecuado. De todos modos, no le faltó buena intención, no se puede negar. Pero porque le hayan salvado la vida, señor Huntley, uno no se convierte en propiedad de su salvador. ¡Oh, no!

—Ciertamente no —convino mi padre—. Tiene razón.

—Siento decirle que mucho me temo que su hijo haya perdido la cabeza. No contento con asediarme mientras estuve en el hospital, me invitó a venir a su casa. Y, tonta de mí, acepté. Soy poetisa, como sin duda ya sabe, señor Huntley, y creyendo, como creo, que la semilla del arte poética no da fruto en un solo suelo, siempre he procurado ampliar mi gama de experiencias.

—Claro, pero los mejores frutos se obtienen cuando uno se aferra a un mismo suelo. ¿Y cuánto paga, por cierto?

Pasando por alto esta pregunta, ella continuó, alzando la voz con vehemencia:

—Vengo a Cornford. ¿Y qué encuentro? ¿Qué encuentro? ¿Una cálida bienvenida? Nada más lejos de la realidad. ¡Una sarta de insultos es lo que encuentro! No por su parte. ¡Oh, no! Ni por la de la señora Huntley. No me cabe la menor duda de que habríamos sido buenos amigos, o, al menos amigos. Pero su hijo... —Se le quebró la voz en un sollozo de rabia—. No voy a hablar de esto. No tengo ganas de hablar mal de él.

—Pues hablemos de cualquier otra cosa —dijo mi padre, quien debía de estarle decepcionando enormemente.

Pero ella siguió.

—Una se aleja buscando la inspiración, señor Huntley. El verdadero manantial raramente surge en el fuego del hogar. Las aguas del Leteo, supongo, corren más libremente en el Támesis que en una taza de té.

—Por cierto, ¿ha visto nuestra nueva tetera? Es de un tipo nuevo, distinto.

—Sin embargo, incluso ahí, le parece bien venir a importunarme, interrumpiéndome con una brusca llamada cuando estoy a punto de comenzar la cuarta estrofa de un poema que, luego, tonta de mí, le regalé. De lo que ha sucedido desde entonces no puedo hablar. Me resulta demasiado doloroso. Es realmente lamentable que un joven inteligente haya caído tan bajo como ha caído él. Espero haber dicho lo suficiente para dejarle claro que, con la mejor voluntad del mundo, me resultaría muy difícil invitarlo a mi casa. Espero que entienda, por cierto, que lo estoy invitando a usted en calidad de músico profesional.

Se produjo un largo silencio.

Y entonces:

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó mi padre—. ¡Ah, sí, su concierto! Oh, sí. ¿Cuándo es?

—Dentro de una semana, si le parece a usted que tiene tiempo suficiente para prepararlo. Tal vez, le apetezca venir a verme esta noche; le podría enseñar mi *Canzona* y podríamos tocarla juntos. Venga a tomar café sobre las nueve.

—De acuerdo. Prepararé un programa con Norman. Le gustará mi melodía. ¿Cuánto paga, ha dicho?

—¡Oh! Yo no pago una tarifa fija, señor Huntley. Si nos envía usted sus honorarios después del recital, me encargaré de que le paguen.

—De acuerdo. Le enviaré también los de Norman.

(«¡Bravo, padre!», dije para mis adentros).

—Señor Huntley —dijo lady Hargreaves fríamente—, ¿no le he dejado clara mi posición en relación con su hijo?

—¡Oh, bueno! Ya arreglaremos eso más tarde. Mejor me da una copia de ese *Canon* de Peacock del que no para de hablar, para que Norman y yo podamos ir ensayándolo. Por cierto, ¿quiere la obra completa de Beaumont y Fletcher en un estado impecable? Sin expurgar. Quedaría formidable en sus estanterías. Le leeré un trozo. Es un material picante y...

—Buenas tardes, señor Huntley. Buenas tardes. Lo espero a las nueve.

La puerta se cerró; se había ido. Bajé.

—Has estado genial, papá —dije—. Aunque me mataran, no tocaría para esa bruja.

—¡Hombre! ¿Dónde estabas? ¿Encontraste la *Morte d'Arthur* de Beardsley?

—No te creerás lo que ha dicho de mí, ¿verdad?

—¿Quién? ¡Oh! Lady Hurley. ¿Qué dijo? Me parece que no me enteré bien de todo. Tenemos que ir a tomar el té esta noche a las nueve. Es una pena. Había quedado para echar una partida de bolos de mesa.

—No quiere que yo vaya. ¿No lo has oído?

—Tenemos que hacer un buen programa —dijo mi padre—. Podría meterme con esa sonata de Delius. Y tocaré aquello de Svendsen. Es un poco anticuado, pero me gusta.

VIII



«Decido poner las cosas en claro de una vez por todas con C. H. *Oh, Tú, el gran lucero*. El pensamiento destructivo destruye».

Qué vívidamente me recuerda esta frase de mi diario la tarde del 26 de octubre. Lady Hargreaves ocupaba su sitio habitual en los estalos. Archie Tallents tenía un solo en el himno de Gibbons, *Oh, Tú, el gran lucero*. Todavía lo estoy viendo, abriendo su boca inmensa y gorjeando sus melifluos tonos directamente para ella. Era una costumbre de Archie la de escoger a un miembro en concreto de la congregación y cantar para él. Le llamaba a esto su «toque personal». La sombra de una sonrisa cruzó la cara de Connie. «Sí —pensé con amargura—, si yo te cantara así, me pondrías mala cara y enseguida irías a dar cuenta al deán de mi comportamiento irreverente». Me hervía en la cabeza la conversación que había tenido esa mañana con mi padre. Fue un momento crucial en mis relaciones con ella. ¿Era justo que me atacara de aquella manera? Si padre podía tocar en su concierto, ¿por qué yo no? ¿Podría seguir sufriendo en silencio sus insultos durante el resto de mi vida o de la suya? El pensamiento destructivo destruye... el pensamiento destructivo destruye. Hoy, me juré, veremos lo que puede hacer verdaderamente el pensamiento destructivo. Había llegado el momento de poner fin a todo aquello. Después del oficio de la tarde, iría a Lessways y le demostraría de una vez por todas quién era el amo. Mientras Archie babeaba alegremente y, en el exterior, el viento batía contra los muros de la catedral, en mi cabeza se agolpaban pensamientos como este.

Terminado el servicio de la tarde, me quité la túnica de un tirón y recorrí a toda prisa la nave sur. Delante de mí, a bastante distancia, la vi salir por la puerta oeste. Corrí, corrí de verdad. Y recordé que no hacía mucho tiempo, en este mismo edificio, ella había sido la perseguidora, y yo el perseguido; empecé a entender entonces qué quería decir el salmista cuando se lamentaba del hierro que entraba en su alma. No sé si alguna vez les han clavado un hierro en el alma, pero les aseguro que es espantoso.

Su coche arrancaba justo en el momento en el que yo salía por la puerta oeste. Sobre la pista, salté al sillín de mi bicicleta y pedaleé furiosamente hasta Lessways. Apenas hacía unos minutos que ella había llegado; el coche estaba todavía en la entrada. Golpeé el llamador. Casi al instante, se abrió la cortina de una ventanita que daba al porche. Lady Hargreaves miró por la ventana. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Luego volvió a cerrarse la cortina, y oí sus pasos alejándose hacia el fondo de la casa. Esperé y volví a llamar.

Austen, el chófer, apareció por un lateral de la casa, desde el garaje. Me volví al oír sus pasos en la grava.

—¿Desea algo? —preguntó. Parecía inmenso y decidido. Deseara lo que deseara

yo, estaba claro que aquel tipo no me lo iba a dar.

—Deseo ver a la señorita Hargreaves —dije—. De inmediato. —Intenté dar un tono de importancia a mi voz.

—Aquí no vive ninguna señorita Hargreaves. Inténtelo un poco más abajo. Y eso es un llamador, no un martillo.

—A lady Hargreaves, entonces.

—La señora está tomando el té. Si viene a venderle algo, no nos hace falta de nada. Pero la señora, con su habitual amabilidad, me dijo que le diera...

Furioso, le golpeé la mano con la que me ofrecía una moneda de media corona. Austen me miró con curiosidad unos instantes, los labios fruncidos, como considerando que era lo mejor que podía hacer.

—No quiero hacer daño a nadie —dijo— y menos a un alfeñique como usted, no, no quiero. No soy de esos.

Entonces sí que me puse furioso, porque no soy un alfeñique, mido casi un metro ochenta.

—No voy a pasarle ni una insolencia más —le espeté—. He venido a ver a lady Hargreaves, y si no me abre la puerta, la echaré abajo.

—Ajá. ¿Así que eso va a hacer? De acuerdo. Pues entonces yo voy a llamar a la policía.

Se volvió y desapareció por donde había venido.

—¡Cobarde! —le grité—. ¡Cobarde!

Corrí tras él unos cuantos pasos. Luego me paré. Si de verdad llamaba a la policía, me lo pondría aún más difícil.

Vale, pensé. Vale. Encontraré otra manera. Recorrí el camino hasta la entrada, donde había dejado la bicicleta.

Bajo los rododendros, vi que algo plateado brillaba en la tierra. Cogí la bicicleta y la empujé hasta la calzada, vacilé y volví. No veía por qué no me iba a quedar con la media corona. Después de todo, era más mía que suya.

Janie había servido el té. Me senté y me corté un trozo de pastel. Una idea me bullía en la cabeza; una gran idea, de momento aún por desarrollar. Como es habitual, resultó ser una locura, pero entonces no lo vi. Las ideas, como estoy seguro de que ya se han dado cuenta, surgen en mí como una erupción volcánica; antes de saber dónde estoy, ya he empezado a revolcarme en mi propia lava.

Y así fue entonces. Me bebí el té de un trago, corrí al teléfono y llamé a Cornford 4277, el número de Lessways. Otro de mis peligrosos «impulsos».

Respondió una doncella, y le pregunté si podía hablar con lady Hargreaves. ¿De parte de quién? Dudé un instante. ¿De quién podría ser? Desde luego no de Norman Huntley. Entonces, perdiendo impulso, caí en picado en la realidad y respondí: «De parte del deán». ¿Podía aguardar el deán? Podía. Y aguardó.

Un segundo después la voz de Connie llegó, cordial, a mis oídos.

—¡Qué amable por su parte haber llamado, mi querido deán! Precisamente le estaba enviando una invitación para una pequeña velada musical que voy a ofrecer la semana que viene. Espero que pueda venir. ¿Sí?

—Encantado —musité.

—He contratado a un músico local para la ocasión. Un ser bastante interesante, aunque un tanto excéntrico.

—¿Y de quién se trata, si se puede saber?

—Un tal Huntley. Es librero. Siempre he creído en la importancia de animar a los aficionados con talento.

—¡Oh! Desde luego, desde luego.

—Creo que tiene grandes dotes para el violín. Por cierto, deán, ahora que estoy hablando de este hombre, me pregunto si le puedo molestar con un asunto que últimamente me está causando una preocupación considerable.

Tardé en responder. ¿Debía molestar al deán?

—Desde luego —dije. Janie salió de la cocina con un plato de pan con mantequilla. Le indiqué con un gesto de impaciencia que me dejara solo.

—Se trata —continuó lady Hargreaves— del hijo de este Huntley. Me trae a mal traer su insistencia en que es amigo mío solo porque un lamentable accidente lo puso en mi camino. ¿Qué puede hacer una con gente así, deán?

(¿Qué podía uno hacer?).

—¿Quiere que...? —me interrumpí y tosí—. ¿Quiere que hable con él?

—¡Qué buena sugerencia! Pero primero me gustaría hablar con usted. Hay otro asunto, también, bastante más serio. ¿Podría pasarme mañana después del oficio de la mañana?

Volví a dudar. ¿Quería verla aparecer después del oficio? ¡No! Enseguida vi lo que tenía que hacer. Se iba a caer en el hoyo que ella misma había cavado para otros, hasta el fondo.

Y dije:

—Estaba a punto de ir yo a visitarla, de hecho. Por eso llamé. ¿Le parece bien? Quería hablar confidencialmente con usted sobre el espinoso tema de la hora de cierre de la catedral.

Buen anzuelo. Lo mordió casi con voracidad.

—¡Oh, espléndido! Claro, venga cuando quiera. ¡No faltaría más! Por cierto, ese hombre, Cornelius Huntley, vendrá a las nueve. Tal vez, podríamos hablar con él de su hijo. Tenemos que ir con tacto. Detesto ponerme pesada.

—Desde luego, desde luego.

—Pues adiós, entonces. Adiós, adiós.

Colgué. Por primera vez reparé en la presencia de Jim en el pasillo.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó—. Pareces un deán rural con vegetaciones.

—¡Oh! ¡Desde luego, desde luego! —musité, lúgubre.

Subí y me encerré en mi cuarto a pensar en todo ello.

Como suele suceder, era una de esas ideas que parecen perfectas sobre el papel, pero no así al llevarlas a la acción. Me las apañaba para hacerme pasar por el deán en el teléfono; siempre se me ha dado bien imitar las voces. En cualquier caso, el teléfono te da confianza. Pero ¿podría caracterizarme a fin de parecerme a él? Si me ponía una camisa con el cuello del revés, unas gafas de concha y un sombrero negro, lo más probable es que la doncella que abriera la puerta me dejara pasar. Y una vez dentro podía desafiar a Connie como un hombre con toda la barba, cerrando las puertas con llave, si fuera necesario, y pasarme toda la velada remachando la verdad.

¿Con toda la barba? ¿Barba?

Me eché a reír yo solo. Se me ocurrió una idea más atractiva, más teatral. Una barba, aunque sea falsa, te abre las puertas; incluso te permite superar el escollo de Austen, sobre todo si se le ha dicho previamente que es la barba del canónigo Auty. Pese a la bien conocida admiración del canónigo por lady Hargreaves, todavía no había ido a Lessways a presentar sus respetos. Lady Hargreaves, se decía, esperaba la ocasión con el mayor entusiasmo. Muy bien. Muy bien, realmente. Esa misma tarde iría.

Me abalancé sobre el baúl de los disfraces que teníamos en el rellano. En casa nos encanta representar farsas, y guardamos en este baúl todo lo que pueda servir para disfrazarse. Hacía un año había hecho el papel de Padre Tiempo en un *sketch* de Año Viejo en la fiesta del coro. Y allí estaban la guadaña de cartón y el reloj de arena. No, eso no lo necesitaba; rebusqué más abajo, impaciente. Por fin apareció la barba; estaba metida dentro de un sombrero de fieltro negro que casi podría haber pertenecido al canónigo Auty. Volví a mi cuarto, me puse la barba y me miré al espejo. Sombrero, espesa bufanda de lana, el oscuro abrigo de mi padre. Magnífico... mientras no me quitara el sombrero. ¿Bonete? ¡Sí! Habíamos utilizado uno en una representación de *El niño obispo*. Volví a rebuscar en el baúl y encontré uno morado. ¿Y por qué no una sotana bajo el abrigo? ¡Sí! Era sabido que el canónigo Auty tenía veleidades por los ritos católicos, y cuando se tienen tales inclinaciones a uno le gusta a veces llevar la sotana por la calle. Volví a mi cuarto, me encerré con llave, busqué maquillaje de teatro y empecé a ponerme bajo la piel del noble canónigo.

Llamaron a la puerta. Era mi madre.

—Vamos al cine, Norman. Es una de Greta Garbo. ¿Vienes?

Me encanta Greta Garbo. Me daba pena perdérmela. Pero...

—No, esta noche no, madre.

—¿Por qué te has encerrado?

—Tengo que preparar un espantoso fragmento de contrapunto para el maestro. No quiero que papá me interrumpa.

—Buen chico. No cojas frío. Enciende la estufa.

—Vale, mamá.

La oí bajar. Diez minutos después oí cerrarse la puerta y desde la ventana vi alejarse a mi madre y a mi hermana. Eran casi las ocho. Había llegado el momento. Cojeando levemente y un poco encorvado, salí de casa, crucé la calle, recorrí el sendero del jardín de Lessways y llamé a la puerta como lo haría el canónigo Auty. Me abrió una linda doncella irlandesa. Simulando un ataque de tos asmática, dije que venía a ver a lady Hargreaves.

—¿A quién debo anunciar, señor?

Me llevé las manos a los bolsillos con un gesto de impaciencia, como buscando una tarjeta de visita. Y entonces dije en tono más bien destemplado:

—Al canónigo Auty.

—¿Puede aguardar un instante, señor? Le voy a decir a la señora que está usted aquí.

Asentí sin palabras, y la doncella se encaminó escaleras arriba. Me senté en una butaca de roble, extendiendo las manos hacia el fuego y lanzando una sarta de toses roncadas. Curiosamente, me puse a examinar el mobiliario. Era todo él antiguo, mayormente de la época jacobina, y estaba muy bien cuidado y pulido. El fuego de la chimenea se reflejaba en un reloj de pared. Había antiguos bordados enmarcados, pinturas sobre cristal y grabados colgados de las paredes. Un reloj de mesa dio las ocho. Detrás de mí, una ancha escalera subía al segundo piso y había varias puertas que se abrían a otras estancias. La alfombra de la escalera era de un dorado pálido, al igual que las cortinas. Sobre una mesa, bajo un crisantemo gigante metido en un macetero de bronce, vi varios ejemplares del *Cornford Mercury* y dos volúmenes de *Gavillas al borde del camino*.

Pasaron unos minutos. No vino nadie. Me fui inquietando cada vez más. ¿Sospecharía algo? ¿Estaría el demonio ese de Austen espiándome desde algún lado? ¿Habrían llamado a la policía? ¿Tendría la oportunidad de afirmar alguna vez que la dueña de esta casa, una casa caracterizada por tantos años de un gusto impecable, era *mi* Connie Hargreaves?

La doncella bajó las escaleras.

—Enseguida estará con usted la señora —me dijo—. ¿Y no desea su reverencia darme su abrigo y su sombrero?

—No, no —murmuré en tono de enfado.

Era una chica encantadora. Cabello negro y mejillas sonrosadas; a la luz de las llamas, simplemente magnífica. Me estaba hartando de mi barba. No es que haya tantas chicas bonitas por ahí, y, cuando te encuentras con una, lo último que quieres es estar cubierto de pelos. Y además me daba un calor insufrible.

De pronto se oyó una voz desde una puerta abierta en el piso superior.

—¡Mollie, Mollie...!

La chica acudió presurosa, y oí voces en el rellano.

—¿Han cubierto a Maese Pepusch, Mollie?

—Voy a mirar, señora.

—Hágalo enseguida. Ya sabe que debe estar cubierto cuando hay visitas. Recuérdese al cocinero.

—Sí, señora.

—Nada más, pues. Ya no la necesitaré. Espero que no se olvide de sus oraciones, Mollie.

—¡Oh, no!, señora.

—Siempre que quiera ir a misa, debe decírmelo. Yo no acepto la religión católica, pero, dado que es usted católica, espero que cumpla con sus obligaciones. Y creo que está *obligada* a ir a misa.

—Eso es, señora.

—Gran error, gran error... Con todo... Por cierto, ¿ha llegado el deán?

—No señora. El canónigo Auty la espera abajo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué tonta! Me olvidé por completo. Dígale que bajo enseguida. Ofrézcale un ejemplar de *Gavillas al borde del camino* para que se entretenga mientras tanto.

—¡Oh! ¡Mi querido canónigo! ¡Mire que hacerle esperar! Pero ¿por qué no se quita el abrigo? ¿Tiene frío?

—No —dije—. Estoy asado de calor.

Me quité la barba.

—¿Cómo se atreve?

Avanzó hacia el cordón del timbre que colgaba a un lado de la gran chimenea. Con una vehemencia súbita y desenfrenada, Maese Pepusch gritó en algún lugar, al fondo de la residencia: «Por ende, por ende». Se oyó un portazo. Corrí hasta el cordón y la agarré por el brazo.

—¡Oh, no! ¡Ni se le ocurra! —dije. Me quedé de espaldas al timbre. Sentí que mi poder aumentaba. La miré fijamente—. Siéntese —le ordené.

Con la respiración levemente entrecortada y retorciéndose las manos, empezó a hablar.

—Yo... yo...

Pero no pudo continuar. Se debilitaba por segundos. Me di cuenta de que estaba ganando el primer asalto. Con la mayor crudeza, decidí darle un golpe que la dejara fuera de combate, en ese mismo instante, de inmediato, mientras tenía poder para hacerlo.

—Es usted una vieja muy mala —le dije en tono severo. No me gustó hacerlo. Me desagradaba hablarle así. Pero de nada servía mostrar ahora piedad alguna con ella.

Sorprendida, sin palabras, se desplomó en una butaca como si la hubiera

golpeado. Y yo continué rápidamente:

—Tengo que ajustar cuentas con usted. Varias cuentas. Y no me gusta hacerlo en público. Así que deje ese timbre quieto ahora mismo.

Se le cayó la cabeza sobre el pecho y respiraba con dificultad. Supongo que mi presencia debió de producirle cierta conmoción, sobre todo porque se había puesto un vestido de terciopelo rosa palo con un cuello de encaje cerrado con un hermoso camafeo. Todo en honor del canónigo Auty, claro. Era fácil darse cuenta. Creo, aunque no me atrevería a jurarlo, que hasta se había puesto un poco de colorete en las mejillas.

—Le he dado muchas oportunidades —dije. Hablaba deprisa, intentando no mirarla. Tenía un aspecto patético. Me resultaba muy duro tener que ser tan severo—. Me ha obligado a hacer esto —continué—. No me gusta tener que entrar en su casa de esta manera. Es horrible; de veras, me desagrada profundamente. Pero cuando va usted por ahí contando viles mentiras sobre mí, cuando me envía a su horrible chófer con media corona...

—Que recogiste —me soltó, con una fuerza recobrada—. Qué bajeza. —Echaba chispas por los ojos.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —protesté, contagiado de su cólera—. ¿Quién se cree que es? Se cree que es lady Hargreaves, ¿no? Pues no lo es. Usted no es más que una idea, eso es lo único que es; una mera idea. ¡El tío Grosvenor! Tío le voy a dar yo. Se cree que puede hacer lo que le dé la gana desde que le puse ese título, ¿no? Pues no puede. A partir de ahora va a hacer lo que yo quiera. Imagínese que la hubiera transformado en ratón, ¿eh? En un ratoncito indefenso, un ratón de biblioteca, y que luego le hubiera lanzado a nuestro gato Tom. Podría haberlo hecho, si fuera un rencoroso. Pero no lo hice. La convertí en lady Hargreaves. Y así me lo agradece... con media corona que me tira un chófer ignorante. Debería darle vergüenza...

Me callé. Parecía que estaba repitiendo la escena que había tenido con ella en la sacristía de legos. Se llevó el pañuelo a los ojos; le temblaban los hombros. Me invadió una angustia inexplicable. No podía soportar verla llorar. Era inútil que lo intentara. Empecé a perder terreno a toda velocidad. Y a toda velocidad supe con fatal certeza que ella ganaba la fuerza que yo perdía. El poder disminuía en mí y aumentaba en ella. Así sería siempre. Si renunciaba a mi poder sobre ella, lo tomaba ella y lo ejercía sobre mí. Lo que había creado se estaba haciendo demasiado fuerte para mí.

Se produjo un largo silencio. Me esforcé por hacer un último intento.

—Bueno, ¿y qué tiene que decir usted de todo esto?

—¿Qué... puedo decir, querido?

—¿Eh? —Me incorporé y tomé nota—. ¿Me ha llamado «querido»?

—Sí, querido. Eso hice, querido.

¿Había ganado yo, entonces? ¿Le había quitado para siempre su supuesta independencia?

—¡Oh! Entonces lo lamenta, ¿no? —le refunfuñé.

—Mi querido muchacho... yo... —Rompió a llorar amargamente. Haciendo un esfuerzo supremo, me mordí la lengua para no pronunciar las palabras tiernas y consoladoras que, sin embargo, tenía en el corazón—. ¿Qué puedo decir? —dijo entre sollozos—. Si soy humana.

—No estoy tan seguro —musité entre dientes, intranquilo.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Te he tratado injustamente. ¡Sí! Lo confieso. He tratado mal a un viejo amigo. Pero ¿es mía toda la culpa?

—¿Qué quiere decir? —Sentí que se me derretían los huesos.

—¿Acaso me hiciste tú cuando llegué a Cornford el recibimiento que se merece una vieja amiga? No he podido, ni una vez siquiera, recobrar contigo el momento de felicidad de aquel día soleado que pasamos en The Serpentine, cuando toda tu juventud y...

Mi voz se alzó, furiosa.

—Tiene que olvidarse de eso de una vez por todas. Sabe tan bien como yo que nunca hemos estado en The Serpentine. Toda esa historia no es más que una sarta de mentiras. ¡Mentiras, señorita Hargreaves! ¡*Usted es mi mentira!*

Era mi último cartucho. Me miró, asustada, y su mirada asustaba.

—Norman —dijo, y su tono era casi compasivo—, no me cabe duda. Ya no hay lugar a dudas. Te está afectando al cerebro. Lo siento, querido mío. Llevo algún tiempo temiéndomelo. Tendría que haberle hecho frente al asunto antes. Siento decirte que no estás... como deberías estar, querido. Intenta darte cuenta. Sé tú mismo. Contrólate. El control es esencial en estos casos. Mi pobre Agatha sufrió de lo mismo. Y seguro que no quieres terminar igual que ella.

—No —musité—. No quisiera terminar como... ella. —Y me imaginé cien muertes diferentes para Agatha, a cada cual más horrible.

Ella se levantó lentamente de su asiento.

—¡No se mueva de donde está! —dije entre dientes, no sin malevolencia, aunque era una malevolencia poco convencida.

—Siéntate —me dijo ella de pronto.

La miré. ¿Me estaba volviendo loco o era verdad que ella estaba creciendo, como si fuera a quedar varios palmos por encima de mí? Desde su potente cabecita, sus ojos me fulminaron. Cogió un abrecartas de marfil que había encima de una cómoda.

—Se lo advierto... —empecé a decir con un hilo de voz.

—¡Siéntate!

La palabra sonó férrea. Me desplomé en la silla. «¡Dios mío! —pensé—. Esto es el final, un final terrible. Está empezando a controlarme. Dentro de una semana no tendré la fuerza necesaria para hacer nada excepto lo que ella desee». Mi voluntad ya era impotente; no podía hacer nada, solo mirarla atemorizado, como debe de mirar un conejo a una culebra. Dicen que el conejo disfruta dejándose hipnotizar por la

culebra; me lo creo, porque, pese a mi desdicha, no podía estar sino completamente fascinado por ella. Era terrible darse cuenta de que yo mismo le había dado ese poder, de que, desde las profundidades de mi equivocada compasión por ella, silenciosamente había infundido fuerza a su misterioso ser.

—Bruja —susurré—. ¡Vieja bruja!

—¡Ya basta! —me amonestó, y luego me cantó las cuarenta, pormenorizadamente. Encolerizada, me dijo que estaba harta de mí, y yo, manso como un cordero, lo acepté todo—. He tolerado demasiado, demasiado. No me cabe la menor duda de que sufres algún tipo de trastorno mental, pero ¿es eso motivo para que yo tenga que aguantar tantas molestias? Has insultado a mi familia, me has seguido como un perro de un lugar a otro, has escrito una carta escandalosa sobre mi persona y, lo más grave de todo, has puesto en peligro mi nombre en esta ciudad. Y ahora tienes la impertinencia de presentarte ante mí, oculto detrás de una barba falsa, insultándome de una forma delictiva, si no tuviera yo la piedad de suponer que es más bien producto de la vesania. Todo es un ultraje, Norman Huntley; es un ultraje. No me quedan sino una o dos opciones. O bien hacer que caiga sobre ti la fuerza de la ley o bien hacer que te encierren en un manicomio. Has ido demasiado lejos, Norman Huntley; no sé si hay alguien que pudiera ir más allá.

Era cierto. Era horriblemente cierto.

—Sí —susurré—. He ido demasiado lejos. Lo sé.

—Entonces tendrás que estar preparado para pagar por tu insensatez. No puedo seguir permitiendo que las amenazas de un aprendiz de organista, que se cruzó en mi camino por un mero accidente, vengan a ensombrecer el atardecer de mis días.

—Me gustaría que dejara de decir que me crucé en su camino —dije débilmente.

Ella alzó una mano imperiosa.

—¡Para!

Y paré. La observé curioso cuando cruzó rápida el salón hasta el escritorio que había en la pared de enfrente. Tras buscar el papel, la tinta y la plumilla, se sentó. Después de pensar un poco, empezó a escribir.

—¿Qué está haciendo, por favor, señorita Hargreaves? —le pregunté, poniéndome en pie.

—¡No te muevas de donde estás! —me espetó de inmediato—. Estoy escribiendo a mi abogado. No va a haber más cartas anónimas, Norman Huntley.

—Pero... —Ante mí se extendía toda una carrera profesional echada por tierra. Y no me gustó verlo—. Por favor, no lo haga. Por favor, no...

—¿Y por qué no?

¿Y por qué no, en verdad? Me devané los sesos buscando una razón que la conmoviera.

—No puede hacerlo —dije—. No puede hacerlo después... después de los buenos ratos que hemos pasado juntos. Recuerde aquella mañana en la catedral. La persona que tocó el órgano como usted lo hizo no sería capaz de escribir una carta como la

que usted se dispone a escribir ahora, señorita Hargreaves.

—Lady Hargreaves, si no te importa.

—Es decir, lady Hargreaves. Por favor, no me delate, por todo lo que compartimos, no me delate. No volveré a molestarla, se lo juro. Estaba fuera de mí. No sé por qué lo hice.

Estaba casi de rodillas delante de ella. Era una situación horrenda. Dejó la pluma sobre el escritorio y vino despacio hacia mí.

—Norman —dijo, en un tono amable—, por todo lo que compartimos... sí, pasaré por alto una vez más tu conducta. Pero no debe volver a suceder. No debe volver a suceder bajo ningún concepto.

—Se lo prometo; no sucederá.

De pronto tocó el timbre.

—James Burley te dará un trato de favor si le escribo, estoy segura. Supongo que sigue teniendo su consulta en la calle Harley. Sí, le escribiré esta misma noche. ¿Los gastos? ¡Vamos! Tiene que aconsejarte alguien que sepa de verdad. Obviamente es un caso muy complicado.

Mollie entró, se detuvo y me miró, perpleja.

—¡Oh, Mollie! —dijo lady Hargreaves, volviendo a ser ella misma—, traiga una jarra de agua y unas sales. El señor Huntley no se encuentra bien. ¿Le has puesto de comer a Sarah?

—Sí... sí, señora.

—Vaya a por lo que le he dicho, muchacha. No se quede mirando al señor Huntley de esa forma.

Mollie salió, volviendo todavía la cabeza para seguir mirándome. Lady Hargreaves se acomodó en un sillón, cruzó las piernas, jugueteó con la cadena de oro que llevaba al cuello y me miró con una sonrisa condescendiente.

—Sí. El pequeño sanatorio de James Burley en Exmoor es, creo, el mejor lugar para ti. ¡Pobre Norman! Por el momento, qué importa. Dejemos a un lado las tragedias de la vida. Hace algún tiempo me dijiste, creo, que tu madre padece de la misma afección. ¿Sí? Descansa ahora, te lo suplico. Relájate. Cierra los ojos.

Estaba amodorrado, entumecido. Vi a Mollie entrando en la sala, como una sombra en un sueño. Y oí hablar a lady Hargreaves.

—Gracias, Mollie. Con esto bastará. ¡Oh, coja la barba y el bonete del señor Huntley y cuélguelos en el perchero! Detesto el desorden. Sí, sí, muchacha, la barba, he dicho.

Mollie los cogió con cautela, como si fueran a morderle. Miré el frasco de sales que lady Hargreaves me ponía delante. Me dio un escalofrío. Odio las sales.

—No quiero esto —protesté débilmente.

—Niño malo. Chitón. Venga... no debes volver a excitarte. Me desagradan las escenas. Voy a ponerte un cojín detrás de la cabeza. ¡Ahí, ahí!

Vagamente, me di cuenta de que estaban llamando a la puerta.

Mollie hizo pasar a mi padre.

—Hola, ¿qué tal? ¿Interrumpo? Me dijo algo de tomar café.

—Pase, pase, mi querido señor Huntley. Mollie, llévese el abrigo del señor Huntley... y la barba... ¡Oh! Él no tiene barba. Y luego traiga café y una botella de cognac. Siéntese, señor Huntley. Su hijo y yo acabamos de tener un pequeño *tête-à-tête*. Estaba a punto de leerle mi secuencia de sonetos, «Los nueve búhos».

—¿Búhos, eh? —Mi padre se dio una vuelta de las suyas por la sala, cogiendo los objetos para mirarlos de cerca y contemplando los cuadros—. Qué lugar más encantador tiene —dijo—. Oliver Goldsmith vivió aquí, ¿lo sabía? ¿O fue Grinling Gibbons? Nunca me acuerdo. Sus estilos son muy parecidos. —Por fin se sentó—. Supongo que ya habrán acordado todo lo que había que acordar sobre el concierto —dijo.

—Bueno... —empezó a decir Connie.

Mi padre asintió.

—Bien. Pues entonces ahora podemos charlar tranquilamente de libros y otras cosas. Tengo un par de anécdotas que le gustará oír. ¿Conoció a Conrad?

Lady Hargreaves puso cara de no saber.

—Pues no recuerdo bien —dijo.

—Yo no —dijo mi padre, y cayó en un silencio poco común en él.

—Esos tiempos... esos escritores... —empezó a decir Connie.

—¿Recuerda la historia de Henry James sobre el búho? —preguntó mi padre.

—Creo que no.

—Yo mismo nunca estoy muy seguro de ella, pero, al parecer, tenía un búho, un pájaro albino era, en el cuarto de baño. Pues bien, una noche cogió la esponja, ya ve, y el animal le mordió y dijo: «Bonito, bonito, bonito». Así tal cual. Claro, había cogido el búho por equivocación. Pero esta es la parte más interesante. El que el búho dijera «bonito» le dio una idea para uno de sus mejores versos. Estoy seguro que la conoce. «Bonitas son las curvas del búho blanco que vuela majestuoso, ondulándose en la penumbra iluminada por una gran estrella». Hermosa poesía, lady Marston. Usted y yo no podríamos escribir así, ni siquiera aunque tuviéramos diez búhos blancos en nuestro cuarto de baño.

—Pero, señor Huntley, ¿no fue George Meredith quien escribió esas líneas?

Padre asintió.

—Eso cree todo el mundo. En realidad se las robó a Henry James. Casualmente estaba fuera del cuarto de baño encendiendo su pipa. Tenían una casita de campo en Winchelsea. Mi tía vivió allí años después. Curioso, realmente.

Mollie entró con el café, el coñac y tres copas de globo.

—¡Ah! —Padre se frotó las manos—. Cómo me gusta el brandy. Mi padre era contrabandista, por si no lo sabía. Prácticamente solo ingería brandy. Una vida interesante, de veras. Gracias.

Yo esperé, preguntándome si me ofrecerían también a mí. Pero no fue el caso. Padre puso su café a un lado y agarró la copa entre las manos. Me miró.

—Acércatelo a la nariz, hijo —dijo—. Huele el perfume.

Me miré las manos vacías y moví la cabeza muy despacio.

—Norman no se encuentra muy bien —le explicó lady Hargreaves—. Sería una insensatez que se tomara ahora una copa de brandy.

—¿Que no se encuentra bien? Pero ¿cómo espera que se encuentre bien si no le da brandy? Toma, chico. —Sirvió una copa bien cumplida y me la pasó. Yo la cogí. Y me la bebí rápidamente, antes de que me la arrebataran.

—¡Eh, eh! —me gritó mi padre—. No hay que beber tan deprisa. ¿Qué te pasa?

—Ya se lo dije —le dijo lady Hargreaves con frialdad—. No se encuentra bien.

—Mmm... —susurró mi padre, bebió un trago y luego nos quedamos todos callados un ratito—. He traído mi melodía —comentó mi padre entonces—. Aquí la tiene. —Se sacó una postal del bolsillo—. No parece muy larga, pero siempre le añado trocitos aquí y allá conforme la toco. Norman tendrá que escribirle el acompañamiento.

Lady Hargreaves miró la melodía un instante, se puso en pie y se acercó a una vitrina estilo Sheraton que estaba en un pequeño gabinete contiguo al vestíbulo. Volvió con un papel manuscrito que entregó a mi padre.

—Esta es la *Canzona* de la que le hablé —dijo.

Mi padre la miró, curioso.

—Lo bueno de mi melodía —dijo— es que es *cantabile*. Voy en un momento a cruzar a casa a por el violín y se la tocaré.

—Vea —decía lady Hargreaves, inclinada sobre el hombro de mi padre y señalando un compás en el manuscrito que este tenía en las rodillas—, vea con qué técnica la melodía conduce a la variación ininterrumpidamente. Espero que sea capaz de sacarlo, señor Huntley. Esta *appoggiatura* de aquí es, claro, el chochín. También tiene que sacar esto.

—Mmm... Sí. Como ese trocito —dijo mi padre, sin precisar. Dio un sorbo de coñac y dejó el manuscrito con la mayor indiferencia en una silla a su lado.

Sofocado por el inmenso fuego que ardía en la chimenea, sintiéndome incapaz de hablar o de moverme, hice todo lo posible por ponerme en pie.

—Les dejo para que hablen del concierto —dije, muy cansino.

—Sí. Te sentará bien acostarte temprano —dijo lady Hargreaves—. Por cierto, antes de irte, ¿cómo se llamaba aquel joven de lo más interesante, ese amigo tuyo que vino contigo a la estación? Henry... no sé qué. No lo recuerdo.

—Henry Beddow —dije.

—Beddow. ¡Ah! ¡Sí! Tengo que tomar nota.

Se volvió de nuevo hacia mi padre, cogiendo el manuscrito de la silla y poniéndoselo delante. Me dirigí al perchero.

—Este compás —la oí decir— es muy sutil. Observe que el tema, que ahora está

invertido y acelerado, se mete como si nada en...

—Y termina *niente*, ve —dijo mi padre—. Y por *niente*, quiero decir *niente*. Quiere fijarse en cómo...

Cogí la barba, el sombrero, el bonete y el abrigo, cerré la puerta, crucé la calle y, agotado, entré en casa y me metí en la cama. Tenía la sensación de que me habían echado varios años encima.

El pensamiento destructivo destruye. Pero había fracasado. De lo que me di cuenta fue de lo siguiente: es mil veces más difícil destruir que crear. Se reirán, dirán que estoy loco, que destruir es mucho más fácil. Pero no es así. Intenten destruir algo, intenten aniquilar. Quémenlo y piensen en la cenizas. Entonces consideren cuán fácilmente crean. Cada vez que abren la boca ya están creando algo. El acorde de re bemol mayor que sonaba hasta el infinito en el piano Bord de mi padre. ¿Cómo se destruye eso? ¿Qué era la señorita Hargreaves? Era la encarnación de mi mentira. No servía de nada que me limitara a intentar desear con todas mis fuerzas que desapareciera esa mentira. Era esa mentira. Absolutamente. Había que encontrar una fórmula; algo que anulara la mentira desde el principio. ¿Se podría hacer en la iglesia de Lusk? Y ¿cuál era la fórmula?

Esto pensaba acostado en la cama.

Hacia medianoche mi padre entró sin llamar en mi cuarto. Mi padre nunca llama.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es una gran mujer! ¡Enhorabuena, hijo! ¡Me iba a quedar yo en los lagartos, si volviera a ser joven! —Me pregunté cuánto habría quedado de la botella de coñac—. ¿Qué demonios querías demostrar —me soltó de pronto— con esa barba y el bonete? Me ha dicho que te va a enviar a un especialista. Mejor esperar a que pase el concierto. Ha accedido a dejarte tocar. Tenemos que practicar esa maldita fuga suya. Qué curioso. Descubrimos que los dos conocemos a Hardy. Dice que ella aparece en una de las novelas y, claro está, como todo el mundo sabe, a mí me puso en *Lejos del trompetista*^[29]. Tengo que leer las otras y ver en cuál sale ella. Espero que no sea *Tess*. No me gustaría que la ahorcaran. Buenas noches, hijo. Enhorabuena. No es un fantasma.

En el pub, con las jarras de cerveza delante:

—Fíjate tú que andan diciendo que a esa vieja la han enviado los del IRA, los demonios esos...

—Nunca me gustó. Tanta cojera, tanto ir de aquí *pallá* con los bastones, a mí no me engaña...

—Se lo tiene bien merecido el deán si van y vuelan la catedral por los aires...

En el recinto catedralicio, con las tazas de té delante:

—Mi querido canónigo Auty, yo no diría una palabra en su contra, pero se cuenta la historia más rara que...

—Desde luego, desde luego, señorita Linkinghorne, estos títulos irlandeses son de lo más remoto y...

—¡Tonterías, querido! Las mujeres de su edad no van por ahí con bombas en la maleta...

—Pero yo mismo la vi, mi querido deán, haciendo planos de la catedral y...

En la sacristía de legos:

—Desde que la vi lo supe, supe que era un personaje sangriento, un Guy Fawkes^[30]...

Y en la escuela del coro:

—¡Eh, chicos! ¿Os habéis enterado? La vieja Hargy es una anarquista. Me lo han dicho seguro.

—Cuenta, cuenta. ¿Cómo sabes...?

—¿Qué es eso de anarquista...?

—El bueno de Meaks dice que la vio intentando bajar a la cripta con una bolsa negra. Y se oía un tictac que salía de la bolsa, lo jura...

Así prendió el rumor, de una chispa a una brasa y de una brasa a una llama. Una semana después, cada vez que Connie ponía un pie en la calle, era víctima de miradas curiosas y resentidas. ¡Dios mío! ¡Cómo sufrí! Más, estoy seguro, que ella misma. Una hermosa mañana de otoño en que estaba haciendo un dibujo de la catedral desde Meads, uno de esos palurdos incultos que pueblan nuestra ciudad le tiró un terrón y desapareció al instante. Dando muestras de una gran dignidad, Connie se sacudió la ropa, recogió su material de dibujo y volvió a casa, de donde no salió en tres días. La llama del rumor se convirtió en una hoguera de hechos. En Lessways había una sirvienta irlandesa. Ya estaba. Sin más dudas y dilaciones: Hargreaves tenía que abandonar la ciudad. La ciudad habló como un solo hombre.

Al cuarto día lanzó su bomba. Apareció en forma de carta en el *Cornford Mercury*.

Al director:

Recientemente el periódico que usted dirige tuvo la amabilidad de darme la bienvenida a la antigua ciudad catedralicia de Cornford, adonde he trasladado mi residencia. Me sentía muy orgullosa de convertirme en vecina de Cornford y deseaba pasar aquí muchos años felices. Pero ¿qué ha sucedido? Usted, señor director, debe de saberlo bien. He sido víctima de un rumor cruel y maligno que amenaza con socavar mi propia existencia aquí. Tengo oídos para oír, y he oído lo que se dice de mí. Se me asocia, entiendo, con bombas. Por más ridículo que me parezca, hay, al parecer, algunas personas que lo creen. Por consiguiente, no puedo seguir guardando silencio.

Sé perfectamente bien cómo surgió este malvado rumor. Puedo desmentirlo y voy a tomar medidas inmediatas para hacerlo. Que cesen las malas lenguas antes de que caigan sobre ellas brasas ardientes.

Mientras tanto, el honor de Cornford está en juego. ¿Se contará en el futuro que expulsó fuera de sus antiguas murallas a una anciana solo por hacer caso a los embustes de una pluma abyecta?

Bajo sus labios, la ciudad guarda el veneno de las áspides. El veneno de las áspides.

HARGREAVES

Una tarde, mi madre subió corriendo al estudio de mi padre con el periódico en la

mano. Estábamos ensayando para el concierto, para el que solo quedaban unos cuantos días.

—¡Mira esto! —dijo—. Es la comidilla de la ciudad. No se habla de otra cosa. Leímos la carta.

—Mmm... —dijo mi padre—. ¿Es femenino áspide?

Yo no dije nada. «Ahora ella va a atacar —me dije—; atacará».

—He de decir —comentó mi madre— que es una carta espléndida. ¿No crees, Norman?

—Sí, sí, estupenda —dije, incómodo con la situación.

—Ella será como sea, pero quien empezó todo esto merece que lo azoten. ¡Que lo azoten! No soporto estas cosas. Por supuesto, yo nunca lo creí.

—Hace unos días, madre, decías que no pondrías la mano en el fuego por ella.

—No hablaba en serio, claro.

—Ahora vete, Dorothy —dijo mi padre—. Estamos ocupados.

—Creo que tendrías que ir a verla, Norman —dijo mi madre—. Invítala a tomar el té, si crees que le gustaría. Es una manera de mostrarle a la gente que nosotros no nos creemos esos cuentos absurdos. Me han dicho que la señora del canónigo Auty se ha dedicado a difundir los chismes más espantosos que se puedan imaginar. ¡Mira que detesto a toda esa gente del círculo de la catedral!

—Sinceramente, mamá, creo que preferirá que la dejen tranquila.

—Lo que yo creo es que podría habernos invitado a Jim y a mí al concierto. Si te pasas ahora, Norman, y la invitas al té y le dices cómo lamentas todas estas horribles habladurías, probablemente nos enviará a Jim y a mí una invitación para el concierto. Y que la señora Auty nos encuentre allí; le estará bien empleado. En cualquier caso, me encantaría escuchar a tu padre tocar como es debido, para variar.

—Yo siempre toco como es debido —dijo mi padre—. Norman, hay un compás aquí que está vacío. ¡Vaya contigo!

—No, madre. Si no te importa, no voy a ir ahora.

—Eres un chico muy extraño. Nunca te entenderé.

Mi madre se dio media vuelta y salió. Mi padre le gritó:

—Comprueba que me planchan el esmoquin, Dorothy; y cósele los agujeros de las polillas.

Mi padre y yo seguimos ensayando la *Canzona* de Connie. Era una composición un tanto pegajosa, como el Spohr más empalagoso, lleno de florituras con seis sostenidos y un montón de dobles alteraciones. Tenías que cruzar mucho las manos. Cruzando las mías, las miré lóbregamente y me pregunté cuánto tiempo faltaría para verlas esposadas. Sabía con absoluta certeza que Connie atacaría ahora.

Las ciudades catedralicias son lugares extraños, caprichosos. Al día siguiente de que su carta apareciera en el periódico, Connie recorrió en coche la calle Mayor. Hacía

cuatro días que nadie la había visto fuera de su casa. Parándose a la altura del mercado, se bajó y con la ayuda de Austen compró varias macetas de cinerarias en un puesto de la plaza Disraeli.

Connie era una novedad, claro está; más novedad que antes de la publicación de la carta. Con su aparición en el centro de la ciudad en el momento de mayor afluencia de la semana, las lenguas que llevaban días sin parar, algunas en su defensa y muchas más en su contra, descansaron de pronto. Casi tenías la sensación de que los conductores de los autobuses, los taxis y los coches particulares iban a parar sus motores.

Yo acababa de salir del bar de El Cisne y me paré a observarla mientras examinaba minuciosamente las cinerarias, dándole algunas a Austen y descartando otras. No me vio. Finalmente, le dio un billete de diez chelines a la mujer que atendía el puesto y, sin recoger la vuelta, volvió al coche sin apurar el paso.

Durante todo este tiempo se había comportado como si la gente de Cornford no existiera, aunque tenía que ser completamente consciente de que todos la estaban mirando. De pronto, al meterse en el coche, alguien —dicen que era el joven Sanderson, el hijo del hombre que era por entonces jefe de jardineros en Lessways— gritó a voz en cuello:

—¡Tres vivas a lady Hargreaves!

Se produjo un momento de silencio. Se me aceleró el corazón. ¿Hacia qué lado se inclinaría Cornford? Y entonces se oyó una salva de vítores. Inclino levemente la cabeza, con la mayor elegancia, se detuvo con un pie en el estribo y alzó la mano. Se produjo un potente silencio. Podría haber sido la reina María.

—Gracias, amigos míos —fue lo único que dijo. Todavía inclinando la cabeza, todavía con la sonrisa en los labios, subió al coche, y Austen arrancó y aceleró hasta alcanzar los habituales 58 kilómetros por hora.

Desde ese momento, Constance Hargreaves, lady Hargreaves, no podía hacer nada malo.

Nunca esperé librarme. Nunca esperé que me perdonara. No lo hizo. Esto es lo que sucedió.

Esa tarde, mi padre salió y Squeen y yo nos quedamos a cargo de la tienda. A mí me dolía mucho la cabeza, y no era de extrañar.

Hacia las tres entró el deán. Se me cayó el alma a los pies. Nunca he estado cómodo en presencia del deán; y ahora todavía menos.

Squeen enseguida se puso a revolotear a su alrededor.

¿Le gustaría ver al señor deán una colección de lo más limpia de los discursos de Jeremy Taylor? ¿Y sabía el señor deán que su pequeña monografía sobre las vidrieras de la catedral se estaba vendiendo bastante bien?

El deán se volvió hacia mí.

—Huntley, sepáreme estos *Discursos* de Hutton, ¿quiere? Me los llevaré. ¡Oh! Mira qué tenemos aquí. Una primera edición, eh...

Les susurraba a unos estantes en la parte trasera. Estaba con ganas de comprar. Pasados veinte minutos había seleccionado una docena de libros o así.

—Se los haré llegar, señor deán —dije, acompañándolo a la puerta. Me estaba oliendo la tormenta.

—¡Oh, no! —dijo en tono amable—. Llévemoslos ahora hasta mi despacho en el recinto. Squeen se puede ocupar de la tienda, ¿no? Y usted me ayudará a llevarlos.

—¡Oh, no, no! —protesté—. No puedo dejar que usted los lleve, señor deán. Yo...

Pero el deán agarró tres volúmenes y se los metió debajo del brazo y luego amontonó el resto en mis manos.

—Vamos —dijo.

Y, por el tono de su voz, supe que tenía que ir.

Subimos despacio por el callejón de los Cánticos (que para entonces no era de mis lugares favoritos en la ciudad) y entramos en el recinto catedralicio.

—¿Y cómo le va con la música? —preguntó, cuando aparecieron ante nosotros las arcadas de su residencia.

—Bastante bien, gracias, señor deán.

—¿Ya se ha sacado los diplomas del Real Colegio de Organistas?

—No. Siento decir que todavía no.

—¿En serio? Pensaba de verdad que ya los tenía. ¡Oh! Entre, traiga los libros. Sí, déjelos sobre la mesa. ¿Ha visto mis dalias, Huntley? Tengo una verdadera exhibición. Venga conmigo.

Era un día de otoño soberbio, y el espléndido jardín, que extendía sus suaves praderas hasta los dos grandes nogales a la orilla del arroyo, no había estado nunca más bonito. Bajamos despacio, y el deán iba agitando su pañuelo de seda para señalar los diferentes arbustos de flores, que nombraba en latín para mi beneficio. Yo estaba cada vez más incómodo. Después de todo, me gusta el deán y no quería discutir con él.

Nos paramos en un rústico puente en la parte baja y nos asomamos a mirar el claro arroyo, en donde las truchas se movían veloces entre las piedras y las hierbas. El reloj de la catedral dio la media. Gracias al cielo, en cualquier caso, porque enseguida tendría que irme al servicio de la tarde.

—Quería charlar con usted —dijo de pronto el deán, sin dejar de sonreír y sonándose la nariz—. Supongo que está libre ahora mismo. No querría apartarlo de su trabajo.

—¡Oh, sí!, señor deán. O sea... hasta la hora del servicio.

—Pero de eso lo puedo dispensar yo, ¿no?, si quisiera hacerlo. —Me dedicó una sonrisa casi cálida.

Me reí sin muchas ganas.

—Claro, claro que puede.

—Bueno, pues subamos los libros a la biblioteca. Está refrescando, ¿no? ¡Dios mío! Ojalá aprendiera el obispo a podar sus ciruelos. Siempre se está quejando de que no le crece la fruta en los árboles que están pegados al muro, pero es por su culpa. Ahí tiene mis dalias. Estupendas, ¿verdad?

Yo estaba distraído.

—¡Oh, desde luego, desde luego! —dije, ausente e insensato de mí.

El deán hizo una mueca. Se sonó y sonrió.

—Es usted un buen imitador, ¿verdad? —observó en tono amable—. Pero, permítame recordarle, Huntley —y de pronto su voz se hizo tan acerada como un viento del este—, que la imitación ha acarreado graves complicaciones a mucha gente. Al igual que... —hizo una pausa antes de pronunciar las siguientes tres palabras, miró la aguja de la catedral y luego clavó en mí sus ojos y añadió—: las cartas anónimas.

Volvió a sonarse. Se me cayó el alma a los pies. No dije nada. No podía.

Entramos en el vestíbulo. Recogimos los libros y nos dirigimos despacio y en silencio hacia la biblioteca.

La biblioteca es una larga y espléndida estancia con una gran ventana gótica en un extremo, iluminada con los escudos de armas de los deanes precedentes y enmarcada por una vista del jardín con la catedral y los prados de las orillas del Támesis al fondo. Las paredes están forradas de estanterías llenas de libros antiguos. Una primera edición en folio de Shakespeare ocupa un lugar de honor. Pegados a los estantes hay escritorios, vitrinas y veladores que gimen bajo el peso de los papeles amontonados encima. En los alféizares de las ventanas hay fotografías enmarcadas de amigos distinguidos y muchos floreros: aquel día tenían margaritas, dalias, rosas y solidazo. Una estancia encantadora. Me daba mucha pena tener que hacer frente en ella a lo que me esperaba. Habría preferido que el deán me hubiera llevado a la cocina.

—Siéntese —me dijo. Se dirigía a mí con mucha amabilidad—. Creo —continuó, en medio de la biblioteca, como suelen estar los clérigos en ocasiones como esta o parecidas—, creo que entiende a lo que me refería hace un instante. No me entienda mal, Huntley. Supongo que un deán puede aguantar que le gasten una broma tan bien como cualquier hombre razonable. Pero cuando... —hizo una pausa y continuó, alzando la voz— esa broma va dirigida contra una dama, es más, una recién llegada a Cornford y miembro honorable de la sociedad catedralicia, deja de ser una broma y se convierte en lo que solo puedo calificar de... —manipulaciones con el pañuelo— imper-ti-nen-cia —aproximación del pañuelo a la nariz— o-fen-si-va —sonado de nariz.

Me mordí el labio y no dije una palabra. Jugueteé con las llaves que tenía en el bolsillo. Y el deán continuó:

—Supongo que es usted consciente de las cosas tan terribles que se han afirmado de lady Hargreaves en esta ciudad los últimos días.

—Sí —dijo sin apenas alzar la voz.

—Ella, con toda la razón, me vino a hablar del asunto. Y, aunque se resistía a hacerlo, acabó contándome que todos estos espantosos rumores tenían su origen en una carta anónima que envió usted al señor Carver. A mí, por mi parte, me costaba creer semejante cosa. Pero le prometí que al menos hablaría con usted. Confío, Huntley, confío de todo corazón en que lady Hargreaves esté equivocada. —Esperó a que yo dijera algo y, al no oír respuesta, continuó—: ¿Y bien?

—Es verdad —dijo.

El deán me miró fijamente, frunciendo los labios pensativamente.

—También me contó —dijo, y la sombra de una sonrisa cruzó su cara— que se hizo pasar... —aquí volvió a fruncir el gesto— por el canónigo Auty.

—Sí. Eso también es cierto, pero no me parecía mucho a él, la verdad.

El deán se acercó precipitadamente a la ventana y volvió a su sitio, en el centro de la habitación.

—Huntley, ¿es que... es que se ha vuelto loco? —preguntó—. Y, ya que estamos, le diré que lady Hargreaves está convencida de que realmente no le funciona bien la cabeza. Yo...

—Sí —dijo—. Estoy chiflado. Esa es la verdad, señor deán. Algo me pasa en la cabeza.

Pero pareció que no estaba de acuerdo con esta idea.

—¡Tonterías! —exclamó—. Me niego a creer semejante cosa. No quiero en modo alguno ser duro con usted, Huntley. Estoy deseando reconocer su mérito por la manera en que acudió en ayuda de lady Hargreaves cuando tuvo el privilegio de tropezarse con ella en Oxford...

—Sí —le interrumpí—. Y ¿qué es lo que dice ella de esto? Dice que metí la pata. ¡Si eso es agradecimiento! La muy mala, de hecho...

—¡No siga, Huntley! ¡Pare!

De nuevo volvió a acercarse a la ventana. Esta vez volvió a hablar desde allí, dándome la espalda. Habló en tono grave, pero sin alzar la voz.

—Nosotros, usted y yo, Huntley, somos los dos sirvientes de esta gran catedral. Quiero que lo recuerde. Es nuestra obligación suprema preservarla hasta del más mínimo soplo de escándalo.

Se produjo un silencio. Y entonces él continuó, con brusquedad ahora:

—Bueno, ¿es que no tiene nada que decir?

—Es... es... así es, señor deán. Ella... yo... o sea... bien...

No podía seguir. ¿De qué servía intentar decirle la verdad? De pronto deseé de todo corazón que el padre Toule fuera el deán.

Se apartó de la ventana, se sentó en un escritorio y se limpió los cristales de las gafas con el pañuelo de seda.

—Le voy a ser franco —dijo—. Lady Hargreaves no es una pobre. Usted, de todos es sabido, tiene deudas. ¡Oh, sí, Huntley! Tengo que estar en todo, ya sabe.

—Pero ¡si nunca le he pedido ni un penique! —grité—. Si dice algo así, me querellaré contra ella por injurias.

—Venga, caballero, venga. No querrá darle la vuelta a la tortilla. ¿Qué significan esas estúpidas travesuras tuyas? No me creo que sean solo producto de la malicia. Siempre me ha interesado su futuro, Huntley. Sigo deseando ayudarlo.

—Si le dijera la verdad sobre la señorita Hargreaves...

Alzó la mano al instante.

—¿Por qué se empeña en seguir llamándola señorita Hargreaves? Ya solo eso es innecesariamente ofensivo.

—Pero, señor deán —le dije, suplicante—, usted no sabe nada. Todo esto es algo que ni yo mismo entiendo. Toda mi vida se ha venido abajo con este asunto de la señorita Hargreaves.

—¡Lady Hargreaves!

—Eso es, lady Hargreaves. —Tragué saliva—. No es real; es lo único que puedo decir.

Me encontré maquinando la verdad, le gustara o no.

—Pregúntele a mi amigo, Henry Beddow. Nos la inventamos, nos lo inventamos todo, incluso al duque de Grosvenor.

—¡Calle, calle!

—Yo mismo... no —farfullé—. Ella tiene razón. Supongo que me estoy volviendo loco. Si me pudiera ir unos días, estoy completamente superado por los acontecimientos... Si me diera permiso, señor deán... No puedo dejar de pensar que en cuanto me haya ido de Cornford... No sé...

El deán suspiró cuando paró mi estúpido balbuceo.

—Me deja completamente perplejo. Váyase, a toda costa, si eso le va a devolver el juicio. Además, se verá obligado a irse, en cualquier caso, si persiste en esta extraña conducta. Debo confesarle que me ha decepcionado profundamente que no haya sido capaz de sincerarse conmigo. Soy su amigo, no su enemigo.

Las dos campanas empezaron a tocar llamando al servicio vespertino.

—No puedo ser sincero —dije—. Es inútil, señor deán. No lo entendería. Nadie lo entiende, a excepción del padre Toule.

—¿El padre Toule?

El deán se me quedó mirando. Deseé no haber pronunciado aquel nombre.

—Sí... bueno... él lo sabe todo.

—Ya veo —dijo el deán con la mayor frialdad—. Prefiere depositar su confianza en manos de la Iglesia católica. El clero de la catedral no es lo suficiente imaginativo para usted. Ya entiendo.

Hubo una pausa en la conversación. Me preguntaba si no debería irme acercando a la puerta. Estaba deseando fumarme un cigarrillo.

—Lo que debe entender —me soltó al fin el deán, sacándose de nuevo el pañuelo del bolsillo— es esto: si vuelvo a recibir quejas sobre usted por parte de lady

Hargreaves, o de cualquier otra persona, perderá el puesto que ocupa aquí. No quiero ser un hombre duro. Pero tampoco voy a tolerar estas bufonadas. Puede irse. Todavía llega al servicio.

Cuando bajaba la gran escalinata, despacio y con el ánimo por los suelos, y pasaba por delante de los antiguos deanes, malhumorados en sus óleos y en sus elaborados marcos dorados, lo oí sonarse furiosamente en la biblioteca.

Esa noche, con un sufrimiento y un temor agónicos, me acerqué a ver de nuevo al padre Toule. Se lo conté todo, lo de la carta anónima, mi último encuentro con Connie, mi entrevista con el deán. No pareció sorprenderse de nada. Aquel hombre tenía una manera maravillosamente sencilla de comportarse, de darlo todo por supuesto. Supongo que de tanto oír cosas en el confesionario están acostumbrados a todo.

—Claro, señor Huntley —me dijo—, ha sido muy poco juicioso hacer lo que ha hecho. Pero de nada le sirve oírmelo decir ahora. De todos modos, me gustaría que tomara la firme resolución de no volver sobre el asunto...

—No puedo, padre Toule. Se me ha metido una idea en la cabeza... y solo puedo pensar en ella. Era una idea suya. Me voy a ir a Lusk.

—¿De veras? Mmm... Sí. No estoy seguro tampoco... solo que me parece que estaría usted más a gusto si le dijera a ese sacristán la verdad...

—No solo eso. Es mi última oportunidad. Me parece que puedo hacer algo allí. Además tengo que averiguar si hay una lápida con su nombre...

—De verdad, señor Huntley, yo no me preocuparía por eso.

—No me preocupo. Esa mujer no es un fantasma. No me asusta de la misma manera que me asustaría un fantasma. Me asusta, es verdad, pero no de esa manera. No lo sé explicar. Pero tengo que asegurarme. Que yo sepa, podría haber visto su nombre allí.

—¿No podría escribir al sacristán y parar todas esas investigaciones? Me parece... —El padre Toule pareció agitarse de repente—. No puedo evitar pensar, aunque se lo sugerí claramente, que podría suceder algo que vaya usted a lamentar. Hasta ahora no parece haber sido un lugar muy afortunado para usted. Me inclino a pensar que debería evitarlo.

—No, tengo que ir. Tengo que ir.

Salí de la iglesia. Para entonces estaba seguro de que, para bien o para mal, la última carta había que jugarla en la iglesia de Lusk y no en otra parte. Pero no tenía la menor idea de cómo iba a jugarla.

Solo en mi cuarto, contemplaba con tristeza las cálidas chimeneas de Lessways al otro lado de la calle. Qué deprimente sería volver a ver la casa vacía y los acordes del arpa silenciados para siempre.

—¡Asesinato! —susurré—. ¡Asesinato! Eso es lo que es. —Me dio un escalofrío. Me puse a temblar. Bajé la persiana y encendí la luz. Me fumé tres cigarrillos seguidos. Temblaba, estremecido.

Entró mi madre.

—Te llama Henry por teléfono —dijo.

Hacía días que no lo veía ni sabía nada de él. Desde que Pat Howard había insultado a mi padre, habíamos estado muy fríos el uno con el otro.

—Dile que he salido —le dije a mi madre.

—Norman, ¿qué te pasa? Nunca en la vida te habías peleado con Henry. No lo digo, pero estoy muy preocupada por ti. No has cenado; apenas nos hablas, te encierras aquí solo. De seguir así, tendremos que ir a ver a algún médico...

—¡Médico, médico! —grité de pronto—. Sí, todos queréis encerrarme en el manicomio, ¿no? ¡Oh, Dios! ¿Por qué me ha sucedido esto a mí?

Mi madre se acercó a mí.

—Norman, Norman, mi querido hijo, no sigas así. Es terrible. Nos parte el alma verte así.

Salí del cuarto dejándola atrás.

—Vale —dije—. Hablaré con él.

Bajé corriendo las escaleras hasta el teléfono.

—Dime —dije—. ¿Qué quieres?

—Norman, chico, que hace mucho que no nos vemos. ¿Somos amigos o no?

—Lo siento, Henry. Estoy más o menos muerto. El deán ha estado a punto de echarme por ser insolente con quien tú ya sabes.

—Norman, ¡qué lástima! No te lo tomes demasiado a pecho. Mira, te digo para lo que llamo. Ese tipo en cuya casa pasasteis una noche Connie y tú, ¿recuerdas? ¿Decías que se llamaba comandante Wynne?

—Eso es.

—Bueno, pues hoy sale en el periódico. Han robado en su casa. Toda la plata, las joyas... todo. El comandante Wynne estaba en el sur de Francia y acaba de regresar. Me da que el tipo que os sorprendió en el huerto debe de ser el ladrón. Dice el periódico que la policía está siguiendo una pista valiosa. ¿Crees que podría ser el bolso que Connie se dejó allí? De ser así, me parece que las cosas se van a poner negras para vosotros.

—Sí —repetí, apenas sin enterarme—, parece... que se pone negro.

—En cuanto empiecen a preguntarle a ella, ella los mandará a ti, y, sin duda, irán a por ti. Bueno, tampoco quiero verte cumpliendo diez años, chico. En realidad, el tío Henry está bastante preocupado. Tendremos que hacer algo, ¿no?

Me desperté de pronto.

—Tienes razón, Henry. Tenemos que hacer algo. Esto es la gota que colma el vaso.

—Pues que me aspen si sé qué hacer.

—Yo sí lo sé. Y no puedo hacerlo solo, esa es la cosa. Tienes que ayudarme... como lo hiciste antes.

—No sé en qué te he ayudado mucho, muchacho. A decir verdad, me parecía que te había vuelto la espalda.

—Me ayudaste al principio. Sin ti no la habría podido crear. Sin ti, no puedo... — Hice una pausa—. Henry, pásate ahora por el pub, ¿quieres? Tengo que verte.

—Vale. Nos vemos allí dentro de diez minutos. Me alegra volver a oírte, Norman. Hoy invito yo.

Colgué y salí. Del otro lado de la calle, por una ventana entreabierta, se oían los acordes de *Dear Little Shamrock* lentamente pulsados en el arpa. Sentí mucha pena. Pasó un policía. Ya notaba sus ojos en mí. Doblé enseguida la esquina en la calle Candole, y entré en el reservado del pub.

Estuvimos más de una hora en La Unión Afortunada, charlando.

—Me diste la solución cuando dijiste que teníamos que hacer algo —dije—. ¡Dios mío, Henry! ¡Qué tonto he sido! No puedo hacer nada así de potente yo solo. Esa es la cuestión. No podría haberla creado sin ti. Cómo puedo esperar... Todo ha salido fatal porque he estado trabajando sin tu cooperación.

—Mira, Norman. Todo esto ha preocupado al tío Henry tanto como a ti. He estado todo el tiempo intentando aparentar que debía de haber una explicación natural...

—No la hay. Tienes, tienes que creer que la señorita Hargreaves es completa y únicamente nuestra creación.

—Yo apenas tuve nada que ver, tú lo sabes, ¿no?

—Últimos toques. Sin ti, no habría pasado de ser una sombra. ¿Crees que Connie habría llegado realmente a cobrar vida si hubiera entrado solo en la iglesia aquel día? No.

—Supongo que nunca te habrías enterado de lo de la bañera.

—Nunca.

—Me gustaría tanto encontrar una explicación.

—¡Oh! Iros a la porra tú y tu bañera. ¡Dios mío, Henry! Estamos metidos en algo tremendo, en algo fundamental, y tú dale que dale con la bañera...

—Tranquilo, muchacho. No me gusta la idea de Connie dándole en la bañera.

Pidió otra ronda.

—Me vas a ayudar —le reté—. ¿O tienes miedo?

—¿Miedo? ¿Qué quieres decir?

—El pensamiento destructivo destruye. Eso es lo que quiero decir.

—Amplía eso, chico.

Y lo hice, durante un buen rato.

—Ves, ahora ya no es solo una broma —terminé diciendo—. Tú y yo tenemos

que encontrar un fórmula mediante la cual convencernos a nosotros y convencer al sacristán de Lusk de que Connie Hargreaves no existe, de la misma manera que lo convencimos a él de que existía. De alguna manera, tenemos que volver al estado mental en el que estábamos antes de crearla. Tú y yo juntos, como antes.

—No creo que sirva de nada decirle sencillamente la verdad al Bizco —dijo Henry de pronto.

—Me alegra que lo digas —dije—. Porque no creo que sirva para absolutamente nada.

—Tenemos que saber lo que vamos a hacer, ¿no?

—Sí. Y eso es lo que no sé... todavía.

Henry apuró lentamente su jarra de cerveza. Me miró. Y sonrió súbitamente.

—¡Qué estúpidos somos! —dijo.

—¿Por qué?

—Tanto planear y tanto tramar, como estamos tramando. Y dime, ¿es que antes de crearla nos pasamos horas tramando y planeando?

De repente, se me hizo la luz; lo vi tan claro como se ven las cosas una mañana de verano.

—¿Quieres decir... —dije, alzando la voz— que lo dejemos hasta que se nos ocurra algo, al calor del momento?

Henry asintió y empezó a llenar la pipa, esparciendo tabaco por toda la mesa. Se veía que la idea le había excitado.

—Esto es lo que yo creo que debemos hacer —dijo—. Es solo una idea. Tenemos que ir a la iglesia de Lusk y esperar fuera como hicimos antes. Solo eso. Sin planear ni tramar nada. Ella no vino al mundo de esa manera, y tampoco se debe ir del mundo así. Ni siquiera necesitamos hablar más de lo que vamos a hacer. Simplemente ir y esperar que la suerte nos acompañe.

—O lo peor —dije yo. Pero veía lo que quería decir, y era una idea sensata.

—Lo mejor que podemos hacer es irnos mañana —dijo—, y hospedarnos en el hotel de Dungannon.

—Pero tengo que estar para el concierto del lunes por la noche.

—¿Por qué?

—No lo sé. Yo... bueno, si va a ser la última vez que la vea, quiero recordarlo. No lo puedo evitar, Henry. Además, está tan ilusionada con ese concierto. No soporto la idea de echárselo a perder.

—A mí me parece peligroso.

—Puede que lo sea. Pero me voy a arriesgar.

—Dime, Norman —Henry estaba golpeando en el cenicero la pipa que acababa de llenar. No sabía por qué de pronto se había apasionado tanto—, dime esto: ¿te acuerdas del primer momento real en el que se te vino a la cabeza la señorita Hargreaves? ¿Fue cuando le dijiste al sacristán su nombre?

Me lo pensé.

—No —respondí—. No creo que fuera entonces. Creo que la tenía en la cabeza sin darme cuenta cuando nos paramos al lado del facistol y tuve la locura de decir: «Querido reverendo Archer». No sabía que ella estaba allí, si me sigues, pero estoy seguro de que estaba. Esperando, como si dijéramos. Y en el momento en el que el sacristán dijo: «¿Conocían al reverendo Archer?», yo dije, ¿te acuerdas?, que yo no lo conocía, pero que conocía a alguien que sí...

—Creo que dijiste que habías oído hablar mucho de él.

—Sí. Bueno. Supe entonces que tal vez tenía que crear a alguien que hubiera conocido al reverendo Archer. La tenía a ella en la cabeza entonces, apenas visualizada a medias, pero lo bastante presente.

—«Querido reverendo Archer», así que ese fue el momento peligroso —susurró Henry.

—Sí, ese fue el momento.

Nos quedamos en silencio un largo rato. Henry se había olvidado de la pipa completamente. Me parecía que tenía algo en la cabeza que no me contaba.

—¡Dios mío! —dijo por fin—. No tengo reparo en decirte que este asunto me da un hormigueo en la piel.

—En la nuca; algo que te sube por la espalda. Sí.

—Parece un asesinato... casi.

—Es un asesinato.

—No levantes la voz, muchacho, por lo que más quieras.

—De qué sirve llamarlo de otra manera —susurré—. Es un asesinato. Pero, si no lo cometemos, más me vale estar muerto.

—Igual que a mí —musitó Henry.

—Y otra cosa —dije—. Ese asunto del comandante Wynne. Conseguiré que me encierren por eso. Pero peor aún: me arruinará, el cuerpo y el alma. No tendré un momento libre. La situación es la inversa, ¿no lo ves? Y esta es otra cosa que tal vez no has pensado. Cuando haya acabado conmigo, empezará contigo.

Henry escupió un chorro de cerveza por la boca, como si le hubiera dado un golpe en la espalda.

—¿Qué te ha picado? —le pregunté.

Tardó unos instantes en responder y por fin dijo:

—Norman, muchacho, lo reconozco: ya ha empezado conmigo. Por eso te llamé. Si quieres que te diga toda la verdad, bueno, pues estoy muerto de miedo.

—¿Qué ha pasado, Henry?

—No mucho... por fuera. Suele poner gasolina en nuestro taller. Bueno, hasta ahí, todo normal. Pero últimamente, siempre que se para, pregunta por mí. Y no descansa hasta que le pongo yo la gasolina. Gedge estaba poniéndole treinta litros esta mañana, cuando de pronto viene a mí... yo estaba trabajando en el viejo Sunbeam del canónigo Auty... y me dice: «Señor Henry, lady Hargreaves quiere que le llene usted el depósito».

—¿Y fuiste?

—Sí. Y ¿sabes qué? No apartó los ojos de mí ni un momento. Y cuando terminé y le estaba dando la vuelta al chófer, sacó la cabeza por la ventanilla y dijo: «Señor Beddow, estoy pensando en comprarme otro coche. ¿Sería tan amable de pasar a verme para tratar del asunto?».

—Bueno, tampoco es para tanto —comenté.

—No poco. ¡No estabas allí! Fue la manera de decirlo, muchacho; esa manera de araña que atrae a la mosca y una vez en su red la devora.

—¿Sabes? —me acordé de pronto—. La otra noche, cuando estuve en Lessways, me preguntó cómo te llamabas. Se me había olvidado.

—Bueno, pues algo en ella me atrapó, Norman. Empecé a entender un poco lo que has debido de pasar. Y me sentí fatal...

—No hables de eso, Henry. Estabas un poco distante, pero ya no tiene importancia... Sé que he sido un aburrimiento.

—El problema es... —Se calló y vaciló—. Bueno, pues que me gusta la vieja bruja.

—Ese, ese es el problema. Nos gustó desde el principio. Y nos seguirá gustando, pase lo que pase.

—Pero tenemos que hacerlo por su bien. Así es como yo lo veo.

Henry se acercó a la barra y volvió con dos copitas de ron que añadió a nuestras jarras de cerveza.

—¿Te acuerdas —dijo— de que en el barco, al volver, brindamos por ella?

—Yo dije: «¡Que viva muchos años!». Y lo decía en serio.

—¡Qué tontos!

—Sí —admití—. ¡Si lo hubiéramos sabido! Con todo...

Alzamos nuestros vasos, nos miramos solemnes y bebimos en silencio.

IX



Al día siguiente, que era domingo, el presidente de la audiencia territorial asistió al servicio de la mañana en la catedral. Quien asistiera aquel día a ese servicio no podrá olvidar la ceremonia, no por breve menos notable y peculiarmente emotiva, que hizo que la visita del magistrado Hurlstone fuera diferente de otras visitas de la judicatura.

Más fieles de lo normal ocupaban el coro y el presbiterio. El coro se llenó un poco después de las once, y el maestro celebró la ocasión con los cinco grandes diapasones abiertos; el deán y los canónigos se alinearon frente a frente en dos filas, junto a sus estalos. Las campanas dieron las once. Los dignatarios reunidos junto a la puerta sur se pusieron firmes cuando aparcó un coche delante. El maestro, improvisando calurosamente en si mayor y prevenido por su ayudante, que iba y venía por la tribuna, de que la llegada del magistrado era inminente, enriqueció la firme prosa de los diapasones con el drama del pleno del órgano expresivo. Todos volvieron la mirada hacia la nave. Solo faltaba una de las figuras familiares en el coro y el presbiterio. Por alguna razón, lady Hargreaves no estaba en su sitio de costumbre.

El alcalde, los concejales, el jefe de policía, los funcionarios y jueces comarcales avanzaron lentamente por la nave y cruzaron el estrado. El maestro, con los ojos fijos en el espejito que le indicaba lo que sucedía abajo, hizo una súbita y dramática variación a do mayor. El deán y los canónigos se irguieron, preparándose para la reverencia ceremonial ante el magistrado. Por fin, cerrando el desfile, su señoría llegó a las verjas del coro. Era un hombre menudo, con un semblante ácido y seco, más inexpresivo incluso que la peluca que le caía por los hombros. Reconoció con una ligera, ligerísima, inclinación de cabeza el homenaje que rendían a su magistratura el deán y el capítulo. Inmediatamente ascendió a su sitio en el estalo de los canónigos residentes. Los canónigos y el deán ocuparon sus puestos; el chantre se metió precipitadamente una gragea en la boca; el maestro descendió rápido a si mayor y al registro *Liebliche Gedacht* del positivo. Meakins se dispuso a cerrar las verjas.

En ese momento sagrado, lady Hargreaves hizo su aparición en el estrado.

Cojeando, llegó a las verjas en el momento en que Meakins estaba a punto de cerrarlas. No se apresuró, pero tampoco se demoró; estaba claro que ni se le pasó por la cabeza que Meakins pudiera darle con la puerta en las narices, como se sabe que había hecho con varias mujeres de obispo. Los mil ojos que un segundo antes habían estado pendientes del magistrado se volvieron para mirarla a ella. Llevaba un minúsculo ramillete de otoñales capullos de rosa exquisitamente entrelazados con

cinta de seda blanca.

—¡Lo siento horrores, lo siento horrores! —la oímos susurrarle a Meakins.

Por primera vez en su vida, y me atrevo a decir que la última, Meakins dejó entrar a alguien en el coro en el preciso momento en que los pecadores, por indicación del chantre, estaban a punto de arrepentirse de sus pecados y entregarse a la oración de la mañana. Y eso en un domingo en que un alto dignatario, representante de la justicia real, se encontraba entre los fieles. Nunca, en toda la historia de la catedral de Cornford, se había violado la tradición de una forma tan elegante.

Pero ¿qué hizo con el ramito de rosas? ¿Cayó acaso lady Hargreaves fulminada por el rayo cuando se paró bajo el estalo del magistrado y, haciéndole una leve reverencia, depositó suavemente los capullos de rosa delante de él en el cojín bordado?

No, ningún rayo la fulminó. Ni siquiera una sola ceja se enarcó en un gesto de disgusto. En otras palabras, se salió con la suya. La dama a la que habían acusado de conspirar con los anarquistas había hecho lo que todos los presentes interpretaron para sus adentros como una declaración de inocencia. Todos vieron que en la cara del magistrado Hurlstone asomaba, casi imperceptible, una sonrisa; cogiendo los capullos, se los llevó a la nariz y luego los depositó a un lado, no muy alejados del inmenso devocionario que tenía delante. Con eso bastó. El magistrado había sonreído; el deán sonrió entonces abiertamente, y el obispo sufragáneo de Maidenhead le susurró algo al archidiácono de Wycombe, y los dos sonrieron y movieron la cabeza, asintiendo. Los miembros seculares del coro sonrieron; un desgraciado que estaba en período de prueba tuvo que aguantarse una carcajada, y Baker lo miró con cara de pocos amigos. El chantre, en lugar del arrepentimiento, osó rogarle a Dios que no juzgara a su siervo. Lady Hargreaves, cumplida su misión, siguió avanzando tranquila hasta su estalo, no sin antes detenerse a recoger una página de un libro de himnos que había ido a caer sobre la tumba del rey Juan.

—Supongo que se habrá salido de su libro —le dijo a Baker, cuando pasó por los estalos de los decanos.

Baker se sonrojó y cogió la página.

—Gracias, lady Hargreaves —dijo, haciendo un galante intento de mostrar a sus pupilos que estaba acostumbrado a codearse con los grandes de la tierra.

El magistrado, su cetrino rostro de nuevo convertido en máscara, se hincó de rodillas. Lady Hargreaves se quitó los guantes, miró a su alrededor, ajustándose las gafas de concha, y abrió su devocionario de tapas de marfil. Mil rodillas se hincaron en quinientos cojines. El oficio de la mañana había comenzado.

La observé, entre orgulloso e incómodo, mientras cantábamos el *Te Deum* en si bemol de Stanford. «Alabada seas, ¡oh Hargreaves!», canté para mis adentros. Me proponía viajar a Lusk al día siguiente, por la noche, después del concierto. ¿Esperaba hacer

algo? ¿Quería hacer algo? Me embargó el orgullo. ¿Había alguien más en el mundo capaz de crear a una vieja dama dotada del valor suficiente para ofrecerle rosas al presidente de la audiencia territorial en el servicio del domingo por la mañana?

Volví entonces la vista y miré al magistrado, tan menudo y arrugado. ¿Tendría que hacer uso algún día de su capacidad para imponerme la pena capital, si se daba el caso de que...?

—Dime, pues, amigo mío —me dijo luego Archie en el vestuario—, ¿te ofreció a ti alguna vez rosas?

—Le estará bien empleado —gruñó Dyack—, si resulta que están plagadas de moscas verdes.

—Parece que ya no le (j)interesas nada, Huntley —dijo Wadge con su peculiar pronunciación—. E(j)peraba oír las amonestaciones por Navidad.

—¿Por qué llevan los jueces todo ese pelo falso? —preguntó Peaty—. ¿Están calvos o qué?

—Les da mayor seriedad cuando condenan a muerte —observó Slessor.

Me dio un escalofrío.

—Suponte que no encuentran el cuerpo —pregunté de sopetón—. ¿Te podrían procesar por asesinato?

—¿Por qué lo preguntas, guapo? ¿Estás pensando en hacer pedacitos a tu condesa?

Me dio otro escalofrío, y colgué la túnica en mi percha.

—Ese tipo —dijo Dyack— podría colgar a una araña en la tela que él mismo ha tejido. ¿Quién ha puesto mi sombrero ahí arriba? Ya sé que tengo enemigos por aquí. Las cosas no son lo que eran. ¡Rosas! ¡Vamos, vamos!

—¿Se fijó alguien en que esa mujer dejó algo sobre el devocionario del juez? —dijo Pussy Coltsfoot, como si ronroneara.

—Un *bouquet* —le dijo Peaty al oído.

—Eso pensaba yo —dijo Pussy—. Armó mucho ruido. No se le debía permitir.

Salí al recinto con Archie. En la puerta lateral de la residencia del deán nos encontramos con un grupito que charlaba afablemente. El deán, el archidiácono Cutler, lady Hargreaves y el magistrado Hurlstone.

—Sin duda, debe usted ordenar que se haga siempre —le decía lady Hargreaves al magistrado—. Debería habersele ofrecido al entrar en la catedral, pero una pequeña catástrofe doméstica me retrasó en el momento de salir de casa. Confío, de verdad confío, en no haber sido inoportuna.

El magistrado esbozó una sonrisa triste.

—Vaya a saber si no habrá establecido usted un precedente, lady Hargreaves. ¡Quién sabe!

Me paré con Archie a escuchar a unos metros de ellos. Ninguno había reparado en

mi presencia.

—¿Y qué desgracia ha sido esa? —preguntó el archidiácono—. Nada serio, espero.

—¡Oh, no!, ¿recuerdan tal vez mi cacatúa? ¿Sí? La tengo en la cocina meramente para diversión de los criados. Bueno, pues siento decirles que esta mañana se escapó y, llevada por algún instinto aviar cuya comprensión escapa a nuestro entendimiento, se lanzó a atacar con la mayor ferocidad a Sarah, mi pobre perrita.

—Espero que no quedara gravemente herida —dijo el deán.

—Por el contrario. Maese Pepusch, este es el fantasioso nombre que un amigo bastante estúpido tuvo a bien ponerle al pájaro, pereció en el ataque. Pero no puedo decir que lo lamente, la verdad sea dicha.

En ese momento, Archie me comentó algo. Al oírlo, lady Hargreaves se volvió en redondo, nos miró un instante, frunció el gesto y de una forma claramente deliberada esperó a que hubiéramos pasado delante de ellos para seguir con la conversación. Cuando giramos bajo la puerta norte, alcancé a oírla decir:

—¿Qué remedio se reservan ustedes, los magistrados, para los jóvenes fastidiosos que se dedican a molestar a ancianas como yo? ¿Tienen...?

Ya no oí más.

—De nada te vale preocuparte, mamá. Estoy decidido a ir. El deán me ha dado permiso.

—Pero si de verdad estás malo, ¿por qué no vas al médico?

—Lo que necesito es un cambio de aires. Estoy agotado.

—Bueno, la verdad es que, si no hacer nada te agota, tendrías que estar muerto a estas alturas —dijo mi hermana Jim.

—¡Irlanda! —exclamó mi madre—. ¿Para qué demonios quieres ir a Irlanda? Estoy completamente segura de que esa desgraciada de lady Hargreaves está detrás de todo esto.

—No, mamá —respondí—. Soy yo quien está detrás de ella.

Mi padre se las estaba viendo y desando para trinchar el asado.

—No te puedes ir hasta después del concierto —dijo—. Nadie entiende mi melodía tan bien como tú.

—No me lo voy a perder. Cogemos el tren nocturno a Heysham mañana por la noche.

—¿Cogeremos? ¿Con quién vas, pues? —preguntó Jim.

—Henry se viene también.

Mi madre depositó una patata asada en mi plato y me lanzó una inquisitiva mirada, con el tenedor alzado en la mano.

—Bueno, ¿qué disparates os traéis entre manos vosotros dos? —preguntó.

—Que alguien vaya a ver si está caliente la salsa —farfulló mi padre—. No puedo

estar trinchando y vigilando la salsa al mismo tiempo. Me gustaría saber si las rosas eran de su jardín.

—Estoy hasta la coronilla de la historia esa del juez y las rosas. Si no la habéis contado una docena de veces desde que habéis vuelto, no la habéis contado ninguna. Estoy harta de todo lo que tenga que ver con lady Hargreaves. Y tú, Cornelius, también me tienes aburrída. Ni siquiera intentas sacarle a Norman la verdad. ¿Qué voy a decir cuando me pregunten? «Norman se ha ido... ¿Por qué?», me van a preguntar, seguro.

—Pues di que ha perdido el juicio, con eso basta —dijo Jim.

—Sí —dije yo—. Eso será suficiente. Pásame la salsa.

—Daría cualquier cosa por ver que sentabas la cabeza —dijo mi madre, suspirando.

—Hablando de jueces —comentó mi padre—, una vez vi al magistrado Dearest en la Muestra Floral de Chelsea. Estaba inclinado sobre unas peonías, simplemente inclinado sobre ellas, como lo estarías tú o yo. Y un tipo se le acercó y le dijo: «Perdone, pero no debe inclinarse así sobre las peonías». Bueno, pues... pasadme las judías, por favor... este mismo tipo compareció ante el magistrado... cómo se llamaba... Y, para resumir, le dijo al jurado: «Cuando consideren el caso, deben, como dice un antiguo dicho alemán, inclinarse sobre las peonías». El veredicto del jurado fue «inocente». Me gustaría que Janie le quitara la grasa a la salsa con más cuidado. Un día, como un año más tarde, el magistrado ese se topó con el tipo en la parte de arriba de un autobús; el tipo llevaba un ramo de margaritas. El autobús iba por Tottenham Court Road y acababa de pasar por delante del YMCA... ¿Era ese edificio?... En esas asociaciones hay de todo, bueno y malo... Tienes que quejarte al carnicero, Dorothy, esta carne parece suela de zapato...

«Lunes, 31 de octubre. Vigilia de la festividad de Todos los Santos. ¿Va a reunirse con ellos en breve C. H?».

Mi diario recoge una velada memorable.

Mi padre, vestido con un esmoquin de terciopelo, iba y venía por el salón, retorciéndose con impaciencia las guías del mostacho y toqueteándose la corbata.

—Mira, sírveme otra copa de burdeos —dijo—, y dame un cigarrillo. Qué raro, no te creerás que estoy nervioso. ¿Por qué no empezamos ya? Supongo que en esta habitación trabajaba Grinling Gibbons. ¡Qué buen escritor!

—Pero si no era escritor —dije yo, sirviéndole vino de un decantador georgiano, mientras aguzaba el oído para escuchar la charla de la habitación contigua—. Esculpía la madera, reclinatorios y cosas así.

—Digo yo que igual retransmiten el concierto. Veo que tienen ahí el teléfono. A ver si encuentras el *Radio Times*.

—¡Qué lo van a retransmitir!

—Hoy se retransmite todo, hijo. Me gustaría que no te pusieras pajaritas de esas. Se ve a la legua que no te la has atado tú.

—Pues a mí me gustaría que te callaras de una vez, padre. Y, además, sí que es de las de atarse uno mismo.

—Bueno, pues la próxima vez, átatela mejor. Tú no entiendes de estas cosas, hijo. Dame el la. —Deslizó el arco sobre la cuerda de la—. Supongamos que está afinado. ¿Crees que les gustará mi historia de las espinacas? ¿Cuándo va a callarse ese archidiácono? Todavía no he conocido a un archidiácono que no hablara por los codos. Dame una de esas galletitas de queso. ¿Y dónde has puesto mi sordina, diablo?

Llevábamos un rato esperando en una salita que era la que utilizaba lady Hargreaves para escribir. Había un piano vertical. El grande, un Bechstein, estaba en el salón de al lado. Por la doble puerta abierta veía a los invitados, algunos de pie, y otros, al fondo, ya sentados: el deán, el canónigo Auty y su mujer, el archidiácono Cutler y la suya, el coronel Temperley y la señorita Linkinghorne. Austen y la doncella irlandesa pasaban entre los invitados con bandejas de bebidas. La anfitriona estaba sentada un poco separada en una alta silla de roble de aspecto episcopal, los bastones apoyados a ambos lados del asiento. Llevaba un vestido de seda con cuello alto de encaje blanco y un gran anillo con una piedra verde en la mano izquierda, y a mí me pareció que estaba en el cenit de su gloria. Se había deshecho de todos aquellos aditamentos, tales como el silbato, el lápiz colgado de la cadena y los impertinentes, que yo le había dado al principio. Se percibía en ella algo dulcemente ascético; ya no me parecía una creación mía. Y esto me entristeció.

El archidiácono sermoneaba sobre política exterior. Lo que necesitábamos, según él, era mano dura. Afirmaba que era esencial.

—No me cabe la menor duda, lady Hargreaves. Nosotros, los ingleses, vinimos al mundo para gobernar. ¿Qué decía Blake si no? Construyamos Jerusalén aquí. Pues bien, todavía estamos a tiempo.

—Confío en que no se construya deprisa y corriendo —dijo lady Hargreaves, y luego le dedicó una graciosa sonrisa, con un aire de condescendencia que él no captó—. Pero no cabe duda —continuó— de que, si el mortero se aplica con la llana arcediana, no hay que temer que la ciudad se derrumbe. Canónigo, no está usted comiendo nada. No deje de probar uno de esos *pâtés en croûte*.

—Es todo tan lindo —susurró la señorita Linkinghorne. Iba vestida de blanco en honor de Todos los Santos—. Tan lindo. Y mucho más interesante que una cena sin más.

—Hay un momento y un lugar para todo —observó el coronel, que estaba sentado en una esquina, al lado de la chimenea, obstinadamente empeñado en manipular un sifón reacio—. En Persia no hay sillones, se sientan en el suelo.

—Esta encantadora falta de formalismos —continuó la señorita Linkinghorne— me traslada de alguna forma al Oriente. La mención de la Ciudad Santa que acaba de hacer el archidiácono la ha traído vívidamente a mi memoria. ¿Ha estado allí alguna

vez, lady Hargreaves?

—Es probable. He estado casi en todas partes. Señora Auty, veo que está un poco sofocada. Siéntese en esta butaca de junco. Es noruega y perteneció a Grieg.

—¡No me diga que ha compuesto usted todos estos versos! ¡Bueno!

Al ir hacia la butaca noruega, la señora Auty se lanzó sobre un ejemplar de *Gavillas al borde del camino*, convenientemente dispuesto en una mesita auxiliar.

—¡Ay! —exclamó lady Hargreaves—. Pero ¿dónde lo ha encontrado? ¿De dónde lo ha sacado? ¡Estos criados! Lo dejan todo por medio.

—¡Oh, déjeme que lo vea! ¡Déjeme que lo vea, por favor! Creo que la poesía es muy importante.

La señorita Linkinghorne alargó el brazo para coger el libro, pero la señora Auty ya se lo había apropiado. Era una mujer corpulenta, cuya mayor ambición en la vida era gobernar Cornford. La señora Cutler siempre había sido el escollo imposible de salvar. El canónigo Auty había conocido a la que se convertiría en su esposa en la montaña suiza, donde ella controlaba con mano firme una avalancha que parecía inminente. En el coro se la llamaba «su excelencia».

Pero aquel día no se le iba a permitir controlar la poesía. Con firmeza, aunque sin por ello perder su amabilidad, lady Hargreaves le quitó el libro de las manos.

—No tendría que estar aquí —habló en un tono casi enojado. Y luego abrió el libro con aire despreocupado—. Vaya, vaya —dijo para sí—. «Sumida en un abismo de congoja...». ¡Menudo verso este! —Cerró el libro de un golpe, como al desgaire, y lo dejó en la mesa, al alcance, sin embargo, de la señora Auty.

—Para la belleza pura, hay que ir a Shelley —dijo el coronel—. ¿No es verdad, deán?

La señora Cutler, una mujer magra con una mirada que podría extraerle su pasado a un pisapapeles, cogió el volumen un instante antes de que la señora Auty pudiera volver a apoderarse de él. Lady Hargreaves, que en ese momento le susurraba algo a Austen, no reparó en ello.

—¿Archer... Archer? —La señora Cutler entrecerró los ojos y hundió el taladro que tenía por nariz entre las páginas—. ¿No conocíamos a un ministro de la iglesia que se llamaba Archer? ¿El reverendo Philip Archer?

—¿Archer? Mmm... Sí. Tuve un Philip Archer de compañero en Cambridge. Remó en el equipo en el 81. Era un buen atleta.

En el momento en que oyó mencionar el nombre de Archer, lady Hargreaves se levantó y se acercó despacio al archidiácono.

—¿Conocía usted al reverendo Archer? —dijo, presa de una gran excitación.

—Creo que podría ser el mismo. Hace muchos años que no lo veo. Me dijeron que se había casado y tenía cinco hijas...

—¡El mismo! ¡El mismo!

Lady Hargreaves volvió a su asiento, cerró los ojos e, inclinando la cabeza, se tapó la cara con las manos, como solemos hacer cuando nos asalta súbitamente un

recuerdo del pasado. Entre los presentes se instaló un silencio respetuoso y tenso. El archidiácono le hizo una seña al deán, ladeando inquisitivamente la cabeza. Mientras tanto, la señor Cutler pasaba rápidamente las páginas de *Gavillas al borde del camino*, en busca de alguna perla.

—Pero ¿cuándo demonios va empezar la música? —dijo mi padre, rompiendo de forma abrupta aquel silencio.

Todos los ojos se volvieron hacia nosotros. Saliendo de su ensoñación, lady Hargreaves suspiró hondo y esbozó una sonrisa triste, distante, llena de nostalgia.

—Perdónenme, queridos amigos —dijo en un susurro—. Por lo general, sé controlar mis sentimientos, o, al menos, eso creo. Pero he de confesar que el nombre de Archer todavía tiene el poder de afectarme.

—De nada sirve intentar ocultar los sentimientos —farfulló el coronel—. Yo nunca he podido. No creo que se pueda.

—Hace muchos años..., ¡oh, muchísimos años!, el reverendo Archer fue un amigo muy querido. Todavía guardo un baño de asiento que me regaló en una ocasión... ¡Oh, no! —Alzó una mano imperiosa como si quisiera detener al instante toda posibilidad de alusión personal.

Mientras tanto, la señora Cutler apuraba las páginas de *Gavillas al borde del camino*.

—¡Oh, no! No es una historia que pueda contar, excepto a los más cercanos —añadió.

Miró al deán.

—¡Oh, claro, claro! —dijo él entre dientes.

—Lo conocí —continuó— en la universidad. ¡Éramos unos jovencuelos locos! ¡La loca juventud! ¡Qué días aquellos! ¿Se lo pasan tan bien los jóvenes de hoy como nos lo pasábamos nosotros?

—Hoy en día todos son un flojos —dijo la señora Cutler—. La flojera es lo que más abunda. ¿No es así, archidiácono?

Su marido, el archidiácono, se puso tenso, se llevó la mano a los botones del abrigo y asintió con un gesto de irritación.

—¡Oh! Yo no estoy de acuerdo —dijo la señora Auty, quien preferiría estar muerta antes que de acuerdo con la señora Cutler—. Que la gente joven se divierta, eso es lo que yo digo. Yo siempre me divertí. La gente debe divertirse. Y el canónigo piensa igual que yo, ¿no es así, Edward?

El canónigo Auty, que llevaba callado casi toda la velada, se acarició la barba, pensativo, como si allí, y solo allí, se pudiera encontrar diversión.

—Divertirse —dijo—. Sí, divertirse. Que la gente disfrute, siempre que no se pase de la raya.

—Archer y yo —comentó lady Hargreaves— éramos de esa misma opinión. Nunca fui amiga de las fiestas bulliciosas, ni lo soy. ¿No es esa luz un poco escasa para leer, señora Cutler? Tome este asiento, se lo ruego. Mi pobre librito parece

entretenerla. Sí —continuó en un tono nostálgico—, eran días gozosos, los «días gozosos del tiempo temprano, en la neblina envueltos del verano...». Cito de esas juveniles y, sin embargo, tal vez, ardientes indiscreciones de *Gavillas al borde del camino*. No... Mi buena señorita Linkinghorne, deje el libro, se lo ruego, de veras. Sí, mi querido Archer era mi inspiración en aquellos días felices.

—¿De veras? —dijo el coronel, mirando por encima de las gafas—. Inspiración, dice, ¿eh? —De pronto le guiñó un ojo al deán.

—¡Días gozosos! —repitió la señorita Linkinghorne—. ¡Qué bonito! Pero bonito de una forma peculiar. En esas palabras resuena el eterno abandono oriental.

—Demasiado abandono, ¿eh, archidiácono?

—Creo —señaló el deán en tono soñoliento— que nuestra anfitriona debería leernos algunos de sus versos. Todos sabemos que es una poetisa mucho más consumada de lo que su modestia le permite admitir. ¡Venga, lady Hargreaves!

—¡Oh! No podría... no podría. ¡Oh, no! No me timenten. Detesto ponerme pesada.

(¿Me lo imaginaba yo o de pronto asomó en su voz algo de la antigua señorita Hargreaves?).

—Por favor, por favor, lady Hargreaves —ronroneó la Linkinghorne—. Me apasiona la poesía.

—Pero esto no es más que un poco de versificación.

—A mí no me importaría... —empezó a decir el coronel.

Lady Hargreaves le interrumpió presta.

—Bueno, bueno, ya que todos insisten. Pero no se rían. Gracias, señora Cutler...

Pues la señora Cutler se había vuelto a apoderar del libro, ya que prefería leer a que le leyeran.

—¡Oh, se le ha vertido un poco de vino! ¡Nada! No pasa nada. Al fin y al cabo el vino y la poesía son viejos amantes, ¿o no? Solo me preocupa que se haya quedado sin vino. Austen, por favor, llénele la copa a la señor Cutler...

—Mira que si se está retransmitiendo y todo el mundo está esperando...

—¿Y qué les voy a leer? —Lady Hargreaves pasaba las páginas, recorriendo las líneas con la patilla de las gafas—. Bueno —anunció al fin—, les voy a leer «Días gozosos».

Hizo una pausa, se puso las gafas, acercó la lamparita al libro, carraspeó y empezó a leer:

¡Días gozosos del tiempo temprano!...

El sifón del coronel escogió aquel momento para empezar a funcionar. Lady Hargreaves dejó de leer, frunció el ceño por encima de las gafas, mirándolo fijamente, y esperó. El archidiácono le dio un codazo. Se hizo un silencio. Lady Hargreaves siguió con su lectura:

¡Días gozosos del tiempo temprano

en la neblina envueltos del verano!
Pavo y almizcle, jalea y membrillo,
y los atletas de blanco en el río.
Como el barómetro, el ánimo alto:
¿quién conocía entonces el salto
que separa el volar del asfalto?
Cuando la manivela era puro humor
y no algo para arrancar el motor,
hacía papá los domingos la ofrenda
y el bazar de la iglesia era la tienda.
¿Dónde han marchado esos días gozosos,
amables, lejanos y calurosos?

—Mira —me dijo mi padre—, como no dé la orden de empezar a tocar ya, saldré y empezaré a tocar solo. Venga, Norman. Empecemos con mi melodía.

—¡Cállate! —respondí, brusco—. ¿Es que no la puedes dejar divertirse un rato?
(Deseaba por ella que la velada no terminara nunca).

—Me gusta esa poesía que habla de la mandarina —decía la señorita Linkinghorne.

—Encantadora —dijo el deán—. Llena de juvenil impulso. Tiene que leernos otra.

—Sí, otra... ¡otra!

—Bueno, ¿cuál voy a elegir? No se olviden de que no son sino bagatelas, semillas lanzadas al azar, desconocidos que tiempo ha me visitaron. Puede que encuentren aquí y allá algún pensamiento; no más. Christina Rossetti tuvo la amabilidad de decirme que encerraban belleza. Algo extraño. Lo escribí de noche en alguna torre... No recuerdo dónde. Es muy breve.

Y volvió a leer:

Vine y voy, me muevo, duermo, respiro,
como y bebo, hablo, río, suspiro,
canto y bailo, medito, veo,
amo y odio, temo, intrigo, me meneo.
Y sin embargo...
Y sin embargo...
Me siento a veces mero pensamiento,
vilano al aire, pluma al viento,
la invención de un maestro de escritura
que no aspiraba a demasiada altura.
Y sin embargo...
Y sin embargo...
Vine y voy, me muevo, duermo, respiro,
como y bebo, hablo, río, suspiro.

Siguió un largo silencio. Lo había leído despacio, con mucho sentimiento. La vi llevarse el pañuelo a los ojos y enjugarse una lágrima, y me conmovió. ¿Entendía lo que era? Un verso resonó en mis oídos: «que no aspiraba a demasiada altura». ¡Terrenal, entonces! ¡Oh, Connie!... ¿Dónde...?

—Qué profundo —dijo al fin el deán sin apenas alzar la voz—. Es obvio que se

conoce bien la poesía de Donne.

De nuevo detecté a la antigua señorita Hargreaves asomando por encima de su personalidad posterior. Dejando sonoramente el libro sobre la mesa, se puso en pie y se quitó la gafas.

—No he leído una página de Donne en mi vida —le espetó.

Mi padre, harto de esperar, entró de pronto en el salón y se dirigió a los presentes.

—Buenas noches a todos —dijo con la mayor afabilidad—. Un poco frescas, ¿verdad? Hola, señorita Linkinghorne. ¿Qué tal Jerusalén? ¿Le gustó? ¡Ah, coronel! Me preguntaba dónde andaría el whisky. ¡Eh, tú! Tráeme un vaso, ¿quieres?

Observé inquieto a lady Hargreaves. Para mi sorpresa no mostraba signos de contrariedad; muy al contrario, parecía que mi padre la estaba divirtiendo.

—Muy amables por venir a oír mi melodía —siguió mi padre, y sacó un cigarrillo de una cigarrera de plata—. ¿Tiene una cerilla, archidiácono? ¿No? Entonces tendré que encenderlo directamente de la chimenea...

Cogió el ejemplar de *Gavillas al borde del camino* como si fuera a arrancarle una página. Era una costumbre de la librería que nunca perdió.

La señorita Linkinghorne soltó un grito, horrorizada.

—¡Las poesías! ¡Las poesías!

—¿Qué poesías? —preguntó él, deteniéndose con un gesto de irritación, sin soltar el libro.

Yo creía que lady Hargreaves se abalanzaría sobre él. Pero de nuevo me sorprendió. Sin decir nada, sin hacer ademán de levantarse del asiento, sonrió lentamente, moviendo la cabeza a un lado y al otro. De pronto parecía terriblemente cansada. Y al darme cuenta de ello, reparé también, y no sin consternación, que mi desgana de los últimos tiempos había desaparecido y que me sentía lleno de energía y fortaleza.

El archidiácono le había arrebatado el libro a mi padre.

—Una manera un poco rara de encender un cigarrillo.

—¡Oh! Lo siento —dijo entre dientes mi padre—. Nunca me acuerdo. Hay tantos libros en la tienda, ya sabe, que me acostumbré a arrancar páginas de aquí y allá. Supongo que nadie habrá visto mi sordina, ¿no? En cualquier caso, algunos libros son demasiado largos. Tomemos, por ejemplo, *La Biblia en España*. Si se escribiera hoy, su autor la reduciría a la mitad para el *Manchester Guardian*. Por cierto, ¿les he contado alguna vez la historia de Addison?

Me volví a la salita y corrí las cortinas de las ventanas que daban al jardín delantero. Estaba tenso, con los nervios de punta y desbordante de una energía que me asustaba. A las diez y cuarto, Henry pasaría a buscarme en el coche para ir a Londres a coger el tren de Heysham; tenía la maleta preparada, esperando a que Henry la recogiera. Si la música no empezaba ya, perderíamos el tren. Y, si perdía el

tren, sabía con toda certeza que nunca volvería a decidirme a hacer aquel viaje a Lusk. ¿Por qué? Porque ella estaba cambiando, volviendo a ser la señorita Hargreaves que me había cautivado, la señorita Hargreaves que yo mismo había desechado. Se había acabado el tiempo de su independencia. Lo sabía. Volvía a mi padre y a mí, volvía a la gente que la entendía de verdad, volvía a la voluntad que la había creado y que podría, una vez más, dirigir el rumbo que debían tomar sus pies. Sí, yo deseaba que volviera, deseaba tenerla bajo mi poder. Y, sin embargo, ¿podría pasarme toda la vida controlándola? Era un trabajo inacabable; tendrían que pasar muchos años antes de poder siquiera albergar la esperanza de llegar a hacerlo perfectamente.

«Date prisa —me dije—. Date prisa. Termina con el asunto de la música y a Lusk... A Lusk...».

Oí a mi padre hablando en el salón. Parecía haberse olvidado de la música. Estaba en medio de una historia, como siempre.

—Y ahí estaba el tipo, en el autobús, y el juez Sweetheart va y le dice: «No debe inclinarse así sobre las salvias, ya sabe». Claro, él había cometido el asesinato, y Avory lo sabía.

Lady Hargreaves se levantó muy despacio, cogió sus bastones y tocó a mi padre en el brazo.

—Vamos, señor Huntley —le dijo—. Empecemos con la música. Lléveme del brazo hasta el piano.

—Cójase del otro, lady Hurley. Ese brazo nunca se recuperó desde que tuve aquel accidente en la National Gallery. ¿Se lo he contado alguna vez?

Salí de la salita y me puse a colocar las partituras sobre el piano con una impaciencia febril. Lady Hargreaves daba instrucciones a Austen para que le acercara el arpa a la lámpara. Seguía apoyada en el brazo izquierdo de mi padre.

—Acérquese, Austen, venga por este lado —dijo—. Así iremos bien. —Llegó al piano, descansó el brazo encima y se volvió de cara a los invitados—. Gracias, señor Huntley. Austen, por favor, ocúpese del atril del señor Huntley. —Mientras Austen lo ajustaba se dirigió a la concurrencia—: Habíamos planeado un pequeño concierto, completamente informal. Esperaba que hubiera podido venir Schnabel^[31]... —Se encogió de hombros—. Pero como es natural, tiene muchos compromisos. Sin embargo, eso no debe preocuparnos. Cornford cuenta con mucho talento musical. El señor Cornelius Huntley, acompañado del señor Norman Huntley, y... yo misma esperamos ofrecer un rato...

El sifón volvió a sonar en la esquina del coronel.

Lady Hargreaves lo miró fijamente y dijo:

—Austen, por favor, tráigale al coronel otro sifón.

—Por cierto —dijo mi padre—, ¿estamos ya en antena?

—¿En antena?

—Sí, en antena.

—No le entiendo, señor Huntley.

—Bueno, no pasa nada. Supongo que no. Nada. Una pena. Le había dicho a la señora Paton, la patrona del pub La Unión Afortunada, que pusiera la radio. Pásame mi canción, Norman.

—Vamos a abrir nuestro pequeño concierto —anuncio lady Hargreaves— con una composición mía. Se trata de una pieza que conecta, aunque solo sea débilmente, la conciencia humana y la indómita voz de la naturaleza. Se titula *Canzona*, y creo que no revelo ningún secreto de su composición si les digo que está inspirada en el canto de un chochín...

—Dame el la, Norman. Eso, pero ¿qué es esto? Te he dicho mi canción.

—Es que ella acaba de anunciar la *Canzona*.

—Y a mí qué. Dame mi canción, y también el la.

—No olvidaré nunca aquel atardecer en uno de los valles de mi Rutlandshire natal, cuando de aquel travieso pajarillo manaron una notas que, en palabras del poeta, no recuerdo cuál, «sumieron el universo entero en el silencio». Gran parte de ella la escribí en mi diario, allí mismo. Sir Henry Cowen tuvo la amabilidad de elogiármela; dijo que tenía vuelo. Una *Canzona* en fa sostenido mayor, inspirada por el canto de un chochín.

Se sentó, no lejos del piano, y sonrió a mi padre.

—Preparados —dijo—. *Legato*, señor Huntley, no lo olvide, y, por favor, no pase por alto las repeticiones.

Padre lo pasó todo por alto. Sin decir palabra, empezó a tocar su canción para cuerda en sol.

Lady Hargreaves agarró sus bastones, se levantó, e hizo ademán de venir hacia nosotros. «Siéntate», susurré para mí de pronto. Me miró, enmudecida; era una mirada casi suplicante, y volvió a su asiento. Yo seguí tocando, incómodo. No sabía lo que estaba sucediendo; solo que el poder volvía a mí, pasaba de ella a mí. La miré. Tenía una quietud cadavérica, la cabeza caída sobre el pecho, igual que aquel día en la catedral cuando me había enfrentado a ella. Yo estaba angustiado. ¿Tendría, llegado el momento, el coraje de destruirla?

Mientras tanto, mi padre andaba ya por las alturas y de repente había empezado a improvisar una *cadenza* que me pilló de improviso. Manteniendo una vago acorde, esperé, sabiendo que antes o después volvería al tema original. Y así sucedió después de unos compases. Creo que nunca lo había oído tocar mejor. Me sentí muy orgulloso de él. De vez en cuando echaba un vistazo a lady Hargreaves; aunque se había tapado los ojos con las manos, me di cuenta de que abría algunas rendijas entre los dedos para mirar a mi padre. Estaba curioso por saber qué diría al terminar la pieza, qué palabras escogería para decirles a sus invitados que no habíamos tocado su *Canzona*.

Mi padre se aproximaba majestuosamente al último compás, extrayéndole a la

pieza de madera que reposaba en su hombro mucho más que simple música, o eso me pareció en ese instante. Inclinandose profundamente, con la oreja pegada a las cuerdas, hizo sonar la última y larga nota. Pareció un sonido nuevo, nunca oído en el mundo, que él hubiera descubierto y se mostrara reacio a soltar. Cuando por fin separó el arco del violín, manteniéndolo todavía encima de las cuerdas, se produjo un largo silencio en el salón, finalmente roto por el deán, quien musitó casi para sí:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Pero lady Hargreaves siguió sentada, inerte.

—A mí me ha recordado a Beethoven —dijo el coronel.

—Gracias —dijo mi padre—. ¿Lo repetimos?

—Sí, sí, otra vez —gritó la señorita Linkinghorne.

Esto animó a lady Hargreaves.

—No. Sería... sería un gran error repetirlo.

Le costaba un gran esfuerzo articular las palabras. Y la oí decir:

—Bellísimo, bellísimo.

El archidiácono se rio.

—Ustedes, los compositores, son demasiado modestos, lady Hargreaves.

—Oías al chochín en cada compás, ¿no es verdad, canónigo? —dijo su mujer.

—Sí —tronó él—. Se percibía, sin duda, la voz de la naturaleza.

—Cuando el maestro Carless dé su próximo recital —dijo el deán—, le pediré que le pregunte al señor Huntley si quiere tocar en la catedral. Es una luz, lady Hargreaves, que no debe seguir apagada.

Lady Hargreaves miró a mi padre, sonriendo casi con tristeza.

—Oye —le susurré a mi padre—, ¿te das cuenta de que todos creen que lo que acabamos de tocar era su *Canzona*?

—¿Ah, sí? Qué más da. Parece que les gustó, y eso es lo único que importa. ¿Qué vamos a tocar ahora?

—Tienes que decirles que no era su *Canzona*. Tienes...

Pero lady Hargreaves se acercó a nosotros y me interrumpió.

—Gracias, señor Huntley —dijo—, por la ejecución más emocionante que he oído en mi vida.

—Pero... —empecé a decir. Ella se apresuró a callarme, llevándose el dedo a los labios. Y volviéndose hacia los invitados, anunció—: Y ahora, amigos, otra composición original. Esta vez obra del señor Cornelius Huntley. —Y luego nos susurró a mi padre y a mí—: Ahora tienen que tocar mi *Canzona*. Sí, sí... lo sé. Sé que la he anunciado como si fuera una composición suya. Igual da. Lo que me interesa es ver la recepción que tiene. Norman, querido, busca la partitura.

Me había llamado Norman y había sonreído. Volvía a ser su querido Norman. Puse la partitura en el atril, mientras mi padre afinaba el violín.

—Vale —dijo. Y cerró los ojos soñadoramente.

Con gran deliberación, lady Hargreaves anunció la pieza.

—El señor Huntley, acompañado de su hijo, tocará un aire original para cuerda en sol.

—Mmm... —masculló el coronel en un tono audible—. Siempre había creído que era de Bach.

—¡Tonto! —exclamé yo, a media voz—. ¡Más que tonto!

Y, en ese momento, lady Hargreaves dijo en voz alta, y con bastante vehemencia, lo que me habría gustado decir a mí.

—Bach, mi querido coronel, no inventó la cuerda en sol. —Le hizo una seña a Austen—. Austen, por favor, tráigale al coronel otra botella de whisky.

Un silencio mortal se hizo entre los invitados. Nadie levantó la vista del suelo. Ni siquiera los ojos de Cutler encontraron otro campo de investigación.

—Adelante —ordenó lady Hargreaves con un movimiento de la mano—. Pueden empezar a tocar su aire, señor Huntley.

Por segunda vez esa noche, mi padre tocó su aire para cuerda en sol. Muchas veces me pregunto si tuvo alguna vez la intención de tocar algo que no fuera eso.

—No, no... —le susurré.

—¡Cállate! —me dijo entre dientes—. ¿Qué te pasa? Me ha dicho que volviera a tocarlo. Venga, diablo.

Lady Hargreaves parecía derrotada; sus ojos miraban casi sobresaltados. Solo un terremoto habría detenido a mi padre; y no estoy seguro de que se hubiera dado mucha cuenta de que la tierra temblaba bajo sus pies. Ya llevábamos seis compases de la composición.

Oí al archidiácono susurrar algo sobre «estas cosas modernas». El coronel necesitó tres fósforos para encender su puro. El deán jugueteaba con las monedas que tenía en el bolsillo. El canónigo Auty se hurgaba en la barba. La señora Cutler bostezó sonoramente.

Cuando terminamos, se produjo un silencio gélido. Pasado un instante, el deán dijo:

—Muy bonito, aunque allende mi comprensión. Tal vez.

El archidiácono dijo:

—Demasiado avanzado para nosotros, ¿no es así, señor deán?

La señorita Linkinghorne dijo:

—Habría que escucharlo varias veces, claro está.

El coronel dijo:

—A mí me gustan las canciones.

La señora Auty dijo:

—Una música peculiar, ¿no es verdad, Edward?

El canónigo Auty dijo:

—Sin duda muy bien interpretada.

La señora Cutler, quien al menos era sincera, dijo:

—Tengo la impresión de haberlo oído antes...

De pronto, lady Hargreaves, que no había dicho una palabra en todo este tiempo, se levantó de la silla, se dirigió tambaleante a la salita sin coger los bastones y cerró de un portazo.

Me entró pánico. ¿Y si le daba un ataque y fallecía de pronto? La idea era espantosa.

Ahora lo único que me importaba era ella. Connie Hargreaves, mi creación, estaba en aquella habitación, tal vez sufriendo, tal vez a punto de morir.

Me levanté rápidamente y abrí la doble puerta de un tirón. Oí las zancadas de Austen, que cruzaba el salón y venía hacia mí. Y la voz enojada del deán:

—¡Deténgase, Huntley! ¡Vuelva acá!

Me enfurecí; me quemaba la verdad. De espaldas a la puerta, me enfrenté a todos ellos, a toda aquella gente que nunca se lo creerían.

—¡Váyanse a la porra! —grité—. Sí, usted, señor deán... y todos los demás. Ella es mía... ¡mía! Me quiere a mí. No quiere saber nada de ninguno de ustedes. Ustedes han...

Austen me agarró de un brazo e intentó empujarme y alejarme de la puerta.

—¡Padre! —grité—. Ayúdame con este bruto. ¡Socorro!

De pronto, lady Hargreaves gritó desde la salita.

—¡Cómo se atreve, Austen! ¡Cómo se atreve! Norman, ven conmigo. Austen, acompaña a todos los demás hasta la puerta... ahora mismo. Detesto... —Se le quebró la voz, y no pudo terminar la frase.

Entré corriendo. Estaba medio tendida en el sofá, la cabeza hundida entre los cojines, la voz ahogada por los sollozos. Se me cayó el alma a los pies. ¡Oh, sí, llámenme hipócrita! Díganme que había planeado deshacerme de ella y que había sido despiadadamente cruel. Pero, se lo aseguro, verla en aquel estado me partió el corazón.

Me arrodillé al lado del sofá.

—Querida señorita Hargreaves... ¡Oh, señorita Hargreaves!... Connie, querida, no llore, por favor, no llore. No soporto verla tan triste.

Dejó caer la mano a un lado y apretó la mía.

—Norman... Norman —susurraba.

—¿Qué le pasa? Dígamelo, por favor. Yo soy su verdadero amigo.

—Ya, lo sé... lo sé. Por eso me siento tan desdichada. Me he dado cuenta de pronto, mientras sonaba la bellísima composición de tu padre... Toda esa gente estúpida, que solo la aplaudió porque creía que era mía. Estoy agotada. Llama a tu padre, quiero tenerlo aquí, quiero teneros a los dos. Os he tratado mal. Y no sé si podréis perdonarme.

El deán estaba en la puerta, y detrás de él, en un grupo susurrante, el resto de los

invitados.

—Tenemos que mandar a buscar un médico —el deán se adelantó—. Huntley, no pinta nada aquí. Déjenos a nosotros.

—Es usted quien la ha molestado —dijo—. Usted y toda su camarilla. Váyanse todos.

—¡Qué impertinencia monstruosa! —me dijo, alzando la voz, el deán.

—Váyanse, váyanse —gritaba lady Hargreaves con una malevolencia sorprendente—. Fuera de mi casa, ¡todos fuera! Sí, usted también, deán. ¡Fuera, fuera! —Entonces se desplomó, exhausta.

Mi padre se abrió paso y entró en la salita.

—¡Aire! —gritó—. Denle aire. Lo que necesita es un calmante. En un caso así es lo que se necesita. Y algodón. Norman, ve a buscar algodón. Se pondrá bien. El primo Terence también se desmayaba así... Y con algodón y un calmante, en cinco minutos se iba a casa pedaleando, fresco como una lechuga.

El deán se había echado atrás, nervioso. Oí fuera la bocina impaciente de un automóvil; me asomé a la ventana. Al otro lado de la calle vi los faros del coche de Henry. Fui a la doble puerta y la cerré en las narices de los atónitos invitados.

Lady Hargreaves estaba sentada en el sofá, inmóvil, mirando al vacío, como si estuviera viendo algo que nosotros no veíamos. Sus labios se movían; la oí musitar algo.

—Una broma. Me dijo una vez... me dijo que no soy más que una broma.

Nadie dijo nada. Mi padre movió la cabeza y me miró. Oímos cerrarse la puerta de la calle, y la casa se quedó en silencio.

—Dale una copa de vino, Norman —dijo mi padre.

Le ofrecí una copa de burdeos. Sonrió, pero lo rechazó.

—Gracias. Gracias, pero no... Señor Huntley, tómese usted una copa, por favor. Y tú también, Norman.

Se incorporó en un animoso intento de llenar nuestras copas. Pero no fue capaz de llegar muy lejos sin sus bastones.

—Ahora siéntese —dijo mi padre. La tomó del brazo y la ayudó a echarse de nuevo en el sofá, mientras yo le colocaba los cojines—. Por qué no ponerse cómodo —continuó, volviendo al burdeos.

—Mis queridos amigos —dijo ella—. Los he tratado mal. ¿Se lo pueden achacar a este título detestable? No sé cómo me cayó encima. No lo pedí y tengo la sensación de que no me estaba destinado. No soy aristócrata. No pertenezco a clase alguna.

—Pues en el ferrocarril de vía estrecha solía haber cuatro clases, ¿lo sabía? —dijo mi padre con el decantador en la mano—. ¡Extraordinario!

—¡Oh, Cornelius! —exclamó ella, dedicándole una sonrisa llena de afecto—. Espero que me permita llamarle por su nombre de pila.

—Lo que usted quiera. Tengo tres nombres de pila, pero nunca los uso.

—¡Mire que es usted chistoso! A veces pienso que me entiende usted mejor que nadie, a excepción de Norman, claro está. Nadie me entiende como él. Y ahora... Ahora me ve como lo que realmente soy: una anciana solitaria que...

—¡Oh, no! —susurré—. ¡No!

En la calle volvió a sonar la bocina del coche de Henry. Los relojes dieron las diez y cuarto. En un agónico estado de incertidumbre me acerqué a la ventana y luego volví al centro de la sala.

—Sí, sí, una anciana solitaria —insistió ella—, que se saltó los límites prescritos por su creador. —Hizo una pausa y me miró.

Entonces supe que ella sabía; y supe que era algo de lo que nunca podríamos hablar abiertamente.

—No tengo amigos —continuó la señorita Hargreaves—, no tengo amigos a excepción de Norman... y de ti, Cornelius. Y... hay alguien más. Otro amigo... un joven... un amigo tuyo, Norman. No me acuerdo bien...

—¿Se refiere a Henry Beddow? —le pregunté, mirándola fijamente.

—Sí, eso es. Henry Beddow. Él también me entiende, entiende algo de mis terribles limitaciones.

De pronto se me ocurrió una idea.

—Papá —dije—, cuídala un minuto.

Corrí a la puerta, y delante de la verja estaba aparcado el coche de Henry.

—¡Henry, Henry! —le llamé.

Me acerqué corriendo al coche.

—Llegas tarde —me dijo—. No me digas ahora que has cambiado de opinión.

—No, no, tenemos que hacerlo. Pero puede que sea la última vez, Henry. Quiero que entres. No puedo... —Apenas pude continuar.

—¿Sabes una cosa? —me dijo Henry, saliendo del coche—. Yo mismo quería entrar.

Volvimos despacio a la casa.

Cuando entramos en la salita, ella alzó la vista, sonrió y se levantó, acercándose a nosotros del brazo de mi padre.

—¡Henry! —musitó—. ¡Querido Henry!

Los tres la miramos en silencio, sonriendo, incapaces de encontrar la palabra oportuna.

—¡Oh, amigos míos! —exclamó de pronto—. ¿Podéis creer, creeréis alguna vez que, pese a lo mal que os he tratado en los últimos tiempos, no puedo existir sin vuestra amistad? Casi podría decir que sin vuestra cooperación.

—Lo sabemos —dijo Henry en un susurro ronco.

—No debe confiar en Norman —le advirtió mi padre.

Cruzó las manos delante de ella, y en sus ojos brilló una luz extraña, distante.

—¿Acaso no puedo ver el futuro que se extiende a lo lejos ante nosotros? ¡A lo lejos! ¡A lo lejos! ¡En algún lugar! ¡Qué harta estoy de toda esta sociedad catedralicia! A veces anhelo el aire libre, el campo: una caravana, un burro, la bendición de la amistad. El mundo es tan insulso. ¿No podríamos nosotros cuatro abrillantar de nuevo la empañada armadura de la vida? Nosotros cuatro, en algún horizonte lejano donde las gaviotas vuelen hacia el sol. ¡Amigos míos! ¡Amigos míos! Tenemos la vida en la palma de las manos, si así lo decidimos.

Mi padre se sirvió un segundo vaso de burdeos y se examinó cuidadosamente las palmas de las manos.

—¡Nunca más! —exclamó ella en un arranque de energía, extendiendo los brazos y agarrándose inmediatamente al sofá para no caerse—. Nunca más debemos separarnos. ¡Nunca! Nuestro destino... el tuyo también, Cornelius, pues, de alguna manera que desconozco, eres de verdad uno de nosotros...

—Eso es verdad —dijo mi padre—. Lo normal.

—Nuestros destinos están entrelazados —continuó ella—. Me siento tan unida a vosotros como el muérdago al roble.

—Qué cosa tan peculiar el muérdago —comentó mi padre—. ¿Os he contado alguna vez que mi tío Arly descubrió que había salido muérdago en la herradura que colgaba sobre el sitio en el que se afeitaba todas las mañanas? Bueno, realmente extraordinario... Pues resultó que cogió la herradura y herró con ella a su yegua... Una yegua que se llamaba Alazana, y...

—Padre, cállate —le dije. No soportaba oírlo.

—Lo siento —dijo. Parecía de verdad herido.

—No le digas que se calle —susurró lady Hargreaves—. No lo pares nunca. No hay que decirle que se calle.

En ese momento supe que tenía que decir algo.

—Señorita Hargreaves... —Me acerqué más a ella.

—¿Sí, querido?

—Connie, yo...

—¿Sí, querido? ¿Qué me queréis? ¿Qué queréis de mí vosotros dos?

—Yo, yo... —No encontraba las palabras que quería decirle. Nunca me había odiado tanto; nunca la había querido tanto. Pero había dicho que se sentía tan unida a nosotros como el muérdago al roble. Y eso era pegarse demasiado.

—Norman... —gruñó el bueno de Henry; estaba sudando—. No podemos hacerlo. Nosotros...

—Sí, sí podemos —susurré. Me volví de nuevo hacia la señorita Hargreaves y dije despacio—: Nos vamos... de viaje.

—¿De viaje?

La desilusión y el temor nublaron su rostro.

—Por unos días. A... Irlanda.

No dijo nada. Se limitó a lanzarme una mirada indagadora que no quise interpretar.

—A Lusk —continuó.

—¿Ah sí? —dijo—. ¿Sí?

Apenas la oía.

Cuando por fin me decidí a mirarla, vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Nos miramos sin decir nada durante lo que me pareció una eternidad. Entonces se acercó a mí y tomó mis manos entre las suyas. Yo sabía lo que se le había pasado por la cabeza; supe que le había tentado la idea de hacer un último intento de defender su existencia.

—Escuchad —dijo, dirigiéndose a todos—. Digámoslo abiertamente. Yo no soy como las demás personas. —Estaba en el centro de la sala, y nosotros tres la rodeábamos, como si temiéramos que se fuera a desplomar en cualquier momento—. Durante algún tiempo —continuó—, entré por la fuerza en una vida que nunca tuve la intención de llevar. Pero ahora... ahora sé lo que soy. Un «... mero pensamiento, un vilano al aire, una pluma al viento, la invención de un maestro de escritura que no aspiraba a demasiada altura...». Sí, cuando leí esas líneas recordé lo que era yo. —Se calló un instante y continuó—: ¡Venga! ¡Se hace tarde! Estoy cansada. Pero antes de que os marchéis... ¡Oh, estoy tan cansada!... Quiero tocar para vosotros una de mis queridas canciones irlandesas.

Avanzamos despacio hasta la doble puerta. Deteniéndose un momento, puso la mano en el hombro de Henry y le sonrió.

—No he llegado a conocerte del todo —dijo—. Pero, tal vez, todavía haya tiempo. No lo sé.

Los tres entramos en el salón. Sentada en una banquetita, pasó los dedos por las cuerdas del arpa. Lentamente, demorándose, tocó *Over the Sea to Skye*.

Cuando terminó, nos quedamos todos callados. Cubriéndose los hombros con un chal de seda, nos acompañó a la puerta de la calle. Había indicios de escarcha. Cuando abrimos la puerta, en el reloj de la catedral sonaba la media.

Mi padre tosió.

—Bueno, siento que no llegáramos a tocar su pieza, señorita Hargreaves; tenemos que tocarla... en algún otro momento. Adiós. Qué bonito ese durillo que tiene ahí.

—Adiós —dijo Henry.

—Adiós —dije yo, y retuve su mano entre las mías un instante.

—He disfrutado mucho —dijo ella.

Llegamos a la verja. Me paré y agité la mano. La vi agitar la suya, difuminada en la neblina nocturna.

Crucé la calle corriendo y salté dentro del coche de Henry.

—¡Rápido! —le dije—. Por lo que más quieras, aléjate de aquí rápidamente.

X



Detrás de nosotros se extendía la carretera que habíamos tomado en Dungannon. Caminábamos con paso cansino bajo la lluvia. Lusk no había cambiado. El hacha seguía siendo la única decoración del escaparate de la carnicería, y el roble seguía en medio de la calle, sus marchitas últimas hojas mirando al suelo, cabizbajas.

Nos paramos junto a la verja de la iglesia e intentamos secarnos un poco con el pañuelo. Estábamos en silencio, horriblemente conscientes de que había llegado el momento. Todavía no sabíamos lo que íbamos a hacer. Aullaba el viento, la nubes se acumulaban, oscuras y cargadas, contra el cielo gris. Abrí la boca para decir algo, y volví a cerrarla. Tenía la mente en blanco. Gemí. ¿Habíamos hecho todo ese camino para nada? ¿Volveríamos a Cornford para encontrarla todavía allí? ¿Y lo lamentaría si así fuera? ¿Qué era más soportable? No lo sabía.

De pronto, Henry me agarró del brazo y me miró. No entendí su expresión. Ni tampoco entendí de momento lo que quería decir cuando con una voz extraña, tensa, dijo:

—Ya que estamos aquí... —se calló, como si buscara las palabras precisas—, podríamos echarle un vistazo a la iglesia de Lusk, ¿no crees?

¿Qué quería decir con eso? ¿Por qué hablaba de una forma tan poco natural? Me lo quedé mirando, sabiendo vagamente que esperaba una respuesta concreta, que estaba jugando a un juego que requería un cómplice, como el juego que yo mismo había jugado allí hacía once semanas, cuando le había pedido que me respaldara.

—Igual dentro hay alguna de esas placas conmemorativas de latón que merezca la pena —dijo muy despacio, sin soltarme el brazo e hincándose los dedos con fuerza.

Inmediatamente, comprendí. Supe lo que estaba haciendo. La señorita Hargreaves desapareció de mis pensamientos por un instante, cuando dije, con una presteza casi siniestra:

—No me gustan las placas.

Creí que lo había oído suspirar, como aliviado de que hubiera entendido de qué iba la cosa. Soltándome el brazo, dijo en un tono deliberadamente casual:

—Bueno, por qué no refugiarnos de la lluvia ahí mismo. Venga, vamos.

Lo seguí por el camino de grava. En mi cabeza se arremolinaban los acontecimientos del último año, de noviembre a octubre, desde el invierno hasta el otoño, desde el otoño hasta el agónico verano, pasando por la tarde aquella en que recorrimos por primera vez esa misma senda. Recordé vívidamente aquella memorable ocasión, y las palabras de nuestra conversación se hicieron más claras y más precisas en mi cabeza. Sabía lo que tenía que decir Henry; sabía lo que tenía que decir yo. Algo le había inspirado a decir las mismas palabras que había dicho aquella

tarde de agosto, las palabras responsables de que entráramos en la iglesia, las palabras responsables de...

Esta era la fórmula que necesitábamos, lo entendí de pronto. Y, al igual que aquel agosto, en un impulso, Henry me había arrastrado hasta dentro, así también ahora, en noviembre, siguiendo otro impulso, debía hacer lo mismo. Todo lo que habíamos dicho entonces debía corresponder, lo más parecidamente posible, a lo que dijéramos ahora. ¿Durante cuánto tiempo? ¿En qué preciso momento se debía variar la repetición? ¿En qué punto preciso debía encontrar su colofón la recapitulación?

De pronto vi a Henry forcejeando con el picaporte de la puerta de la iglesia. Como en la otra ocasión, estaba cerrada con llave.

—¡Menos mal! —exclamé, recordando mi papel, igual que un actor cuando ve en el escenario algo que le suena—. Volvamos a Dungannon y corrámonos la última en el hotel. No me gusta Lusk.

—Voy a buscar la llave —dijo Henry.

Pero ¿en qué momento, me seguía preguntando yo, hemos de virar y seguir otro rumbo? Todo dependía de eso.

Y súbitamente se me hizo la luz. El facistol. Las palabras vitales, las tres palabras vitales que, esta vez, no deberían ser pronunciadas.

—Pero si ni siquiera es tu iglesia —me apresuré a decir—. Es de Irlanda. Eso dice en el cartel.

—Es la iglesia de todos —sostuvo Henry—. Voy a buscar al sacristán.

Estábamos en el pórtico, y una cortina de lluvia lo ocultaba todo. Luché violentamente para ordenar y controlar mis ideas. Sabía que no solo dependía de las palabras que dijéramos, sino también de nuestros pensamientos; estos también tenían que tener una correspondencia con lo que habíamos pensado entonces. ¿Cuáles habían sido mis pensamientos aquella tarde de agosto? Estaba deprimido y molesto con Henry; había entrado en la iglesia con una renuencia que rayaba en la obsesión.

—¡Oh! Venga, Henry —dije, medio gruñendo—. No tenemos ninguna necesidad de entrar en esa iglesia horrorosa.

El sacristán (¡gracias a Dios!) venía corriendo por la senda con una capota en la cabeza. Henry se apresuró a abordarle.

—Aquí a mi amigo —le dijo en tono torvo— le interesan las iglesias antiguas.

—¡Santo Dios! —exclamó el sacristán—. ¿En un día así?

Aquí se produjo una variación inesperada. ¿Y si no nos dejaba entrar? ¿Y si el entusiasmo que había mostrado en verano por el reverendo Archer se había apagado? ¿Y si nos reconocía?

No sucedió ninguna de estas cosas. Ni siquiera una espantosa tarde de noviembre podía enfriar la única pasión en la vida del sacristán: la belleza de la iglesia de Lusk.

Sacó la llave. Casi con la misma energía de la vez anterior abrió la puerta exterior, atravesó la interior y, apartando la cortina, nos hizo una seña para que entráramos.

—Una excelente iglesia —nos recordó—, construida en 1863.

Lo seguimos. Como me había sucedido en la anterior ocasión, sentí un inmenso vacío dentro de mí. El edificio estaba prácticamente a oscuras. Los bancos se alzaban como los pesebres de un establo. El púlpito y el facistol estaban agazapados bajo sus fundas, las mismas fundas, pero más polvorientas.

Me senté. Me invadía una gran laxitud. Me parecía que no podría continuar. El sacristán caminaba hacia el facistol cubierto, y Henry lo seguía, volviendo nervioso la cabeza por encima del hombro para mirarme.

—Observen las hermosas inscripciones del coro. «Vi al Señor...».

Sabiendo que debía acercarme, me levanté y me arrastré hasta el presbiterio. Henry me susurró:

—¡Dios mío! Este sitio es espantoso.

Estas palabras dieron en el clavo; despertaron la nota melancólica que me había llevado a desarrollar el tema que había ocupado las semanas pasadas. Volví a aquel agosto; me olvidé de que estábamos en noviembre. Volví a experimentar el mismo ánimo sombrío, el mismo deseo irresistible de hacer de aquel un día memorable.

Me agarré al banco; cerré los ojos.

—Ahora les ruego que contemplen nuestro hermoso facistol. —Oí deslizarse la sábana que lo cubría.

—¡Excelente! —saqué a la fuerza la palabra requerida.

—¡Notable! —dijo Henry, siguiéndome.

—Magnífico.

—¡Qué puñetas...!

—Sin duda, único, peculiar —me apresuré a decir entre dientes. ¿No había dicho «asquerosamente...» la otra vez?

—¡Ah! Es de verdad una obra hermosa —exclamó el sacristán—. Fue donada por el pueblo en memoria de...

El corazón me latía con fuerza y la cabeza me daba vueltas. El pasado y el presente se me confundían. ¿Y si noviembre me tentaba y repitiera aquellas tres palabras vitales? ¿Qué sucedería?

—En memoria de...

(«¡Crea, crea!», decía agosto. «¡Destruye, destruye!», decía noviembre).

—... de nuestro dilecto pastor, el difunto reverendo Archer.

Las palabras me quemaban los labios, las palabras fatales que había inspirado el más fuerte de mis «impulsos». Las tres palabras me temblaban en la lengua, en los labios: «Querido reverendo Archer». Tenía la boca abierta. De pronto, se apoderó de mí la súbita visión de una anciana avanzando a tientas por una pasarela estrecha y oscura, como un túnel —un lugar que conocía bien, pero que entonces no supe nombrar—. A trompicones, cojeando apoyada en sus bastones, llamando a gritos a alguien, sola en la oscuridad... llamando a gritos. Y mientras me esforzaba por contener las palabras «querido reverendo Archer» —y mientras aquella anciana me llamaba a gritos en la oscuridad: «Norman, Norman, Norman»—, la voz tranquila,

equilibrada, casi fría de Henry sonó en mis oídos como si llegara desde otro mundo.

—¿Y estuvo aquí mucho tiempo ese vicario?

Mis tres palabras peligrosas cayeron asesinadas a manos de Henry, quien utilizó certeramente el arma del lugar común. Inmediatamente, donde había habido una anciana solo había una oscuridad verdosa, levemente rota por la luz polvorienta que dejaba entrar un gran ventanal. La voz se apagó, en la distancia, resonando profunda y largamente en el espacio, vibrante primero y luego cada vez más débil; al apagarse, la «n» sonaba como una nota pulsada en una cuerda tensa. El silencio que no era silencio se cernió sobre nosotros.

Abrí los ojos y busqué a Henry con la mirada. Él asintió lentamente; lo mismo hice yo. El viento, que había rugido implacable en el tejado, se calmó de pronto. Henry y yo bajamos la cabeza, compenetrados. Los dos sabíamos que nos había dejado.

De regreso a Dungannon bajo la lluvia, mientras caía la noche y el frío invernal se nos metía en los huesos, después de un largo silencio, le dije a Henry:

—¿Por qué te quedaste atrás en el cementerio de la iglesia, Henry?

Yo me había apresurado a alejarme en cuanto salimos. Pero Henry merodeó unos minutos.

—Miré todas las lápidas —dijo.

—Y seguramente no era necesario, ¿no?

—Pues no. No lo era. No vi su nombre por ningún lado.

No era aquel su sitio, me dije. Y de pronto recordé que era el día de Todos los Santos.

No pude volver a Cornford como era mi intención. Tres días después recibí una carta de mi padre y un recorte del *Cornford Mercury*. Esto es lo que decía la carta:

Yo no regresaría aún, hijo. Lee este recorte y comprenderás por qué. La gente sospecha de ti. Tu madre ha cogido algún berrinche, pero yo sé calmarla. Quédate donde estás unas cuantas semanas. Te envío dinero. Ya te dije que no lo hicieras, hijo; no visto y visto, eso es lo que yo digo. No me sorprendería que yo mismo desapareciera en este instante. ¿Qué viene primero? ¿El número uno o el número cero? Ya te dije que no lo hicieras. Por cierto, no era Tennyson. Un poeta llamado Walke escribió esas palabras. La gente como tú y yo hemos de andarnos con cuidado.

Tu querido padre

P.S. Lessways está muy triste. Echo de menos el arpa.

Busqué el dinero que mencionaba mi padre, pero no había nada más en el sobre. Hecho un manojo de nervios, extraje el recorte del diario y por fin me preparé psicológicamente y lo leí.

Scotland Yard investiga el extraordinario misterio que rodea la desaparición de lady Hargreaves, etcétera, etcétera. El miércoles día 2 de noviembre, por la tarde, lady Hargreaves salió de su casa y se dirigió en coche a la catedral, conducida por su chófer. Cuando entró, el señor Josiah Meakins, el acólito del deán, enseñaba la catedral a un grupo de visitantes y estaba a punto de subir a la pasarela de la nave y recorrer el

edificio a lo largo para luego bajar por la escalera de la capilla de Nuestra Señora.

Lady Hargreaves expresó su deseo de acompañarlos. El grupo avanzó despacio, en fila india, por la estrecha pasarela situada bajo el claristorio, y solo al bajar a la capilla de Nuestra Señora se percataron de su ausencia. El señor Meakins volvió a subir inmediatamente, pero, al no encontrar signos de su presencia, bajó, reunió a los otros acólitos y organizó una búsqueda exhaustiva de toda la catedral: triforios, tribunas, torre y campanario. Mientras tanto, el chófer volvió a Lessways para asegurarse de que lady Hargreaves no hubiera regresado a su casa andando, lo que no había sucedido. La búsqueda en la catedral no arrojó ninguna pista y sabemos que búsquedas subsecuentes han sido igualmente infructuosas.

La policía ha establecido la gravedad del caso, pero se ha visto obligada a admitir que carece de prueba alguna que apunte a la posibilidad de que se trate de un acto delictivo...

Ella sola, junto al techo de la nave, gritando: «¡Norman! ¡Norman! ¡Norman!». Y yo, en el iglesia de Lusk, negando con todas mis fuerzas su existencia. Ni siquiera darme cuenta de que el pensamiento destructivo destruye podía aliviar mi desdicha.

Durante muchas semanas me sentí incapaz de volver. Solo en Dungannon (no volví a Lusk), escribí la mayor parte de lo que acaban de leer. Un día, ya cerca de Navidad, recibí una carta de Marjorie que me hizo comprender que tenía que seguir con mi vida de una manera u otra.

Norman, querido —decía—, por favor, vuelve ya. Se dicen de ti cosas terribles. Yo no soporto oírlos, porque sé que no pueden ser verdad. Si sigues alejado, todo el mundo dirá que la mataste tú, aunque no encuentren el cadáver. Yo estoy segura de que tú nunca harías una cosa así, por más que hagas cosas raras. Henry me lo ha contado todo, y yo estoy haciendo todo lo que puedo para creérmelo. Cariño, debes volver y enfrentarte. Yo te ayudaré. Siento que discutiéramos. Creo de verdad que eres maravilloso.

Me conmovió. Supe que tendría que volver. Con el corazón encogido y temiendo tener que enfrentarme a todas las habladurías, tomé el ferry en Heysham.

Recuerdo haber observado con aire taciturno cómo descendían a la bodega un montón de vacas y de haberme maravillado de la paciencia de aquellos animales. Paseé por cubierta, atraído por la figura de una monja que miraba las luces de Belfast desde la barandilla. Su figura tranquila, pensativa, infundía sosiego, tan despegada del ajetreo del barco antes de zarpar.

—Se ve muy bonito Belfast por la noche, ¿no es verdad? —le dije.

—¡Ah! Para mí siempre lo es —dijo sin apenas alzar la voz—. Era mi hogar. Hacía veinte años que no venía.

—¡Veinte años! ¡Vaya! —No sabía qué decirle—. Pero ¡qué es el tiempo! —añadí—. Veinte años pueden ser igual a veinte minutos, en realidad.

Pensé al decirlo que doce semanas podrían ser doce años.

Desde abajo, desde uno de los salones, un marinero borracho, con una voz que me hizo rechinar los dientes, empezó a cantar *Over the Sea to Skye*. Suspiré hondo, apoyándome en la barandilla, en lo más alto de la popa del barco y mirando el mar tenebroso. Arrancaron los motores: Irlanda se alejaba de nosotros; y algo se alejaba para siempre de mí.

¿Para siempre?

Le musité su nombre al mar.

—Señorita Hargreaves... Señorita Hargreaves...

¿Oí mi nombre o fue solo el susurro del viento?

Volví a llamarla.

—Señorita Hargreaves... Señorita Hargreaves...

Mevagissey, 1939 / La Chaise, 1940

Epílogo



Ha pasado mucho tiempo o, como dicen, ha pasado mucha agua bajo el puente, pues ya hace casi treinta años que puse punto final a mi relato de la cosa más extraordinaria que me haya sucedido en la vida, o (tal vez, se podría decir también de esta forma) de la cosa más extraordinaria que yo haya hecho suceder. Que yo sepa, a Constance se la podría haber llevado el agua, aunque el agua, según dicen, encuentra su sitio, algo que Constance nunca intentó buscar. Sea como fuere, desde el momento en que mi padre, Henry y yo le dijimos adiós al término de la velada en Lessways, no volvimos a verla nunca más. «He disfrutado mucho»: esas fueron sus últimas palabras.

Sin embargo, a lo largo de los años ha habido algo más que meros indicios de que nunca se fue muy lejos de nosotros. Por ejemplo, cuando me casé en la catedral de Cornford, el maestro Carless, quien debería haber tocado la marcha nupcial (la de Mendelssohn, no la de Wagner), dijo que una especie de cálida explosión lo expulsó de la tribuna, y que vio bajar las teclas solas y salir los registros por su cuenta, mientras sonaba la marcha. (Y quién podrá olvidar con qué oportunidad sonaron las tubas en esa ocasión). Y luego está mi padre, Cornelius (que todavía regenta su librería de lance en Cornford). Dice él que muchas veces ha sido consciente de que se ha alborotado el polvo de los libros en la vitrina de sus «raros», donde guarda las primeras ediciones de Tennyson y otros tesoros. Para no hablar del misterio de las *Gavillas*: aunque sacamos una pequeña tirada en un impresor local y regalamos casi todos los ejemplares, el libro original desapareció «como una flecha lanzada al aire, que va a caer a saber dónde». En resumen, alguien se lo llevó. ¿Y quién podría decir que no fuera su propia autora? Por fortuna, yo todavía guardaba la copia mecanografiada que hice del original, y no puedo terminar una edición tardía de un libro que se ha paseado no poco por el globo desde que se publicó por primera vez, sin ofrecer enteras algunas de las poesías. Algunos versos aparecen citados en las páginas precedentes (incluso, en algún caso, mal citados, debido a mi descuido), pero otros están solo mencionados y no han sido incluidos en el texto.

Y en cuanto a los indicios de la existencia continuada de Constance, ahí tenemos a mi mujer, Marjorie, quien sigue jurando hasta el día de hoy que a nuestro hijo mayor, Peregrine, se le oye hablar frecuentemente por teléfono con Constance desde su despacho en el Ministerio de Asuntos Eclesiásticos. En la catedral de Cornford, se ha visto de vez en cuando la sombra de un alto sombrero en el sitial del obispo, cubriendo las páginas del gran devocionario dispuesto sobre el cojín de terciopelo azul. Gran parte de la ciudad misma, que hoy apenas visito, le resultaría desconocida e incluso desagradable a Constance: donde antes se erigía la antigua cruz que

marcaba la plaza del mercado hoy hay un supermercado (la cruz ha sido conservada en un patio espantoso dentro del recinto comercial); un hotel abominable asoma por la esquina noreste de la catedral; en el callejón de los Cánticos, son todo edificios de oficinas; Lessways forma parte del nuevo Ayuntamiento... Uno apenas reconocería la ciudad, si no fuera por la catedral, que, por fortuna, no se atreven a tocar. ¿Qué pensaría Constance de la ciudad hoy? Aunque le desagradaría gran parte de ella, tengo la sensación de que todavía se encontraría a gusto, porque, pese a su afición a celebrar el pasado, era esencialmente una parte del presente. Daría lo que fuera por verla dominando el juego en la nueva bolera construida en el solar de lo que fue el cine, aquel cine de mala muerte. O incitando a su chófer a que condujera en dirección contraria en la calle Mayor, que antaño era de dos direcciones.

No es este el lugar para decir nada sobre mí mismo, ni de dónde vivo o trabajo, ni de qué. Baste decir que tardé un tiempo en «sentar la cabeza» (para utilizar una expresión que solía decir mi querida madre) y que hoy, a veces, alguna tarde perdida, cuando todo está en silencio en casa, oigo un arpa tocar *Over the Sea to Skye*, y sé que hay ciertas armonías que nunca se pierden.

Así, pues, no dejo atrás a Constance Hargreaves, sino que la llevo a mi lado.

Y con estas palabras pondré de una vez por todas punto final (sabiendo que si continúo, no pararé, como dicen en mi pueblo en el oeste). Pondré punto final, dejando al lector con algunas de las ideas vitales de Constance, tal como las expresara en *Gavillas al borde del camino*.

NORMAN HUNTLEY

Julio, 1965

CANTAR DEL ÚLTIMO GRILLO

Sumida en un abismo de congoja
mi alma, como un grillo en una hoja,
ve el otoño en las hierbas y pinazas
y se pregunta qué ha hecho con las gafas.
Viejo es el grillo y cojo; ya no salta
como en el taller del viejo Manuel
que congregaba junto al fuego en alta
reunión a grillos mozos como él.
Fuego feliz de sus cortos añitos
donde ensayó sus primeros gorgoritos.
Viejo es el grillo y ciego; ya no ve
después de la a y la b, la c y la d.
Viejo y lento, reumático, otoñal,
ronco, ajado, un genuino carcamal.
Vieja también la rama en que su esposa
ya ve que no podrá hacerle la cosa.
Suspira el grillo, llora, gimotea,
y a ambos cubre la neblina fea.
Ve contra el herrumbroso sol poniente
los años muertos, hojas de laurel
logradas junto al fuego de Manuel
y que no volverá a lucir su frente.
Mi alma es como un grillo en una hoja
sumido en un abismo de congoja.

UNA COSITA

Vine y voy, me muevo, duermo, respiro,
como y bebo, hablo, río, suspiro,
canto y bailo, medito, veo,
amo y odio, temo, intrigo, me meneo.

Y sin embargo...

Y sin embargo...

Me siento a veces mero pensamiento,
vilano al aire, pluma al viento,
la invención de un maestro de escritura
que no aspiraba a demasiada altura.

Y sin embargo...

Y sin embargo...

Vine y voy, me muevo, duermo, respiro,
Como y bebo, hablo, río, suspiro.

LA BARCA

¡Cuántos estorbos encuentras
en el camino a la mar!
Traban el camino hierbas,
no las puedes no admirar.
Te entretiene la maleza
y entre los juncos te alargas;
junto al camino se esconden
mortales hierbas amargas.
Coges, recoges, pruebas,
recibes y das ligero;
y te topas de repente
con el embarcadero.
Aunque embarcas renuente
el pasado hay que enterrar;
rema en el río el barquero
hasta que alcanzáis la mar.

VÍSPERAS DE ADVIENTO

¡Suene el clarín de Helmsley claro!
¡Vedlo entre la nubes descender!
El viento de diciembre en el cerrado
los olmos inclina al anochecer.
En el coro las velas dan su efecto
y oscura está la nave lateral
donde escucha su canto predilecto
un solitario cura rural.
Resuena ya el canto emocionante
(Sión su estrella aguarda) y descarría
el deán con su voz alucinante
cada compás de la melodía.
Se esfuerza junto a él el arcediano
(del todo sordo a los ochenta y tres)
en dar la nota aguda; pero en vano,
pues no alcanza a pesar de su interés.
Días estos que has de recordar
(alégrate, Purcell, en el Señor)
cuando se pone el año a diciembrear
(cordura, contéstale al doctor),
cuando en el transepto aúlla el viento,
y el día más corto es Santo Tomás
mas sabe el alma sabia el desaliento
y las preocupaciones olvidar.

UN AMIGO QUE VENÍA A TOMAR EL TÉ

«¡Pastas con el té!», decía,
y se hundía en mi sillón.
Humo de tabaco había
por toda la habitación.
Exhausto tras el rosario,
se retaba a un solitario,
picaba el pan de regaliz,
¡y yo la anfitriona feliz!
Cuando ahora junto al fuego
me acurruco con mi taza
le veo primero a él y la plaza
sin su ocupante luego.
Pastas de té... El coro
del King's College atesoro,
días de Cambridge que añoro
y que ya no volverán.

SONETO A LA BAÑERA

Bañera amada en que mis pies cansados
tantas veces se hundieron a esa hora
en que te lleva el sueño; en ti mora
la juventud. Los años pienso andados
y saludo a aquel de quien te heredé:
las grietas de tu esmalte su figura
conservan: un barítono de altura,
algo arisco, aunque brioso y con tupé.
Cuando mi sueño último, bañera,
se me lleve, y testigo quedes, ciego
y mudo, de la estudiantil tontera,
no juzgues, no me culpes, te lo ruego.
Calla, aunque recuerdes, a tu manera,
los versos que en ti me escribió a mí en griego.

MAESE PEPUSCH

Maese P., mi cacatúa,
desprecia a las aves que el pico aúnan.
Hace ya tiempo que se encona
en dúo con una primadona.
Hay músicos que le encantan,
Haendel, por ejemplo,
pero Grieg o Dykes le espantan.
Con Bechstein se atreve tan valiente
pero se le escapa de repente
la risa de Carmen insolente.
Aires una vez le oí de Strauss
que eran trozos de *Die Fledermaus*.
«Sobre colinas y hasta el infinito»
es, claro está, su canto favorito.
Lo canta en inglés y en español
en clave de la y en si bemol.
El himno de Elgar tararea
y cada negra vuelve
una semicorchea.
Le he enseñado más simples aires,
un *Gloria* de Pergolesi
que entona con donaire.
Lo que odia más mi maestríto
es que le llamen loro lorito.
Se lo llamó una vez un pobre cura
y se llevó una buena mordedura.
Es verde y pardo, un toque gris,
la cresta azul y flor de lis.
Maese P., ¡cómo trabajaste
para sacarte el título, qué desgaste!
Duerme ahora, descansa, pajarito,
«Sobre colinas y hasta el infinito».
Un día verás el horizonte,
tus ojos se hartarán de valle y monte,
donde brilla el sol a raudales
entre olivares y naranjales.
Y de las abubillas y chorlitos,
tinamus, zarapitos
y otras aves incapaces de cantar
serás el director más diestro,
entre los árboles maestro
de ese inmenso coro aviar.

LETRILLA: DE BUENA MAÑANA A ELY

Me llamaba él entonces Constancia
cuando el afecto libre florecía
y el nombre aún suena en la distancia...
Así me llamaba, Constancia,
cuando la canción el alma abría
y a Ely en bici al alba nos conducía...
Me llamaba él entonces Constancia
cuando el afecto libre florecía...



FRANK BAKER (1908-1982) nació en Hornsey, un suburbio campestre de Londres. Hijo de un agente de seguros navales, estudió en la escuela de la catedral de Winchester y trabajó brevemente en el negocio de su padre. Músico y organista, escribió quince novelas: la más famosa de ellas es *La señorita Hargreaves* (1939), que en 1952 sería llevada al teatro (protagonizada por Margaret Rutheford).

Baker fue también actor, guionista de la BBC y colaborador de *The Guardian* y *Radio Times*. Otras novelas suyas son *The Twisted Tree* (1935) y *The Birds* (1936), que siempre consideró que Daphne du Maurier le había plagiado (pensó incluso en poner un pleito cuando se estrenó en 1963 la adaptación cinematográfica de Hitchcock, aunque luego desistió). También es autor de algunos libros de memorias como *The Call of Cornwall* (1976). Murió en Porthleven (Cornualles) en 1982.

Notas

[1] En inglés, *They also serve who only stand and wait*. Último verso de un soneto de John Milton (1608-1674) titulado *On His Blindness*, en el que se hace referencia al hecho de que, a veces, hay que tener paciencia y esperar a que a uno le den una tarea o a que, a veces, también se ayuda sencillamente no haciendo nada. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora*]. <<

[2] Monumento erigido en la City de Londres en 1677 para conmemorar el gran incendio que sufrió la ciudad en 1666. Diseñado por Christopher Wren, se trata de una columna dórica de 61 metros coronada por una plataforma panorámica a la que se puede acceder por una escalera voladiza de 311 escalones. <<

[3] *Hwyl* es un término galés que designa un estado de fervor e inspiración extático.

<<

[4] Canción tradicional escocesa. <<

[5] Emmeline Pankhurst (1858-1928), una de las fundadoras del movimiento sufragista británico. <<

[6] Émile Coué (1857-1926), psicólogo y farmacólogo francés. Inventó el «método Coué», consistente en repetir una frase optimista con propósitos de autosugestión. <<

[7] *La ópera del mendigo (The Beggar's Opera)* (1728), con libreto de John Gay y música de Johann Christoph Pepusch. Más adelante, la cacatúa, llamada Maese Pepusch, repite en varias ocasiones partes de este popular tema, *Over the Hills and Far Away*. <<

[8] Ophicleide (como antes Posaune y Clarion) es un término específico de la lengüetería del órgano inglés. <<

[9] Personajes de sendas operetas de Gilbert y Sullivan, Jack Point de *The Yeoman of the Guard* (1888) y el lord canciller de *Iolante* (1882). <<

[10] Título del político inglés Benjamin Disraeli (1804-1881), que fue dos veces primer ministro con la reina Victoria. <<

[11] Salmos, 22, 12. <<

[12] Así explica John Gill, en su *Exposition of Old Testament* (1748-1763), el pasaje del Apocalipsis referido a «toda criatura [...] que está en el mar» (5,13). <<

[13] Hugh Allen (1869-1943), músico y director de orquesta, organista del New College de Oxford y director del Royal College of Music de Londres. <<

[14] En las festividades populares del 1.º de mayo en el Reino Unido, se elige a una chica como «reina de mayo». <<

[15] *The Bing Boys Are Here*, revista musical que tuvo un gran éxito en Londres en 1916 y a la que siguieron varias secuelas. <<

[16] Referencia a un verso de John Keats, de su soneto *On First Looking into Chapman's Homer* (1816). <<

[17] Referencia a la *Elegy Written in a Country Churchyard* [Elegía escrita en un cementerio rural] (1751), de Thomas Gray (1716-1771), poeta y profesor de lenguas clásicas en Cambridge. Los versos en cuestión dicen: *Full many a flower is born to blush unseen, / And waste its sweetness on the desert air* [Muchas flores florecen sin ser vistas, / y su perfume se pierde en el desierto]. <<

[18] Festines de la razón: referencia a un verso de *Imitations of Horace* (1733-1738) de Alexandre Pope (1688-1744). <<

[19] Se dice que las tiendas de *faggots and peas* [*faggots* y guisantes] son los más antiguos establecimientos de comida preparada para llevar que aparecieron en Gran Bretaña. Los *faggots* son una comida típica de Gales y las Midlands y consisten en una especie de salchicha plana que se hace con el hígado, el corazón y otros menudillos del cerdo picados y sujetos con tripa. <<

[20] William Ernest Henley (1849-1903), poeta y dramaturgo, inspirador del personaje de Long John Silver de *La isla del tesoro* (1883). Con Stevenson precisamente escribió cuatro obras de teatro. <<

[21] James Nares (1715-1783) y John Weldon (1676-1736), compositores de música sacra. <<

[22] «El bello príncipe Carlitos», nombre con el que era popularmente conocido Carlos Eduardo Estuardo, también llamado «el joven pretendiente». Hijo del depuesto Jacobo II Estuardo, intentó arrebatarse el trono de Inglaterra a Jorge II y restaurar la dinastía jacobita. <<

[23] Thomas Beecham (1879-1961), célebre director de orquesta británico. <<

[24] «Vestirse de verde», canción patriota irlandesa. <<

[25] Canción tradicional inglesa cuyo origen se remonta al siglo XVI. <<

[26] Janus (Jano), dios romano que tenía dos caras. <<

[27] 1 Samuel, 28. <<

[28] En el escudo de sir Walter Raleigh, favorito de la reina Isabel I, figura una capa. Se cuenta que había echado su capa sobre un charco para que la reina no se manchara de barro. <<

[29] El autor hace un juego con dos obras reales de Thomas Hardy, *Far from the Madding Crowd* [*Lejos del mundanal ruido*] y *The Trumpet Major* [*El comandante trompetista*], para inventarse este título ficticio. <<

[30] Guy Fawkes (1570-1606), líder de la Conspiración de la Pólvora, que pretendía volar el Parlamento y matar al rey Jacobo I. El 5 de noviembre de 1606 fue detenido, y esa noche se celebra en Inglaterra una fiesta conmemorativa, la Noche de las Hogueras. <<

[31] Arthur Schnabel (1882-1951), compositor y pianista austríaco. Se trasladó a Londres huyendo del nazismo. <<